
LOS
CRÍMENES
DE
ADVIENTO
UN CASO PARA LA INVESTIGADORA JULIA VERBEKE
MANUEL DELPRIETO



MANUEL DELPRIETO

Los CRÍMENES de ADVIENTO

Título: *Los crímenes de Adviento*

De la maquetación: 2023, Servicios editoriales RM
Del diseño de la cubierta: 2023, Fiverr
Corrección: 2023, Jara Santolaria
Primera edición: Mayo, 2023

«Es pobreza del espíritu es obstinarse en devolver el daño que se ha recibido», Nietzsche.
«La soledad, cuando es aceptada, se convierte en un regalo que nos lleva a encontrar nuestro propósito en la vida», Paulo Coelho.
«La valía de un hombre se mide por la cuantía de soledad que le es posible soportar», Nietzsche.
«Reza para que tu soledad te pueda impulsar a encontrar algo por lo que vivir, lo suficientemente grande por lo que morir», Dag Hammarskjold.
«El momento más solitario en la vida de alguien es cuando ve cómo su mundo se desmorona, y todo lo que pude hacer es mirar fijamente», F. Scott Pitzgerald.
«El peor odio está en el corazón de una buena persona después de ser destruida», anónimo.

A Brilli y Daniela, os amo.
A mis padres.
A todos los que habéis sufrido la pérdida de un ser querido.
A todos y todas los que me leéis.
A todos los escritores independientes que luchan por consolidarse.
A los miembros del grupo de Facebook «Novelas de misterio y thriller».

íNDICE

1

Prólogo

«Madrid es como un corazón viejo. Dañado por los sentimientos, el estrés, los excesos y las emociones. Castigado por las inclemencias del tiempo, las guerras, las epidemias, los atentados… Preparado para soportar la presión. Siempre vehemente ante la adversidad. Muy pocas veces se sorprende con las atrocidades que experimenta, pero hoy tiene un mal palpito. Un mal presentimiento. Sabe que está a punto de colapsar. A punto de infartar. Y no se equivoca: la cuenta atrás ha empezado…».

El reloj marca las 19:50. Madrid Centro enciende el alumbrado público. El tiempo anuncia nieve. Es un otoño frío. Las calles y los árboles están decorados con luces de colores y los mercadillos navideños afloran de manera prematura. Respecto a las avenidas, lo de siempre: tráfico a mansalva y trasiego de turistas pateando las aceras. Todos caminan ignorantes sin pensar que están a punto de presenciar el primer crimen de una oleada que azotará la Capital. A pesar del bullicio que rodea la Plaza de la Moncloa, el desafinado chirrido de una rueda rasga la noche y se impone al jaleo cosmopolita. Es como un silbato para perros, que acapara la atención de los viandantes. Todos miran hacia el foco del sonido. Allí ven a un hombre vestido de cirujano, que exhausto empuja una carretilla desvencijada en dirección al arco de piedra que sitia la plaza. El cuerpo lo transporta oculto bajo una sábana de hospital, que cubre torso, brazos y cara; pero no es lo suficientemente grande como para tapar las dos piernas laxas que caen a cada lateral. Los mendigos, las familias que pasean por allí e incluso los coches que circundan la plaza, se detienen curiosos. Se preguntan qué clase de numerito callejero es ese. Halloween ya pasó. «¿Quién puede tener tan mal gusto de disfrazarse de cirujano y transportar lo que parece un cadáver en una carretilla de mano?» La duda asalta sus lógicas. Unos piensan que es una broma. Otros piensan que están grabando un video para una red social… La mayoría rehúye del lugar. No llaman a la policía ni se preocupan. Todos clavan sus ojos en las pantallas de sus teléfonos móviles y siguen con sus monótonas vidas.

El cirujano, inherente a los comentarios, sigue empujando la carretilla hasta el centro de la Plaza de la Moncloa. Allí hay un arco de piedra enorme que conmemora los triunfos franquistas de la guerra Civil Española. Se sitúa bajo él y resopla. Arquea su espalda y frena en su avance. De debajo de la sábana, saca un spray de pintura y traza en el suelo de la plaza un cuadrado enorme con un número 1 en su mitad. Luego revolea el aerosol por el pavimento y vuelve al

monumento de piedra. Sabe que lo están mirando. Sabe que está llamando la atención con suma arrogancia, pero justamente es eso lo quiere. A pesar de todo, nadie lo increpa. Nadie le pregunta. En su mente no cabe otra cosa que satisfacción. No se explica cómo ha sido capaz de hacerlo, cómo ha recorrido todo el itinerario propuesto, portando un cadáver repleto de instrucciones macabras sin ser detenido. Obvia los cuchicheos de los viandantes y algunas grabaciones a golpe de móvil, y se ciñe al plan. Eleva la cabeza hacia el Faro de la Moncloa —un mirador con forma esférica, que se eleva a 90 metros de altura—. En su interior, los visitantes disfrutan de las vistas que ofrece la ciudad a vista de pájaro. A ras de suelo, el que viste pijama médico de dos piezas y zancos de goma, se despoja del gorro de quirófano y la mascarilla azul. Se seca el sudor. Hace aspavientos en dirección al mirador. Sonríe de oreja a oreja, muestra una línea fina y horizontal que parece dar la vuelta a toda su cabeza. Eleva el dedo corazón a modo de insulto y espera a que lo detengan.

Sabe que es solo el principio.

Que parte de la casilla inicial con un guion aprendido de memoria que deberá ejecutar a la perfección.

Intuye que no será fácil engañar a los agentes para llegar al final.

«Hora de sembrar el caos en Madrid», se convence.



VENTANA 1

2

Una hora antes del suceso

Hacía mucho que Rafael Miranda no se sentía querido. Es más, pensaba que jamás estaría listo para emprender una nueva relación tras la muerte de su esposa. Pero Candela ya no estaba, y tenía la certeza de que no iba a volver. Nadie lo hacía. La vida no es un tique regalo, la vida que nos toca vivir es la que hay. Y si te mueres, pues mala suerte. Y Rafael Miranda lo sabía de sobra. Así que no le quedaba más remedio que hacer de tripas corazón, agarrar por los cojones al presente y caminar con paso firme hacia el futuro, con esa pesada mochila llena de recuerdos malos y buenos. Estaba convencido de que solo así dejaría paso a cosas nuevas. Y así sucedió, en el día y en el lugar menos esperado, llegó una nueva persona a su vida: Mariela. La visión que tenía del mundo cambió de sopetón. Volvieron los alicientes, el entusiasmo, esas ganas de empezar de cero. Rafael Miranda tenía ahora una ilusión por la que vivir. El destino así lo decidió y él aceptó como si fuese obra del divino. «Por algo me la ha puesto Dios en mi camino. No creo que sea tan retorcido de engañarme, de jugar conmigo. La he conocido en el bar del mismísimo hospital donde mi mujer perdió la vida… alguna razón habrá», se convencía cuando le azotaban las inseguridades.

Tras semanas de tonteo, justo ayer fueron al cine. No hubo ni un solo beso en este tiempo. Rafael Miranda estaba chapado a la antigua, sin embargo, la cita de hoy parecía que iba a tomar un rumbo distinto. De manos de Mariela, había recibido un sobre que contenía otro más pequeño en su interior; este último, bien cerrado. Digamos que le había dado instrucciones antes de abrirlo. Y no podía negar que se había pasado todo el día fantaseando con averiguar qué ponía en la carta misteriosa. Bien podrían ser sus sentimientos expresados en versos; algún agradecimiento; quizá una manera de formalizar su relación; o tal vez, en el peor de los casos, una manera cobarde de cortar con la relación de amistad.

Se abstrajo de sus pensamientos y de la curiosidad que lo tentaba, y se asomó al espejo de medio cuerpo de su salón. Recortó un pelo que sobresalía de su bigote vaquero al estilo Chevron, se colocó la chaqueta y tomó la intrigante carta. La misiva no tenía remitente y era de color amarillo, como los que dan en los hospitales con los volantes médicos. En ella, no rezaba nombre ni dirección, pero sí una leyenda con las instrucciones a seguir; Rafael las volvió a leer: *«Quedamos a las 19.30 en el Faro de la Moncloa. No abras el sobre hasta que no estés allí. No me esperes. Entra y toma un buen lugar junto al cristal. Observa las*

luces de Navidad alumbrando las calles de Madrid desde todo lo alto. No me busques entre la gente, quiero ser yo la que llegue hasta ti. Te daré una gran sorpresa. No faltes a la cita y, sobre todo, no abras el sobre hasta las ocho menos cinco. Un beso». A Rafael le gustaba todo de ella. Su cercanía, su pelo moreno y anillado, su perfume, incluso su nombre. Todo le recordaba a su esposa, todo le traía recuerdos de su Candela.

Tras mirar su reloj, decidió que era el momento de salir.

No tenía idea de lo que deparaba.

Ni mucho menos.

3

Unas vistas muy desgarradoras

Mirador “Faro de la Moncloa”
19:30 de la tarde

Con la seriedad que lo caracterizaba, Rafael Miranda siguió el plan de Mariela al pie de la letra. Entregó su entrada en el mostrador y accedió al ascensor de cristal que lo elevaría a 90 metros del suelo en tan solo cincuenta segundos. Una vez arriba, se adentró en aquella especie de ovni, desde dónde se podía divisar parte de Madrid a vista de pájaro. Entre el tumulto, hizo un amago por buscar a Mariela, pero desistió. Caminó hacia uno de los cristales, y en primera fila contempló la panorámica. El sol ya se había guarecido tras los edificios más altos y las luces navideñas que cruzaban de bloque a bloque, titilaban a media altura, anunciando que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. A Rafael Miranda, estas fechas siempre le traían tristeza y melancolía, pero hoy, se sentía distinto. Empezaba a notar que su vida empezaba a virar hacia una dirección concreta. Pertrechado con la chaqueta y la carta, bien sujeta entre sus dedos, tomó una buena posición y esperó con impaciencia. Alrededor, había paneles informativos que arrojaban información sobre los edificios de más interés o las estatuas que adornaban el inmenso parque del Oeste; pero Rafael tenía que mirar a la Plaza de la Moncloa, como le había pedido Mariela. El nerviosismo le hacía recurrir al reloj asiduamente, pues tenía que abrir el sobre a la hora indicada: las 19:55.

Tras veinticinco minutos contemplando la estampa que le ofrecía la ciudad, le llamó la atención la presencia de un tipo que avanzaba sobre el pavimento adoquinado de la Plaza de la Moncloa, empujando un carrillo de mano con la carga cubierta por una sábana de hospital. Avanzó en dirección al lustroso Arco de la Victoria que sitiaba el bulevar y allí comenzó a pintar un número uno gigante con un spray luminiscente de color rojo. A Rafael Miranda, la presbicia y la incipiente miopía le hacía un flaco favor para fijarse en los detalles, por no hablar de la lesión ocular que le causó las astillas de una vieja puerta tras un disparo realizado por el sargento Roca, para liberar a Verbeke de manos de su captora; aun así, se esforzó por saber si aquel espontáneo tenía algo que ver con Mariela. Justo hoy hacían un mes saliendo y la puesta en escena podía ser una original muestra de amor. La gente que ocupaba el mirador cuchicheaba sobre aquel hombre. Rafael Miranda sintió intriga, ese número tan grande parecía realizado a conciencia para que todos los ocupantes lo divisaran desde arriba.

Con su móvil realizó una fotografía y amplió la imagen. Todo le pareció muy extraño. El que había pintado un número gigante y lo había enmarcado se aproximó a la sábana e iba vestido de cirujano. Y como si de un mago se tratara, retiró la sábana y mostró lo que con tanto recelo guardaba: una persona con el torso descubierto y con una mueca en la cara casi cadavérica. Los gritos de asombro dentro del mirador no tardaron en contagiarse. Los teléfonos grababan la escena, mientras Rafael se tocaba el bigote como si le estuviera dando cuerda a su lógica. A cambio obtuvo un mal pálpito acompañado de un escalofrío que le erizó los vellos de su nuca. Su impecable olfato de investigador le decía que algo no iba bien. Procurando mantener la calma, ante el caos que se apoderó del habitáculo, abrió la carta con torpeza y leyó el contenido. Para su sorpresa, la letra ordenada y elegante de Mariela, donde se podían leer las instrucciones, poco tenían que ver con la puntiaguda caligrafía que emborronaba la misteriosa carta:

«Querido Rafael, permítame que lo tutee. Nos quedan muchos careos en la sala de interrogatorios, y es hora de saltarnos los formalismos. En primer lugar, decirte que no le tomes en cuenta el papel que ha jugado Mariela, le pagué para que te sedujera; ella solo ha sido el cebo para que muerdas mi anzuelo. Supongo que en estos instantes te sentirás colérico, pero no busques venganza en Mariela, ya ha tomado un vuelo fuera del país. No te ofendas con mis métodos, pero era necesario para llevar a cabo mi plan. Es curioso como las mujeres nos causan dolor cuando están vivas, pero sobre todo cuando ya no están. ¡Mujeres! Sí. Hazme caso, sé de qué le hablo. Tú y yo, compartimos ese sentimiento de vacío, esa tristeza desoladora, esa deuda que no se puede vengar, esa ira que cada día nos destruye un poco más. Créeme, por eso te elegí. Un tipo listo como tú, no hubiese caído en ninguna argucia. Solo me quedaba jugar con tu corazón malherido, ponerte delante de tus ojos a un fiel reflejo de tu esposa… un espejismo. Ahora, en estas fechas de melancolía, tengo un propósito, un calendario de adviento que habla de mi angustia, de mi dolor, del mensaje que quiero que todos escuchen. Desde el mirador donde te encuentras, me verás como a una simple cucaracha a la que aplastar de un pisotón, pero te aseguro que soy mucho más que eso. Cuando te revele mi identidad, igual empieza a faltarte el aire. Te daré un dato ya que, en la noche y desde tu posición, no habrás adivinado quién soy. Te daré mi nombre y apellido: Dr. Borja de Pellicer. ¿A que ahora me pones cara? Pues no pierdas más tiempo. La primera ventana del calendario ha sido abierta y te restan 23 días antes de que muchos mueran por mi decisión». Rafael Miranda hizo un amago por estrujar la carta entre sus dedos, pero supo que en ella podía haber huellas. El aire en aquel habitáculo, con capacidad para un centenar de personas, comenzó a volverse espeso. Víctima de la tensión y de su respiración agitada, se desabrochó el botón más

cercano a su nuez. Tomó aire y miró al cirujano de la plaza con desidia. Pensó en lo bien orquestada que había estado toda la puesta en escena. Antes de que el ascensor empezase a desalojar a los visitantes del mirador, el tipo de abajo se descubrió el rostro y elevó el dedo corazón a modo de ofensa. Rafael Miranda quedó solo en aquella pecera esférica empañando el cristal con su aliento. Con el corazón en un puño, tomó su móvil y abrió la agenda. El primer nombre que vio fue el de la teniente Julia Verbeke, pero pasó de llamarla, ya que quería rigor desde el principio. Su prioridad fue el sargento Iván Roca. Este descolgó.

—Dígame, mi Teniente Coronel —respondió mientras se oía un ruido de fondo basado en pitidos, acelerones y tráfico.

—Sargento, ¿está conduciendo? Si tiene la radio puesta, apáguela.

—Eh… ¡Shh!… Sí, ya la apago —dijo mientras hacía señas a Julia Verbeke para que cerrase el pico, ya que iba en el sillón de atrás con una pea importante.

—¿Y a dónde se dirige? Debería estar en su despacho.

—He tenido que salir… una emergencia... —mintió—. Un imprevisto.

—Le llamaba… porque tenemos a un individuo vestido de cirujano en la Plaza de la Moncloa. Parece que transporta a una persona en estado de inconsciencia sobre un carrillo de mano. Quiero que se haga cargo antes que la Policía Local o la Nacional. ¿Queda claro?

—¿Llamo a una ambulancia? —añadió Roca acelerando el Mini.

—No, ya me encargo yo. Y que no se escape ese hijo de puta… Si no me falla la vista y la memoría, te puedo adelantar que se trata del cirujano que mató a mi mujer. Yo voy a pie y de camino. Me reúno allí contigo.

La llamada se cortó. A Julia Verbeke se le pasó la borrachera ipso facto. Roca se quedó con ojos como platos. Casi se come una anciana en un paso de peatones.

4

Verbeke y Roca

El pecho del sargento Roca repicaba como si su corazón fuese el campanario de un pueblo turístico en las fiestas patronales. No entendía nada de lo que estaba pasando. Por no hablar del tono quebrado que había usado su jefe. «Miranda no suele sobrecogerse con facilidad. No se arruga de cara a la galería», temió. De inmediato supo que debía tratarse de una situación bastante comprometida. No hallaba otra explicación.

—¡Manda huevos las vueltas que da la vida! —se sorprendió la teniente Verbeke dejando un halo de alcohol en el habitáculo del coche—. El cardiólogo que seccionó la coronaria equivocada y desangró a su mujer en la mesa de operaciones, aparece después de unos años para complicarse la vida de nuevo. ¿Qué opinas? ¿No te patina algo en la calva?

Julia Verbeke no recibió respuesta de su compañero. Roca estaba molesto por el compromiso en el cual lo había metido. Su carácter se podía resumir con dos rasgos: *bienqueda* y riguroso; todo lo contrario a su compañera y actual pareja. Restando importancia a la actitud infantil de su novio, Verbeke se desabrochó el cinturón de seguridad, abrió la ventanilla y asomó sus mofletes fuera del coche con el fin de tomar aire. Sí, se asfixiaba, como un pez de feria en una bolsa de plástico. La conjetura sobre la aparición de aquel cirujano, sumado a las tres copas de ginebra que bullían en su estómago crearon un coctel ácido que amenazaba con salir por su boca de un momento a otro.

—¿Vas a vomitar? Si quieres me echo a un lado. Ayer limpie la tapicería. Tenías los sillones con dos dedos de mugre.

—Solo estoy espabilándome. Y por cierto ¿quién te ha dado permiso para limpiar mi coche? —le recriminó—. No habrás querido borrar un rastro. ¿No te habrás tirado a nadie en el asiento de atrás?

—Si alguien tiene que darme explicaciones, eres tú. Que sales cada día libre que tienes, a bares de copas y discotecas como si tuvieras veinte años. Si me estás engañando, ya es hora de que me lo digas.

—¡Cuántos más músculos tienes, más inseguro eres! Tranquilo, si te quisiera ser infiel no me haría falta ir a un bar —le respondió cerrando los ojos, mientras el aire frío le helaba el cutis—. He estado con el brigada Damián Tocino. Lo envían a Cantabria, a un operativo en mitad del bosque… parece que hay un psicópata suelto por el monte.

—Ya. Cualquier excusa es buena para celebrar un acontecimiento inútil y emborracharse.

—Fin de la conversación. No me ralles. Necesito espabilarme para asimilar todo lo que acabo de escuchar de boca del Teco. Estoy haciendo un ejercicio de memoria para ponerle cara al sospechoso.

—Está bien. Pero a ver si te cortas un poco y piensas en mí. Ahora, recuérdame los detalles de la historia entre el cirujano y la esposa del Teniente Coronel —le pidió Roca dando dos volantazos bruscos para esquivar una moto de *Glovo*—. No entiendo qué busca este tipo. ¿Venganza?

—El cirujano tenía pena de diez años por homicidio imprudente —le explicó a grito limpio por fuera del vehículo—. Pero su padre es juez y se dio las trazas para rebajar su pena: solo le retiraron la licencia para ejercer la medicina. ¡Aunque se comió tres años en el talego! —se guareció de nuevo en el habitáculo—. Lo último que sé de él es que montó una clínica de estética y belleza en Móstoles, pero la cerró al poco.

—¡Eh! ¡Mira la Puerta de la Moncloa! Allí sigue el tipo. No ha huido.

—¿Dónde?

—Allí, justo bajo el arco, de espaldas. ¿Qué lleva? ¿Tiene una carretilla de mano? ¡Menudo chalado!

—¡Ya lo veo! Deberíamos dividirnos para que no salga corriendo. Tú lo abordas por detrás y lo reduces. Yo iré de frente y lo entretendré.

—No es buena idea. No te va a entender —le hizo entrega de los grilletes—. Apenas vocalizas.

—Me he tomado tan solo una copa —mintió—. ¡Puto garrafón! Vale. Yo lo reduzco.

El vehículo rodeó la Plaza de la Moncloa con el fin de no llamar la atención del sujeto. Tras evaluar la situación, estacionó en el borde, a unos escasos metros del arco de piedra de 35 metros de altura. El Mini escupió a una mujer de cuarenta años, pelo rubio enmadejado y cárdigan de lana, que caminaba con torpeza, como un cervatillo recién salido del vientre de su madre. No tenía su arma reglamentaria, por lo que decidió tomar sus tacones en una mano. En la otra, llevaba las esposas que le había facilitado Roca. A pesar de ver algo turbio y de costarle mantener el equilibrio, se dirigió sin temor a hacia la espalda del sujeto. Mientras avanzaba, en su cabeza retumbaba una duda: *«¿Cómo habrá llegado Borja de Pellicer hasta el Teniente Coronel? ¿Cómo habrá conseguido llevarlo hasta el faro de la Moncloa para que vea, como un espectador en primera fila, la terrorífica función?».*

5

El cirujano tiene un mensaje

El coche bordeó la plaza con sigilo, hasta posicionarse al lado opuesto de donde se bajó Verbeke. Roca encendió los cuatro intermitentes y detuvo el motor. Se apeó del vehículo encastrando la pistola entre la rabadilla y la correa de su pantalón vaquero. Sin perder de vista al susodicho, se enfiló hacia él. A cada zancada, percibía como las pulsaciones se le disparaban, pues desconocía si aquel tipo vestido de cirujano ocultaba algún tipo de arma bajo el pijama sanitario. Sin torcer la cabeza, ladeó sus pupilas de izquierda a derecha valorando la situación. Había infinidad de gente grabando en video al tipo. Además de algún que otro mendigo, que se escoraba tras unos cartones, para guarecerse del frío. Roca posó su mirada en el uniforme del susodicho. Era de color azul y tenía salpicones de sangre. Llevaba un gorro de tiras empapado en sudor y bajo este, una mirada abstraída.

Sin querer despertar su atención, fue ajustando sus andares, esperando a que su compañera estuviera lo suficientemente cerca. Entonces se colgó la placa en el cuello para que el sospechoso lo identificase desde la distancia. Roca observó las manos del individuo, no estaba armado. Mantenía los nudillos alejados de los asideros del carrillo. Sobre la caja del artilugio, se podían observar dos piernas y dos brazos que sobresalían laxos, mientras el tronco se mostraba desnudo a pesar de vestir una chaqueta desabrochada donde se podía ver su torso: tenía una cuadrícula con números dibujada en rotulador negro. La entrepierna estaba cubierta por una sábana arrugada, que en la noche se mostraba verde con máculas marrones. Roca acortó la distancia y se detuvo. Averiguó que no se trataba de un maniquí: allí había una persona. Y, por el gesto desencajado de su cara dedujo que estaba muerto. Roca perdió un par de segundos para contemplar la escultura que soportaba el enorme arco. En él se mostraba una cuadriga alada con la estatua de la diosa Hera. El cirujano no tardó en distinguirlo entre los curiosos que pululaban por los bordes de la plaza, y supo de inmediato que aquel hombre de metro noventa y gorro negro, era un agente de la ley. El sargento sacó la pistola y apuntando al frente emprendió la galopada a la voz de: ¡Guardia Civil! ¡Al suelo!

El cirujano dio un paso atrás. Y se arrodilló con las manos en la nuca. Mientras se plegaba, conversaba con el agente.

—¡Déjese de rodeos y lléveme al trullo! —le convino—. No voy a huir. Y quiero que todo esto dé comienzo de una puta vez. ¡Me estoy helando los huevos!

—¡Al suelo le he dicho! —le ordenó Roca.

El cirujano se puso bocabajo. Notaba el frío pavimento a través de su fino pijama. Elevó la cabeza unos cinco centímetros del suelo, y no contento con tener el cañón de la Beretta apuntándole a la sien, continuó hablando.

—Se avecina una masacre… Escuche mientras llegan sus compañeros, es importante. ¡Hoy se abre la primera ventana del calendario! Una cuenta atrás que no se detendrá hasta llegado el 24 de diciembre. Ese día…

—¡Guardia Civil, hijo de puta! —le cortó Verbeke saltando sobre su espalda y tirando de sus brazos hacia atrás con el fin de esposarlo. Teniendo tan mala suerte que una de sus rodillas se apoyó en su nuca provocando que el cirujano se golpease contra el suelo con violencia. El sonido fue tosco. Los ojos se les pusieron en blanco. Emitió un balbuceo y quedó inerte.

«¡Ostia puta!», se sobrecogió Roca. A continuación, se lanzó a tomarle el pulso a la persona que estaba sobre la carretilla y luego al cirujano.

—La víctima está muerta —resopló—. Por suerte, el sospechoso solo está noqueado. ¡Has metido la pata hasta el fondo, Julia! Estaba a punto de revelarme un mensaje. Tiene algo malo planeado para el día 24.

Verbeke se echó las manos a la cabeza. Volvió un par de pasos para recoger sus tacones y tomó su teléfono. Llamó a una ambulancia, cosa que ya había hecho su jefe minutos antes. De entre la masa que se agolpaba alrededor de la escena del crimen, apareció el Teniente Coronel repartiendo codazos. Le faltaba el aire debido a la cabalgada que acometió desde el mirador hasta la plaza. Su frente se mostraba perlada en sudor, y en sus puños cerrados, contenía toda la ira que albergaba en su interior. Avanzó dos pasos cortos más para aproximarse hasta el hombre que tanto daño le hizo en el pasado. Su pecho se agitó como el fuelle de un soplador de chimeneas. Delante de la puntera de sus mocasines, tenía al mismísimo asesino de su esposa y contó hasta diez para no patearlo. Sería demasiado cobarde por su parte y se contuvo. Luego pidió explicaciones.

—¡¿Qué demonios ha pasado aquí?!¡Lo quería vivo! —requirió. Su corazón latía con estrés. Su bigote se agitaba como una oruga—. Quiero interrogar a este cabrón y que se coma una pila de años tras unos barrotes. ¡Que se pudra en una celda!

—Se resbaló y se dio en la cabeza —argumentó Verbeke poniendo un tono poco creíble—. Solo ha perdido el conocimiento.

—¿Y qué hay de la persona que está bajo la sábana?

—No tiene pulso. Cuando llegué ya estaba muerto —informó Roca mirando a los ojos inyectados en sangre de su jefe—. Hay que balizar

la escena del crimen y que vengan los de Científica. Pues el detenido me ha hablado de algo de un calendario —destapó el cuerpo— y mire su pecho: tiene una inscripción.

El Teniente Coronel arrugó el ceño y contempló el torso dibujado a lo que parecía rotulador y regla. Trazos que formaban una cuadrícula perfecta con números desordenados. No salió de su asombro al ver la composición. Verbeke hizo lo mismo. Como si aquello fuese un acertijo esperando respuesta. Nunca había visto nada semejante, y eso que el último caso le pareció una rareza criminal.

—¡Cubrid a la víctima con la sabana! No quiero fotos en los medios ni las redes sociales. Hay que respetar la intimidad del fallecido —dictaminó el Teniente Coronel.

La plaza se llenó de luces rojas y azules. De gritos y murmullos. De curiosos que rodeaban el arco de piedra con sus móviles como si fuesen reporteros de guerra en mitad de una tragedia. Las redes sociales no tardaron en cargarse de imágenes de aquel loco vestido de cirujano ni tampoco tuvieron escrúpulos a la hora de publicar la temerosa actuación de aquella mujer rubia y entrada en carnes, que descalza y con poca destreza, saltó sobre el sospechoso para ponerle las esposas.

Ahora tocaba investigar por qué razón, el homicida había llevado a un cadáver con el pecho numerado hasta el monumental arco de piedra. Resultaba extraño que no hubiese querido salir corriendo después de lo que había hecho. Igual, necesitaba que lo interrogasen.

Igual, quería dar instrucciones sobre su maléfico plan.

Detalles escabrosos de lo que estaba por venir.

6

Carga de emociones

01:15 de la madrugada
Edificio de la UCO

El despacho del Teniente Coronel siempre fue una habitación ordenada, donde resultaba imposible encontrar sobre su mesa un solo folio sobresaliendo de las interminables torres de informes. Tampoco eran habituales los coloridos pósit pegados alrededor de la pantalla ni bolígrafos que no fuesen de la marca BIC. Solo una Olivetti del año 82, una biblia con el lomo dorado, una foto de su mujer sonriendo y un bote lleno de caramelos de regaliz salpimentaban la sobria decoración. Recuerdos melancólicos y faltos de color; sensaciones que tenían que ver con su actual estado de ánimo.

Rafael Miranda se sentó en su sillón giratorio de cuero, buscó en los cajones de su escritorio un Lexatin y lo colocó bajo su lengua a la espera de que se deshiciera lento, como un pez que se pudre en una orilla. Entre sus tomó el marco con la foto de su mujer fallecida y soltó una lágrima. La sensación que le atormentaba tenía un nombre: decepción. Sabía que ese amor puro que sentía por Candela fue profanado por una mujer de nombre Mariela, que solo había sido un cebo para llevarlo hasta la boca del lobo. Se sentía estúpido, frustrado, imbécil. Y entendió, que abrir su corazón y haberse deshecho de esa coraza impermeable, solo había conseguido volverlo más frágil. Debía seguir en su senda de soledad autoimpuesta. Tenía que hacerse el duro, y seguir siendo esa persona fría que causaba respeto y resultaba impenetrable. Un ciudadano dedicado a su trabajo y a su amor por el recuerdo de su esposa.

El amargor de la cápsula fundiéndose con su saliva, amargaba su paladar y le traía recuerdos impostados sobre lo que ocurrió aquel fatídico día en el mejor hospital privado de todo Madrid. Pensó en toda la gente que rodeaba a su esposa antes de la intervención. Todos aquellos que, como simples espectadores, contemplaban como el cirujano cardiovascular llegaba “puesto” de cocaína, contando chistes y haciendo bromas. Con el pulso acelerado y sus dedos bailando claqué. Torpe con el bisturí y precipitado a la hora de tomar decisiones a contrarreloj. Jugando a ser Dios en aquel frío quirófano rodeado de ángeles que cumplían su palabra sin rechistar. A pesar de que habían pasado más de diez años, todavía no se explicaba cómo el resto del equipo sanitario no tuvo la dignidad de detenerlo. Borja de Pellicer no estaba solo realizando la operación, contaba con dos

enfermeras, un anestesista y un auxiliar de enfermería. Quizá les pudo el miedo a contradecirlo. El temor a ser despedidos. La idea de faltarle al respeto a un cirujano que un día fue una eminencia. Miranda lo tenía claro: todos fueron cómplices de una muerte anunciada. Y él, el damnificado. El mártir que, en vida, le tocaba llorar la pérdida de su esposa.

De pronto, la puerta sonó a golpe de nudillos. Miranda se abstrajo de sus pensamientos. Engulló la cápsula y dio permiso para entrar a los que le visitaban. Verbeke y Roca cruzaron el marco. Ella, se había recogido sus cabellos rubios en una cola alta. Como de costumbre y para tapar sus curvas, vestía cárdigan de lana rojo y pantalón de cuero con tacones. Él, se quitó el gorro. La calva relucía bajo el foco de las barras fluorescentes; las primeras canas de su afilada barba de hípster brillaban como si fueran de fibra óptica. En su jersey de cuello alto se marcaba su portentosa musculatura. Roca le daba culto al cuerpo y a la mente, como si fuese una religión a la que venerar.

—Tomad asiento.

El binomio, tan distinto en cuanto a lo físico, arrastró sus sillas y se posicionaron frente al jefe. Verbeke esperaba un sermón. Independientemente de lo sucedido en la Plaza de la Moncloa, sabía que le iban a preguntar por qué Roca había abandonado el edificio para ir a recogerla.

—Si os he traído a mi despacho, antes de que se monte todo el operativo, es porque debemos aclarar ciertas circunstancias. Tanto por mi parte como por la vuestra. Sois mis mejores investigadores a pesar de los pequeños líos en los que os metéis últimamente…

—El sargento no tiene culpa —Julia se anticipó, como no podía ser de otra manera—. Yo le insistí hasta la saciedad para que viniera a recogerme. Me pasé con las copas y me quedan muy pocos puntos en el carné.

—Ya sabe lo persuasiva que es Verbeke, mi Teniente Coronel; me llamó unas diez veces —argumentó mostrando su teléfono y lanzando una indirecta a su pareja, con la que había roto y vuelto en varias ocasiones en los últimos años—. Últimamente sale mucho.

El Teco hizo un chasquido con la lengua. Y recargó su mirada antes de hablar con Verbeke.

—Para eso están los taxis… —agitó la cabeza con desconcierto—. En fin… Desde arriba me envían las quejas sobre su actuación desproporcionada a la hora de reducir al sospechoso: ya estaba contra el suelo y no representaba una amenaza —juzgó y plantó un silencio suspensivo. Esperó algún atisbo de arrepentimiento en la teniente. Pero no se inmutó—. Una rodilla sobre la cabeza del sujeto no da buena imagen. Y ya circula por las redes sociales en pos de hacerse viral. De momento, no van a tomar medidas contra usted, pues alegué

en su defensa que no estaba de servicio. Pero, para otra vez, sea consecuente con sus procedimientos.

—Mis disculpas. Me dejé llevar… y el alcohol tuvo culpa.

—Conocía tu adicción al chocolate… pero este nuevo vicio me parece dañino para el buen funcionamiento de tu privilegiada mente —la miró con desidia—. Bueno. Ahora pasemos a lo realmente importante —recondujo la conversación atusando su bigote como un gato que se acicala con detenimiento—. Tenemos un cadáver en el anatómico forense y un herido en observación en el hospital. Madrid está conmocionado por el suceso, y los Mandos pronto me estarán exigiendo que les dé algún argumento del porqué me hice cargo del crimen. Pero antes que al resto de agentes quiero que vosotros dos sepáis la verdad de primera mano. Os debo una explicación de mi implicación en lo sucedido. Y también he de deciros que, por la carga emocional que me causa ese hijo de puta, prefiero no involucrarme directamente en esta investigación. Es más, he ordenado que no lo traigan aquí; he pedido que lo lleven al calabozo del cuartel de Las Rozas. ¿Por qué? Porque si lo vuelvo a tener delante… es posible que lo estrangule con mis propias manos.

—Cálmese, ese cirujano pagará por lo que ha hecho —soslayó Roca.

—Antes de seguir y perdone mi osadía —intervino Verbeke arrugando su frente—. ¿Cómo se ha dejado embaucar para presenciar el crimen?

Miranda sorbió por la nariz y respondió.

—En resumidas cuentas, abrí mi corazón a la persona equivocada. Estuve conociendo a una arpía, con la que coincidí en el bar del hospital dónde me intervinieron de la lesión ocular; que es el mismo en el cual falleció mi esposa —apretó los labios y miró la foto—. Se presentó. Empatizó conmigo a la primera. Parecía que había química. Me habló de la pérdida de su marido y de lo mal que lo estaba pasando. De esa soledad intrínseca que palpita en su corazón día sí y día no. Incluso me propuso ir a misa… Ahora sé que todo fue un montaje, una pantomima: sabía mi historia con Candela. Cuidó todos los detalles para parecerse físicamente a ella. No tardé en dejarme embaucar. Le abrí mi corazón. Me entusiasmé. Y cuando creí que esto iba a tomar un rumbo serio, me hizo entrega de una misteriosa carta. Una cita en aquel mirador: un billete en primera fila al más macabro y cruel de los espectáculos —Miranda revoleó la biblia que tenía bajo las manos contra la pared. No había Lexatin que lo calmase—. ¡Caí como un bobo! Pensé que tenía derecho a volver a ilusionarme. Pero no. Acabo de caer en el juego de ese cirujano hijo de puta, y sinceramente, ahora mismo me estoy despeñando en mi propio abismo.

Verbeke se levantó y amagó con ir hasta él para abrazarlo, pero

aquel gesto no tuvo aprobación por parte del Teco. Se sentó y lanzó un consejo desde su silla.

—Cualquiera de nosotros estaríamos ahora mismo tan dolidos como usted… Es algo humano. No se venga abajo. Usted ha pasado por episodios más turbios… No le dé el gusto a ese descerebrado. ¡Qué no le crea derrotado!

Su jefe alzó la cabeza, como si aquel destello de endeblez fuese tan solo un despiste repentino en su férrea defensa emocional.

—Respecto a la carta con la que me citó en el mirador, deciros que ya la tienen en su poder los de Científica. Luego se la harán llegar al grafólogo. En ella se hablaba de los motivos por los cuales me había elegido. Y me explicaba que Mariela es una actriz contratada por él. Ahora está fuera del país.

—¡Joder! —expresó el sargento llevándose las manos a la calva—. ¡Qué retorcido me parece todo!

El Teniente Coronel miró la foto de su esposa de nuevo y se perdió allí durante unos segundos. Luego, dictó las diligencias a llevar a cabo.

—Ahora vamos a trabajar duro para poner fin a este caso lo antes posible. Quiero datos de filiación de Borja de Pellicer, redes sociales, delitos, e incluso su historial académico. Además, vamos a revisar todas las cámaras que haya en un perímetro de dos kilómetros a la redonda. Tuvo que transportar al cadáver desde algún vehículo.

—¡El teléfono! —le interrumpió Verbeke contemplando como su jefe no se daba cuenta de los tonos de su móvil, preso del coraje que se manifestaba en su modo de hablar y gesticular. El Teco deslizó el dedo por la pantalla y descolgó. Tras una breve comunicación, resumió la llamada—. Es Nekane Ndiaye; el cadáver que estaba sobre la carretilla hace ya unos minutos que lo levantó el juez, y va de camino al Anatómico Forense. Así que dese una ducha y acompañe al sargento a la mesa de autopsias. Quiero saber de primera mano, la magnitud del suceso. ¡Estoy deseando enchironar a ese cabrón!

—¿Algún dato a tener en cuenta? —intrigó Roca separando el jersey de su pecho.

—Nuestra compañera de Científica está muy liada sacando fotos del lugar de los hechos. Dice que te va a enviar un WhatsApp con algunos datos en cuanto pueda. Asegura que hay mucha gente alrededor y que pueden contaminar la zona. Pero, si algo le ha llamado la atención, es lo mismo que a nosotros: la cuadricula con números que tiene dibujada en el pecho. Le parece una marca de identidad… por lo que no hay que descartar que sea un asesino dispuesto a cometer algún homicidio más.

Verbeke y Roca se miraron a los ojos. Al unísono respondieron lo mismo.

—¡¡Crucemos los dedos para que todo quede ahí!!

7

La autopsia

El binomio Roca-Verbeke se adentró en la noche de Madrid. Los adornos navideños que anticipaban las fiestas ofrecían encanto a la oscuridad que procuraban los edificios de hormigón y el siempre negro asfalto. Fuera hacía un frío helador y una bruma siniestra se precipitaba contra los picos de los rascacielos con la firme intención de emborronar el paisaje.

Dentro del habitáculo, el silencio recalcaba la tirantez que existía en el ámbito íntimo de la pareja. La relación entre los dos no marchaba bien. Roca sabía que Verbeke no era la misma desde que cayó cautiva en manos de la asesina de los tatuajes. Su comportamiento, su actitud beligerante y esas salidas nocturnas, le hacían pensar que su novia le ocultaba algo. No eran pocas las veces que volvía magullada o con marcas de haber sufrido alguna agresión. Pero ella se negaba a darle explicaciones. Argumentaba que se había peleado con algún capullo que se había pasado tres pueblos con las formas. Roca estaba habituado a estos devaneos y hacía de tripas corazón con cada vez más frecuencia.

—¿Te ha enviado Nekane los primeros datos de la víctima? —quiso saber Roca, que manejaba con destreza el volante del Toyota Avensis.

—Ha sido muy escueta. Supongo que no le ha dado tiempo a redactar el informe. Pero habla que se trata de un varón asiático. Tenía en el bolsillo un pasaporte de China y una inscripción en el tórax. Iba vestido con pantalón de pinzas y chaqueta desabotonada. Fue transportado en esa vieja carretilla de mano donde ha encontrado barro rojizo pegado en la estructura. La muerte ha sido provocada por asfixia, aunque tenía una herida con un moratón sobre la arteria radial.

—¿Un chino asfixiado y narcotizado?

—Eso parece. Pero lo que me preocupa es lo de siempre: si se trata de un homicidio aislado o si ha hecho algo más.

—No anticipemos nada —la calmó Roca—. Por cierto, ¿llevas algodón y Vip Vaporub para maquillar el olor del cadáver? ¿Paro en una farmacia?

—Desde que cogí la COVID, perdí parte de mi olfato. Tengo la hiperosmia a raya gracias a la infección. Cosa que me ayuda en estos casos, aunque tengo que admitir que me putea a la hora de saborear la *Nutella* y otros manjares azucarados.

El edificio del Anatómico Forense se alzó frente a ellos como un gigante de ladrillos vistos, en cuya tripa fermentaban los cadáveres de

personas que, hacía bien poco, estaban vivas. Roca aparcó. Ambos se apearon del vehículo y caminaron hasta la recepción. Allí, se identificaron ante una chica con pecas y gafas de metal, que les hizo entrega de una mascarilla quirúrgica. Luego, los pasó a una sala para que se colocaran los EPIs. Una vez ataviados para no contaminar el cadáver, los acompañó hasta el box de autopsias número 4. Una vez entraron, pudieron comprobar como el equipo estaba trabajando sobre la víctima, haciendo todo tipo de cortes para ensayar los tejidos. La decoración era una copia de las otras salas: muebles de acero inoxidable, lavamanos con pedal justo a la entrada, una báscula para pesar los órganos y el microscopio. Respecto a la mesa de autopsias, parecía un modelo nuevo que el cadáver estaba estrenando en aquellos instantes: dotada de aspersor, aspirador, triturador de residuos y un flamante fregadero que brillaba bajo la luz led que iluminaba el sujeto a examinar. Junto a la mesa auxiliar de disección se encontraba la inconfundible silueta del forense Santana, con su cabellera a lo afro embutida en el gorro sanitario. Tenía tres enfermeros como ayudantes; uno justo al lado, otro recogiendo las muestras y otro realizando las fotografías que luego serían anexadas al dossier post mortem.

—¡Buenas noches! —saludaron los agentes provocando que los que robaban tejidos del cuerpo como aves carroñeras se girasen—. Teniente Verbeke y sargento Roca de la Policía Judicial de la Guardia Civil.

—¡Julia! ¡Échale mojo! —se emocionó el patólogo remarcando su acento canario—. Estamos que no salimos de nuestro asombro. Si nos esperan un minuto, terminamos de recoger la muestra para hacer el pool de vísceras, y ya lo cosemos.

—No hay prisa —añadió el sargento con desgana.

A Verbeke le fascinaba el lenguaje de los que ya no hablan, sentía una especial predilección por sacar conjeturas respecto a los indicios dejados por las heridas. En cambio, Roca sentía repelús y nauseas. Le desagradaba presenciar el contenido de un cuerpo por dentro. Y eso que era un tipo duro al cual no le importaba enfrentarse a un delincuente con los puños, disparar a sangre fría a un homicida o negociar con un terrorista con un chaleco de explosivos; pero el hedor de un fiambre y los fluidos que supuran en plena descomposición no era algo de lo cual pudiera pasar. Esa era una de las razones por las cuales se había vuelto vegano de hacía un año para acá.

El equipo forense se retiró, y dejaron al patólogo su espacio para que les trasladara lo que había encontrado en el cuerpo.

—Tenemos un varón. Adulto. Rasgos asiáticos. Hora de la muerte: las 18:00. Muerte violenta por estrangulamiento a mano. En el reglón cervical derecho e izquierdo, presenta lesiones equimóticas y

paralelas. Tiene infiltración sanguínea vital en el borde inferior del cuello. No había huellas dactilares en la región. El que ha hecho esto, uso guantes. Pero sus lesiones no están todas a la vista… ¡A este homicida le falta un chaparrón! —se expresó mostrando su asombro de nuevo—. Como podéis comprobar ha dibujado con rotulador esterilizado una especie de cuadrícula, pero con los números salteados. Van del 1 al 24.

—¡Como un calendario de adviento! —añadió Verbeke conociendo este tipo de producto navideño.

—¡Exacto! Solo que dentro no hay chocolatitos. Hay otro tipo de recompensa.

—¿Cómo que dentro? —intrigó Roca lastrando la última vocal.

Santana tomó las pinzas de *Allis*, y se dirigió a la ventana número uno. El contorno de la herida estaba rojizo y se podía apreciar un cuadrado perfectamente recortado a la altura del pectoral izquierdo.

—¡Mirad! Hay rastros de coagulación. Se la hizo con vida y estuvo cicatrizando con el paso de las horas —cortó los hilos negros e introdujo las puntas de las pinzas en las incisiones. Tiró de la porción de carne hacia arriba y se despegó una pieza cuadrada de carne y piel. Bajo éste, había un objeto de color negro—. La técnica usada por el bisturí y la sutura que tiene a modo de bisagra en uno los laterales, indica que lo tuvo que realizar alguien con destreza quirúrgica.

—Ya tenemos al culpable detenido —le informó Roca—. Y sí, es cirujano cardiovascular de profesión.

—¿Eso que le han escondido qué coño es? —quiso saber Verbeke arrugando el ceño.

—Un *pendrive* —añadió Santana, elevándola con sus dedos enguantados hacia la luz led. Luego, la introdujo en una bolsa para evidencias—. No salgo de mi asombro.

—No creo que nadie soporte en sus cinco sentidos una intervención sin estar sedado. Seguro que fue narcotizado —argumentó Roca.

—A mí me cortaron la espalda con un cuchillo de cocina y tiraron de la carne que colgaba y casi lo soporté… si estás atado solo te queda gritar como una rata y rezar porque te dé un desmayo —repasó Verbeke su vivencia.

—¡Buff! —se sobrecogió Santana tras el relato—. La víctima tiene una marca en el antebrazo similar al que dejan las vías de los goteros.

—¿Alguna otra herida? —preguntó Julia.

—Los talones los tiene despellejados: por lo que tuvo que ser arrastrado durante unos cuantos de metros. También hay restos de tierra en las uñas de sus pies. No muestra contusiones.

—¿Y eso que tiene ahí? —se refirió a unas letras que tenía en la cabeza del hombro—. ¿Le ha dejado un mensaje?

—No. No está hecho con rotulador dermográfico. Se trata de tinta

china.

Verbeke sintió un escalofrío por su espalda. Aún recordaba la aguja penetrando con saña en las diferentes capas de su piel. Como si su captora estuviera viva en cada tatuaje que veía. Por más que se negara a admitirlo, seguía traumada por el daño afligido: el caso de Los crímenes del mar de Madrid había dado una vuelta de tuerca en su modo de percibir las emociones.

—Ya veo que es un tatú. Pero según Nekane, la víctima tenía pasaporte de China … y si no me falla la vista, ahí estoy leyendo: «Mereces lo que sueñas».

—Tienes razón, Julia —corroboró Santana escrutando el hombro del chino—. Pero este tatuaje no es reciente.

—¿Qué oriental viene de viaje a España y se tatúa una frase en español? —divergió Roca.

—La gente se tatúa letras en chino que no tienen ni puta idea que pone —repuso Verbeke—. ¿Por qué no puede darse a la inversa?

—¡Porque en España hay mucho cateto! —objetó Roca.

—¡Aquí se nos está escapando algo! —elucubró Verbeke alejándose de la mesa de autopsias y observando la siniestra estampa desde la distancia—. La edad, el tatuaje, el USB oculto… ¡Este no tiene ni treinta!

—No empieces a conjeturar aquí —la calmó Roca caminando hacia ella y sujetándole por el brazo. Sabía que había enfermeros con los oídos puestos—. Estas cosas se discuten en la sala de operaciones. Ya averiguaremos los detalles. Además, los chinos envejecen de manera distinta.

Verbeke se acercó a los testículos del cadáver. Y le susurró a su novio ante la atenta mirada del forense.

—Mira sus huevos. No los tiene tan arrugados y caídos como uno de 38 —Roca le gruñó y miró avergonzado de un lado a otro. Sabía que había formas de declarar que esa persona parecía más joven—. Además, el tatuaje en castellano no me cuadra. Por no hablar de que el criminal haya escogido un ciudadano chino para estrangularlo delante del Teniente Coronel.

—Cojamos ese lápiz de memoria y veamos su contenido —sentenció imprimiendo un tono molesto provocado por el desafortunado comentario de Julia—. A ver qué razón le ha llevado a ocultarlo justo sobre el corazón.

Cuando se despidieron del forense y tomaron el examen preliminar post mortem, se despojaron de la indumentaria anticontaminación e intercambiaron sus inquietudes ante de montarse en el vehículo.

—¿Qué crees que contendrá el *pendrive*? —se preocupó Roca mostrando nerviosismo—. ¿Insultos hacia el Teco? ¿Un video de la víctima siendo intervenida? ¿Una declaración de intenciones?

—Esperemos que no sean fotos de su mujer en la mesa de operaciones… eso sería un duro golpe para nuestro jefe —temió Verbeke, mirando con detenimiento el sobre de evidencias.

—Viniendo del cirujano cardiovascular que cometió la negligencia, lo interpreto como una flagrante provocación hacia el Teniente Coronel Miranda. La ha tomado con él por haberlo enchironado.

—Iván, si realmente hubiese querido provocarlo, yo hubiese puesto en ese carillo de mano el cadáver de una mujer con el pelo negro y rizado como si fuese la propia Candela: ¡Hubiese representado la muerte de su esposa!

—¡Qué retorcida eres! Menos mal que no ha hecho eso…

—Ya, pero eso nos desconcierta más. No sabemos porque lo ha hecho. Pero, supongo que si se ha tomado las molestias de secuestrar e intervenir a un chino para luego implantarle un *pendrive* cerca del corazón, será por alguna razón de peso, ¿no crees? Algo distinto a lo que podemos conjeturar de primeras.

Roca tragó saliva. Su nuez subió y bajó por la longitud de su gaznate como un montacargas.



VENTANA 2

8

El *pendrive* de job

2 de diciembre de 2023
02:00 de la madrugada

En la oscuridad de la madrugada, una luz amarillenta y horizontal iluminaba la cristalera de la planta número cuatro, partiendo en dos el edificio de la UCO. Dentro se respiraba el ambiente de un avispero, donde los agentes iban y venían de despacho en despacho, recogiendo folios impresos y estrujándose las sienes en busca de información. En las bases se buscaban reseñas y datos de filiación del detenido, así como sus redes sociales, antecedentes, grabaciones de las cámaras ciudadanas y los videos de los móviles que se hacían virales. El desgaste hacía mella en las primeras horas de la investigación: el reloj consumía los minutos; la impresora, el tóner; la grapadora, sus grapas; y los agentes, sus nervios… La actividad a estas horas poco tenía que envidiar a la de un lunes por la mañana.

La sala de operaciones olía a café, la noche se antojaba larga. Las miradas de los investigadores se enturbiaban tras la cortina de vapor que danzaba sobre el borde de sus vasos. El equipo elegido por el Teniente Coronel para aclarar qué razones le habían llevado al cirujano a cometer el asesinato eran los habituales: Nekane Ndiaye, de Científica, pelo rizado a lo afro y piel morena; el alférez Téllez, diestro con la informática, y con una camiseta negra de héroes del silencio y una camisa de franela encima; el agente Luis Zamorano, que vestía chupa de cuero marrón y se le clareaba el cuero cabelludo por el flequillo; la teniente Verbeke con sus ojos azules y esas caderas anchas pertrechadas tras un cárdigan; y el forzudo con barba de hípster, Iván Roca. Sobre la mesa un proyector, un portátil de 17”, varios iPhone, el examen post mortem y el pericial; este último detallaba los pormenores de la escena del crimen mediante descripciones y múltiples fotografías. Todos ellos se mantenían ocupados haciendo labores de investigación. Recopilaban y escrutaban los datos mientras aguardaban el dichoso *pendrive*. La puerta de la sala se abrió por enésima vez, un agente con sobrepeso y dos ojeras que parecían pintadas con betún, entró y tendió el lápiz USB al Teniente Coronel. Éste lo atrapó entre sus dedos, y lo llevó al puerto del portátil sin perder ni un solo segundo más. Apagó las luces y encendió el proyector. La pantalla blanca se fundió a negra. Luego apareció el escritorio de Windows a todo color. La imagen de fondo trataba de un haz de líctores y una espada dorada con la Corona Real sobre ellas.

Encima se superponía un globo verde con una balanza y una espada con las letras en negro del acrónimo «UCO». Téllez hizo los honores y se encargó de examinar el contenido a golpe de ratón.

El USB contenía tres carpetas:



La sorpresa fue mayúscula. Todos esperaban un documento Word o un puñado de fotos; pero no, en su lugar había tres carpetas con nombre. Y muy posiblemente, con distinto contenido.

—¡Este individuo se ha tomado la molestia de proteger la carpeta! —dictaminó el que apoyaba sus dedos sobre el teclado—. Pero no ha usado ningún software complejo para encriptarlo. No llevará mucho descifrar la clave.

—Le gusta jugar con los tiempos… —adivinó Verbeke.

—Ha divido el contenido en tres ¿cuál abrimos primero? —pidió Téllez la opinión del equipo.

Miranda, Zamorano y Roca se decidieron por seguir el orden lógico y eligieron la primera, aquella que parecía presentar al sospechoso. En cambio, Nekane y Téllez se decantaron por la segunda carpeta, ya que “adviento” significaba calendario de cuenta atrás. Como era de esperar, la teniente Verbeke quiso ir directa a las soluciones y escogió la tercera. Finalmente, el Teco decidió y abrieron la carpeta número uno. El suspense estaba en el aire. La tensión se respiraba como un gas irritante que agredía sus pulmones. Téllez cliqueó sobre la carpeta y se abrió mostrando un archivo PDF. Hubo una mirada entre los investigadores, un gesto que mezclaba impaciencia y expectación. El informático accedió y pudieron leer lo que parecía una carta de presentación.

«Estimados agentes, me llamo Borja de Pellicer, y quería darles la enhorabuena por detenerme. Ahora estoy donde quiero estar. Como habrán podido comprobar, no he huido de la escena del crimen: he tenido los

cojones necesarios para dejarme arrestar y dar la cara. ¿Por qué? Porque forma parte del plan. Plan que iré desmigando con el paso de los días. De manera agónica, con certezas y sombras, creando preguntas que piden respuestas. Y os aseguro que os conviene escucharme para detener la cuenta atrás: se avecina una masacre en Madrid. Mi primera exigencia es que vengáis a menudo a prisión y que os dirijáis a mí como a Job. La segunda, por si sois del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional, advertíos de que solo responderé ante el Teniente Coronel el Rafael Miranda de la UCO. La tercera, no os toméis este asunto a broma… voy muy en serio, y llegaré hasta las últimas consecuencias pagando cualquier precio».

El Teniente Coronel resopló. Su nombre estaba allí, en esa carpeta dónde se vertía una amenaza sobre la población en general. Julia Verbeke no pudo contener la pregunta y añadió el primer comentario.

—No sé si es cosa de la resaca, pero no entiendo bien de qué va la película —miró a su jefe alzando las cejas—. Usted es el protagonista, el cirujano es el villano… ¿y la trama? Muchos elementos inconexos, ¿no? Un chino asfixiado sobre una carretilla bajo un Arco del Triunfo. Un número uno pintado en el pavimento. Ahora un *pendrive* bajo la piel de un cadáver. Un Teniente Coronel montado en un mirador al que le dedican la macabra actuación. Una amenaza generalizada a la ciudadanía. ¡Me pierdo!

—¿Piensa que es una declaración de intenciones? —intervino Roca —. ¿Una provocación? ¿O simplemente quiere jugar con nosotros?

—Me cuesta hacerme a la idea de que todo esto vaya conmigo —conjeturó el Teco—. Él mató a mi esposa y yo me encargué de enchironarlo. No sé qué lugar ocupo en el puzle de este degenerado, pero no creo que quiera vengarse de mí matando a gente. Si hubiese querido acabar conmigo, hubiera contratado un sicario o bien podría haber utilizado a esa mujer para que me vertiese veneno en mi copa.

—Yo creo que lo mejor es que sigamos abriendo carpetas, en concreto la segunda —sugirió Nekane, rascándose la nuca bajo su melena leonada de rizos—: Info adviento.

Téllez, cliqueó sobre la carpeta indicada. En ella había un documento de texto y dos archivos JPEG.

—Con todos mis respetos. Si fuera usted, miraría para otro lado —sugirió Verbeke a su jefe. Este se mordió la lengua y pegó más aún su rostro a la pizarra blanca donde se proyectaba el haz—. No sabemos qué ha preparado este chalado. Esperemos que no sean fotos de contenido sensibles… que puedan herirlo… ya me entiende.

—¡Cierre la boca! Yo no soy usted. Y no, no me voy a arrugar ante las provocaciones de este malnacido.

«El que está roto, ya no puede romperse», pensó a la postre.

La expectación estaba servida.

Era el momento de examinarlo.
Era el momento de contener la respiración.

9

La carpeta número dos

La flecha del ratón se clavó sobre la primera imagen, pero la punzada la sintió el Teniente Coronel en su pecho tras revelarse el contenido. Una vieja herida se abrió en su corazón. Aguantó la respiración y apretó la mandíbula. Dos lágrimas enormes rodaron por sus mejillas hasta despeñarse contra los escollos de su bigote. En aquella pantalla blanca, vio proyectada la lápida de su esposa. Sobre el mármol había una hortensia y una carta dónde podía leerse *«Sé qué se siente. Yo también sufro la soledad no buscada. Job»*.

El alférez Téllez cerró la imagen y volvió a la pantalla inicial donde se mostraban los tres archivos.

—¡Qué hijo de puta! —soltó Zamorano al aire.

—Sería interesante coger esa carta y analizarla —señaló Nekane—. Aunque no sabemos cuándo tomó la fotografía. ¿Cuándo fue la última vez que visitó el cementerio?

Rafael Miranda aspiró por la nariz y dio pequeños brincos a su cabeza como si tuviese un muelle en el cuello. Luego respondió con la boca pequeña.

—Hace mucho que no voy —se sinceró—. Años. No acepto su perdida. Y cada vez que me plantaba frente a su nicho, algo moría de nuevo en mí. Me siento culpable de su pérdida.

—Usted no tuvo nada que ver —lo calmó Roca—. Fue una negligencia médica.

—Mi esposa quería operarse por la Sanidad Pública. La lista de espera era de unos dos meses. No era tan grave lo que tenía, podía aguantar hasta que la llamaran. Pero yo no estaba de acuerdo. Insistí en que fuese a la mejor clínica privada de Madrid. Pedí un préstamo e invertí algunos ahorros. Me encabezoné en que la operara un equipo de prestigio… pero todo se torció cuando este malnacido ejerció ebrio y puesto de coca hasta las cejas. Debería haberla escuchado… ella se negaba a ir. Pero al final la convencí. Ahora tengo una deuda con el banco y la falta del ser querido al que más amaba. Llamadme cobarde, pero solo soy capaz de rezarle en misa y en casa.

Nadie se levantó a abrazarlo. Sabían que le podía sentar mal.

—Ahora se va a comer unos añitos entre rejas. Pagará por su delito.

—El padre de este individuo es juez y ya consiguió en su día una rebaja de la pena —relató Miranda arrugando los labios con asco.

—Su padre murió el año pasado de una neumonía bilateral —apostilló Roca.

—¡Ahora no tiene ángel de la guarda! —obvió Julia Verbeke—.

Está con el culo al aire.

—Continuemos revisando todo el contenido y saquemos conclusiones al final —alentó Miranda.

Téllez aproximó el puntero hacia el documento de texto; no se atrevió a revelar el contenido de la segunda imagen. Cliqueó el archivo y se desplegó una carta escrita en Garamond 14. Decía así:

INSTRUCCIONES PARA EL CALENDARIO DE ADVIENTO

«Un día, una ventana. Tras cada ventana, una sorpresa. Sorpresas que pueden ser muertes, pistas o revelaciones. Supongo que estáis pensando que soy un chalado. Un psicópata que quiere ser famoso. Pero no. Solo soy un hombre depresivo. Un mártir que vive en la tristeza. Un alma que llora sumido en la soledad de cada día. Un ciudadano que fue víctima de las decisiones de otras personas. En 24 días, materializaré mi venganza. Y supongo que ahora estaréis alucinando, ya que imagino que nunca os habéis enfrentado a algo igual. Soy la hostia, ¿verdad? La primera pregunta que tendréis es la de por qué he elegido un calendario de adviento. Tengo que confesar que, tras documentarme, tras leer casos antiguos y ver películas, me pareció una manera divertida de marear la perdiz antes de mostrar a los ciudadanos mi obra. Quiero que sintáis esa agonía que yo sentí. Que seáis conscientes de que somos marionetas movidas por decisiones de terceras personas. Como bien sabéis, un calendario de adviento no es otra cosa que una cuenta atrás. Cada día abriréis una ventana. Los números de las ventanas aparecerán por distintas partes de la ciudad. ¿Y cómo podéis detenerme? Pues hay dos maneras. La primera os la revelaré más adelante. La segunda es que averigüéis qué estoy representando. De dónde viene este dolor y quién me lo causó. Igual estáis pensando que si estoy entre rejas no sucederá nada… pero os equivocáis. Ya está todo previsto y programado. Deciros, que la ventana número 2 la tengo yo dibujada en el pecho. Así que os toca interrogarme. Por cierto, aquí os dejo un calendario con los días para que vayáis apuntando los datos. Bueno, y antes de terminar, os daré un consejo: id con vuestros seres queridos y compartir momentos juntos… reíros, grabad sus voces, sus riñas, sus gestos; porque igual, este año os coméis las uvas a solas».

—Este chiflado nos quiere meter en una puta yincana —añadió Verbeke, mirando con sus ojos azules y brillantes al Teniente Coronel—. Quiere hacernos ver que tiene la sartén por el mango.

—Demuestra los rasgos de propios un sociópata de manual —añadió Roca.

—Está claro que tiene un plan elaborado —apuntó Zamorano rascando su patilla con la uña larga de su dedo pulgar.

—Se ha dejado coger. Y eso demuestra mucha frialdad —dijo el

Teniente Coronel —. Abramos el siguiente JPG.

Téllez movió el ratón hacia la imagen. Todos plantaron sus pupilas en la pizarra blanca que usaban de pantalla para el proyector. Allí vieron cómo se desplegaba un calendario de adviento muy colorido. Tenía 24 números en desorden y tres dibujos incrustados con algún programa de edición de fotos. La composición mostraba a un lobo aullando a la luna, la diosa romana de Justicia y el Bastón de Esculapio.

—Claramente, nos deja símbolos para hablarnos de porqué lo está haciendo. ¿qué significan? —dijo Zamorano arrugando sus ojos.

—El lobo aullando a la luna —intervino Verbeke como no podía ser de otra manera—, simboliza la soledad por la pérdida de un ser querido. Lo sé porque estuve a punto de tatuármelo, solo que al final me decanté por esta rosa de los vientos señalando al Norte.

Todos miraron su tatuaje por inercia. Luego, devolvieron su vista a la pantalla.

—La diosa romana de la justicia, con los ojos vendados, una balanza en una de sus manos y en la otra la espada —ilustró el Teniente Coronel—. Representa la justicia, el equilibrio, pero también la venganza.

—Solo nos queda el símbolo que aparece en todas las farmacias —anotó el alférez Téllez mientras recoloca un mechón tras una de sus orejas.

—Más bien representa la medicina antigua —le corrigió el Teco—. Se trata de la Vara de Esculapio o Caduceo de Hermes.

—Pues, quedan claro los sentimientos que le han inspirado a elaborar su calendario de adviento —resolvió Iván Roca enumerándolos—: Soledad por pérdida de un ser querido, justicia y venganza, y su profesión como cirujano cardiovascular.

Verbeke sacó su desgastada libreta Moleskine. Anotó los símbolos y sus significados. Apuntó el detalle de la hortensia en la lápida de Candela. Luego cerró su cuaderno a expensas de que abriesen la carpeta de «soluciones». Téllez cliqueó sobre la siguiente carpeta. No pudieron ver su contenido… Estaba encriptada.

—¡Obvio! —exclamó Téllez.

—¡Si nos hubiese dado las soluciones su obra no tendría sentido! —evidenció Nekane alzando una de sus cejas—. Este tipo nos lo va a poner difícil.

—¿Cuánto tiempo piensas que tardarán en desencriptar la carpeta? —quiso saber el jefe del equipo.

—Si no está muy elaborada la contraseña, en un par de días —le aseguró Téllez.

—Es posible que esta parafernalia no sea más que un montaje, y que el calendario de adviento solo sea una fantasía criminal… pero,

nuestra labor es la de explorar todos los caminos —dijo sacando el USB del portátil—. Toma. Guárdalo como prueba judicial.

—Tengo ganas de analizar a ese tipo —se retó Verbeke—. Me causa interés su psique. Es desconcertante todo esto que está haciendo.

—Pues de momento, vas a esperar —la contuvo en seco—. Actuaste bajo los efectos del alcohol, y de malas maneras. No quiero manga ancha en el interrogatorio.

—Al rincón de pensar —bromeó y se puso la mano como una visera —. ¡A sus órdenes!

—No sea infantil, teniente —le cortó Miranda—. No se lo tome como un castigo. Lo mejor es atajar esto cuanto antes. El sargento Roca me acompañará para la comparecencia. Confío en su buen hacer para que le sonsaque cual ha sido el móvil que lo ha llevado a asesinar a un ciudadano chino —Roca sonrió empachado en orgullo—. Nekane y Zamorano, ustedes irán al cementerio de Nuestra Señora de la Almudena y buscarán huellas en la carta que reposa en la lápida de mi esposa. Y Téllez, a darle caña a esa contraseña.

—Quizá peque de cansina… Pero pienso que igual no es buena idea que usted se enfrente al cirujano, mi Teniente Coronel —se resignó Verbeke con retintín—. Ese hombre parece que le culpa a usted de su soledad. Igual consigue sacarlo de quicio. Y que el interrogatorio tome un rumbo equivocado.

—Lo sé. Se me va a remover todo. Pero es un riesgo a correr. No lo hago porque ese cirujano cocainómano me haya requerido en sus exigencias, lo hago para que vea que no le tengo miedo. ¡Es hora de ponerle los pies en el suelo!

—Nada más que añadir… excepto, ¿y qué hago yo?

—Pues te irás a casa a dormir la mona. Te necesito fresca y con la mente despejada. A las diez en punto te quiero de vuelta. Compra un calendario de adviento para tenerlo como modelo, y elabora una lista de los pasos a investigar. Tenemos que entregarle al juez el informe correspondiente para que lo meta en preventiva. Así que tiempo que estés aquí, tiempo que pierdes de sueño.

Verbeke cogió sus cosas y salió del edificio. Se montó en su Mini y encendió su teléfono móvil. Le envió un Whatsapp a su madre Luisa a pesar de la hora que era, ya que, si no lo hacía ahora se le volvería a olvidar. Quedó en visitarla en esta semana y le envió emoticonos de corazones y besos. Antes de apagar el teléfono, entre sus contactos vio un nombre: MAESTRO. Lo llamó y obtuvo respuesta.

Quedó con él. Le apetecía soltar lastre.

Y tuvieron un encuentro en la madrugada.

10

Una confesión con sabor a regaliz

2 de diciembre de 2023
3:15 de la madrugada

La espesa niebla acariciaba el techo del vehículo, convirtiendo las amplias avenidas de Madrid en un maltrecho y oscuro túnel. La conducción a bordo del Toyota Avensis se volvía claustrofóbica. La ciudad quedaba desdibujaba y solo parecían existir ellos dos en mitad de la nada. El mutismo dentro del habitáculo se hacía notorio. Solo se oía la rodadura de los neumáticos y los chasquidos que provocaba el Teniente Coronel mientras saboreaba un caramelo de regaliz. Víctima del incómodo silencio, el Teniente Coronel se preocupó por el sargento.

—Está muy callado. Supongo que está pensativo.

—Estoy avergonzado —se sinceró—. Ya sabe que me gusta hacer las cosas bien… y desde que estoy con Julia Verbeke, no hago más que enturbiar mi imagen como investigador.

—No se preocupe por lo de hoy. Hay cosas mucho más importantes en estos momentos. Solo fue una casualidad, que justo en ese momento apareciese el cirujano con la carretilla —le restó importancia. Su paladar empalagaba el habitáculo como un humidificador con esencias de regaliz—. Por lo único que debe preocuparse es por desconcentrarse más de lo normal. Si algo le caracteriza, es su rigor y su disciplina.

—Tiene razón—se desahogó—. Sé que Julia no lo hace con la mala fe, pero su personalidad y su modo de proceder me perjudican. Últimamente le doy muchas vueltas a la cabeza… Nuestra relación se ha enfriado. Ella está muy rara. Desde que volvimos de las vacaciones, tras el suceso de la casucha en la sierra donde aquella psicópata la torturó para arrancarle los tatuajes, la noto distinta. Sale mucho más, viene borracha y en ocasiones, con magulladuras —le contó estrangulando el volante con sus dedos—. Ella alude que ve la vida de otra manera. Que le agobia lo efímera que es nuestra existencia y que quiere hacer lo que le apetece cuando le venga en gana. No sé si es la crisis de los cuarenta o es que se quiere autodestruir. No lo sé. Pero si yo tuviera su sensación de que se agota el tiempo, lo emplearía viajando. Yendo al cine. Escribiría un libro. No sé, cumpliría mis sueños de futuro. No me iría a un bar con el brigada Tocino.

—¡Tocino! Me acaba de recordar que tengo que llamarlo. Le voy a encargar unos bogavantes para Navidad.

—Pues mejor dele el dinero antes de que se vaya. Verbeke

precisamente venía de estar en su despedida antes de partir a Cantabria. Posiblemente, todavía no haya salido de Madrid.

—Pero ¿qué dice? —tragó saliva y le dio una respuesta desconcertante—. El brigada Damián Tocino lleva una semana de viaje con su hijo. Están en Cantabria viendo la nieve. Desde que le concedieron la custodia compartida no pierde ocasión.

Cogió el teléfono y lo llamó.

Roca se quedó blanco. Su cabeza comenzó a buscar explicación a lo sucedido. No halló respuesta. Solo más preguntas. «Entonces ¿con quién quedó Julia por la tarde? Mejor dicho ¿con quién se habrá estado viendo en todas estas salidas?».

Frente a ellos, apareció la comandancia de la Guardia Civil de Las Rozas. Entraron por el garaje y se apearon del vehículo. Bajo el techo de hormigón y entre las columnas, tuvieron una última conversación antes de entrar a tomar declaración al detenido.

—Le pediré un favor, sargento Roca. Si en algún momento siento que voy a perder los nervios en la habitación, aludiré que voy a por un café y le dejaré solo. Me he tomado un relajante para sobrellevar todo esto, pero no sé la dinámica que va a tomar la conversación. Por lo que le dejo que maneje los ritmos del interrogatorio. Yo intentaré estar en segundo plano analizando los detalles y la información.

—De acuerdo.

—Por cierto ¿Quiere un caramelo? —le ofreció abriendo la palma de la mano.

—¿Me huele el aliento?

—No. No es por eso —le aclaró esbozando una sutil sonrisa bajo el bigote—. Le haré una confesión sobre mi hábito —deslió un caramelo con maestría—: me ayudan a contenerme. Me considero una persona impulsiva. De mecha corta. Ya me conoces. Y tener un caramelo en la boca me obliga a alojarlo en las mejillas antes de hablar… eso me ayuda a ganar esos segundos para valorar mi respuesta, y no soltar un improperio. Digamos que el regaliz me hace de barrera de contención. Y me hace prudente antes de ofrecer lo primero que se me pasa por la cabeza.

Roca alzó una ceja ante la confesión de su jefe. Jamás pensó que un simple caramelo le hubiese hecho tanto bien a lo largo de estos años. A paso ligero, ascendieron por las escaleras y se colaron en las dependencias. Se identificaron ante los que iban de uniforme y pidieron acceso a una sala para tomar declaración a Borja de Pellicer. Tras seguir las indicaciones, aguardaron en pie junto a la puerta. De lejos venía el sospechoso. Lo habían sacado del calabozo. Tenía las manos esposadas y seguía vistiendo con el pijama médico de dos piezas.

En cuanto los vio, sonrió a carcajadas. Y gritó desde el pasillo.

—¡Sabía que vendría a mí rogando clemencia! ¡Gracias por acceder a mi exigencia! Tenemos mucho de qué hablar. Usted y yo tenemos mucho en común.

El Teniente Coronel trituró el caramelo con sus muelas impostadas; mandó a la mierda toda su filosofía del regaliz con un solo gesto. Roca suspiró. Sabía que la toma de declaración se tornaría tensa y, por qué no, desagradable.

11

Cara a cara con Job

La sala para tomar la comparecencia era sobria y no tenía adornos. Lo más parecido a un mueble era un guardia civil de calabozos tan grande como un armario empotrado. La habitación era amplia y estaba compuesta de un escritorio, varias sillas, un ordenador y una impresora; además de una cámara de video, y en caso de no querer ser filmado, una grabadora de voz. La iluminación resultaba molesta a los ojos: era potente y de un blanco casi nuclear. Dentro, ya estaba sentado el detenido junto a todos los guardias civiles y el abogado. Borja de Pellicer olía a orina y vestía pijama sanitario de dos piezas: pantalón azul y camiseta con cuello de pico del mismo color. Sus ojos marrones eran enormes y su mirada intensa. Tenía un aparatoso vendaje en la frente, de donde le chorreaba sudor mezclado con yodo. En cuanto a su postura, se mantenía inclinado hacia delante y con las manos bajo la mesa. Sus pies seguían enfundados en unos flamantes zancos de goma. No hablaba, pero movía los labios como si estuviese rezando en voz baja.

Además del binomio Roca-Miranda, del armario empotrado uniformado de verde, y del abogado del detenido, había un cuarto guardia civil sentado frente a un ordenador de mesa, tecleando el informe de comparecencia para luego hacérselo llegar al juez. En pie, el Teniente Coronel mantenía una postura forzada de brazos cruzados, mientras lo despellejaba con la mirada. Roca se dedicó a analizar su postura y la manera en que gesticulaba al hablar.

—¿Podemos empezar? —urgió el sargento arrastrando la silla en la que estaba sentado hacia atrás. Adrede, buscó salvar las distancias con el fin de no agobiarlo. Quería que se sintiera cómodo y que confesase su crimen.

El detenido frotó las punteras de sus zancos de goma creando un sonido desagradable que a Roca le recordó al grito de una rata. Luego usó un tono claro, firme y cálido que sonó a recomendación en vez de a amenaza.

—Por supuesto. No hay tiempo que perder —apuntó con sus pupilas al Teniente Coronel —. Tengo un mensaje importante que haceros llegar.

Miranda asintió con la cabeza y le sostuvo la mirada. No estaba dispuesto a amedrentarse ante el asesino de su esposa.

—Venimos a tomarle declaración debido a suceso ocurrido el 1 de diciembre de 2023 a las 20:00 en la Plaza de la Moncloa, del cual tenemos indicios claros de que usted, Borja de Pellicer Vega, pueda ser el responsable de la muerte de un ciudadano chino.

El detenido carraspeó su garganta y miro hacia la derecha ladeando sus globos oculares. Los desvió allí durante tres segundos con los párpados inertes. Sus cejas marrones parecían dibujadas, pues no expresaban nada.

—No fui yo. Lo hizo Job —dirimió usando un tono calmado.

El abogado, que estaba en el umbral de los cincuenta años y venía con jersey de pico negro, pantalón de pinzas y zapatos de charol, miró a su cliente de manera sorpresiva. La respuesta le desconcertó.

—¡¿Job?! —repitió Roca arrugando frente y calva—. Y ahora con quién hablo, ¿con Borja o con su alter ego?

—A partir de este momento y hasta que acabe el plan, se dirigirá a mi como a Job —aclaró mirando al Teniente Coronel con fijación—. ¿Queda claro?

Roca percibió cómo el sospechoso lo ignoraba con descaro. Cómo si en aquella comparecencia el cirujano no estuviese en minoría, sino solo, frente al hombre que dejó viudo. Procurando rescatar su atención, Roca siguió tomando la iniciativa en el interrogatorio.

—A efectos de que siga colaborando lo tendré en cuenta —accedió a su petición—. Pero acláreme una cosa, ¿ese nombre es un diminutivo de Borja? ¿Un apodo?

—En los tiempos que estamos, hay que ser sofisticado. Digamos que es un seudónimo pensado para que la prensa recuerde mi persona.

Roca no encontró ningún énfasis en su entonación. Todas sus respuestas eran planas. En primera instancia, lo atribuyó a su cualidad por mantener la templanza cuando diseccionaba un corazón a contrarreloj. Era eso, o bien que estaba drogado, ya que la más que evidente mancha de orina que empapaba su vestimenta parecía dejar claro que, en algún momento, el pánico le había pasado factura.

—Recuerde que no está obligado a responder a ninguna de las preguntas —le refrescó el abogado con aquella manida frase.

—Está bien, le llamaré Job para que se sienta más cómodo —usó sus dotes de psicología inversa—. ¿Me puede confirmar si estuvo en la Plaza de la Moncloa el día 1 de diciembre con un cadáver sobre un carrillo de mano?

—Exacto —desbloqueó su mandíbula para mostrar sus dientes blancos e impolutos—. Si no qué sentido tendría que estuviera aquí.

La dicción del acusado era perfecta. Se notaba que en su infancia había recibido la atención de un logopeda. No usaba muletillas. Ni rasgos fluidos del habla. Se expresaba de manera formal, sobria y profesional, como si estuviese en una consulta dando un mal pronóstico a un paciente.

—Según el forense, el cuerpo que estaba sobre la carretilla llegó a la plaza sin vida. ¿Lo mató usted? ¿Dónde lo hizo?

—Lo mató Job —respondió sin tragar saliva—. Despertó y hubo que

asfixiarlo.

—¿A qué se refiere? —insistió Roca—. ¿Escuchó voces que le pedían que lo hicieran?

—No me tomen por un loco —aclaró sin elevar el tono—. El único responsable es Job, pero yo respondo por él. Sigo el plan.

Roca, cansado de aquellas respuestas sin musicalidad, decidió acortar las distancias con el detenido y arrastró la silla en dirección del detenido: buscaba intimidarlo con su corpulencia. Miranda hizo lo mismo: era hora de presionarlo. Hora de hacerle sentir que la habitación se estrechaba y que el aire a respirar se volvía pesado.

—¿Ese plan incluye matar a más personas? —quiso saber el Teniente Coronel.

Job, por primera vez en la comparecencia, esbozó una sonrisa que dilató todas sus arrugas de expresión de sopetón. Añadió a su gesto.

—Por fin se digna a dirigirme la palabra. Pensé que nunca iba a hacerlo tras lo que le hice a su mujer.

Miranda sorbió. Encajó sus dientes con rabia y buscó la manera de no ofrecer ningún gesto de debilidad que el detenido pudiera interpretar en su más que evidente análisis de los agentes.

—Solo hago mi trabajo —atajó.

—Pues le diré que no —volvió a su rostro estático—. Se trata de un caso aislado. Podéis decirles a los habitantes de Madrid que no se preocupen, que hagan vida. Que no teman a perder a sus seres queridos.

—¿Nos trata con ironía? —preguntó el sargento—. ¿Va de listillo?

—En vuestras manos está contarles la verdad o no a la población.

—¿Y cuál es esa verdad? —requirió Roca.

—Ya viene todo muy bien explicado en el *pendrive* —rozó la puntera de sus zancos de nuevo—. Grosso modo: cada día se abrirá una ventana. La cuenta atrás es imparable. Un día más será un día menos… y solo vosotros podéis detenerlo.

—¿Nos está diciendo que habrá más muertos? Aclárese.

—Nadie más morirá de momento —negó con sutileza moviendo la cabeza—. Solo digo que puede haber una masacre si no averiguáis porque estoy haciendo todo esto.

—Le seré franco. Ahora mismo tiene encima la muerte de un inocente. No lo ponga más complicado todo. ¡Déjese de planes retorcidos de villano de Hollywood! —intercedió el Teniente Coronel perdiendo la paciencia—. Confiese su crimen y díganos cuál ha sido el motivo para asesinarlo… solo así empezará a cumplir condena. Como usted dice: un día más es un día menos.

—No le voy a desvelar todo el plan. Ha llevado un par de años diseñar la operación. Cada movimiento, cada pieza... Diente a diente. Y ahora está echando a andar como un corazón recién desfibrilado —

bajó la mirada a Roca—. Y no voy a matar al paciente el primer día… Ahora tiene un propósito claro de vida.

—¿Y cuál es esa motivación para querer sembrar el caos? —preguntó el sargento—. ¿Es por ego? ¿Por venganza?

El recluso parpadeó un par de veces con total rapidez. Su mirada brillosa bajo los focos causaba un efecto estroboscópico en su iris. Luego miró en diagonal hacia la derecha forzando sus globos oculares en aquella dirección antinatural.

—Lo hago por amor y por dolor. Solo soy una víctima más del sistema. Como el viudo de Rafael Miranda… —el Teco dio un paso al frente y cerró los puños. Roca se metió en medio reincorporándose de la silla—, como aquel joven chino. Mi propósito no es otro —dijo Job alzando la barbilla en un gesto que mostraba alevosía— que hacer sentir a la ciudadanía lo que yo padecí. Quiero que sepan que se siente al perder los seres queridos, debido a una decisión mal tomada por los organismos gubernamentales. Quiero que saboreen el amargo sabor de la frustración y la soledad. Que se sientan engañados al saber que había una manera de haber protegido a sus seres queridos, pero que nadie hizo nada por darles esa oportunidad.

El Teniente Coronel intervino imprimiendo repulsa en su tono.

—¡Qué sabrá usted lo que es la soledad!

—No se crea único —cerró su boca. Y aguantó treinta segundos sin hablar—. Le recuerdo que gracias a su acusación ingresé en prisión. Me encontré, de un día para otro, sin familia, sin trabajo, sin libertad, sin prestigio. Estuve en una celda durante más de 1000 días compartiendo baño y vida con escorias humanas. Yo me dedicaba a salvar vidas… solo fue un error humano. Pero el sistema no te permite errores. Así que no se crea alguien especial. Yo también sé lo que es la soledad… y por esa razón, por ese sentimiento que nos une, se ha previsto que usted entre en el plan.

—Entonces, ¿es algo personal hacia mí? Soy un engranaje primordial para detener esta masacre que usted predice —repuso con desdén.

—No. Pero será divertido verle buscando los números cuando esto empiece a ponerse interesante. Necesitaba que este caso lo llevase la élite para que tuviese más repercusión mediática. Busco que me tomen en serio. Solo quiero que Job sea recordado como un ciudadano que no se calló ante la injusticia de un gobierno incompetente.

—No se saldrá con la suya —le advirtió el Teniente Coronel buscando un caramelo de su bolsillo—. Ahora mismo tiene un problema… ¡Y de los gordos!

—El problema lo tienen ustedes —espetó—. Por cierto, ¿han encontrado mis huellas en su cuerpo? Tomé medidas. Usé guantes. No tenéis nada contra mí. Mis confesiones son en nombre de Job. Pero

nada que ver con lo que está por venir.
—¿Dónde retuvo al ciudadano chino? ¿Cuándo lo secuestró?
—En la ventana número tres.
—¿Podría ser más claro? ¿Se trata de un lugar? ¡Déjese de rodeos e igual el juez será más benévolo con usted!
—¿Creen que se lo voy a decir? —relajó los hombros y los echó hacia atrás—. Me toman por estúpido… Les recuerdo que estoy doctorado. Me saqué la carrera con *summa cum laude* y he sido profesor en el hospital. En prisión estudié la carrera de psicología. Tengo altas capacidades y memoria fotográfica. No me subestimen, vosotros habéis aprobado una simple oposición del Estado —se apoyó en el respaldar y elevó el mentón de manera exagerada—. Solo les diré que tienen que encontrar la ventana número tres.
Miranda dio un paso al frente. Sus muslos tropezaron contra la mesa. El efecto del Lexatin mantenían su nerviosismo a raya, pero poco hacía para contener la rabia que bullía en su interior.
—No vamos a buscar ningún número. No vamos a entrar en su juego. Estando entre rejas, no podrá seguir con su plan.
El detenido miró de nuevo hacia la derecha. Ni sonrió ni se puso serio. Luego dedicó una mirada en abanico hacia los presentes, e imitó el gesto de Roca, arrastrando su silla hacia la mesa.
—Media hora conversando y no son capaces de entender nada —resopló con total parsimonia—. El calendario de adviento no es más que una metáfora de lo que está por venir. Una cuenta atrás con sorpresas que ya están preparadas. No importa que me metan en una celda de aislamiento. No importa que hoy me metan un tiro en la sien… Todo seguirá su curso.
—Voy a por un café —aludió el Teniente Coronel.
Roca recordó las palabras de su jefe en el garaje y se levantó de la silla. Decidió que ya estaba bien por hoy. Job había entrado en bucle y el provecho que podían sacar de allí era minúsculo. Miranda se frenó y aguantó aquel minuto de despedida a duras penas.
—Vamos a dar por finalizada la comparecencia. Borja de Pellicer no da para más —sentenció y miró al abogado—. En breve recibirá la citación del juez.
—El juez va a tener trabajo levantando cadáveres, si siguen en esta actitud pasiva de no buscar los números —apostilló Borja en ese tono firme y pausado que usó todo el tiempo.
—¿Va a firmar la declaración? —le preguntó Roca con desánimo pidiéndole al guardia civil que sacara el impreso de la fotocopiadora.
—Por supuesto. Quiero que vengan a visitarme a prisión. Forma parte del plan… Pero antes de plasmar mi rúbrica, quiero que respondáis a una pregunta: ¿qué versión vais a darles a los ciudadanos de Madrid? ¿Qué están en peligro? ¿O que pueden caminar libres por

las calles sin temer ser asesinados?

—Eso nunca lo sabrá.

El detenido miró por última vez a Miranda y frotó ruidosamente sus zancos de goma. A continuación, arrastró los grilletes por la rayada superficie de la mesa, y firmó el documento escribiendo tres letras: JOB.

Roca y Miranda se dieron por satisfechos y salieron al pasillo. El Teniente Coronel no pudo contener la tensión que alborotaba la boca de su estómago y, cargado de ira, atravesó de un solo puñetazo el cristal de seguridad de un extintor que colgaba de la pared. Tras sacudir su mano, balbuceó sapos y culebras, mientras se alejaba en solitario en dirección al parking subterráneo. Roca le dio su espacio. Y se dilató en el tiempo, pidiendo una copia de la grabación del video para un posterior análisis gestual por parte de Verbeke.

El cirujano los había desconcertado en todos los aspectos: aquel desdoble de personalidad, la manera calmada a la hora de expresarse, los nervios de acero que en ningún momento le hicieron tartamudear, la falta de expresión y emociones en su rostro, las amenazas que expedía por la boca… Todo le resultó demasiado mecanizado.

Como si la persona que tuviera delante fuese cualquier cosa, menos un humano.

12

Lenguaje no verbal

11:00 de la mañana
2 de diciembre de 2023

Tras visualizar la grabación que tuvo lugar en el calabozo del cuartel de Las Rozas, el Teniente Coronel levantó las lamas de madera de la persiana veneciana y la luz se apoderó de la sala de operaciones. Las siluetas de los cuatro agentes que rodeaban la mesa tomaron textura e identidad: Nekane, Téllez, Zamorano y Verbeke. Solo faltaba Roca, que tenía permiso para llegar un poco más tarde. El Teniente Coronel apagó el proyector. Se plantó frente a la teniente y la miró con desidia, ya que su mejor investigadora masticaba ruidosamente un chocolatito con forma de conejo de pascuas. Bajo su mentón, un calendario de adviento del LIDL vacío y con todas las ventanas abiertas.

—¿Se cree que estaba en el cine? Esto es serio, teniente.

Verbeke sonrió mostrando una paleta negra y, tras el aviso de mímica que le profirió Zamorano, pasó su lengua por el frontal del diente. Luego, fijó su vista en la mano hinchada de su jefe y alzando la cabeza con energía se excusó.

—No he desayunado… La ansiedad me ha podido. Necesito energía para cavilar —sacudió su cárdigan color camel y añadió—. Y los efectos positivos de mi tentempié ha dado sus frutos. He descubierto rasgos de su personalidad mediante algunos detalles que se le han escapado.

—Si tan claro lo tiene, adelante. Hábleme de la kinésica de Job.

Verbeke encastró su trasero en la silla y apoyó los codos sobre la mesa. Una vez adoptó una postura cómoda, se explayó.

—Pues en primer lugar me ha llamado la atención la postura que ha tomado el detenido. Esos hombros ligeramente echados hacia delante y las manos bajo la mesa. Demuestra seguridad ante la situación, y a la vez, que esconde algo. Abre los ojos forzando los párpados. Intenta no pestañear y le busca la mirada para provocarle para que todos le miren. Situación que aprovecha para parpadear y descargar su tensión. ¡Es un tipo listo!

—¿Tensión? El tipo se mostraba más frío que el mármol. Supongo que es de oficio ser tan templado.

—Eso le hizo pensar, mi Teniente Coronel. Que no se iba a amedrentar ante la presión de estar en minoría. Pero si oyes bien, antes de empezar a hablar sus primeras palabras, frota la puntera de sus zancos de goma. Luego repite el gesto de los pies antes de firmar.

Se puede interpretar como una liberación de tensión acumulada —pausó y cerró todas las ventanas de cartón de su calendario de adviento—. Hay gente que chirría los dientes, otros resoplan, otros dan puñetazos a los cristales que cubren los extintores… —En ese mismo momento entró el sargento Roca. El Teco gruñó, no le gustó que le contara a Verbeke su pérdida de papeles tras el careo con el sospechoso—. Job se intenta hacer el duro. Se muestra inmarchitable, pero solo hace de tripas corazón.

—Una persona que está detenida por secuestrar, intervenir quirúrgicamente a un ciudadano y asfixiarlo con sus propias manos, debería sentirse culpable y con ganas de huir de allí. Pero no fue así, alargó el careo hablando de su plan —divergió Miranda del juicio de la teniente—. Aunque no fue concreto con los detalles: más bien se limitó a marear la perdiz.

—No ha mirado hacia la puerta… en ningún momento —subrayó Verbeke despegando los codos de la mesa—. No tenía prisa, quería contaros todo lo que tenía en mente.

—¿Insinúa que traía ensayado el discursito? —le preguntó Miranda —. ¿Qué se estudió las respuestas que tenía que darnos? No lo creo. Igual estaba de cocaína hasta las cejas.

—A mí me ha llamado la atención el tono empleado —indicó Roca tomando asiento—. Demasiado plano. Sin mostrar emociones.

—Exacto. Sus contestaciones parecen mecánicas —añadió la chica de color, Nekane.

—¡Se puede distinguir con facilidad dónde van los puntos, las comas y los puntos suspensivos! —apostilló Verbeke—. Habla como si estuviese leyendo un *telepromter*.

—¡Qué demonios es eso! En castellano, por favor.

—Un *cue* —añadió Roca ante la cara de póquer de su jefe. Continuó con la explicación—. Una pantalla dónde sale el texto a pronunciar… se usa en los informativos y en los programas de televisión por los presentadores.

—Entonces, me tengo que creer que antes de llevar el cuerpo del chino en un carro de mano, se puso frente al espejo a hacerse preguntas y respuestas, como quién se prepara una entrevista de trabajo. No sé —deslió un caramelo de regaliz cuyo color era el mismo que el de sus ojeras—. No me convence la idea.

—No es una teoría muy descabellada —salió en su defensa Roca—. El cirujano alardeó de tener memoria fotográfica. Se pudo preparar el interrogatorio. Por eso no titubeó en ningún momento.

—Al principio de la declaración, Job empezó a mover los labios mascullando —observó Zamorano.

—¡Estaba rezando! —concluyó el Teco.

—No, más bien diría que estaba haciendo memoria —elucubró

Verbeke gesticulando con los dedos—. Esa mirada a la derecha evoca al recuerdo. El gesto lo ha repetido unas tres veces. Luego suelta su ristra de respuestas —argumentó buscando la aprobación de sus compañeros—. Además, su rostro no se inmuta cuando habla. No expresa. Y, por tanto, denota la falta de naturalidad. Es como si leyese un comunicado o un artículo de prensa.

El Teco paseó repetidamente sus dedos por los nudillos inflamados de su otra mano, como si aquello fuese un artilugio antiestrés. Se dirigió a la pizarra blanca y tomó un rotulador. Escribió un interrogante y lo abrigó con palabras.

—La cuestión que me preocupa es saber si su amenaza es real o si solo es un bulo. Habla de una masacre si no buscamos esos malditos números que dice que ha pintado por Madrid.

Verbeke se mostraba activa en sus intervenciones, y dio su punto de vista.

—Como todos los psicópatas, la egolatría se manifiesta en detalles como el de usar un pseudónimo o mostrar su potencial devastador. Es posible que solo se regocije de este homicidio o incluso que se asigne otras muertes pasadas o desapariciones para acrecentar su fama como asesino… pero mi instinto me dice que está todo demasiado elaborado como para quedar en un hecho aislado. Se ha tomado las molestias de implantar un lápiz de memoria con instrucciones, para luego entregarse con el cadáver que lo portaba.

—Pues precisamente se reiteró en eso —recordó el Teco envolviendo su barbilla con una mano—. Dijo que se trataba de un suceso único. Aunque luego dejó en nuestras manos la responsabilidad de advertir a la población de una posible matanza.

—Tenemos a un actor en el calabozo. Ya usó a esa mujer para interpretar un papel y llevarle a pies juntillas hasta donde él quería —elucubró Verbeke abriendo y cerrando la ventana número tres de su calendario. Su jefe alojó el caramelo en uno de los carrillos y le quitó el adviento a la teniente de malas formas—. Yo pienso que está apostando fuerte. Deberíamos buscar esa ventana número tres.

—De momento, nadie le va a seguir el juego. Ahora nos vamos a centrar en las diligencias que han llevado Nekane y Téllez. ¿Habéis conseguido desencriptar la carpeta de las soluciones?

Téllez negó con la cabeza. Y no le dio tiempo a soltar una excusa sobre la demora, cuando entró una llamada al teléfono de Rafael Miranda. Procedía del calabozo del cuartel de Las Rozas. El guardia civil que estaba al otro lado de la línea tenía algo importante que contarle sobre el detenido.

Parecía urgente por las expresiones de asombro con las que gesticulaba el Teco.

Colgó.

Agachó la cabeza y escupió una esquirla negra de regaliz a la papelera.

13

La carpeta encriptada

El Teniente Coronel Miranda atusó su bigote y caminó hacia la pizarra. Con el rotulador negro pintó una secuencia alfanumérica de 24 dígitos. Guardó su teléfono y dio una orden.

—Alférez Téllez, vaya de inmediato a por el *pendrive*. Veamos si este código desencripta la carpeta.

—Ahora mismo —abandonó la sala al trote.

El Teco trasladó la conversación telefónica.

—Según me cuenta el comandante del cuartel de Las Rozas, el cirujano se ha despertado de su apacible sueño repitiendo la misma secuencia de números y letras, todo el tiempo. El guardia de calabozos, incluso la aprendió de memoria de tanto escucharlo. Cansado de oír sus gritos y con el fin de callarle la boca, fue a entregarle el desayuno. En ese preciso momento, el detenido le agarró la mano y le pidió que le trasladaran con urgencia al Teniente Coronel Miranda el código que le volvió a repetir para que lo anotase. El que lo custodiaba le restó importancia en un principio. Pero insistió y le confesó que dicha clave podía desencriptar una carpeta con soluciones para salvar una vida que estaba en peligro. Ya que, según sus cálculos, como mucho en dos horas, en vez de a un muerto encontrarían a dos en la ventana número tres.

Verbeke se quedó contemplando el *password*:

3122023JOB3122023DEATH24

No pudo reprimirse al decir lo que se le pasaba por la cabeza.

—Tres del doce de 2023. Job. Tres del doce de 2023. Muerte el 24. ¡Muy alentador por su parte!

—Habla de un muerto que bien pueden ser dos —recordó Roca haciendo tronar sus dedos—. Este tipo no para de amenazar.

Mientras esperaban el regreso del alférez, el Teniente Coronel le preguntó a Nekane Ndiaye sobre la carta del cementerio. La hispano-senegalesa buscó en un dossier que tenía bajo su mentón. Sus dedos del color del chocolate sujetaron el folio albino. Leyó el informe en voz baja y luego dio su veredicto.

—Según la grafóloga, la caligrafía de la carta del cementerio y la de la cita del mirador, han salido del mismo puño. Los rasgos se repiten: sobrealzamiento en la zona media del texto, que se traduce en: arrogancia, soberbia, egocentrismo; separación de ovalo y palote en las letras “d” y “p”: que habla de un conflicto entre el yo y lo inconsciente, tal y como pueda ser una mala infancia o un trauma que represente distancia o falta de afecto respecto a su núcleo familiar; aunque quizá lo más preocupante, sea las letras “t” con barra acabada

en arpón y finales de letra en mazo: eso habla de su agresividad y la contundencia a la hora de llevar a cabo sus pretensiones.

—Vale. Tenemos una prueba sólida sobre la autoría de esas cartas para presentar al juez. Este tipo no tiene escapatoria. ¡Se le van a quitar las ganas de amenazar!

Téllez volvió algo despeinado, con los flecos de su media melena sobre la cara. Sin mediar palabra introdujo el *pendrive* al puerto USB y accedió a su contenido. No encendió el proyector. Todos se arremolinaron en torno a la pantalla de 17 pulgadas. Sin despegarse mucho de la pizarra, el Teniente Coronel le dictó la contraseña dígito a dígito. Luego se unió a la piña de cabezas. La carpeta se abrió y dentro encontraron un nuevo archivo de texto. El puntero del ratón cliqueó sobre el documento y este se abrió. Había usado una letra sobria y de color rojo carmín. Decía así:

«Estimadas marionetas al servicio del Estado, si ha llegado el día 3 de diciembre en este instante, querrá decir que en vez de un muerto tendréis que recoger a dos. Son los daños colaterales derivados por retrasar las situaciones que pueden poner el riesgo nuestras vidas. Quizá resulte descorazonador que en la carpeta que puse las soluciones, solo esté la ubicación de la ventana 3, pero entiéndanme, sería estúpido por mi parte elaborar un plan de veinticuatro días y desmoronarlo en las primeras setenta y dos horas. Cuando averigüéis lo que os aguarda allí, me pregunto si pondréis en preaviso a la población sobre lo que está por venir. En vuestra conciencia queda comunicarles que el asesino que está entre rejas solo ha cometido un crimen aislado o, por el contrario, que busquen a sus familiares y los mantengan a salvo. Como muestra de que voy en serio, os daré la ubicación de dónde está transcurriendo mi obra. Tómenlo, como un gesto que no se repetirá. Al menos de momento. Tic, tac, tic, tac… ¡Corred! Hay un tipo al que se le acaba el oxígeno que necesita para respirar. Ubicación: calle Ribera, 13B. La Navata. Madrid. Y no destrocéis las puertas. Yo tengo las llaves entre mis pertenencias. Sobre el equipo para rescatar al secuestrado: llevad a unos buzos con cizallas y asistencia médica. Un saludo, Job. Postdata: den de comer al perro, por favor».

—¿Ahora cómo actuamos? —dudó Verbeke fijando su vista en el interrogante que dibujo el Teco en la pizarra—. ¿Nos quedamos sin hacer nada o acudimos a la dirección?

—No sé de qué va este tipo… pero si hay alguien muerto o en peligro, no podemos desestimar el aviso —sugirió Zamorano pasando su mano por la zona pobre de su cabeza—. El Galapagar está a media hora larga de aquí.

—No hay cosa que desee más ahora mismo que ver sentado ante un juez a ese asesino con pijama médico. Así que coged los chalecos antibalas: vamos a ir a su casa —suspiró dejando un halo de regaliz—. Y, el abogado del que se hace llamar Job, nos va a acompañar para

que dé fe de que todo se hace correctamente —todos lo miraron con entusiasmo—. Así que voy a enviar un comunicado urgente al juzgado —se dispuso a salir de la sala—. Como no sabemos con certeza si hay un cadáver o alguien en peligro, nuestro deber es acudir.

—¿Vamos a llamar al equipo de operaciones subacuáticas? —preguntó Roca retrasando su marcha.

—No. Pero busca en el almacén del garaje, alguna tijera de corte o una palanqueta. No estaría de más llevar alguna herramienta… Por si las moscas.

Agua

2 de diciembre de 2023
14.00 de la tarde.
Chalet de lujo en el término municipal de El Galapagar

Rodeada de espacios naturales protegidos, un río de agua cristalina y bonitos caminos, se encontraba la imponente vivienda de Borja de Pellicer. Aquel lugar era conocido como La Navata. Allí abundaban chalets y casas pareadas. Coches de alta gama que advertían del poder adquisitivo de los residentes de aquella exclusiva zona alejada del ajetreo del núcleo urbano. El sonido predominante era el de la propia naturaleza: el trinar de los pájaros, el aullido del viento y la corriente que producían los arroyos. Las notas que llegaban al olfato, el de las chimeneas calcinando la leña y la del césped recién cortado. La sensación, además del imperante frío, era la de que algo malo estaba por ocurrir.

Cuando bajaron del coche, el paraje les recibió con 5 afilados grados. La ola de frío empezaba a hacer mella y el sol ya no acogía: prefería resguardarse tras las nubes color cenizas que encapotaban el cielo. Con los chalecos antibalas y sobre estos, ropa de abrigo, el equipo y la comitiva judicial se arremolinaron junto al número 13B de la calle indicada por el detenido. De momento, no había vecinos ni periodistas curioseando por la zona, situación que les resultó extraña. Obviamente, la grabación del asesinato del ciudadano chino a manos del conocido cirujano ya estaba por las redes sociales vagando de cuenta en cuenta y recibiendo *likes* a cambio; solo era cuestión de tiempo que los ávidos reporteros dieran con el domicilio del homicida. En cabeza iba la teniente Verbeke con las llaves de la casa en la mano. A su lado Zamorano con aquel rostro serio de siempre e inconfundible —puyones en la barba, patillas anchas y mofletes descolgados—. Tras ellos, el Letrado de la Administración Judicial, junto al abogado del cirujano y el Teniente Coronel Miranda; y en retaguardia, el sargento Roca y Nekane con el maletín científico y la cámara réflex colgado del cuello.

El chalet de diseño vanguardista y líneas rectas contaba con 600 metros cuadrados y dos plantas de altura. Se guarecía tras un imponente muro de color blanco con una valla electrificada sobre el canto superior. Por encima de este, asomaba un pino y la cristalera de espejo en la segunda planta. Desde fuera, no se oían voces de auxilio. Pero sí, un jadeo ahogado. Como si fuese la bocina vieja de una bicicleta. Verbeke procedió a abrir la cerradura. Su corazón no

mostraba signos de alteración, pero fue girar el tambor de la cerradura y empezó a brincar como un potro desbocado.

—¡Guardia Civil! —gritó Zamorano empuñando su pistola al frente —. ¡Despejado!

Tras trazar una visual al perímetro, descartó cualquier amenaza que pudiera comprometer la integridad del equipo y dio la orden para que pudieran acceder al jardín. Nada más entrar, pisaron barro. El hormigón impreso de la entrada estaba enfangado por la tierra del césped que se mostraba inundada. La puerta de acceso a la vivienda era gris y tenía pintado un número 3 en espray color rojo. Bajo esta, escapaba una lengua de agua que no cesaba. En la derecha, un porche con plaza para tres vehículos, dos de ellas ocupadas: una por un flamante Jaguar y la otra, por una auto caravana de grandes dimensiones, con un vinilo negro en la zona trasera donde podía leerse un nombre bíblico: «SAMAEL». El jardín lo decoraba una barbacoa, una mesa de mampostería y una pérgola. Del pino colgaba un columpio de plástico con el asiento descolorido por el paso del tiempo. Más a derecha, volvió a sonar ese jadeo agónico. Un aullido lastimero que procedía de un perro que lamía el suelo con torpes lengüetazos. Aquel bóxer atigrado no era capaz de ponerse en pie. Estaba atado a una robusta cadena y en su caseta podía leerse «Beethoven». A su alrededor había heces, un comedero vacío y el cuenco del agua boca abajo. Sin perder más tiempo, Verbeke corrió hacia la puerta con el número tres y metió la llave. De nuevo, se identificó a la voz de «¡Guardia civil!». Zamorano avanzó a la siguiente habitación con el arma bien apretada en el puño. La tarima flotante del pasillo parecía la cubierta de un velero bajo el azote de una tormenta. Había agua por todas partes. Las paredes eran de color gris y tenían cuadros abstractos que pertenecían a una misma colección. Tras recorrer el pasillo a contracorriente, llegaron al centro de la vivienda. Una cristalera corredera daba a una piscina climatizada de unos seis metros cuadrados. El techo era una claraboya de metacrilato por dónde entraba un tenue haz de luz natural. Luz siniestra que mostraba bajo el agua a dos personas: una que permanecía inerte con los brazos en cruz y otra que agitaba las manos sin poder salir a flote. Verbeke dio la voz de alarma y todo el equipo accedió al centro de la casa. El que luchaba por su vida llevaba gafas de buzo y un largo tubo de respiración para practicar snorkel, que apenas sobresalía dos centímetros del nivel del agua. La profundidad del vaso de la piscina podía ser de un metro con ochenta centímetros en el lado más profundo.

—¡Hay alguien con vida bajo el agua! ¡Tenemos que sacarlo ya! —urgió Verbeke a sus compañeros.

Roca se despojó de su cartera, el teléfono, el chaleco y el arma;

luego se lanzó a la piscina en pos de socorrer al que agonizaba. El Teniente Coronel fue en busca de la llave para cerrar el caño de agua. El que venía del juzgado y el abogado se mordían las uñas temiendo una tragedia. Nekane sacó un par de fotos con total frialdad. El flash iluminó el vaso de la piscina durante dos segundos. Lo suficiente para que todos vieran un detalle escabroso: uno tenía los dos párpados inflamados y cerrados. Roca asomó la calva y con la voz ahogada explicó el por qué no podía sacarlo a flote.

—¡Están atados por una cadena atornillada al suelo!

De pronto, el que se mantenía con vida, colocó las palmas de sus manos alrededor del cuello del sargento y apretó con todas sus fuerzas.

Estaba dispuesto a estrangularlo.

La vida se le iba en ello.

15

Si algo puede empeorar, lo hará

—Zamorano, ve al maletero del Toyota. Tráete la cizalla. ¡Corre! —le ordenó el Teniente Coronel, mientras tomaba un cubo de basura que había en un lateral, para achicar agua en la piscina.

Roca notaba que el aire le pasaba con dificultad por la tráquea. Entonces sujetó por las muñecas al que pretendía asfixiarlo con desespero y consiguió zafarse de los dedos que lo atenazaban. Zamorano volvió y saltó a la piscina salpicando agua en todas direcciones. Abrió los ojos en el cloro y gracias al lastre de su chaleco antibalas, pudo cortar con facilidad un eslabón. Roca levantó en peso a la víctima y la arrojó fuera como quien lanza un *frisbee*. El tipo rodó hasta quedar decúbito lateral. En su torso desnudo, lucía tatuajes de calaveras y en su espalda, una llamativa tarántula roja; además de arañazos en varias direcciones a la altura del pecho. En su hombro tenía un vendaje suelto que dejaba ver dos suturas brillantes. Su rostro estaba cubierto por unas gafas de bucear y se resistía a soltar el tubo de snorkel a pesar de las toses. Verbeke fue a socorrer al que temblaba sobre la superficie. Le quitó las gafas de bucear y le arrancó el tubo de entre los dientes. Le tomó el pulso y le colocó las rodillas en posición de seguridad. Viendo que estaba fuera de peligro, recogió el iPhone de Roca y llamó a una ambulancia. Nekane hizo lo propio telefoneando al equipo forense y al SEPRONA para que se llevase al perro que agonizaba en el jardín. Luego, hizo un reportaje fotográfico de la más que evidente segunda escena del crimen. Zamorano se zambulló y cortó la cadena del segundo cautivo: este salió a flote. Entre el sargento y él, lo subieron al firme empleando todas sus fuerzas. La víctima debía de pesar cien kilos, no tenía tatuajes, pero si contusiones, la nariz rota y los ojos inflamados. Su rostro estaba amoratado. No mantenía expresión alguna, solo esa mueca que se calcaba en los humanos cuando dejaban de respirar.

—¡¿Qué demonios ha pasado ahí dentro?! ¿Dos tipos y un solo tubo de aire? —exclamó el Teco con asombro dando pequeños pasos de un lado a otro—. ¡Maldito degenerado! ¡Qué manera más agónica de quererlos matar! Estoy deseando volver al calabozo para que me explique todo esto.

—Me temo, mi Teniente Coronel —dijo Verbeke dando un par de tortas en los cachetes del que pretendía cerrar los párpados—, que Job va muy en serio con su amenaza. El calendario de adviento… es una macabra realidad.

El que estaba repleto de tatuajes, agitaba el pecho como un fuelle. No atinaba a dar las gracias por el rescate, solo balbuceaba falto de

aire. Sus dedos estaban arrugados y se aquejaba del hombro donde tenía los puntos de suturas al descubierto por el desplazamiento del vendaje.

—Buscaré algo de abrigo para protegerlo de la hipotermia —dijo Roca asumiendo la custodia del que había salido de la piscina—. Y aguardaré a los servicios sanitarios. Vosotras seguid buscando por las habitaciones.

Miranda y Zamorano salieron a la parcela trasera, mientras que Verbeke y Nekane realizaron una inspección visual por la planta alta. Buscaban vestigios para incriminar al cirujano, mientras intercambiaban impresiones y se hacían preguntas.

—¿Qué tal te encuentras? Te noto rara. Preocupada.

—Estoy teniendo muchas pesadillas últimamente. Me despierto sudando tras recrear lo que me pasó en aquella casa de la presa. Noto ese dolor en mi espalda. Esa loca queriendo hacer un tapiz con mi piel. Son solo sueños… pero me remueven por dentro y me dejan tocada el resto del día. Me hace pensar en todo y me mete en un bucle. Me trae al presente la infidelidad de Roca con su entrenadora personal, me asaltan los complejos físicos y, por si fuera poco, me acuerdo de mi padre y su pasotismo hacia mí.

—¡Para! —la frenó Nekane y le dio un abrazo—. Es normal estar de bajón tras todo lo que has vivido. La vida se ceba con algunas de nosotras como si fuésemos ratas de laboratorio al que hacerle experimentos dolosos… Pero solo hay que darle tiempo a las cosas para conseguir asimilar el presente y escapar del laberinto en que nos ha metido el destino.

—Gracias amiga. Hay abrazos que curan. Y tú me has repuesto —le agradeció con una sonrisa y le pellizcó la mejilla.

Centradas en lo que acababa de pasar, fueron de estancia en estancia en busca de vestigios o pistas que esclarecieran lo que pudiera haber pasado.

—¿Habías visto algo tan retorcido alguna vez? —se refirió Verbeke a la escena vivida en la piscina.

—No. Ya con lo del chino con el *pendrive* implantado bajo el pecho, pensé que no podía ver algo más rocambolesco… pero esto me recuerda a una escena de la película de Saw.

—¡Totalmente! Algo me decía que ese tipo iba en serio. Parece todo muy bien pensado y ejecutado —la teniente sintió un escalofrío por la espalda, mientras revisaba los títulos de una extensa librería que ocupaba una de las habitaciones de arriba. Había libros de psicología, de medicina, de leyes… pero hubo uno que le llamó poderosamente la atención—. ¡Mira qué casualidad! Tiene un ejemplar de la psiquiatra penitenciara Raquel Falcón y… ¡dedicado! ¡Joder, éramos pocos y parió la abuela! Esperemos que esa mujer no le haya lavado el

cerebro.

—¿Qué le ha puesto?

Verbeke volvió la pasta de tapa dura y leyó la bonita caligrafía en voz alta.

«Con cariño para el Dr. Borja de Pellicer. Espero que encuentres tu Norte, y que saques las fuerzas suficientes para abordar el futuro. No te detengas en el pasado. Lucha por los tuyos si es lo que quieres, recupera a tu familia y devuelve el prestigio a tu vida… nunca es tarde para retomar nuestro lugar en el mundo: solo hay que tomar las riendas con valentía. Un abrazo, R. Falcón».

—Esto me lo llevo como indicio —anunció Verbeke—. Y, a esta tipeja le va a caer una llamadita.

—Esa psiquiatra parece que va mal influyendo a todos los delincuentes a los que le vamos dando caza —reflexionó. Luego terminóó pensando en los que estaban sumergidos en la piscina—. ¿Te has fijado en el aspecto de los de abajo? Ninguno es asiático. Por lo que parece que no tiene nada que ver con un genocidio.

—Parece que no. El de abajo tiene rasgos latinos y el otro, caucásico —añadió y caminó hacia el dormitorio principal de la casa —. Además, uno atlético, desnudo y con tatuajes. El otro, con tetas, barriga y vestido. No parece seguir un patrón físico… Habrá que ver qué relación guardan con el cirujano.

La habitación del cirujano estaba compuesta por una cama de matrimonio. Un tríptico enorme al óleo justo encima del cabecero y una mesita de noche con una lámpara Led. En el primer cajón de esta, encontraron entre los calzoncillos, una petaca con whisky, alguna que otra tableta con capsulas relajantes y una pistola con el número de serie borrado. Se trataba de un arma antigua. De cañón fino y corto, y que por supuesto estaba cargada. Verbeke reconoció que era de las que usaban los militares nazis en la Segunda Guerra Mundial. Llamó a Nekane y ésta la metió en un sobre para evidencias. En el segundo cajón había un sudoku, un frasco de perfume Dior, un bolígrafo y una caja de preservativos abierta. Luego, abrieron las puertas del armario de abedul. Dentro había infinidad de trajes de chaqueta metidos en bolsas de tintorería, camisas de varios colores y zapatos de piel. Tras trazar una visual, y ver que no había más cajones que abrir, levantaron el canapé de la cama. Bajo esta, aparecieron varias cajas de almacenaje. Eran transparentes y dentro se podían ver fajos de billetes apilados. Debía de haber muchos miles de euros.

—¡Joder! Para no tener actividad económica declarada ni licencia para ejercer, parece que aquí entra el dinero a mansalva —se sorprendió Nekane—. ¡Todo parece lujo en esta casa! Los cuadros, las esculturas de bronce que decoran los muebles, la auto caravana que parece un autobús… Ahora billetes y más billetes.

—Y eso que ha estado varios años en prisión sin poder trabajar, pagando una suculenta indemnización al Teco. ¡Muy raro!

—Habrá heredado de su padre.

—O no le cabe en la caja fuerte.

El Teniente Coronel apareció en el dormitorio. Asomó la cabeza esperando cualquier cosa. En su interior vio todos esos fardos de billetes amontonados en cajas de almacenaje de plástico.

—¡Dinero negro! —espetó.

—Igual es de los que piensan a la antigua y prefieren guardarlo bajo una losa… —discrepó Verbeke—. El banco da poco rédito.

—Ya. Pero está más seguro que en un llamativo chalet de 600 metros sin una puta cámara de vigilancia. ¡Es un caramelito para los chorizos!

Verbeke contempló a su jefe y aceptó la conjetura.

—Lo que da pie a que esté metido en alguna movida rara. Yo he encontrado una pistola en su mesita de noche.

—No me extrañaría. Por cierto —añadió con halaos de misterio—, Zamorano ha encontrado una bolsa de basura en el jardín trasero, con gasas, viales y desechables de quirófano. También había ropa y dos billeteras.

—Me hago cargo —dijo Nekane bajando a la planta baja.

—Ha tenido que intervenir al chino en algún lugar de la casa. Pero, ¿dónde?

—Igual hay una trampilla que va a una habitación subterránea —sugirió el Teco mirando por el ventanal—. Hay que hacer una prospección en el terreno rústico.

De pronto, Roca dio la voz de alarma desde abajo. Mostraba desespero.

—¡Ayuda!

Los dos que estaban arriba bajaron las escaleras a saltos. Cuando se plantaron en la escena del crimen, se encontraron al abogado sangrando por la nariz, al del juzgado temblando y Nekane taponando la herida de la calva de Roca, de donde manaba mucha sangre.

—¡Ha salido corriendo para afuera! —les avisó la de Científica—. ¡Le ha agredido con la tijera de corte! Zamorano va tras él.

El cerebro de Verbeke empezó a girar engranajes y a tirar de palancas. Preguntas y respuestas que fluían y recorrían los entresijos de su retorcida lógica. «¿De dónde habrá sacado tanta fuerza? Adrenalina. Claro, en situaciones donde se compromete la vida, sacamos poderes sobrehumanos. Por eso sujetó con fuerzas el cuello de Roca cuando debería estar debilitado… a no ser, que llevara poco bajo el agua. ¿Y si todo ha sido un montaje? Otro actor de esta locura… Por eso está huyendo el muy cabrón», dedujo en milésimas de segundo.

Verbeke y el Teniente Coronel emprendieron la persecución. El tipo iba a toda prisa. Desnudo y como si tuviera cuatro piernas. En su espalda relucía aquella tarántula roja tatuada a todo color. Ninguno de los tres estaba tan en forma como para darle alcance. A lo lejos, un zumbido quebró el trinar de las aves: se trataban de un todoterreno Toyota Land Cruiser, con los vinilos del SEPRONA. Al ver que querían dar alcance a un tipo con un aspecto sospechoso, aceleraron calculando la trayectoria del fugitivo y se anticiparon cortándole el paso. Los dos agentes vestidos de marrón se bajaron del vehículo y emplearon todas sus fuerzas para poder reducir a aquel tipo que se retorcía como la cola de una lagartija.

Venían a por el perro, pero dieron caza a otro tipo de animal.

—¡Tengo que matar a Samael! —argumentó el que ahora mordía la yerba con las manos sobre la espalda—. ¡Va a sufrir!

—¡Gracias! El cabrón… corría como una gacela —les agradeció Zamorano apoyando las manos sobre sus rodillas mientras recuperaba el aliento—. Hay que interrogarlo para ver que sabe.

16

Nuevas cicatrices

Hospital Privado
17:50 de la tarde

Julia Verbeke permanecía en el interior del coche, con las ventanillas cerradas y la calefacción a tope. Fuera hacía 1 grado centígrado. La ola de frío polar pisaba con sus afiladas garras toda la capital. Aburrida, contemplaba a la gente que salía y entraba de Urgencias, aguardando el milagro de que una de ellas fuese Iván. El reloj no avanzaba, y cada minuto parecía durar una eternidad. Presa del hastío de la impaciencia, abrió la guantera y comenzó a registrarla en busca de alguna chuchería. Allí había pañuelitos, bolígrafos, una linterna, un bote de gel hidroalcohólico e incluso encontró una orden judicial de registro con fecha de hace un año. Por un instante, pensó en usarla para entrar en el hospital y alegar que estaban en un dispositivo especial por el cual necesitaba prioridad en la atención del sargento, pero sabría que el bochorno que se sometería a Roca al verla fingir aquella mentira, lo infartaría ipso facto; y en vez de una radiografía y sutura, lo dejarían en observación con varios chismes midiendo sus constantes vitales. Desistió de su alocada invención y palpó con su mano el interior. Al fondo, halló una chocolatina *Toblerone* de las que tanto le gustaba. Cerró la guantera y se recostó inclinando el respaldar hacia atrás. Como una niña en un cine de verano, comenzó a ratonar el chocolate, mientras dejaba su vista perdida en el parabrisas y repasaba lo vivido en casa del cirujano. Su mente recopiló todos esos detalles en el mismo orden en el que los experimentó: el perro moribundo lamiendo el suelo, el agua manando hacia el jardín, el césped inundado, la puerta con el número tres pintado por Job, la enorme caravana, la piscina con los dos tipos encadenados al fondo, el tubo de snorkel asomando dos centímetros por encima de la superficie, Zamorano zambulléndose a contrarreloj con una tijera de corte, los fardos de billetes bajo el colchón, Roca con la cabeza abierta tambaleándose por el borde de la piscina mientras Nekane le taponaba la brecha, el fugitivo corriendo desnudo y descalzo sobre la yerba, los del SEPRONA cortándole el paso… y llegó a la conclusión de que aquello era un mosaico, un puto mándala en blanco al que debía ir asignando colores para formar un patrón y darle así sentido a la composición. Pero, de momento no tenía idea de por dónde empezar.

De entre los pacientes que escupía el hospital, apareció un hombre alto, corpulento, con vaqueros deshilachados, una chaqueta con bolsillos de parche abotonada hasta la barbilla y con un apósito

alargado sobre la calva. Realizaba muecas de dolor mientras miraba de derecha a izquierda antes de cruzar por el paso de peatones, como si en el gesto se le resintiese la tirantez de la sutura que unía el labio abierto en su cuero cabelludo. Una vez llegó al Toyota, golpeó con los nudillos la ventanilla y Julia le abrió desde dentro.

—¿Qué tal? —se interesó y le dio un beso—. ¿Ese cabrón te ha fracturado el cráneo?

Roca se acomodó en el habitáculo, regulando el sillón y encogiendo el cuello para no rozar su crisma contra el techo. Sus manos desprendían un fuerte olor a hidrogel. Abrochó el cinturón y respondió con desgana.

—Ocho puntos. Por suerte ha sido en otro sitio distinto de donde sufrí el martillazo.

Verbeke apoyó los talones y se aferró al volante para levantar el trasero del asiento. En su calva vio una V, formada por la antigua herida y el apósito que cubría la nueva.

—¡Anda! Pero si tienes mi inicial —bromeó—. Ahora tienes una marca de mi ganadería.

—¿Lo dices por los cuernos? —la cortó.

—¿Qué dices? Solo digo esta tontería para quitar dramatismo a tu herida. Estás vivo, ¡alégrate! Además, ahora tienes pinta de malote. No te preocupes por la marca que te pueda quedar.

—Las de la piel cicatrizan bien… lo que me preocupa son las que me puedas abrir aquí dentro—se señaló el pecho con su enorme manaza—. Ahora arranca. Tenemos que entrevistar al sospechoso que huyó de la piscina.

—¡Espera, espera, espera! ¿Me quieres decir algo o el golpe te está nublando el juicio? —le reprochó arqueando las cejas y echando el freno de mano—. ¿A qué viene eso de las heridas del corazón?

Roca giró su cabeza todo lo que pudo en dirección a la teniente. Su mirada tosca y fría, hacía mención a su apellido.

—Sé de buena tinta que no estuviste aquella tarde con el cateto del brigada Tocino —fue directo al grano—. ¿Con quién quedaste?

Verbeke tragó saliva. Quitó el freno de mano y araño la caja de cambio al olvidar pisar el embrague. Aceleró con brusquedad en un burdo intento por huir de aquel cuestionario al que le iba a someter su pareja, pero dentro del habitáculo llevaba a su interrogador y no le quedaba otra que responder a todas y cada una de unas preguntas.

—Con una amiga —espetó agilizando su dicción.

—Ya. ¿Piensas que me chupo el dedo? Si hubieses quedado con una amiga no usarías una mentira. Se franca. ¿Me estás siendo infiel? ¿Lo haces por venganza? Me prometiste que habías pasado página.

Verbeke chasqueó la lengua. El cristal de su ventanilla se empaño. Y entonces, con la boca pequeña le confesó mientras no perdía de

vista la carretera.

—Tienes razón… No estuve con el brigada —selló sus labios y cargó su garganta con balines de fogueo con el fin de no herirlo—. Me veo con un amigo, pero no me lo he follado. ¡Puedes estar tranquilo!

—¿Tranquilo sabiendo que quedas a escondidas con un tío? —gruñó—. ¡Bah! Me has mentido todo este tiempo. Y yo como un bobo, confiando en ti. Dándote tu espacio para no agobiarte. Decías que querías vivir cada día sin dar explicaciones, tras el episodio violento que casi te cuesta la vida. Pero me tenías preocupado. Venías borracha, con magulladuras, con verdugones…

—Me gustaría habértelo explicado —atajó—, pero no me hubieras entendido.

—Pues prueba a ver… porque he malpensado en muchas ocasiones. Llegué a pensar que quedabas con tu hermano Gabriel para drogarte. Hasta que leí en tu teléfono el nombre de Maestro y entonces supe que te estabas liando con otro.

Verbeke alargaba las marchas, realizando una conducción torpe y temeraria. El motor del vehículo sonaba forzado, sobrepasado de revoluciones; un símil al electrocardiograma que podría dibujar su corazón en esos precisos momentos.

—¿Ahora vas registrando mi móvil? Eso es violencia de género digital.

—¡Los cojones! Soy detective de vocación ¿qué esperabas? Se te notaba de lejos que te pasaba algo… pero a veces te tomas mal que me interese por ti.

Verbeke comenzó a llorar sumida en la onda expansiva de su error. No tenía idea de con que palabras podía explicarle como se sentía, pero ella siempre iba de frente, y a pesar de haberle ocultado sus devaneos, era hora de afrontar las consecuencias. Convencida de que hacía lo correcto, desnudó su alma entre lágrimas.

—Si no te lo he contado ha sido porque tú eres don Perfecto. Ves con claridad lo que está correcto de lo que no. Tu orden, tu lógica —se secó las mejillas y buscó compasión en Roca—. Y mi vida es un puto caos. Desestructurada y con emociones errantes y tóxicas que me joden todas las mañanas —giró y encaró la avenida que daba al edificio de la UCO—. Cuando esa psicópata me secuestró en esa casa del embalse, y empezó a rebanarme la carne de la espalda, sentí impotencia, sufrimiento, dolor… pero también alivio —comenzó a hipar recordando el anterior crimen. Las palabras se le atragantaban en el gaznate—. El dolor físico al que fui sometida provocó que me olvidara del dolor de los recuerdos. De ese daño que me carcomía por dentro. Cuando todo acabó, y me salvaste, me sentí la mujer más dichosa de la faz de la Tierra… pero la sensación de agobio volvió, y, entonces, sentí anhelo por el dolor físico… Sentí una necesidad

inmensa de sacar fuera lo que tenía dentro —carraspeó tras redundar con la palabra "dolor"—. Maestro es mi amo en la dominación —el rostro de Roca se congestionó tanto que notó una tirantez en la cicatriz como si los puntos le hubiesen saltado por los aires—. *Spanking, caning, shibari*… cada azote, cada humillación, cada atadura, cada golpe que me da me hace olvidarme de lo que me corrompe en mi interior…. No es sexo Iván, es una terapia.

Roca notó un aleteo en su pecho, y lleno de cólera descargó su puño contra el salpicadero del Toyota abriendo la compuerta de la guantera: el contenido rodó por la alfombrilla del coche.

—Tienes razón. Soy incapaz de entenderte. Deberías haber acudido a un psiquiatra para que tratara tu trauma nada más terminamos la misión. Apunta a un claro síndrome de Estocolmo —pegó su rostro al cristal de la ventanilla con impotencia—. Ahora ya es demasiado tarde. No puedo casi mirarte a los ojos…

—Estoy desesperada, Iván. Tengo pesadillas… ¡Estoy mal! Y te pido perdón por no haber sabido gestionar este daño. No quería preocuparte. ¡Te lo juro!

—Pues lo has conseguido. Has afrontado tu problema de una manera cobarde y equivocada… Y no… no puedo seguir apostando por ti. No veo solución a este asunto.

Verbeke aparcó en superficie. Un tímido copo de nieve se posó sobre la luna delantera. Era precioso y parecía indestructible a la intemperie.

—No me dejes sola, por favor —le rogó sujetándolo por las solapas de borrego de su chaqueta *vintage*—. ¡Te juro que no volveré a ver a mi amo! Te necesito en casa. ¡Te quiero!

—Vayamos a interrogar a ese tipo de la piscina —respondió con frialdad—. Ya maduraré esta noche una respuesta sobre el futuro de nuestra relación.

Verbeke fijó su vista en el copo de nieve.

Finalmente, no cuajó.

Se hizo agua y resbaló por el cristal.

17

Piezas que encajan

18:21 de la tarde
En una sala del edificio de la UCO

El Teniente Coronel Miranda solo tenía un objetivo en mente: que a Borja de Pellicer Vega le cayese la condena más dura que tipifica el código penal de España. La prisión permanente revisable le parecía un castigo justo comparado al daño provocado. Para ello, citó en las dependencias a su equipo de investigación, con el fin de adjuntar al juez un informe lo suficientemente contundente para que Job quedara cautivo durante muchísimos años tras treinta centímetros de hormigón y varios kilos de acero en forma de barrote.

En la sala ya estaban Roca y Verbeke, cada uno a una esquina de la mesa, evitando cruzar sus miradas. Nekane y Téllez, inherentes a la ruptura de la pareja, ocupaban los huecos intermedios ordenando la información que contenían los documentos que manoseaban con detenimiento. Zamorano, ausente en la convocatoria, se había quedado en el domicilio del cirujano, en busca de posibles indicios que hubieran pasado por alto tras la primera inspección. Ahora sí, el Teniente Coronel encabezó la pizarra con el nombre del operativo y lo tituló empleando una lustrosa caligrafía:

——Crímenes de adviento——

A continuación, deslió un caramelo de regaliz y lo alojó entre la encía y la mejilla. Dio comienzo a la reunión.

—A ver, equipo. En la sala de interrogatorios tenemos al sujeto que quiso escapar de la escena del crimen. En breve, bajaremos para tener un careo con él, pero antes, quiero separar el grano de la paja. Quiero saber que certezas tenemos, para poderle entregar al juez un informe solvente e inexpugnable, que apoye la culpabilidad del susodicho cirujano. Así que, Nekane y Téllez, den paso a los resultados de vuestras últimas pesquisas.

Nekane tomó la iniciativa. Metió sus dedos en la madeja de cabellos negros que coronaban su cabeza y tras rascarse, empezó a desvelar la información con la que contaba.

—Bueno, la verdad es que hay datos que resuelven dudas y otros que desconciertan un poco más —advirtió paseando un bolígrafo por sus labios agrietados por el frío—. Respecto al primer cadáver, decir que tenía un pasaporte falso. Comprado en eBay donde los ofertan para colecciones y juegos. Según el resultado de toxicidad, ha revelado que poseía una sobredosis de anestesia, en concreto Propofol

—miró a sus escuchantes y continuó con los detalles—. Y que murió por asfixia mecánica. Respecto a su identidad, un familiar lo ha identificado como su primo en el Anatómico Forense y deciros que no se trata de un ciudadano chino, sino de un vallecano nacido en el dos mil: Alex Lee Hurtado. Padre chino y madre española. Trabajaba en Glovo. Desapareció hace dos días en las inmediaciones de Vicálvaro según el GPS de su terminal de venta. Encontraron su moto y sus pertenencias. Ni rastro de él ni de la comida.

—¿Y quién realizó el pedido? —preguntó Roca vertiendo serias sospechas sobre el cliente.

—El cadáver número dos —concluyó sorprendiendo a los investigadores—. Francisco Barrera Solís, cincuenta y un años. Dueño de una cantera de piedras calizas. Estado civil: soltero y sin hijos. Encontramos su cartera en la bolsa de basura del jardín de Job.

—¡La ostia! —bufó Verbeke sorprendida. Miranda anotó el nombre en grande de Francisco y de Alex. Y los numeró con un uno y un dos —. ¿Tienen parentesco familiar? ¿Son amigos?

—No. No hay constancia de que sean familiares. En el registro de llamadas del cirujano no hay constancia de que se hayan telefoneado nunca.

—Pues todo parece muy trivial. Da la impresión de que Francisco ha secuestrado a Alex —elaboró la conjetura mostrando poco convencimiento—. Pero ¿por qué se lo iba a llevar a Job? Y si lo secuestró porque estaban conchabados, ¿por qué se deshizo del empresario?

—Se nos escapa algo… el nexo de unión. Igual cometió otra negligencia y el dueño de la cantera decidió vengarse. Contrató al sicario y al chino para darle una paliza… y la venganza le salió rana.

—Borja de Pellicer solo ha cometido una negligencia mortal en toda su carrera como cirujano —rectificó Roca vocalizando de manera rápida. Miranda entendió que su esposa fue la única afortunada de la mala praxis—. No parece que ese sea el móvil. Igual deudas. No olvidemos que el cirujano lleva inactivo unos años y, sin embargo, tiene un casoplón importante y cincuenta mil euros enfajados con gomillas.

—Hay más sobre Francisco Barrera —añadió Téllez sumando más suspense en torno a la figura de la víctima número dos—. Según las cámaras urbanas, el cirujano condujo una furgoneta de alquiler hasta las inmediaciones de la Plaza de la Moncloa. Mediante una rampa realizada en madera, hizo bajar de la zona de carga el carrillo de mano con el cuerpo de Alex.

—¿Y quién alquiló la furgoneta?

—A eso iba —continuó Téllez—. La reserva y la gestión la realizó por internet el susodicho: Francisco Barrera.

—Tuvo que transportar la furgoneta con el rehén chino hasta la casa del cirujano—ató Miranda enroscando el filo de su bigote con los dedos—. Luego, se defendió, los redujo y los metió en la piscina como venganza. Se llevó el vehículo y transportó a Álex hasta la plaza de la Moncloa.

—¡Menudo cacao! —se desconcertó Verbeke antes de sacarle los colores a su jefe—. La pieza que nos falta es la de la actriz que contrató Job para seducirle —Miranda la miró con inquina—. Ella igual sabe algo en torno a la figura del cirujano y sus acompañantes.

—No sabemos su nombre. Ni su identidad. No podemos rastrearla —señaló Téllez.

—Pues con lo que tengo, redactaré todo en el informe apuntando a una venganza por dinero —asumió Miranda dando por concluida la investigación—. Aludiremos el tema del dinero bajo el canapé para justificar que había un móvil económico entre los dos. Ya solo me queda la confesión de la tercera pieza en este extraño puzle. El niñato tatuado que se intentó fugar por el monte. ¿Qué sabemos de él?

—Pues que tiene un largo historial delictivo —informó Téllez desabotonando su camisa de franela y dejando ver una camiseta negra del grupo musical Héroes del Silencio cuyos diseños se los hacía él a base de Photoshop—. Pertenece a la banda de las Tarántulas Rojas, fundada en Ecuador y con poca presencia en España. Es un sicario a sueldo. Entre sus deméritos ostenta: abusos, intimidación, pertenencia a banda armada, robo con fuerza, secuestro y extorsión.

—¡Una joyita! —recalcó Verbeke anotando los datos en su libreta —. Le falta tráfico de drogas y delito por sedición.

—Ese último ya lo han derogado —apostilló Roca—. ¡Menudo país!

—¿Y cómo se llama el sujeto? —preguntó la teniente.

—Darwin Pereira alias “el Cebolla” —respondió el Teco—. Así que no perdamos más el tiempo. Baje junto a Roca a la sala de interrogatorios y sáquenle toda la información posible. Quiero que corrobore nuestra teoría. ¡Es hora de dar carpetazo al caso!

18

Samael

Roca tomó las escaleras; Verbeke, el ascensor. Una vez coincidieron en el pasillo, no mediaron palabra alguna y avanzaron como dos desconocidos hacia la puerta del fondo. La sala de interrogatorios del edificio se ubicaba en la planta primera y tenía un cristal de espejo para que desde fuera se pudiera vigilar lo que estaba ocurriendo dentro. También había una cámara de vigilancia en una esquina, tres sillas y una mesa color roble con la superficie bien rallada. Dentro esperaba Darwin alias “el Cebolla” y la abogada de oficio. El sicario tenía la cabeza rapada al cero, varias calvas en una ceja y una cicatriz en el labio. Sus rasgos latinos estaban muy marcados y sus ojos se agitaban con nerviosismo de un lado hacia el otro como si estuviese en la fase REM del sueño. En cuanto a su vestimenta, vestía el pijama con el que había ingresado en el hospital para revisar su estado de salud. En el brazo tenía un moratón como signo de haber tenido una vía intravenosa. Su aspecto distaba mucho de la de un fiero pandillero, ahora más bien parecía un loco que se había escapado de un sanatorio.

El binomio Roca-Verbeke tomó posiciones dentro de la sala. Iban con su ropa de calle y con la cara en modo enfado; cosa que Darwin percibió vaticinando que estos no venían de buenas.

—¡Buenas tardes agentes! En primer lugar, le pido disculpas por el incidente. Me alegro que esté bien. Me la jugaron los nervios… ya tú sabes.

—¡Cállate! Nadie ha pedido tu perdón. Solo tienes que responder a las putas preguntas —le atajó Roca empleando un tono firme.

La abogada le llamó la atención y le pidió calma a la hora de tratar a su cliente.

—A ver. Vamos a ir al grano —tomo las riendas Verbeke fingiendo un rostro relajado—. Te va a caer una buena por agredir a un agente. Por no hablar de tu intento de fuga del lugar de los hechos. Así que no obstruyas la investigación y cuenta porqué estabas en una piscina con un cadáver.

—Se están equivocando de hombre —se excusó usando su marcado acento sudamericano—. La culpa de todo esto es de Samael.

—¿Samael? ¿Quién es? —quiso saber Roca—. ¿El tipo de la piscina?

—No. El *man* de la piscina no lo había visto en mi vida. Yo solo conozco a Samael.

—¿Quién cojones es Samael? —preguntó Roca.

—Según la Biblia es el ángel de los infiernos —respondió Darwin

abriendo los párpados y mostrando una risa tenebrosa—. Ese hombre se ganó el apodo en los barrios calientes. Incluso los malos tenemos quién nos cuide.

—¿Cómo acabó en su casa? —intrigó Verbeke inclinando su rostro hacia delante—. ¿Qué amistad une a un pandillero de barrio con un cirujano de prestigio?

—La muerte —espetó—. Me balacearon desde un carro y tuve que llamarlo. Me alojaron una bala en la clavícula y otra en el costado… Pero Samael me sacó los plomos… no es la primera vez que revive a uno de los nuestros.

—¿Y dónde te operó? Registramos toda la casa y no encontramos ningún quirófano.

—Nos recoge y nos interviene en cualquier lugar… el muy cabrón tiene una caravana medicalizada. Nosotros llamamos a su UVI móvil: el limbo —pausó dejando una sonrisa perenne en su boca—. Ahí se decide si pasamos al mundo de los muertos o si seguimos guerreando entre los vivos. ¡El hijoputa es muy bueno con el bisturí! —lo alabó.

—¿Y quién te obligó a meterte en la piscina? ¿Fue Samael?

—Rubita, ¿tengo pinta de sumiso? —mostró su desagrado—. Lo último que recuerdo del cirujano es que me puso un gotero y me sedó. Cuando desperté estaba sentado en el fondo en la alberca. Desnudo y con el agua subiendo. Intenté salir… pero vi que mi pie estaba encadenado al piso. El tipo que tenía enfrente tenía unas gafas de bucear y un tubo. No tardé en darme cuenta de que el agua iba a cubrirme la cabeza y que moriría ahogado si no le quitaba el tubo de snorkel —expresó con una naturalidad abrumadora—. Aquel gordinflón opuso resistencia. Luchamos mientras el agua subía. Tardó un día en llenarse. Por el tragaluz vi como amanecía —apretó la mandíbula remarcando la cicatriz de su labio—. Solo pude usar un brazo y necesité una hora para reventarle la nariz de un puñetazo y dejarlo K.O. Ya no podía ponerse las gafas: se le llenaban de sangre. Pero insistió. Me agarró del cuello... La maldad se apoderó de mi… ¡Defensa propia!… No sé, se me activó el modo supervivencia —elevó la vista buscando empatía en Verbeke. No obtuvo lo que quería—. La cuestión es que luego le hinché los ojos a puñetazos. Tanto que lo cegué. Esa sabandija comenzó a gritar, le quité las gafas y ya nunca supo donde las tenía. El agua lo mató. Luego recé por mi alma y Dios se apiadó de mí cuando aparecisteis —se sintió un elegido—. ¿Sabe que se dice en la calle? Para que llore mi mamá, que llore la tuya. Y bajo ese pensamiento actué. ¿Qué haríais en mi lugar? ¿Qué opinan?

—Qué tu mamá tuvo que llorar cuando vio el monstruo que engendró en su día —respondió la teniente provocando un rictus en el detenido—. No me conmueve su omisión de auxilio. Eres un ser cruel. Sin sentimientos ni escrúpulos. ¡Ah! Y no me vuelvas a llamar Rubita,

o te mando directo ante Satanás sin pasar por la casilla de Samael.

Roca entendió que Verbeke estaba pagando su frustración con el sicario, ya que sus salidas de tono eran continuas y un tanto desproporcionadas.

—Por eso me apodan El Cebolla, porque todo el que cae en mis manos… por duro que sea, al final llora.

—Ya. Pues ahora te toca a ti soltar unas lagrimitas —le avisó—. Cuando el juez te mande de nuevo a la trena y compruebe la lista interminable de antecedentes que tienes... no habrá Santo que te quite los diez añitos. Y en vez de con veintitrés saldrás con la treintena.

—Sabandija asquerosa… ¡*Hijaeputa*! —se levantó de la silla unos centímetros para increparla—. ¡Me he quedado con tu cara mofletuda de ojitos azules y con ese culo gordo! Hipócrita… ¡Tú hubieras luchado por tu vida! Y no lo maté ¡Lo hizo el agua! Yo solo me quedé con el tubo.

Verbeke observó la reacción de su compañero. Normalmente la defendía en estas situaciones incómodas. No permitía las subidas de tono ni toleraba los insultos. Pero tras la discusión en el coche, estaba raro y decidió no ser caballeroso o machista, según se mirase; simplemente hizo como si aquello no le afectase. Como muestra de su actitud, formuló una nueva pregunta para Darwin.

—¿Fuiste tú o alguien de tu banda quién secuestró al chino y al que estaba en la piscina? —preguntó Roca empleando un tono solemne—. ¿Te encargó el cirujano el trabajo a cambio de algún favor?

—No. Ya se lo dije… Lo llamé por la herida que recibí. Le pagué los quinientos euros en mano. Vino a recogerme y me llevó a su casa para quitarme de en medio. Los rivales de la otra banda conocen la caravana y podrían entrar a rematarme... Cuando desperté ya estaba en la alberca.

—¿Y por qué razón piensas que te utilizó? —requirió la teniente.

—No lo sé. Este hombre siempre se portó bien con nosotros —se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor—. Pero todos tenemos un lado oscuro y este decidió que era el momento de mostrarlo… Ya pagará su deuda con las Tarántulas Rojas. Los míos se encargarán de desplumar sus alitas de angelito caído. Y cantará… dirá por qué me ha intentado ahogar.

Roca salió fuera y llamó vía móvil a Zamorano para que verificara si en la caravana había un quirófano portátil. Verbeke quedó fija mirando a la abogada, como si pudiera trasladarle mentalmente su indignación por defender a individuos de esta calaña. Sin añadir mucho más que una despedida formal, abandonó la sala. Roca le confirmó que el sicario decía la verdad, que Zamorano había alucinado con la instalación que tenía el vehículo.

Tras trasladar al Teco los datos del careo, la pareja volvió a casa.

No hubo diálogos y Verbeke no se arrastró más. Roca llenó dos maletas con ropa y pertenencias sin chistar. En menos de una hora, Julia ya estaba sola. Boca arriba y en el sofá, contemplaba el techo del salón, proyectando su futuro lejano en la placa de escayola que sostenía la lámpara. Y se vio vieja, sola y triste.

Pensando en lo que pudo ser y no fue.

Dando por hecho que todas sus decisiones eran desacertadas.

Y, por tanto, que iba cuesta abajo y sin frenos hacía los retales de su propia ruina emocional.


VENTANA
4

19

Lo que esconden los cartones

4 de diciembre de 2023
10.15 de la mañana

Julia Verbeke caminaba por la Gran Vía con un abrigo de tres cuartos color camel y botas de media caña de la misma textura. Unos vaqueros azules y una abrigada bufanda de lana completaban el *outfit* elegido para afrontar los 2 grados que ofrecía Madrid por la mañana. Y no iba sola, le acompañaba Luis Zamorano, que vestía una chamarreta de cuero negro y pantalones del mismo color. Sus gafas de sol con lentes oscuras solo eran una seña de identidad, pues no había rayos que bajaran del cielo con fuerzas como para deslumbrar a la pupila más sensible de todo Madrid. Ambos venían de desayunar de la acogedora chocolatería de San Ginés, lugar preferido por Verbeke y elegido en esta ocasión para ponerlo al día de los pormenores de la investigación.

—Ese cirujano chiflado quería armar la Marimorena. Menos mal que los medios no le han dado mucho bombo al asunto —concluyó Zamorano asimilando la información. Luego sacó un pitillo de una cajetilla abollada que guardaba en el bolsillo de la camisa y lo prendió.

—Solo espero que el juez dicte hoy sentencia y lo metan en el trullo. Necesito un descanso para asumir mi nueva realidad. Tengo miedo a la soledad… a pesar de haber estado mucho tiempo soltera.

Zamorano la miró de arriba a abajo, y aunque no tenía interés alguno en las mujeres, vio en Julia Verbeke un prototipo para la mayoría de hombres de su edad: rubia, ojos azules, carnes donde agarrarse, carácter fuerte y divertida a ratos. Con la confianza que los unía, opinó.

—Pues a una hembra de tu calibre no le deben de faltar los hombres. Lo que pasa es que nadie está listo para bregar con una personalidad tan arrolladora —expulsó el humo de la primera calada —. Pero no tengas prisas, a estas edades solo hay decepciones —se comparó a pesar de sacarle algunos años—. Yo estoy contento de estar solo. Te empiezas a conocer a ti mismo. Te das cuenta que no necesitas a nadie para cumplir con tu día a día: comemos solos, respiramos solos, meamos solos… —se reiteró con la soledad como si fuese una virtud—. Somos seres individuales. La gente nos acompaña por un tiempo limitado, y sí, pueden hacer que el viaje hasta la tumba sea más bonito y entretenido… pero, realmente, no necesitamos a nadie.

—Ya. Pero es que yo miro en el espejo de mi madre y me da angustia acabar de la misma manera. Sola después de tantos años. En ese sofá del salón, con la cadera rota y sacando un álbum de fotos cada dos por tres, convenciéndose de que un día fue feliz… y me veo en su lugar de peor manera… pues yo no tengo hijos que vengan a visitarme.

—Nadie se muere por no estar acompañado —dio una potente calada y aguantó el humo para expulsarlo con la última vocal de su respuesta—. Yo me refugié en disfrutar de mi tiempo sin dar explicaciones. Tirarme pedos sin que nadie se queje. Poner la música alta. Y si cae un chico guapo, pues ese gustito que me llevo… Pero no hay mandamiento ni ley en el que estemos obligados a estar en pareja. Solo es un modelo social impuesto. Ya encontrarás tu sitio de nuevo. Hazme caso.

—Tal vez. Pero no me veo con otra persona. Nuestra profesión es difícil de entender —el vaho de su boca se enredó con la nube de tabaco de Zamorano—. La mitad del año fuera de casa y sin poder planificar ni unas putas vacaciones. Solo otro agente puede comprender nuestro estilo de vida.

—Tienes razón. Aquí se trabaja mucho —apagó la colilla contra la pared y la tiró a una papelera—. Tú tranquila. Ya verás como el sargento Roca vuelve arrepentido… Seguro que lo que le has hecho no es tan grave. Por cierto, te voy a contar un chiste malo.

—No es el momento.

—Esto es un vampiro que se encuentra a otro empapado en sangre. De la comisura le caían coágulos. El otro le pregunta: ¿de dónde has sacado tanta sangre? Y el otro le responde: ¿ves aquel muro de allí? El otro asiente. Este le responde: ¡Pues yo no lo vi!

—¡Qué malo y antiguo! —respondió en un tono socarrón.

—Pero he conseguido arrancarte una media sonrisa. Ahora continúa soltando lastre, pero con menos dramatismo.

—¡Buen intento! —respondió con desanimo, a la vez que se detenía frente a un escaparate con el cartel de «Se vende». No se trataba de un negocio cualquiera, sino de la antigua floristería de su hermano Gabriel. Dentro había estantes vacíos colmados de polvo y un cactus que se resistía a morir sin agua ni luz. No pudo evitar sentir el símil respecto a su corazón—. Yo creo que hay cosas que se rompen y que ya no tienen arreglo.

—¡Qué negativa estás! Todo va a ir a mejor. Ya verás.

En ese mismo instante, doblaron una esquina y se encontraron con un conocido toxicómano pidiendo dinero. Por motivos de la helada nocturna, se mantenía sobre la acera con un cartón enorme tras el que se escoraba. En él se podía discernir un número cuatro, pintado en rojo sobre la impresión original que revelaba el producto que un día

guareció. Verbeke pensó en su sugestión con los números, ya que la forma del mismo le recordó al que vio en la puerta del chalet del cirujano. Al pasar junto al mendigo, este le hizo una pregunta.

—¡Rubia! ¿Qué día es hoy?

Julia lo miró con desdén, sabía que era una treta para luego pedirle un euro, aun así, le dio el dato y sacó dos euros para que se tomara algo caliente para paliar su tiritera.

—Lunes.

—¿Y de número? —repuso el mendigo.

—Cuatro de diciembre.

—Del año 2023 —apostilló Zamorano amagando con cruzar la carretera.

El toxicómano esbozó una putrefacta sonrisa de oreja a oreja. Se puso en pie y miró la parte del cartón que pegaba a él. A grito limpio, poniendo sus deterioradas cuerdas bucales al límite, comenzó a asustar a los viandantes.

—¡¡Hoy se abre la ventana número 3 del calendario de adviento de Job!! ¡Poneos a salvo! —Hizo una pausa y miró el cartón. Tras memorizar el mensaje continuó—. Grabadme con los móviles. Llamad a la policía. Vuestros seres queridos van a morir antes del día 24. Y yo… —volvió a mirar el cartón antes de continuar su pregón—. Yo tengo una respuesta para detenerlo. ¡¡Hoy se abre la ventana número…

Verbeke notó un escalofrío por la espalda. Se guardó las monedas y sujetó al yonki por el plumífero repleto de agujeros de cigarrillo, obligándole a callarse.

—¿Quién te ha dicho que digas esto? ¿De dónde has sacado esa amenaza?

—¡No sé de qué me hablas!

—Somos guardias civiles —le susurró Zamorano sacando su carné profesional de la cartera—. Empieza a cantar o te arrestamos ahora mismo.

—Nadie… me ha pagado por decirlo —se delató mirando al suelo —. Se me ha ocurrido todo a mí. Me da envidia ver a las familias paseando felices.

Zamorano recogió el trozo de cartón con ambas manos. Por sus dimensiones advertía que fue el envoltorio de un televisor de 72”. En él, alguien había escrito un texto en mayúsculas usando un rotulador permanente de color rojo… En consecuencia, concluyó.

—Tú no has escrito esto. No aprecio ni una sola falta de ortografía en el texto, sin embargo, en ese letrerito con el que mendigas pone: *«Una limozna pa kome argo»*.

—Yo es que soy más de matemáticas —alegó el toxicómano.

—¡No te andes por las ramas! —lo zarandeó Verbeke con violencia

ante la mirada de una pareja de japoneses que paseaban por la zona —. ¿Quién te ha escrito esto?

—¡Me pagó un hombre que hablaba muy fino! —confesó—. Me trajo el cartón ya escrito, me preguntó si sabía leer y cuando le dije que sí, me ofreció cincuenta euros a cambio de que el día cuatro de este mes, me pusiera a gritar lo que pone ahí —mostró de nuevo su derruida dentadura, a la que le faltaban varias piezas como resultado de los abusos con las drogas y la falta de higiene—. Eso no es un delito ¿no?

—Según se mire —le presionó Verbeke—. ¿Cómo era ese hombre?

—Normal —respondió encogiendo un hombro. Verbeke hizo un gesto de impaciencia que el toxicómano entendió a la primera—. Me refiero a que no era uno de la calle como yo… Iba bien vestido. Podía ser más alto que yo. Pelo castaño oscuro ondulado y sin barbas. Hablaba como ahogado. Como si estuviera cansado todo el tiempo. No era extranjero. Tendría la edad de tu compi roquero —Zamorano lo miró de manera jurídica—: unos cincuenta años. Aunque seguro que usted, señor agente, es más joven de lo que aparenta.

Verbeke lo soltó para mostrarle dos fotos en su móvil: una de Francisco Barrera y otra del cirujano Borja de Pellicer. En las dos ocasiones, negó con la cabeza. La teniente insistió. El yonki hizo memoria y vio cierto parecido al empresario con el tipo que le había pagado. «Se le da un aire», alegó mostrando inseguridad. Al rato cayó en la cuenta. Se metió una mano en el bolsillo como quién busca una navaja con desespero para librarse de su amenaza. Zamorano dio un paso al frente y le advirtió de que no sacara nada peligroso o se llevaría un taponazo de su pistola. El toxicómano lo miró buscando el arma, y llamó a la calma con su siseo. Su mano, enfundada en un guante roñoso, portaba una especie de folleto antiguo. Tenía un número cuatro dibujado con un rotulador rojo. Y se lo tendió al agente con cierto nerviosismo.

—Ese hombre me dijo que cuando viniera la policía les diera esto. ¡Pero que yo no quiero saber nada! ¡Qué no es mi amigo ni nada! Yo solo cogí las pelas y leí en voz alta. Soy un necesitado de la calle que sobrevive con las limosnas de la gente…

—¡Cállate un poco y pégate a la pared! —le ordenó Zamorano con tono beligerante. Luego leyó en voz alta acaparando la atención de su compañera—. Parque Acuático de Aranjuez.

Verbeke le arrebató el *flyer* de las manos. Escrutó los detalles con asombro. Se trataba de un folleto de publicidad de un antiguo parque con toboganes y piscinas de olas, que debía llevar un lustro desmantelado. En el reverso, había un número 4 en rojo sobre un texto en minúscula con los mismos rasgos de escritura que remarcó la grafóloga en la carta del cementerio y la del mirador. Se podía leer la

siguiente inscripción: «¿Cuánto puede vivir una persona hacinada sin comida que comprar?». Temiendo que pudiera haber alguien en peligro en aquel lugar, llamó al Teniente Coronel y lo puso al corriente de sus sospechas.

—Verbeke, ¿qué quiere? Estoy a punto de entrar en el juzgado.

—Creo que esto no ha acabado, mi Teniente Coronel. Tengo un folleto del parque acuático abandonado de Aranjuez, con el número cuatro pintado en color rojo, y a un toxicómano advirtiendo a los paseantes de la Gran Vía de que pueden morir de aquí al día veinticuatro de diciembre. El contenido de la amenaza es obra de Job. Estoy segura. Su caligrafía es igualita a la recogida en las cartas.

—¡Maldito cab…! —se mordió la lengua—. Movilizaré un dispositivo hacía el lugar. Envía los datos al teléfono del sargento Roca con la ubicación. Que detengan al toxicómano, y acuda junto a Zamorano al lugar. ¡No podemos bajar la guardia!

20

Yoko ono

12.00 de la mañana
Parque acuático de Aranjuez

Hubo una época en la que Aquasur se convirtió en una cita para los madrileños en épocas estivales. Raro era no haberlo visitado en alguna excursión organizada o en familia, para disfrutar de sus retorcidos toboganes y sus divertidas piscinas de olas. Fundado en 1986 se convirtió en un referente de ocio en su época. Hoy, no era más que un lugar tétrico, con toboganes empinados que desembocaban en unos lodazales repletos de latas de cerveza oxidadas; escaleras repletas de vegetación; y retales de las estructuras que decoraban el lugar. En definitiva, un fósil que apelaba al anhelo de los buenos veranos en la capital. Al menos, así lo percibió Verbeke al recordar la única vez que vino siendo niña, junto a su padre, su madre y su hermano.

A través de una brecha abierta en la alambrada, entraron dos patrullas: una formada por cuatro guardias civiles con perros y otra por cuatro guardias civiles con dos drones para vigilar los rincones más inaccesibles. La Policía Judicial la componían los agentes: Nekane, Verbeke, Roca y Zamorano. La parcela tenía una gran extensión. A pesar de la podredumbre del paso del tiempo y el desmantelamiento por parte de los chatarreros, se podía intuir la distribución y ciertas estructuras que aún se mantenían en pie. La zona del minigolf, los jacuzzis, el chiringuito, la tienda de suvenires… Los grafitis decoraban la entrada a los aseos y algunas rampas. Entre los escombros se agazapaban algunos gatos aguardando a algún roedor despistado. Los perros comenzaron a campar a sus anchas, olfateando cada rincón como si fuesen cerdos en busca de trufas. Sus instructores los seguían con máxima expectación, esperando ese ladrido característico que confirmase que había una persona con vida esperando ser auxiliada; aunque no siempre se daba un agradable desenlace. A varios metros de altura, los drones cumplían con su cometido, escrutando las cimas de los toboganes y las pasarelas que servían de lanzadera para las atracciones acuáticas. No tardaron en divisar movimiento en lo alto de un barranco. Nekane, Zamorano y Verbeke, junto a cuatro guardias civiles, acudieron jugándose el tipo por el accidentado terreno. Una vez arriba, encontraron un cuarto para las máquinas de bombeo del agua, con una tupida cortina tapando la entrada. Al otro lado se oían voces y un sonido que se repetía. Pistola en mano y al grito de: «¡Al suelo! ¡guardia civil!», entraron en tropel dispuestos a encontrarse con cualquier cosa, dada

la última escena del crimen.

Dentro apenas había luz. Un par de velas alumbraban los veinte metros cuadrados de los que disponía la construcción. Un olor a mariguana y sudor se reconcentraba en la estancia. Tres mujeres y cuatro hombres ocupaban cojines mullidos a ras de suelo. Una de ellos tenía un timbal entre las manos, otro un imponente canuto. Del fondo salió un chucho canela con orejas de coyote y dientes de barracuda. Se tumbó a los pies de Verbeke esperando una caricia sobre el lomo. No hacía falta ser un lince para averiguar que aquello era una especie de comuna hippie. Los jerséis de colores, las diademas de flores, las melenas largas de los hombres… Entre los muebles viejos destacaba un armario con una puerta descolgada, una mesa con vasos, y varios colchones cubiertos por mantas. La pared estaba llena de manualidades, recortes de revistas y frases ingeniosas; aquel cuchitril no parecía albergar habitaciones dónde guarecer a nadie más. Aun así y dando por controlada la situación, los guardias recorrieron aquella vieja sala de bombas en busca de algún indicio.

—Paz y amor —dijo uno de los hippies realizando el signo de la victoria con dos dedos—. No queremos líos. Si han venido alertados por la mariguana, decirles que es de consumo propio.

—No vendemos —apostilló otro.

Verbeke miró aquella estampa y pensó en Roca, a él le molaba la música sesentera y los instrumentos de percusión. Bajó la pistola asumiendo que no corrían riesgo alguno, y preguntó al grupo.

—¿Quién de vosotros está menos fumado?

Todos apuntaron con su mirada a la misma persona: una mujer de unos veinticuatro años, con el pelo lacio y negro, que tenía una diadema confeccionada con flores de jaramago y otros tallos silvestres.

—Ella —aclaró otra de las chicas de la comuna.

—¿Podrías salir fuera un momento? Yoko Ono, quiero hacerte unas preguntas.

La hippie se levantó con torpeza. Vestía una falda negra con espirales lilas y un jersey azul. Se situó junto a la teniente y observó aquel paraje selvático repleto de toboganes de fibra de vidrio.

—¿En qué puedo ayudarle? Aquí no hacemos daño a nadie. Solo buscamos la verdadera libertad: la soledad elegida.

—¿Por qué te han escogido? ¿Eres la líder?

—Aquí no hay jerarquía. Hombres y mujeres somos iguales. Todos, todas y todes —recalcó con entusiasmo—. Y si me han elegido es porque no he fumado… albergo vida en mi vientre. Estoy de cuatro meses.

—¡Pues vaya lugar para criar a un bebé! —le soltó Julia mirando las condiciones precarias a las que iba a destinar a su futuro hijo.

—Aquí no hay opresión policial. Ni pandemias ni televisión ni

gobiernos que nos puedan manipular. No hay contaminación…

—Sí. ¡Es una utopía hecha realidad! —ironizó cortándole el rollo—. Bueno, simplemente quiero que me cuentes si en estos tres últimos días has oído gritos, alguna discusión o movimientos sospechosos por el parque.

La joven se acarició la tripa trazando un movimiento circular con una mano, la otra la puso a modo de visera para divisar en perspectiva.

—La verdad es que todos los días hay jaleos por aquí. Desde parejitas que vienen a hacer el amor, a drogadictos o pandillas de adolescentes que se escapan de la escuela para jugarse el pellejo por los tubos y grabarlos con sus móviles.

—Le seré franca. Tenemos sospechas de que han encerrado a alguna persona en algún lugar de este parque acuático. Es posible que todavía siga con vida. ¿Se conoce bien todo el recinto?

—Como la palma mi mano. Llevamos cuatro años aquí. Y hemos tenido que ir cambiando de refugio constantemente.

—¿Recuerda algún lugar que pueda tener una trampilla o una puerta? ¿Alguna construcción que pueda servir de prisión?

La Yoko Ono de Móstoles, arrugó el ceño y recolocó su diadema de flores amarillas y tallos verdes mientras pensaba. Entonces cayó en la cuenta.

—Muy pegado a la valla de la entrada, está la tienda de suvenires. Tiene varias habitaciones, pero las puertas están selladas con ladrillos —miró al cielo haciendo memoria, luego señaló al fondo—. ¡Ah! Y en el restaurante aquel que tiene las paredes derruidas, tiene una escalera que baja a una bodeguita, pero allí solo hay humedad y ratas.

—Gracias por la info —le agradeció Verbeke y llamó por el walkie a sus compañeros para que llevaran los perros hacia las dos ubicaciones—. Por cierto, ¿cuál de los cuatro es el padre?

—Todos ellos.

Julia Verbeke recordó los colchones juntos que había al fondo de la estancia y entendió que aquello sería orgía tras orgía cada noche.

—¡Qué bien te lo montas! Cuida del bebé. Hasta otra—exclamó bajando por el barranco sin esperar a los suyos.

21

Labios que no se abren

Dicen que el olfato de un ser humano tiene 5.000.000 de receptores olfativos. El de un perro, tirando por lo bajo, está formado por entre 200 y 300 millones. Debido a ese fenómeno propio de los canes, no cabía lugar a la duda de que, bajo las maderas donde arañaban con sus patas, había alguien. Si estaba vivo o muerto, eso estaba por determinar. Ahora los agentes estaban dentro de lo que un día fue un restaurante, al que le quedaban tres paredes en pie y una barra de mampostería que resistía las inclemencias del tiempo; ni rastro de las mesas ni de las cristaleras ni del techo de panel sándwich. Zamorano se aproximó a la barra como si fuese a pedir una copa de coñac, pero allí no había camarero, solo dos mazos de papeles apelmazadas por la humedad. Se trataba de la carta de precios del verano de 2005 y como no podía ser de otra manera, de los folletos dónde se anunciaban las atracciones del parque. «De aquí cogió el flyer que luego le entregó al mendigo», adivinó.

Los pastores alemanes seguían con sus labores de rastreo, e insistían mediante cortos pero potentes ladridos en que bajo las dos puertas calcinadas y apiladas contra el suelo había alguien. Repartiendo el peso de las hojas de madera, los guardias las echaron a un lado. Una cucaracha se le subió por la mano a uno de ellos y sacudió su brazo arrojando el insecto hacia la chamarreta de cuero de Zamorano; este la atrapó y la estrujó con los dedos provocando un desagradable crujir que conmocionó a Verbeke y Roca. Tras despejar el lugar señalado por los perros, localizaron una trampilla en el suelo, tenía tierra encima pero el tirador en forma de anilla sobresalía hacia la superficie. El más activo de los guardias tiró hacia arriba y la trampilla se elevó sin oponer resistencia. En la oscuridad se dibujó una escalera por la que ascendió una especie de grito ahogado. Con ayuda de la luz de su móvil, Verbeke se asomó y contempló el interior del zulo. Había algo de iluminación debido a una tenue bombilla portátil a pilas. Además de agua y moho por las paredes, había un frigorífico, un barreño con agua sobre un taburete de bar y una mujer sentada en una silla. Movía la cabeza con desespero. Sus ojos brillaban soltando lágrimas. Los brazos y las piernas las tenía sujeta a las patas de la silla mediante cinta americana. A pesar de no estar amordazada no podía abrir la boca para hablar. De ella, escapaba un tubito fino de metal.

—¡Llamad a un SAMUR! —instó Verbeke bajando las escaleras. En el último peldaño resbaló y dio un culazo. Cuando se reincorporó y miró el rostro de la que estaba secuestrada, se olvidó del golpe. Entendió a la primera por qué esa mujer no podía gritar pidiendo

auxilio—. ¡Qué espanto! ¡¿Quién te ha hecho esta majadería?!

La rehén tenía hilos negros sellando su boca como si fuesen el empeine de unas zapatillas de deporte con cordones. Aquella mujer, de cabellos negros y baja estatura, no podía separar las mandíbulas, pues de hacerlo, se hubiese desgarrado los labios. Entre punto y punto de sutura, le habían habilitado un hueco de dos centímetros, por donde escapaba una pajita de metal, de esas que se usan para los cocteles y con la que podía sorber agua del barreño que tenía delante. Nekane bajó a tomar fotos y a recoger indicios, mientras Zamorano junto a dos guardias civiles cortaban las cintas. El olor a orín y heces se hizo notable cuando la mujer se reincorporó. Sus piernas temblaban como flanes y no pudiendo sostener su peso cayó contra uno de los agentes. No estaba muerta, pero rozaba la extenuación. Llevaba cuatro días en la misma posición y sin comer nada. A pulso la sacaron hacia fuera de aquella bodega convertida en zulo. Nekane se aproximó a la nevera combi de color blanco y tiró de la puerta. En su interior no había luz pues no estaba enchufada. Le faltaban las bandejas de vidrio y los estantes de plástico. En el hueco se apilaban rollos de papel higiénico. Uno de ellos tenía un mensaje escrito. La de Científica llamó a Verbeke y con sumo cuidado desliaron el rollo como si de un pergamino se tratase. Ponía lo siguiente:

«En situaciones de desesperación, es cuando el ser humano saca su lado más estúpido, pero no es culpa nuestra… Es el Gobierno el que nos trata como un rebaño de ovejas. Nos ofrecen un estado de bienestar falso y cuando llegan los problemas, y se apodera el pánico de nosotros, dejamos de lado lo racional e imitamos el comportamiento del resto del rebaño. Porque lo fácil, es eso, no pensar, actuar como lo hacen otros y conformarnos con las decisiones que toma el pastor, por nefastas que estas sean. Job».

—Hay que identificar a esta mujer y que nos cuente quién le ha hecho esto. Me encargaré de trasladar toda la información al Teniente Coronel. Estamos ante un nuevo intento de homicidio —advirtió Verbeke mostrando rabia—. Y por supuesto, tengo que interrogar al cirujano. ¡Ya me está minando la moral con sus jueguecitos macabros!

—Y solo estamos a día cuatro —temió Nekane contemplando el zulo en todo su esplendor.

—Hay que pararlo antes de que empiecen a morir más personas. Tenemos que averiguar qué quiere a cambio y por qué hace esto. Todos estos psicópatas siempre actúan bajo una razón justificada dentro de su lunática lógica. Habrá que negociar sí o sí.



VENTANA 5

22

Un león de piedra

5 de diciembre de 2023
17:00 de la tarde
Piso de Verbeke en Paseo de la Cuba

Con un pijama abrigado y los pies sobre el sofá, se encontraba Julia Verbeke paladeando la cucharada de Nutella que acababa de meterse en la boca. Tenía la tele apagada y al dispositivo de Alexa le había pedido que pusiera música budista. Como entretenimiento para no caer en picado en su bajón emocional, se entretenía haciendo *scroll* con videos de Tiktok y cotilleando las cuentas de la gente que seguía, en concreto, revisó la cuenta de Iván Roca para conocer si había eliminado alguna foto en la que salían juntos o si peor aún, salía con otra mujer en un post en plan amigable. Por suerte, no había publicado nada que pudiera molestarla. Ni siquiera hizo como ella, que, en plan vengativa, llevaba poniendo frases cargadas de veneno en las *stories* para que se diese por aludido. Una vez se cansó de mirar la pantalla, metió la cuchara hasta el fondo y rebaño el culo del bote. Se llevó la crema de chocolate y avellanas al paladar, y se tumbó mirando el salón: le pareció enorme y frío. Entonces se le vino a la cabeza las respuestas que sus compañeros le dieron respecto a la soledad. Cada uno tenía una visión del misma: Zamorano la disfrutaba, Miranda la asumió y la Yoko Ono del Aquasur la buscó. «¿Por qué no soy capaz de aceptar que sola se está bien?». Un pensamiento le llevó a otro y recordó que el cirujano también estaba divorciado. Entonces estiró la mano y recogió el libro que había encontrado en el chalet del asesino, y leyó la dedicatoria. La autora del libro le dio ánimos para que recuperara a su familia. Y eso creó un chispazo en la mente de Verbeke. La curiosidad le hizo interesarse por el nombre de la exmujer de Job. Buscó en un PDF de su móvil con los datos de filiación de Borja de Pellicer y en él, halló el dato de la fecha de su divorcio y el nombre de la afortunada: Clara Gallur Vidal. No se conformó con el nombre, quiso saber su apariencia, y pensó que, si usaba redes sociales, encontrarla con tan extraño apellido sería una bicoca. Así fue, tecleó Clara Gallur y aparecieron dos cuentas. La primera era de un africano vestido de militar, que apuntaba a perfil falso; en la segunda, aparecía una mujer rubia con su hija. «¡Bingo!», se gratificó lamiendo los bordes del bote de *Nutella*. La mujer del cirujano tenía más de ochocientas publicaciones, se veía alguien muy activa en redes. En ellas salía de viaje, con amigas en fiestas y con su hija de doce años. A Verbeke le llamó mucho la atención, una en la

que estaban tumbadas en el césped de un parque haciéndose las dormidas y con las manos estiradas. Parecía que se habían desplomado, pero solo estaban agotadas tras una larga caminata, según el texto a pie de imagen. En las fotos más antiguas, incluso salía Borja de Pellicer con una sonrisa de oreja a oreja, delante de una tarta de cumpleaños con la vela del 37. Por un instante, Julia se conmovió, le pareció tan bonita aquella familia de guapos, que no entendía como algo tan precioso podía romperse para siempre. «Vivimos en la más absoluta fragilidad, ignorantes de que un día todo puede saltar en pedazos», se convenció. Entonces miró el último post. Allí se encontraba Clara con su hija y de fondo unas maletas de viaje y un poster pintorreado del cantante Bosé. La publicación era de hacía seis días. Eso le resultó extraño a Verbeke, pues la mujer subía contenido a diario y estando de viaje, resultaba aún más incoherente que no mostrara su día a día. Anotó el dato y lo guardó para mañana, ya que a las ocho tenía reincorporarse al trabajo para atar los nuevos flecos de la mujer aparecida en el zulo. Antes de que diera la cabezada de la siesta bajo los sonidos relajantes que le proporcionaba el altavoz de Alexa, recibió una llamada. Se trataba de Zamorano, había encontrado el número cinco en una de las bolas que adornan los leones de piedra que estaban a las puertas del Congreso de los Diputados. No había nada sospechoso alrededor de la estatua según le contó, pero pusieron la zona en vigilancia…

El calendario de adviento seguía su curso.

Y nunca se sabía cuál sería la siguiente sorpresa.



VENTANA 6

23

Atando cabos

6 de diciembre de 2023
8:05 de la mañana

La pizarra que colgaba de la pared se había convertido en un enorme calendario de adviento con sus veinticuatro recuadros: cinco de ellos contenían inscripciones sobre los acontecimientos. De este modo, con un simple golpe de vista podían recordar todo lo sucedido día a día. Alrededor de la mesa estaba el guardia Zamorano, Nekane Ndiaye, el alférez Téllez y el sargento Roca. La teniente Verbeke llegó un poco más tarde. Venía perfumada, con los labios de un rojo intenso y sombra de ojos a juego de su cárdigan de lana verde; y dispuesta a reconquistar a Roca. Tras tomar asiento, todos prestaron atención a lo que les pudiera contar el Teniente Coronel. La mayoría de los agentes apreciaron un más que evidente bajón el rostro de Miranda. Parecía más viejo, más descuidado; motivo infundado por llevar el bigote más frondoso que de costumbre y un corte de pelo que pedía a gritos una visita al peluquero. Situación que les llevó a pensar que su jefe no había dormido nada en las vísperas del juicio del homicida de su esposa. Respecto a sus nudillos, ya no llevaba la venda; ahora sostenía un informe con los últimos datos recabados.

—Vamos a ordenar la información de la que disponemos hasta el momento —pegó la vista al papel—. Respecto al cirujano, la sentencia dictada por el juez son quince años, ya que no han descubierto huellas en los cadáveres y él se ha retractado de la autoría señalando a Job como el artífice. Lo han ingresado a 40 kilómetros de aquí: en la prisión de Soto del Real-Madrid V. ¡Los próximos números que pinte serán los de los días que pase en prisión! —se regocijó—. En cuanto a la mujer que estaba en el zulo, deciros que está estable y que le han retirado la sedación para que no le dé un patatús cuando recobre la conciencia. El sargento Roca viene del hospital de entrevistarse con la víctima. Adelante.

Roca miró a Julia antes de hablar, le llamó la atención lo maquillada que venía a trabajar. Luego, comenzó a largar lo que había descubierto.

—La víctima se llama Carmen Victoria Gomes Sanz. Veintiocho años. Trabajaba en casa de Borja de Pellicer desde hacía cuatro meses realizando labores domésticas. No estaba dada de alta en la Seguridad Social —realizó un inciso—, para poder seguir cobrando el paro. Llevaba desde el día uno por la mañana en aquel zulo. Dice que el día treinta por la noche preparó la cena para recibir a un invitado. Pero

ella se fue, le dieron día libre. Se reincorporó el día 1 y entonces había alguien en la casa que no era Borja. No le pudo poner cara porque la cogió desprevenida. Cuando abrió los ojos no podía moverse ni hablar. Estaba en aquel zulo asustada. Delante tenía un barreño con agua. Dice que el tercer día ya se la había bebido toda.

—¿Y del sicario que te comentó? —quiso saber Verbeke.

—Que curaba a gente de la calle y personas en situación irregular. Según ella lo hacía gratis… pero como bien sabemos, eso no era así.

—¡El cirujano ha tirado de lo que tenía en casa para elaborar su plan! —dedujo Zamorano—. El sicario herido, la chacha… y un invitado, que me temo que será el cantero… ¡Mmm! Me sobra el chino en la ecuación.

—Vale. Parece evidente que el invitado no vino solo —intervino Verbeke arrugando los labios—. Tuvo que ser el cantero el que secuestró al chino y lo llevó hasta casa del cirujano. ¿Por qué?

—El cirujano es un tipo listo y sin escrúpulos —dijo Roca enfatizando con las manos—. Usó a Francisco Barrera como mediador. Y una vez le trajo al repartidor de comida, decidió prescindir de su aliado. Lo consideró un cabo suelto. Una grieta en su plan.

—El empresario hizo de tonto útil —apostilló Zamorano.

—Me gusta cuando empezáis a sacar conclusiones —los alabó Miranda—. Ahora centrémonos en la aparición del número cinco. Se ha realizado en una de las dos estatuas idénticas que decoran la entrada al Congreso de los Diputados. En concreto el de la izquierda.

—Como diría Shakira —dijo Verbeke y canturreó—: ¡Clara-mente, tiene un mensaje!

El Teco la miró con desidia. No toleraba su comportamiento alegre ni burlesco, pues desconcentraba a los compañeros.

—¿Y qué representa un león de piedra que se apoya sobre una esfera? —Roca pidió opinión haciendo girar un boli a modo de molinillo sobre sus dedos—. ¿Algo relacionado con la mitología griega?

—No. Job va más allá de un pensamiento superficial —resolvió Verbeke dejando una sonrisa en su comisura—. Como últimamente estoy muy sola en casa, me aburro y me pongo a bichear internet. Sobre la estatua del león, averigüe quién la hizo, cuando se fabricó y que representa… Y los tiros van por otro lado. Los dos leones no son idénticos. Uno de ellos tiene algo que el otro no tiene —hizo una pausa antes de dejarlos boquiabiertos—: al de la izquierda le faltan los huevos.

—¡Venga ya! —le restó credibilidad Roca.

—No le voy a tolerar que se tome a broma la investigación —le recriminó el Teco. Zamorano no pudo sostener la risa y contagió a Nekane.

Verbeke se mantuvo seria todo el rato. Por inoportuna que sonara la respuesta sabía que llevaba la razón. Téllez tecleó en su portátil y sentenció en voz alta.

—La teniente tiene razón. Le faltan los testículos. Justo al león de la izquierda.

—Entonces le pido disculpas —reculó el jefe—. No me esperaba que una estatua tuviera esa singularidad.

—Yo veo claro lo que nos ha querido decir —se lanzó Zamorano—. ¡No tenemos cojones!

—Eso parece —asumió Roca deteniendo su gesto repetitivo.

—No creo que un psicópata haya diseñado una serie de asesinatos y que haya metido esta provocación entre medio sin evocar a algo —discrepó Verbeke sorbiendo por la nariz—. En la comparecencia se veía muy reivindicativo con las decisiones de los demás y justo en el Congreso es dónde se debaten las leyes y se toman muchas decisiones.

—Igual no se refiera a nosotros —formuló Roca elevando las manos de la mesa—, sino a todo el conjunto del Estado.

—Yo creo que no tiene los veinticuatro números —le restó importancia el Teco dudando del plan—. Que a lo sumo solo ha pintado siete números. Y lo ha hecho para vacilarnos y que lo tomemos en serio. Además, lo ha dado todo con las cuatro primeras ventanas. Nadie puede secuestrar y retener a tanta gente. Al menos, actuando solo.

—Ya lo vimos en el anterior caso —divergió Verbeke—. Con un ayudante y un puñado de relajantes musculares, todo es posible.

—Puede ser que los números los vaya pintando ese colaborador —sugirió Roca—. Ya contrató a ese toxicómano para que nos diera la pista y alarmase a los transeúntes.

—La pintura tenía vestigios de haber volatizado su primera capa y, además tenía suciedad —lo sacó de dudas Nekane tirando de un informe—. El cinco ya estaba ahí. No es reciente.

—Por suerte, no ha aparecido nadie más sin vida junto a la puerta del Congreso —se alegró Zamorano—. Viendo cómo se las gasta este individuo.

—Pienso que deberíamos tener un nuevo careo con él. Tengo una preguntita que me hace pensar que puede tener a alguien más retenido.

—¿Se puede saber cuál es su sospecha, Verbeke? Esto no va de acertijos… va de compartir la información —le sermoneó el Teco.

—Prefiero guardar la magia para el interrogatorio en prisión. ¡Confíe en mí!

—De acuerdo, pero yo iré con usted —le aclaró—. Su análisis gestual nos dará idea de cuál es su situación emocional tras la condena del juez. Le vamos a sonsacar si hay más números y le

ofreceremos alguna recompensa que pueda beneficiarlo entre rejas, para que nos de la ubicación de un numero alto. Así sabremos cuán lejos ha llegado con la planificación de su plan.

Una dentellada en su coraza

Prisión de Soto del Real-Madrid V
Sala de interrogatorios
10:00 de la mañana

Cuando Verbeke y Miranda accedieron a la sala de interrogatorios, se encontraron con el abogado y el preso, ambos en el más puro silencio. Borja de Pellicer no se dignó siquiera a saludar al hombre encargado de velar por sus derechos. Las palabras las guardaba para ponerles el cuerpo malo a la Policía Judicial de la UCO. La habitación que los acogía no tenía muebles ni decoración, solo cuatro sillas y un escritorio de color blanco. La luz natural que entraba por la ventana enrejada proyectaba una sombra en forma de cruz sobre la superficie de la mesa. Al menos eso dibujó la mente de Miranda, sugestionado por su ferviente fe en Dios. Tomaron asiento y escucharon al abogado leyendo los derechos de su cliente. Luego accedieron al turno de preguntas. Verbeke, tras su desamor con Roca, seguía de mala ostia y más altiva que de costumbre, muestra de ello fue el codazo que se llevó de su jefe tras la primera frase que soltó.

—¡Hola Borja! ¿Qué tal tu primer día de cole? ¿Se han metido contigo los niños malos del patio? Por cierto, nos encantó tu manualidad sobre el león castrado. Espero que esos huevos que le faltan al felino los saques aquí entre tanta morralla.

El abogado se quedó a cuadros y miró al jefe de la teniente con los ojos saltones. A la postre, le recordó a la interrogadora que cualquier salida de tono, la recogería en un acta de denuncia. Job intervino.

—Sé que cumple con su trabajo, señor Tejada, pero no necesito que esté saltando a cada respuesta. Esto me divierte. La cárcel es muy aburrida.

Miranda notó como el cirujano se sentía empoderado a pesar de que muy posiblemente no volviera a pisar la calle nunca jamás.

—No somos de negociar, pero si nos cuenta como ocurrió todo, paso a paso, lo trasladaremos a una cárcel en la que no lo vayan a abrir en canal a la mínima de cambio.

—Ya estuve preso en esta misma prisión. Soy amigo de los funcionarios y del médico. Prefiero quedarme aquí.

Verbeke empezó a carcajear. Cortó su risa y dio un golpe en la mesa. Cambió el semblante y añadió con sorna.

—¡No se entera de nada! Está tan pendiente a no gesticular que no cubica bien… ¡Vamos a ver! —fijó sus ojos en Borja como si quisiera taladrarlo con ellos—. ¿Sabe que en la piscina de su casa ha muerto el

hombre equivocado? Sí. Si se hubiera ahogado el Cebolla, no estaríamos negociando su traslado, pero me temo que ha sobrevivido a su macabro juego, y está clamando venganza… querido Samael.

—¿Viene borracha o es la menopausia la que la tiene de mala leche? —le soltó Job con el fin de enfurecerla.

—Vengo encabronada de serie… así que ándate con ojo conmigo.

—Lo que tiene es miedo, teniente —la apaciguó para que no perdiera la compostura. El detenido se puso blanco y sus labios se tornaron más rojos. Se reclinó un poco hacia el respaldar y dibujó una sonrisa incrédula—. Solo te lo cuento para que te hagas una idea de lo que te espera aquí dentro con los cuatro miembros de los Tarántulas Rojas que llevan cumpliendo condena desde 2020.

—Fuera de este penal ya no hay vida para ti —le auguró Verbeke —. Además, como ya escuchaste en el juicio, hemos incautado todo ese dinero negro y tu caravana medicalizada será donada para una organización sin ánimo de lucro.

Borja de Pellicer tragó saliva y aguantó la mirada a Verbeke intentando no parpadear, pero los párpados le titilaban y los ojos se le secaban. Sin duda, habían conseguido desconchar esa coraza que parecía indeleble. Sabía de lo que era capaz el Cebolla. El Teco, a la derecha de la teniente, se mantenía en silencio disfrutando del careo. Le pareció buena idea haberla traído, a pesar de su discutible comportamiento a la hora de abordar el interrogatorio.

—No necesito vuestra caridad. Sois vosotros los que necesitáis la mía. —le respondió Job usando ese tono plano y falto de emociones.

—Una cosita que me inquieta, ¿también nos vamos a encontrar a su exmujer y su hija en algún lugar inesperado rogando por su vida? Te lo digo porque fuera está nevando… Y todo se puede complicar con una inesperada hipotermia y que el peso de la nieve tape alguna trampilla.

El cirujano miró arriba y a la derecha. Estaba recordando. Luego, dictó fijando su vista a los ojos azul propano de Verbeke.

—El calendario es una realidad. Y aunque esté entre rejas, seguirán apareciendo pistas y damnificados. ¡Ya os lo dije!

—No me ha respondido a la pregunta. ¡Tenga los huevos que el escultor pasó por alto cuando hizo el león de piedra del Congreso de los Diputados! —insistió Verbeke con desespero. El abogado se mordió la lengua—. ¿Las próximas víctimas en aparecer serán Clara y Clarita? He adivinado ¿a qué sí? —sacó su libreta Moleskine y un bolígrafo retráctil. Luego arrancó una hoja. Miranda ya conocía la estrategia. La teniente buscaba una manera de sacar al detenido de ese estado de concentración que no le permitía mostrar emociones y mucho menos, dar algún dato relevante—. Su mujer y su hija son personas de su entorno. Y usted destruye todo lo que se pone a su alcance. ¿Dónde las

tiene secuestrada?

Job se rascó una oreja y colocó las manos bajo la mesa. Verbeke interpretó el gesto de guarecer la mano, como una clara señal de que el detenido ocultaba algo; el de rascarse la oreja hablaba de incomodidad.

—Todo esto lo hago por ellas —sentenció sin parpadear—. Es un sacrificio que habla de lo que las aprecio. Las amo por encima de mi propia vida.

—El amor que prodigáis los tíos no lo pillo, en serio —respondió pensando en Roca—. ¿Hasta qué punto pasáis del "te amo" al "te odio"? Te diré una cosa, amar es respetar; amar es no drogarse antes de operar un corazón; perdonar los fallos; convertirse en el punto de apoyo cuando las cosas no funcionan… Matar nunca está justificado.

—Estoy seguro de que algún día ellas me agradecerán todo esto que estoy haciendo—se enorgulleció sin elevar el tono. Su pecho se detenía con las respiraciones sostenidas por la presión. A continuación, subió sus manos sobre la mesa como si quisiera mostrar que no le temblaba el pulso—. Antes de que se abriera el calendario de adviento, ellas se fueron de viaje. Lo pueden comprobar mirando sus *posts* en Instagram, si no creen lo que les digo. Están a salvo y lejos de aquí.

—¡No me diga! ¿Ahora quiere que lo crea? No. ¡Sé que vienes con los deberes hechos de casa! Me pasé la noche revisando su perfil —empezó a dibujar dos monigotes de pelo largo: madre e hija de la mano. Julia buscaba que el cirujano prestase interés en el dibujo, pero no ocurrió—. Y ¿sabes qué? Me he dado cuenta de un detalle: su exmujer es muy activa en redes sociales… y desde que empezó esta locura suya, no ha publicado nada nuevo. ¿A qué cree que se debe esto? La gente es muy pedante con las fotos cuando van de viaje. Les gusta restregar lo bien que viven.

—Igual se le ha olvidado el móvil en casa o se le ha extraviado en el viaje. Se pierden muchas maletas en los aeropuertos.

—O igual es un montaje para hacernos creer que están fuera —agregó Verbeke garabateando las dos figuras que dibujó—. ¡No nos tome el pelo! Recapacite. No castigue a más inocentes. ¡No va a cambiar el mundo con sus acciones!

Job enderezó la espalda. Mudó su mirada de la mujer rubia al hombre con bigote. Cambió de tema saliendo al paso.

—Se empeñan en adivinar qué pasará tras el siguiente número, cuando lo realmente importante es saber cómo podéis parar esto antes de que llegue Papá Noel con su bolsa llena de regalos envueltos con hojas de periódicos donde aparecen las esquelas.

—¿De qué conocía a Francisco Barrera? —ignoró al prisionero.

—Era el novio de mi asistenta —esclareció—. No guardo amistad

con él.

—¡No me diga! ¿Sabe que su asistenta está con vida y nos ha contado una versión que choca con la que me está contando? Nos contó que a su casa vino un tipo a cenar y que cuando volvió un tipo la asaltó en su casa. ¡Carmen Victoria es una luchadora!

—No voy a cambiar mi versión —decretó Job—. Les aseguro que están con vida y así será. Esto lo hago por ellas.

—Tiene un ego que no le cabe en pecho —le recriminó el Teco—. Buscar admiración con unos actos de esta magnitud. ¡Qué sinvergüenza!

Job miró la hoja de la libreta por unos segundos, lo justo para bajar el mentón y tragar saliva sin que vieran el movimiento delator de su nuez. Luego respiró profundo mostrando hastío y añadió con solvencia.

—Busquen los números antes de que aparezcan más muertos.

—¡Y la burra al trigo! —se quejó Verbeke. Miranda la fulminó con la vista. No le gustaban las salidas de tono en las comparecencias, ya que, a su parecer, rompían la tensión del ambiente—. Solo asienta con la cabeza o niegue. Le voy a contar la versión que barajamos sobre el suceso. Sabemos que Francisco Barrera pidió comida en un restaurante chino. Secuestró al repartidor y luego se lo trajo hasta su casa, donde coincidió con el sicario herido de bala y la asistenta. Entonces, decidió trazar su macabro plan, usando las piezas que tenía a su alcance. Supongo que usó al empresario de la cantera como mediador para conseguir a este chico. Luego los narcotizó a todos con medicamentos usados para anestesiar a sus pacientes… Prueba de ello fue que hallamos bastantes existencias en su caravana de este hipnótico. Lo que no sé es si vosotros ibais a formar un tándem de criminales: Job y Paco —fantaseó—. Pero por alguna razón no te fiabas de él y decidiste ir en solitario para ganarte toda la fama tú solito —usó Verbeke un tono fingido—. ¡Borja de Pellicer Vega, el cirujano asesino español que diseñó un calendario de adviento con sorpresas amargas!

—El plan no tiene fisuras. Job lo diseñó sin dejar nada a la improvisación —le atajó—. Yo soy una víctima del sistema. Como ustedes.

—En mis años como investigadora, que no son muchos, pero si suficientes como para haber visto todo el abanico de psicópatas que despacha la sociedad, he tratado con cientos de tipos que se asemejan a lo que tú quieres aparentar ser. Frustrados que buscan agrandar su ego de alguna manera. Y su psique la veo clara: como ya no ejerce de reputado cirujano cardiovascular, necesita ser admirado de alguna manera, necesita ser el foco mediático. Pero su cobardía le hace recurrir a un alter ego: Job. Digamos que es una proyección de la parte siniestra que atesora en su interior. Personaje creado para

simular una dolencia mental y aludir a que eran voces las que le empujaban a matar. Pero usted no me engaña: no está loco. Es más, sabe muy bien lo que hace.

—A su nombre siempre le irá unido el odio de las personas a las que le ha arrebatado un ser querido —apostilló el Teco—. ¿Qué gloria hay en ello? Su hija no podrá estar orgullosa de un padre difamado por méritos propios.

El cirujano infló su pecho como quién va a soplar un puñado de velas de cumpleaños. Contuvo el aire y sostuvo el tono mostrando desidia.

—No voy de loco por la vida. Solo hago esto porque no tengo otra opción —se defendió—. Y les diré algo. A lo largo de mi vida he salvado más vidas que ustedes dos juntos. He dado esperanza al que se estaba muriendo. He operado a niños en Siria sin pedir nada a cambio, he arreglado corazones defectuosos con fecha de caducidad…

—Ya oí en el juicio esa versión samaritana —le interrumpió—. Eso no le hace mejor persona, ¿sabe? Ahora solo es una sombra de lo que un día fue. Ahora carga una pesada mochila llena de esqueletos y sangre.

—Entiendo que me tenga inquina por lo que le sucedió a su esposa. Pero mi oficio conlleva riesgos… y un fallo o un error de cálculo, se paga con la muerte —respondió soltando el aire—. Usted lo sabe de buena tinta… le ocurrió algo con uno de sus agentes, ¿Mendoza? Sí, así se llamaba el joven —sonrió mostrando sus dientes pequeños y desgastados por los filos—. Falleció en el monte cuando buscaban a Ana Olmedo. Arroyado por las ruedas de una furgoneta: una muerte muy brusca. Tuvo que ser tremendo estar allí y no poder hacer nada mientras agonizaba.

El Teco sintió el peso de la culpa. Recordó al agente que estaba a su mando y que un día decidió sacarlo de la oficina para que no se aburguesara frente al ordenador. Aquella decisión tuvo una consecuencia mortal, ya que fue atropellado por la asesina de los tatuajes. Miranda se enervó. Obvió la técnica zen de chupar un caramelo y contar hasta cinco. Fuera de sí, se acercó hasta el preso, lo tomó de la camiseta y elevó el puño con la idea de descargar su furia contra aquel rostro inexpresivo. Verbeke y el abogado gritaron deteniendo la agresión. Job sonrió con alevosía. Y en el último instante antes de descargar sus nudillos en el ojo del cirujano, sintió como su compañera tiró de él hacia atrás, devolviéndolo a su rincón.

—¡Usted es un malnacido! —le recriminó—. ¿Cómo sabe eso? ¿Se ha estudiado todas las miserias de mi vida? ¿Se ha estado documentando?

—Viene en el libro que escribió la psiquiatra Raquel Falcón. Cuenta todos los pormenores de la investigación —le aclaró Verbeke—. Ya

sabe, mi Teniente Coronel, que muchos guardias civiles hablaron más de la cuenta a cambio de un buen pellizco de euros.

El Teco maldijo en voz baja. Luego se recompuso y se metió un caramelo de regaliz entre la encía y el carrillo. Julia recogió el papel y el bolígrafo de la mesa dando por finalizado el careo.

—¡Usted se lo pierde! Ya no volveremos más. Espero que le vaya bien. Y si lo cosen a puñaladas en el baño o en el patio, cuente hasta veinticuatro, igual se relaja.

—¡Acepto el traslado! —dijo cambiando el tono y la dicción—. Como muestra le daré un número avanzado. Así sabrán que todo esto va en serio y que cada ventana es una pista para averiguar cuál es mi reivindicación. Quiero que sigan visitándome. Pues solo así se detendrá la masacre… —Verbeke continuó avanzando hacia la puerta —. ¡Deme ese papel! Le escribiré la dirección. Ya verán como esto es más serio de lo que se imaginan. ¡Me necesitan vivo!

Verbeke le tendió el papel no pudiendo ocultar su alegría por más que uniera los labios. Sabía que tener la caligrafía de Job podía ser una muestra de su autoría respecto a las cartas. El prisionero tomó el bolígrafo y dibujó un número 13. Debajo se dispuso a apuntar la dirección. Pero precavido era un rato y notó esa impaciencia de la teniente. Solo puso una letra C. Elevó la mirada con desconfianza.

—¿Te has arrepentido?

—No. Es que los médicos tenemos muy mala letra —se retrajo con perspicacia—. ¡Anote ahí!

La teniente Verbeke apoyó el torso de su mano sobre la mesa y comenzó a escribir la dirección que le dictaba.

—Arenas y áridos Barrera. Carretera de Arganda a Valdilecha. Campo Real, Madrid.

—Hay trato… siempre y cuando merezca la pena lo que encontremos —le auguró el Teco—. Usted sobreviva a esta noche y entonces tramitaremos su traslado.

—Una cosa antes de marcharos. Rezad por mi alma. Porque como me ajusticien aquí dentro, no podré detener el horrible final que tengo pensado. Y, en consecuencia, será una mancha es vuestro haber como investigadores por haber podido avisar a los ciudadanos de Madrid y haberos callado de la amenaza que se cernía sobre ellos.

Los agentes salieron del penal hacia el parking de visitas. Estaba nevando de manera suave y el frío helaba cutis y manos. Los copos se amontonaban en los capós de los vehículos y alrededor de los neumáticos. Hicieron un sprint y se resguardaron en el Toyota. Miranda arrancó el motor y encendió la calefacción. Mientras el habitáculo cogía temperatura, intercambiaban impresiones sobre lo sucedido en el penal.

—Ese hijo de perra consigue sacarme de mis casillas… le pido

disculpas, teniente.

—¡Ese tipo se merece que le revienten los hocicos! Continuamente busca provocarlo. Y no es para menos… usted lo ha encerrado en prisión por segunda vez.

—Me arrebató lo que más quería. El peso de la ley es el precio a pagar. Y el dolor, mi cobro.

—¡Con lo difícil que es encontrar a la persona perfecta! Y que la aparten de tu vida de un plumazo… Por cierto, Roca y yo ya no estamos juntos. Le he mentido y se ha enterado. Por eso le entiendo más que nunca.

—Todavía puede recuperarlo… a mí nadie me la va a devolver.

—No nos pongamos melancólicos con la que tenemos encima —se repuso Verbeke—. Ahora averigüemos si este tipejo dice la verdad.

—Por cierto, ¿en qué momento te han confirmado que hay pandilleros de los Tarántulas Rojas internados en esta prisión?

—En ninguno —alzó sus cejas y esbozó una sonrisa—. ¡Se ha tragado mi embuste! Y mire por dónde, se ha acojonado, mi Teniente Coronel. Con el papel de la libreta he conseguido desconcentrarlo: lo he sacado del enfoque. El muy cabrón ha hecho todo lo posible por mostrarse implacable, pero sin darse cuenta me ha dejado ver por un agujerito y he encontrado su punto débil: su familia… y pienso hurgarle en la herida —giró el dedo con saña contra el salpicadero—. Claramente, rehúye de una conversación en la que incluya a su exmujer y a su hija. ¡Por ahí hay que atacarle! Hay que desquiciarlo para que no piense en el guion que trae memorizado.

—¡Bien hecho teniente! Ya sabe de sobra que su metodología no es Santo de mi devoción, pero le tengo que reconocer que siempre consigue exprimir información a estos malnacidos. Incluso, casi consigue que escriba con su puño y letra. Autoría que el juez desestimó en el juicio, ya que la letra de las cartas no correspondía con la de Borja.

—Solo hago mi trabajo —se llenó de orgullo y contempló por el espejo interior el vidrio trasero donde la nieve se deshacía por efecto de la luneta térmica—. Y ahora a ver que nos encontramos en la ubicación facilitada.

—La dirección señala a la cantera de Francisco Barrera. ¿Y sabe una cosa? —Verbeke encogió los hombros esperando la respuesta—. Me parece el lugar perfecto para ocultar a alguien: alejado de la población y con rejas para que nadie pulule por la zona.

—Solo espero no encontrarme a esa niña rubita y su mamá, muertas de alguna manera cruel.

—Debemos estar preparados para cualquier cosa Verbeke… Ya sabemos cómo de escalofriante es su modus operandi. Avisaré a Zamorano para que localice a algún trabajador y que nos hable de la


figura de Francisco Barrera y nos guíe por la explotación minera.

25

Tras la puerta oxidada

13.35 del mediodía.
2º Celsius.
Cantera propiedad de Francisco Barrera

Campo del Real es un municipio ubicado a 35 kilómetros de capital. Cuenta con 6.400 habitantes y es famoso por su queso de oveja, sus vinos, el aceite de oliva y sus aceitunas. Las casas se agolpan en mitad de un terreno agreste y pardo. Tienen iglesia, museo, ayuntamiento y mucha historia. A las afueras del núcleo urbano hay cerros y dos de ellos son canteras de piedra caliza. Pero solo una contiene una desagradable sorpresa.

La comitiva de la Policía Judicial conformado por Zamorano, Roca, Verbeke y Nekane, ocupaban el primer vehículo. Tras ellos, el Letrado de la Administración Judicial por si había que levantar un cadáver, una ambulancia del SAMUR y un Patrol perteneciente a la unidad canina del SECIR. Frente a ellos, la verja de la cantera cerrada por un robusto candando. Un cartel pintado a mano advertía que los trabajadores de la explotación estaban de vacaciones. Un hombre de unos cuarenta y ocho años, con gorra de pana y una cazadora mullida, se bajó de una Derbi Senda de 49cc., sin carenado y matriculada en el año 98. El motero no traía casco, pero si una braga de cuello que cubría su rostro. Saludó tímidamente y se dispuso a abrir el candado. Empujó las hojas hacia los laterales y los vehículos accedieron al recinto sin perder ni un minuto más. Los neumáticos dejaron a su paso un surco oscuro compuesto de gravilla y tizne sobre la nieve. Delante de sus narices se desplegó un enorme talud escalonado de piedra caliza. Tenía yerbajos crecidos y huecos donde habitaban pájaros negros. El frente de excavación mostraba vetas grises y a sus pies, se amontonaban piedras arrancadas por la acción mecánica de la pala excavadora. Las vistas eran tristes y sobrias. Lo único que daba color al lugar eran las maquinarias repletas de polvo que se mantenían estáticas: una pala retroexcavadora amarilla, la trituradora con sus múltiples cintas transportadoras y un enorme *bulldozer* naranja con el cristal agrietado. En cuanto a construcciones, había una caseta prefabricada junto a la báscula de taraje, un taller fabricado en ladrillos vistos y un almacén de unos setenta metros cuadrados con el techo de uralita. Los agentes de la UCO abandonaron el vehículo y se acercaron al hombre que les había abierto la cancela de entrada. La unidad que llevaba los perros se distribuyó por el recinto en busca de un rastro que señalara si había personas vivas o muertas. Nekane

realizó una inspección visual y comenzó a sacar fotos del lugar. El trabajador de la cantera se aproximó hasta los que llevaban un chaleco reflectante por encima de las ropas de abrigo. Por un instante, le pareció que había quedado con periodistas en vez de con guardias civiles.

—¡Buenas tardes! —se bajó la braga para cuello y mostró su rostro curtido por el sol—. Mi nombre es Virgilio Sacristán. Soy palista y mecánico de la explotación. Perdonen el retraso, con el frío no arrancaba la moto.

—No se preocupe —le respondió Verbeke usando un tono cordial —. Lo importante es que ya está aquí y hemos podido acceder.

—No quiero ser indiscreto, pero esta mañana me ha dicho uno en el bar, que ha leído en internet que mi jefe ha sido encontrado muerto. ¿No estará ahorcado ahí dentro? —quiso saber temiendo un sí como respuesta.

—Está muerto —respondió Zamorano ajustando las gafas de sol sobre su ternilla. El trabajador se sobrecogió—. Pero su cuerpo no está aquí, descansa en la morgue.

—¿Por qué piensa que se ha ahorcado? —suscitó sospechas en el sargento Roca—. ¿Tenía deudas? ¿Estaba metido en asuntos turbios?

—Depresión —asestó irrigando una nube de vaho—. Don Paco es de esos hombres solitarios que no es muy dado a hablar con los trabajadores, no hablaba de su vida personal ni sus pormenores, pero todos conocíamos sus vicios: tragaperras, cubatas y putas. Por las mañanas se sentaba en esa silla de ahí —señaló un chambado casi derruido— y se ponía a vigilarnos mientras se le pasaba la resaca. Puede ser que tuviera deudas, siempre cobrábamos con retraso y las máquinas mírelas como están, hechas una mierda —agachó la cabeza pensando en su futuro laboral a su edad—. ¡Ahora a ver qué pasa con este lugar! Don Paco no tiene descendencia. Ni hermanos ni padres vivos. Solo le queda un primo con el que apenas se habla —miró en rededor—. Este lugar parecía ser lo único que le daba alas para seguir con vida.

—No se preocupe, el mundo no se acaba a los cincuenta —le restó importancia Zamorano prendiendo un cigarrillo—. ¿Fuma?

El empleado de la cantera no rechazó la invitación. Tenía los labios cuarteados y le faltaba un premolar. Sus dedos enfundados en guantes de piel temblaban presos del frío y los nervios.

—Por favor, abra todas las habitaciones para que los perros hagan su trabajo —le indicó Verbeke.

Virgilio, con el llavero en la mano y el cigarro entre los labios, se alejó pisando aquel barrizal de nieve derretida y gravilla. Con torpeza probaba las llaves, retrasando la tensión que se respiraba entre los presentes. Una vez acertaba con la llave, empujaba la hoja y se alejaba

como no queriendo ver que desgracia podía alojarse en su interior. Seguidamente, volvió hasta donde estaba la comitiva de investigación.

—He abierto la báscula, el almacén y el taller. ¡Ya no hay más puertas!

—Gracias —agradeció Verbeke dando el visto bueno al equipo de Servicio Cinológico y Remonta, que no tardaron en inducir a sus pastores alemanes a que olfateasen el interior de las estancias.

Roca se dirigió de nuevo al trabajador. Su envergadura provocaba que Virgilio tuviera que elevar el mentón para poderlo mirarlo a la cara.

—Dejando de lado la tristeza provocada por la depresión. ¿Notó un comportamiento más raro de lo normal en los días anteriores a su muerte? ¿Lo vio por aquí con alguien extraño discutiendo?

—Aquí vienen contratistas cada día. No conozco a todo el mundo.

—¿Le suena alguna de estas personas? —le mostró Roca en su teléfono una foto de Borja, Álex y Darwin. El trabajador arrugó el ceño y negó con la cabeza—. ¿Conoce a alguien de su escueta familia con las que podamos hablar?

—No sé. No tiene padres ni hermanos ni hijos. A veces viene un primo a visitarlo.

—¿Sabe cómo se llama?

—Ni idea. Como le digo, aquí me limito a trabajar de sol a sol. Siempre hay que hacer algo.

—¿Qué tiempo lleva cerrada la cantera? —preguntó Verbeke.

El trabajador se encastró la gorra con ahínco, como si apretando su sesera pudiera acceder a sus recuerdos. Respondió en consecuencia.

—Pues el día 28 vine a poner el candado, ya que yo tengo una copia de todas las llaves —mostró el manojo metálico y lo agitó como un sonajero—. Me envió un WhatsApp para que avisara al resto de trabajadores y a los transportistas. Me dijo que tenía que arreglar un tema de papeleo para una inspección que tenía. Y que lo mejor era que nos tomásemos unas vacaciones de quince días —dio una calada y puso cara de asco, como si aquella marca de tabaco moldava no estuviese buena. Arrojó el cigarro al suelo y lo piso con la puntera de sus botas camperas marcas *Quechua*—. Entonces vine y colgué el cartel de cerrado por vacaciones. Hasta ahí le puedo contar.

—¿Cree que Francisco Barrera volvió por aquí después de decretar el cierre? —preguntó Roca.

—Tuvo que venir… Porque faltan las furgonetas —señaló a una zona cerca del taller donde había un chambado construido con tubos de metal y una lona vieja—. Además, a la cadena yo le hago un ocho para que la verja quede más apretada y estaba puesta con mucha holgura.

—¿Furgonetas? —se sobrecogió Verbeke mirando de un lado a otro

—. ¿Más de una?

—Una Renault Express blanca y una Nissan Vannete de color verde con más años que un bosque.

—De aquí tuvo que salir el carrillo de mano —adivinó Roca—, y los aerógrafos de pintura. ¡Mira aquella roca marcada con un círculo rojo!

—Esas marcas se hacen para taladrar con las barrenas —indicó Virgilio.

—¿Podría facilitarnos las matrículas de las furgonetas?

El hombre miró a aquella mujer con gorro, abrigo camel y ojos azules, y se quedó hipnotizado durante unos segundos. A continuación, dio una respuesta.

—De memoria no me la sé. Pero los papeles deben de estar en la oficina… al menos los del Renault… ya que la Nissan está dada de baja en tráfico. Solo la usamos aquí dentro para movernos por la cantera y transportar las pesadas herramientas.

—Llévenos a la oficina para buscar la documentación de los vehículos —le instó Roca.

—Ahora mismo.

Los agentes caminaron tras Virgilio, trazando visuales por todo el enclave. Aquella mina a cielo abierto constaba de un coloso macizo de piedra caliza que esperaba ser desmigado por acción del hombre. No parecía un lugar para encerrar a nadie, en todo caso, para sepultar a un cuerpo bajo tierra y cubrirlo con cal viva. Alrededor de las construcciones y por encima de los taludes, los perros continuaban olisqueando el terreno como cerdos truferos. Una vez el empleado empujó la puerta de la oficina, se echó a un lado y dejó entrar a los investigadores. Dentro había un ordenador de mesa, una impresora, una estantería repleta de archivos, una silla giratoria vencida por el peso y un almanaque colgado de la pared en el que aparecía una mujer con dos enormes pechos sentada sobre una Harley-Davidson. Rebuscando entre mazos de folios y albaranes dieron con las matrículas de los vehículos y la incautaron. De pronto, un grito sonó fuera. Nekane venía corriendo desde el exterior. Su voz se hizo inteligible. Preso del susto, salieron a recibirla. La de Científica les informó.

—Los perros no han dado con ningún rastro humano. No parece que haya nadie retenido ni enterrado. Pero he encontrado el número que anunció el detenido. Un 13 pintado en rojo sobre una puerta oxidada.

—¿Y qué había dentro?

—No sé. Está cerrada.

Roca miró con desconfianza a Virgilio y no se pudo contener a la hora de verter sus sospechas.

—¿Por qué no ha abierto esa puerta en concreto?

—No sé a cuál se refiere.

—Está por detrás del almacén.

—¡Ahh! —cayó en la cuenta enseñando el hueco del premolar en todo su esplendor—. Es que esa puerta no suele abrirse.

Virgilio avanzó dejando impresa las pisadas de su treinta y ocho sobre la amalgama de nieve y gravilla. El equipo de investigación le siguió con cautela. Una vez bordearon el taller, se toparon con la puerta oxidada señalada con el número 13. Tenía tres cerraduras.

—¿Tiene la llave?

—Debe estar aquí —buscó la que más brillaba y probó suerte. El tambor giró. Luego fue llevando el espadín al resto de ranuras. Todas cedieron. Solo quedaba la de abajo, en ese instante, cuando Roca vio una pegatina descolorida con forma de triángulo e intuyó una esfera con haces y fragmentos; en consecuencia, hizo un llamamiento a la prudencia.

—¡Espera! No la abras —le sostuvo del brazo y tiró de él hacia atrás. Verbeke, Nekane y Zamorano miraron son asombro a Roca. No entendían que temor podía haber pasado por su cabeza, para no querer desvelar que había tras la puerta marcada por Job—. ¿Qué se guarda aquí normalmente?

—Los Anfos.

—¿En castellano? —requirió Roca.

—Explosivos —alegó Zamorano escupiendo el cigarro lejos de la puerta oxidada. La nieve apagó el candor de la colilla—. Vosotros sois muy jóvenes para conocerlo, pero el ANFO se utilizó en los años 80 por la ETA y el IRA, para preparar coches bomba.

—¿Cómo? ¿Explosivos? —se extrañó el sargento.

—Pues claro. Son para las voladuras de la roca. Así se extrae aquí el material. Se taladra con un barreno, se introduce la carga, el detonador y la mecha. Se mete aire comprimido y… —dio una palmada seca—. ¡Pum! La caliza se hace añicos. ¡Deberías saberlo! Siempre debe haber una patrulla de guardias presente cuando se usa el ANFO.

A los agentes se les puso la piel de gallina. Un perro aulló a lo lejos como si hubiese olido el miedo de Zamorano y Roca desde la distancia.

—Yo no abriría la puerta. El número 13 me da mala espina —se sugestionó Zamorano—. Podemos acabar despedazados.

—¡¿Piensas que es una trampa y que todos saltaremos por los aires?! —teorizó Verbeke usando un tono burlesco—. No creo que un cirujano sea experto en colocar explosivos por acción mecánica y menos con un dispositivo a distancia.

—No creas que es algo difícil de hacer. En internet circula todo tipo de información y manuales para llevar a cabo cualquier artilugio —

temió Roca por la integridad de los suyos y abrió los brazos en cruz para retirarlos de la puerta.

—¿Y qué hay de los perros? —señaló Zamorano a un adiestrador que seguía de cerca al sabueso—. ¿Estarán adiestrados para encontrar explosivos?

Mientras elevaban la mano y daban voces llamando la atención de uno de los adiestradores, oyeron un clic a sus espaldas. No fue el detonador de una bomba. Fue Verbeke que había tornado el tambor de la cerradura para tirar de la puerta mohosa con todas sus fuerzas y comprobar que había tras ella.

—¡Ni bombas ni pollas en vinagre! —exclamó ante la cobardía de sus compañeros—. Aquí no hay nada.

Sobresaltados, se aproximaron hacia el almacén. No debía de tener más de cinco metros cuadrados. Lo habían desmantelado por completo. Sus paredes estaban forradas de espuma de poliuretano y los estantes no sostenían más que un polvo granulado blanco que recordaba a la sal gruesa.

—¡Eso es imposible! —divergió Virgilio asomándose al interior—. Aquí se trajo carga para todo el año que viene.

—¡Bueno, han dejado uno! —señaló Verbeke al paquete naranja y apretado, que le recordó a una pieza de fiambre de pavo—. Y tiene una nota.

—¿Se puede manipular? —preguntó Roca frenando la temeridad de su compañera, que con un dedo empujaba el paquete cilíndrico.

—Sí. El ANFO es muy estable a los golpes. Viene encartuchado para conservarlo de la humedad.

Verbeke pegó los ojos a la nota. Se trataba de un post it en el que podía leerse: *«Todavía podéis detener la tragedia. Escuchad mis peticiones. Tic-tac, tic-tac».*

Nekane recogió la nota amarilla, fotografió los datos del fabricante impresos en el empaquetado y buscó huellas con la lámpara lofoscópica. Verbeke se retiró unos metros en dirección a dónde aguardaba la ambulancia. Les dijo que podían irse. A continuación, llamó al Teco.

—Teniente, ¿qué han averiguado? Estoy de los nervios.

—¡Qué ese cabrón va muy en serio con su amenaza! Se ha llevado una furgoneta repleta de explosivos. Nos ha dejado una nota en la que nos insta a negociar. Por suerte, no hay víctimas ni rehenes. También tenemos las placas de los vehículos que han desaparecido. Hay que llamar a tráfico para que…

Miranda respiraba como quién le han colocado una bolsa de plástico sobre la cabeza. Colgó el teléfono y dejó a la teniente con la palabra en la boca.

Se le cortó la respiración ipso facto.

El caso se estaba convirtiendo en una maldita pesadilla.



VENTANA
7

Miedo en las tinieblas

7 de diciembre de 2023
10:20 de la mañana

El Teco Miranda decidió ir solo a ver a Job. No le dijo nada a su equipo. Solo avisó al abogado, al juez y a la prisión. Tenía que parar la locura que quería acometer Borja de Pellicer en plenas navidades. Aquella mañana desayunó una tostada con aceite de oliva. Se bebió un café descafeinado e ingirió un Lexatin mientras leía un pasaje de la Biblia; en concreto Romanos 2:12: *«Todos los que han pecado sin conocer la ley también perecerán sin la ley; y todos los que han pecado conociendo la ley por la ley serán juzgados»*. Miranda se había despertado con la firme convicción de agarrar el toro por los cuernos y poner fin al apocalipsis que se cernía sobre Madrid. Sentía que todo esto estaba relacionado con él. Lo habían implicado de sobremanera. Ahora le tocaba intimidarlo, hacerle ver con quién se había metido. Para la ocasión se perfumó con Varón Dandy y se vistió con el uniforme de guardia civil. No contento con el resultado, colgó todos los galones que poseía sobre su pecho.

El Teniente Coronel llegó al centro penitenciario. Cruzó uno de los pasillos del módulo dos y a su paso no suscitó respetó alguno ante los reos, más bien causó odio. Todo tipo de gritos, amenazas e insultos se vertieron sobre su persona. Una oda a la opresión policial interpretada por los delincuentes más desalmados de todo el país. Miranda se mantuvo sereno en todo momento, ignorando el jaleo y los abucheos, como si fuese un púgil que va a subir a un ring de boxeo. Nadie ni nada podía enturbiar su idea por convencer al cirujano de que detuviera la masacre. Su hándicap: mantener la mente fría cuando el asesino procurase sacarlo de sus casillas. Sabía que estaba vez estaría solo para disputar el crudo de intelectos. Pues allí no estaría nadie para frenarlo, solo disponía de un puñado de caramelos de regaliz y de los efectos del medicamento tranquilizante.

Entró en la sala de interrogatorios, saludó y tomó asiento. Frente a él, Job con un ojo morado y despeinado. Mostraba un aspecto desmejorado que anunciaba una mala experiencia en sus primeros días de encierro. En el conjunto de su mirada: párpados, cejas y arrugas de la frente, el Teniente Coronel halló un atisbo de sorpresa en su gesto. «¡Lo he desconcertado!», se alegró.

—¡Buenos días! —saludó el abogado. Luego habló sobre los derechos de su cliente como era habitual. Miranda no lo escuchó. Estaba tan concentrado en no mostrar ni un solo signo de sumisión,

que sus pupilas perforaron las del preso con intensidad, obligándole a pestañear.

—¡Vaya! Ya veo que lo que han encontrado en la ventana número 13 les ha convencido de que todo esto va muy en serio —recalcó mostrándose más relajado que de costumbre. Miranda negó con la cabeza—. Viene temprano, solo y con el uniforme de gala. ¿Acaso busca intimidarme?

—Busco sentirme ridículo para poder entenderlo de una puta vez —le cortó provocando una sutil mueca en su boca—. He estado recapacitando y tenía razón: somos muy parecidos, y solo me faltaba disfrazarme… ¿Sabe? —se llevó una mano al mentón—. Nuestras vidas son prácticamente un paralelismo. Ambos sufrimos la soledad de nuestra familia; luchamos, aunque por intereses opuestos; corremos riesgos en nuestro trabajo; cargamos con decisiones equivocadas; y el futuro de otras personas depende de nuestro buen hacer —silenció y lo dejó pensando. Una vez dio por válido el espacio de tiempo, continuó—. Por eso debemos llegar a un acuerdo. De hombre a hombre, ¿dónde guarda los explosivos?

El prisionero se balanceó hacia atrás y colocó la silla en equilibrio sobre las dos patas traseras.

—¿Quiere que le diga también donde voy a poner el coche bomba? —levantó las piernas y la silla provocó un estruendo al apoyarse sobre las cuatro patas—. ¡Boom! No puede ser tan fácil: perdería la gracia. Las respuestas más esclarecedoras llevan su tiempo en ser reveladas.

—Terminemos con esta locura de una puta vez —se desesperó. Su voz tosca y seca se endurecía—. Junto a una muestra del amonal, encontramos una nota, en ella ponía que todavía podíamos parar su locura. ¿Cómo?

—Pensé que nunca iba a pedírmelo —se regocijó frotándose las manos—. Para detener la matanza hay dos caminos: el largo y el corto —sorbió por la nariz—. El largo se completa pista a pista, ventana a ventana, con la única razón de descubrir el génesis del plan que llevó a Job a hacer todo esto. Si lo adivinan antes del día 18, deberán venir a verme y yo les diré si han adivinado. De ser así, tendrán que convocar a la prensa y decir en riguroso directo cuales han sido los motivos que han llevado a un hombre desesperado a tomarse la venganza por su cuenta —pausó y miró a su derecha antes de añadir—. Aun así, tres personas célebres perderán la vida, pero a cambio le entregaré los explosivos —Miranda elevó el labio en un rictus—. El camino corto, y en el que nadie sufrirá daño, es traerme al presidente de España para que dé por televisión un mensaje de perdón que yo le dictaré personalmente.

—El presidente no va a venir a verle. No va a darle ni un solo minuto de gloria. Además, ¿quién me asegura que esto no es una

mentira?

—Las mentiras son muy recurrentes… Ya me colasteis la de los Tarántulas Rojas. Pero en esta ocasión no le miento. Así que corra el riesgo. Elija una opción: camino largo o corto.

—Está decidiendo su futuro. Puede pudrirse entre la escoria que habita entre rejas si no le pone remedio. ¡Espabile!

—¡Espabile usted! De hombre a hombre: busque los números y detenga la masacre —le soltó imprimiendo un poco de énfasis. Tono que no pasó desapercibido para Miranda—. Yo no soy el villano, aunque lo parezca… Pero usted sí puede ser el héroe si se lo propone. Coloque una insignia más en su pecho, si es que le cabe.

El Teniente Coronel presintió que Job le hablaba entre líneas. Como si quisiera decirle algo, pero no pudiese. Fue al grano.

—¿Me está hablando en clave? ¿No se fía del abogado? ¿Quiere que abandone la sala?

El que fue mencionado se cruzó de brazos, dejando claro que no podía dejarlos a solas.

—Fuera está nevando… Pronto estarán los puestos navideños por Madrid, los turistas y los niños sin colegio haciendo muñecos de nieve. Quedarán ocultos los números pintados y las pistas se desvanecerán… Así que salga a encontrar la razón que me está llevando a cometer esta venganza… Y recuerde, que antes del día 18 tienen que tomar una decisión. ¡Hemos terminado! —dictó el cirujano haciendo entrar al funcionario de prisiones.

—¡Espere! Antes de irse —lo retuvo con la petición—. Tengo una duda que me ronda la cabeza. ¿Por qué antes del día 18 y no el 24?

—Si tuvieseis la certeza de que un coche bomba explotaría el mismo día 24, acordonaríais el centro y pondríais controles en cada cruce salvaguardando a la población. De este modo —le dijo ya de espaldas—, no sabréis cuando sucederá. La incertidumbre creará un dilema: alertar a la población o quedaros en silencio sabiendo que van a morir muchos inocentes… Por cierto —giró la cara y se marchó hablando desde el pasillo—. ¡Mi abogado le tiene que hacer entrega de un mensaje!

—¡Voy a detener esta locura! ¡No se saldrá con la suya! —le prometió alzando la voz. Una vez a solas con el abogado, deslió un caramelo de regaliz y caminó hasta él—. Y, usted no suelte una palabra de la amenaza que ha vertido este loco… Si escucho en algún medio que puede haber riesgo de bomba en Madrid, hablaré con Interior y que le carguen algún muerto, ¿entendido?

El abogado tragó saliva y le hizo entrega de un trozo de papel.

—Me ha pedido que le escriba esto —argumentó y le tendió la nota —. Es una cita de Concepción Arenal. No sé qué sentido tiene…

El abogado recogió su carpeta y se marchó. Rafael Miranda guardó

el papel en el bolsillo de su chaqueta postergando el momento de revelar su contenido. Mientras destilaba las claves del vis a vis, paseaba las manos sobre la mesa, como si esta fuese nieve y pudiera amontonarla. Pensaba en el incipiente cambio de actitud del prisionero, en los números que debía buscar y, sobre todo, en la figura del Presidente del Gobierno como moneda de cambio para frenar esta masacre. Y entonces se hizo la pregunta para la cual no tenía respuesta: «¿Qué razón de peso es capaz de nublar el juicio de una persona, hasta tal punto, de querer sesgar la vida de muchos inocentes para que sientan la soledad de estar solo? Yo nunca haría algo así en nombre de los míos. Ni por mi Candela… Sin embargo, este malnacido reivindica que lo hace por amor a su familia. ¿Será que yo quise poco a mi esposa? ¿La estaré defraudando? No. No creo. Y si amar implica matar, no soy digno de querer a nadie».

Tras la reflexión. Se quedó con un concepto: la familia. Y en ese mismo instante, le entró una llamada al teléfono. Se trataba de Verbeke.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Acabo de encontrar el número 7.

—¿Dónde?

—Revisando el video de Instagram en el que simulan que se van de viaje. En la pared del fondo, hay un 7 enorme pintado de rojo sobre el poster de un cantante. Por lo que…

—La ventana 7 nos lleva a casa de Clara Gallur —adivinó sin dejarle terminar—. Hablaré con el juez para que nos dé permiso.

Colgó. Y se levantó como si tuviera una carga de C4 en su trasero. Realizó las llamadas pertinentes mientras abandonaba la sala de interrogatorios. Una vez cruzó por el pasillo del módulo, recibió el pertinente abucheo de los presos. Miranda los miró con lástima a pesar de que merecían estar hacinados. Y pensó en la soledad de los prisioneros. Rodeados de hormigón y acero. De más delincuentes y guardias. Aislados del curso de la vida mientras sus hijos crecen y sus madres se hacen ancianas. Entonces, llevó la mano a su chaqueta y sacó la nota. Leyó la cita que había escrito con puño y letra el abogado, parafraseando a la escritora y pensadora nacida en 1820, Concepción Arenal Ponte. Decía así:

«El error en la soledad crea monstruos, como el miedo en las tinieblas. En muchos casos nos parecerá que un hombre está loco, y no es, sino que ha vivido solo».



VENTANA 8

27

Huele a podrido

8 de diciembre de 2023
Distrito de Chamberí
10:30 de la mañana

La gente iba y venía por las aceras de la calle de Carranza, con abrigo, bufanda y gorro de lana. No era para menos, el termómetro marcaba un grado centígrado. En el interior de un Toyota azul marino, muy cerca del bloque número 7, Verbeke y Roca esperaban a la madre de Clara Gallur. Intentaban actuar con naturalidad, como si su relación no hubiese sufrido una ruptura reciente, pero todo era una farsa para aliviar la tensión a la que les obligaba el trabajo.

—El Teco dice que notó a Job distinto —le recordó Julia, que iba en el sillón del acompañante—. ¿Crees que le estará pasando factura haber entrado de nuevo en prisión?

—¡Distinto está el jefe! Fue a visitarlo vestido con el uniforme de gala y las condecoraciones. Yo pensé que lo había hecho para impresionar al preso. Para dejarle claro que no es un guardia civil del tres al cuarto, sino uno de los ejes principales de la investigación de élite de España —resopló con decepción—. Pero no… aludió que fue disfrazado para ponerse al mismo nivel que él. ¡No lo entiendo! Parece cosa tuya.

—Yo no le dije nada. Fue por su cuenta. Y la verdad es que no sé cómo no le partió la cabeza contra la mesa tras la segunda provocación. El Teco pierde los estribos cuando tiene al asesino de su esposa delante ¡Y no es para menos! —relató con sorpresa—. Pero la estrategia fue buena. Buscó la empatía, la equidad. Hay psicópatas que buscan la superioridad cuando no la tienen. Les gusta llevar el control y cuando se les cede un poco de terreno, tienden a relajarse y es ahí, cuando meten la pata y dan detalles esclarecedores.

Roca miró su reloj. Y no tardó en quejarse.

—Y esta mujer con la que hemos quedado ¿a qué hora te dijo?

—A las 10.30 —le mintió con la idea de tener un rato a solas con él.

—Pues no debe preocuparle mucho su hija y su nieta. Yo estaría aquí puntual para ver si le ha pasado algo.

—Igual no encuentra la llave.

—O ha cogido un taxi. Con estos fríos no está el día para pasear.

—Hablando de fríos. ¿Dónde te estás quedando a dormir? —le cambió de tercio y llevó la conversación al terreno que quería.

—En mi furgo —se quitó el gorro y observó los relieves de lana

como si allí hubiese algo interesante que leer—. Para eso la tengo camperizada.

—¿En la I-Van Camper? Pensé que te ibas a quedar en el piso de algún compañero —se asombró. Su vista quedó embrujada por las dos cicatrices de su calva—. ¿No prefieres volver a casa? No es necesario que compartamos cama.

Roca miró hacia fuera. El cristal le mostró una imagen desoladora y gélida del exterior. Sin girar la cabeza, respondió.

—Lo nuestro es un jarrón chino que se rompe cada dos por tres. Y no paramos de ponerle pegamento… pero nunca queda igual. Cada vez está más frágil… más desfigurado.

Verbeke le puso una mano sobre el hombro. Roca la miró con condescendía.

—Iván, ¿tú me echas de menos? —buscó franqueza en la respuesta —. Porque yo llevo la soledad muy mal. Todo me recuerda a ti. Incluso los silencios. Lo he intentado, en serio. Y eso que estuve mucho tiempo soltera cuando lo dejamos… pero no sé, me he hecho a ti —resopló empañando la luna delantera. Roca replicó el gesto. Sabía que Julia estaba hablando desde el corazón—. La idea de que ese coche bomba estalle cuando yo esté a su lado, me hace replantearme lo efímera que es la vida.

—Ese pensamiento ya lo tuviste cuando casi mueres a manos de esa asesina de los tatuajes. Y en vez de pensar en compartir tiempo conmigo, decidiste salir, emborracharte, y, en definitiva, ir por tu cuenta, ya que para ti eso era vivir la vida al máximo.

—Tienes razón. Soy una mujer que se equivoca —se remangó el cárdigan de lana color rojo y mostró el tatuaje de la rosa de los vientos de su muñeca—. Y que tiende a perder el Norte muchas veces. Me gusta encontrar mi rumbo sin ayuda porque soy independiente, pero no solitaria. Prefiero vivir en compañía. No quiero tener hijos, no puedo cuidar de una mascota, no voy a tener sobrinos… lo único que me queda es un amigo que envejezca a mi lado. Un compañero de viaje con el que discutir y sentir que mi casa la habita alguien más que mi reflejo en el espejo y Alexa… Tenerte hace que me sienta protegida, y no me refiero a que des la cara por mí, sino en el aspecto de que si estoy enferma tú me puedes preparar la comida, me puedes arropar si tengo frío, darme achuchones cuando me sienta baja de moral —le confesó usando un tono lastimoso—. Lo tengo claro, Iván: el tiempo que me queda ahora, lo quiero vivir contigo. En cada cena, en nuestras charlas en la cama, con nuestros debates en el sofá, peleándonos por el mando para ver una peli de Netflix… —cambió el tono de su voz poniendo más alegría—. Y si salto por los aires hecha pedazos, sentir, aunque solo sea en una milésima de segundo, que hubo alguien para quien fui importante.

—Tienes a tu madre, tu padre, tu hermanastro y, a pesar de vuestras diferencias, a tu hermano Gabriel.

—Lo sé. Pero para sentirme completa necesito que tú estés en ese recuento de seres queridos.

—¿Y Maestro entra en esos planes? —dudó.

—¡No rompas la magia del momento! —se aquejó dándole un empujón—. He cambiado a Maestro por Entrenador —provocó una mueca de decepción—. He buscado una alternativa para sentir dolor físico: artes marciales mixtas. Cuando acabe la investigación me apuntaré.

—¡Venga ya! ¡Ja, ja, ja! No te veo levantando la pierna por encima de las caderas.

—No te rías. Si no cuando aprenda a pegar te voy a dar una tunda que te va a crecer pelo sin tener que ir a Turquía —bromeó.

—¡No tienes solución! —sonrió colocándose el gorro.

—¡Anda, vuelve conmigo! Perdóname. Intentémoslo.

En ese mismo instante, bajo el cartel azul dónde podía leerse calle de Carranza, apareció una mujer con un abrigo de visón. Tenía el pelo corto, negro y muy bien peinado. Entre sus raíces no se veía ni una sola cana. Tenía gafas y pendientes de perlas. Con desespero, intercalaba vistazos a su reloj y a ambos lados de la calle.

—¡Allí! —señaló Roca sin darle una respuesta a su compañera sobre su decisión—. Es Mercedes Vidal.

Los dos investigadores se bajaron del Toyota y fueron al encuentro de la que un día fue suegra del asesino. Tras confirmar la identidad, la siguieron hasta el portal. La mujer de sesenta y ocho años dejaba tras de sí una penetrante estela con olor a laca como muestra de que acababa de abandonar la peluquería. Una vez se detuvo, hizo un intento por atinar en la cerradura. No consiguió su propósito y entregó la llave a Verbeke. Entre el frio, los temblores de la edad y los nervios, no había manera.

—He venido un poquito antes, espero no haberlos molestado —aludió desenmascarando a Verbeke—. Estoy muy alterada. ¿Le ha pasado algo a mi nieta? —preguntó con el rostro transmutado a pánico—. ¿Mi hija está bien?

—No lo sabemos, señora —dijo Roca empujando la puerta. La teniente percibió en su nariz pestilencia, no supo distinguir bien si era olor a humedad o si se había cagado un perro en el portal; la laca fijadora de Mercedes dificultaba adivinar cuál era el origen—. Por eso nos gustaría echar un vistazo para saber que todo esté en orden.

—Mi hija no es muy recogida. Entre el trabajo y Clarita, tiene poco tiempo de limpiar —aludió dando importancia a la higiene de la vivienda—. Lleva viviendo aquí menos de un año. Le gusta la zona y la gente que vive en el bloque.

Antes de tomar el ascensor, en un hueco que había bajo la escalera, Verbeke la sometió a unas preguntas. Sabía que arriba podía haber miradas indiscretas tras las mirillas.

—Mercedes, ¿cuándo fue la última vez que habló con Clara?

—Hará una semana o así.

—¿Puede ser más exacta con el día?

—Mmm… el miércoles, el viernes… —arrugó sus patas de gallo mientras pensaba—. ¡El jueves! Sí. Porque tenía taller de costura y recuerdo que me acercó para que no cogiera frío por el camino.

—¿La notó rara o nerviosa? ¿Le habló de que iba a estar fuera durante un tiempo?

—Yo la noté igual que siempre. Y no, no me habló de ningún viaje. Tenía que recoger a mi nieta y luego iban a ir a casa de Borja para recoger la manutención… ya que se la paga en dos veces —respondió buscando algún gesto en los investigadores que le diera luz sobre su hija. Verbeke sacó su libreta Moleskine y empezó a anotar datos—. Luego la he estado llamando y no responde al fijo ni al móvil —hizo un mohín—. Una amiga mía del bingo, que se maneja con el internet, me ha dicho que está de viaje. Pero es raro que no me haya contado de sus planes. ¡Con lo estricta que es con los estudios de su hija me extraña que le haga perder clases!

—Entonces ¿Clara se veía con su expareja a menudo?

—Sí. A pesar de todo es el padre de su hija —argumentó con naturalidad—. Y aunque la custodia de Clarita la tiene ella, se la lleva dos veces al mes para que eche un ratito con él.

—¿Recibió alguna amenaza de Borja en todo este tiempo? ¿Alguna denuncia?

—¿Por qué iba a hacer algo así? Borja las quiere mucho. Solo tuvo mala suerte en un momento de su vida —bajó la cabeza sacudiendo ese olor intenso a salón de peluquería—. El pobre vivió muchas desgracias en esos países pobres: Afganistán, Siria… De manera solidaria cogió un avión y estuvo operando niños y niñas víctimas de la guerra. ¡Es un ángel! —a Verbeke le vino el sobrenombre de Samael —. Pero tanto dolor le pasó factura. Vino cambiado y quiso olvidar bebiendo y tomando drogas para borrar, de esa mente fotográfica que tiene, el sufrimiento vivido. Clara estaba al tanto de todo y fueron a terapia. Un día operó ebrio a una mujer en quirófano y entró en prisión. Y ahí vino su decadencia —lo justificó usando un tono lastimero—. ¡Una pena! Borja nunca decía una palabra por encima de otra. Era un hombre muy educado y correcto. Y venía de buena familia. ¡Un trozo de pan!

—Usted no ve las noticias, ¿verdad? —difirió Roca pulsando la luz del hall que se apagaba con el temporizador cada dos por tres—. ¿Sabe de lo que se le acusa a Borja de Pellicer?

Verbeke miró a su compañero, haciéndole una mueca para que no profundizara en los detalles. Necesitaban a la mujer serena para que les atendiera correctamente.

—Cuando lo vi en la televisión con el carrillo de mano junto a un cadáver, no me imaginaba que pudiera ser él. Supongo que en la cárcel retomó su adicción a las drogas… Pero Borja jamás le haría algo a mi hija o a mi nieta —recalcó—. No da problemas con la custodia. Y le da el doble de la manutención que le corresponde: una legal y otra en negro para que puedan pagar un piso decente.

Un vecino bajó por las escaleras con sigilo: se trataba del presidente del bloque. Un jubilado que llevaba una carpeta azul con el papeleo de la comunidad. Al pasar a la altura de Mercedes, la reconoció y la saludo.

—Hola. Hace tiempo que no la veo por aquí. ¿Cómo andamos?

—Con los achaques de la edad, pero bien.

—¿Y su hija? ¿Sabe si va a tardar en volver?

—¿Sabe usted dónde ha ido? —intervino Verbeke.

—No. Pero como he llamado a la puerta muchas veces y los vecinos no la ven entrar y salir, he intuido que está fuera.

—¿Y para que la ha llamado tantas veces? —insistió Roca.

—Porque desde hace cuatro días huele muy mal el descansillo. Y la peste a podrido escapa del interior de la vivienda. Igual se ha dejado la basura al lado de la puerta y se le ha olvidado tirarla.

Un escalofrío se instaló en la espalda de los agentes. Aquel detalle no auguraba nada bueno. Verbeke contuvo la respiración y Roca miró al suelo. Mercedes sintió curiosidad ajena a otros males mayores.

—¡Con lo despistada que es! Cualquier día se deja la cabeza en casa —Roca miró a Verbeke sobrecogido—. Una vez tuve que venir a cortar el butano que se lo había dejado encendido.

—Si tiene la llave, yo mismo me encargo de retirarle la basura—se ofreció el presidente de la comunidad.

—No. Ya nos hacemos cargo nosotros —lo disuadió Roca—. ¡Qué tenga un buen día!

El hombre se marchó con paso lento. Tenía ganas de saber que olía tan mal en aquel piso. «Igual tienen una plaga de ratones. Otra derrama para la comunidad», concluyó. Verbeke le preguntó a Mercedes por la planta, la letra y la llave que la abría. A continuación, le pidió a Roca que se quedara con ella abajo haciéndole compañía. Aludió que iba a ventilar la vivienda. La mujer le entregó el llavero y Julia tomó el ascensor hasta la planta 2. Una vez se plantó frente a la puerta barnizada, se intensificó ese olor que percibió nada más entrar por el bloque. Ese mismo hedor del que hablaba el presidente: olía a podrido. En su estómago se le hizo un nudo. Giró la llave con decisión. Esperó cualquier resultado. Cuando empujó la hoja, el bofetón de

peste le provocó nauseas. Con brusquedad se quitó el gorro de lana y se lo llevó a la nariz para amortiguar el tufo a cadáver. También se oía el zumbido de las moscas dándose un festín. Lo primero que vio en el mueble de la entradita fue una foto muy simpática de madre e hija abrazadas. Armada de valor, cerró la puerta con el talón y fue en busca de una respuesta a su temor más grande: hallarlas sin vida.

El piso de Clara Gallur

El pasillo era corto y ancho, pero a Julia Verbeke le pareció largo y estrecho. El hedor no provenía de la entradita, sino de más adentro. Su vista barría el suelo en busca de un rastro de sangre, un arma o una mano que condujera al resto del cuerpo. De momento, lo único que encontró fueron unas tizas de colores y una muñeca. Antes de llegar al salón se topó con la cocina. Sin despegar la lana de su nariz, entró para trazar una visual. Allí había una olla destapada con moscas revoloteando a su alrededor. En el exterior vio una numeración pintada en rojo: un 9. «¡No puede ser! Nos ha dejado una pista aquí. Ha estado en la vivienda», caviló ante lo evidente. Cuando se asomó al interior, halló un guiso putrefacto repleto pelusilla de moho en su interior. En el fregadero había platos sucios y una taza con forma de dinosaurio. Luego accedió al lavadero, y comprobó que había ropa sin lavar en el bombo de la lavadora. De nuevo, esos dos rostros angelicales en un folio impreso y pegado en la puerta de la nevera con ayuda de imán. Con la carne de gallina, Verbeke se retiró el gorro de las fosas nasales y descartó la peste que escapaba de la olla con la que se olía desde el bajo. Chasqueó la lengua maldiciendo su suerte y alzó la voz antes de entrar en el salón.

—¡Clara! ¡Clara!

En ese mismo instante se oyó un zapateo por el pasillo. Cuando se giró se encontró a la mujer de sesenta y ocho años corriendo a la desesperada. Roca venía tras de ella mentalizándola de que esperase y sujetándola del codo. Pero la fuerza que sacaba aquella madre temiendo por la vida de su hija superaba la de los unos bíceps cultivados a golpe de mancuerna y anabolizantes.

—¡Hija mía!

Mercedes se plantó frente al salón y se frenó en seco. A Verbeke se le encogió el corazón y se posicionó tras la mujer —la expectación era máxima—. Una vez miró aquel salón compuesto de una mesa de madera con cuatro sillas, mueble bar y chaiselonge, no halló madre e hija, pero si una jaula con dos palomos muertos. Los gusanos retozaban entre las plumas y los ojos de las aves. Justo abajo, una pizarra con patas que pertenecía a Clarita, con un número que no estaba pintado con tiza, sino con espray rojo: un 10.

—Esa jaula no es de mi hija… aquí hay alguien —dictó Mercedes tapándose la nariz.

Roca aguantó la respiración y tomó su arma. Registró las habitaciones una a una, miró tras las cortinas y bajo las camas… pero allí no había nadie. Solo vestigios de que Clara y Clarita no habían

preparado equipaje para viajar. Sus maletas y la ropa interior colmaban los cajones. Es más, habían dejado todo por medio, como si hubiesen salido con la firme idea de volver en breve.

Pero allí no estaban.

Solo había dos putos números más que restar al macabro calendario de adviento.



VENTANA
9

29

¿Dónde están los explosivos?

Edificio de la UCO
9 de diciembre de 2023
10:00 de la mañana

A los ojos de Iván Roca y fruto del cansancio, la planicie que se desplegaba delante de sus narices no distaba mucho de la maqueta de una ciudad ecológica con edificios de cartón que humeaban, carreteras de tinta, coches cobrizos de grapa y plazas de papel cubiertas de nieve; pero solo se trataba de vasos desechables, hojas manuscritas, informes y bolígrafos que se repartían por toda la mesa. La falta de sueño le estaba pasando factura, y todo el trastorno de dormir en la furgoneta le hacían padecer alucinaciones. Vencido por su ensoñación, dio una cabezada y su mentón volcó su vaso de té rojo sobre los folios.

—¡Me cago en…! —se quejó Verbeke saltando de su silla para no quemarse con el agua hirviendo.

Téllez alejó el portátil. Miranda apartó los folios para ponerlos a salvo de la marea carmín que se extendía por la ciudad como un baño de sangre. Zamorano fue en busca de una fregona y una bayeta. Una vez se arregló el desaguisado, Miranda dio paso a la reunión.

—Equipo, como bien sabéis, tenemos un marrón ¡y de los gordos! —los puso en situación—. La amenaza que se cierne sobre Madrid tiene visos de convertirse en una realidad. Nuestro objetivo es claro —se fue para el pizarrón y escribió las dos soluciones—: encontrar todos los números y dar una respuesta a Job… o bien, decomisar los explosivos antes de que llegue el día 18 y todo salte por los putos aires.

—La opción del Jefe de Estado supongo que la ha desechado, ¿no?

—De pleno, Verbeke —aclaró con contundencia el Teniente Coronel cerrando el puño el alto—. Vamos a sacarnos las castañas del fuego sin ceder a las amenazas de un chalado. Y vamos a demostrar a este malnacido y a los que puedan venir, que jugar con la vida de los inocentes no tiene final feliz. Nuestra prioridad es encontrar la ubicación de los explosivos. Para ello, el alférez Téllez ha realizado una labor conjunta con Tráfico y hemos podido intuir las rutas que han tomado las furgonetas.

—¡Espere! ¡Espere! —le interrumpió Verbeke colocando su larga trenza por delante del hombro y tocando los flecos con la yema de los dedos—. ¿Ha dicho rutas de las furgonetas? ¿Significa que salieron a la vez y tomaron caminos distintos? ¿Qué había dos conductores?

—Si me dejara terminar le daría todos los detalles —le reprochó—.

Según las cámaras de la zona, que por cierto están lejos de la carretera que lleva a la cantera, el día 26 de diciembre a eso de las cuatro y veinte de la tarde, la Nissan verde tomó el ramal de la E-901/A3 en dirección a la M40, luego se dirigió en dirección a Avenida de Rafaela Ybarra. Por lo que intuimos que su destino es el distrito de Usera. Allí viven varios cabecillas de los Tarántulas Rojas. En concreto, en el barrio caliente de Orcasur —narró dejando estupefacto a los presentes —. Parece ser que la banda y el cirujano están estrechamente ligados en este plan.

—¡Joder! —golpeó la mesa Zamorano.

—El otro vehículo sospechoso, una furgoneta mixta color blanca cuya matrícula coincide con la denunciada, salió en la noche del mismo día, pero en dirección Coslada. Dos puntos distintos. Un solo objetivo.

Verbeke elevó la mano. A regañadientes le dio el turno de palabra.

—A todo esto, me asalta una pregunta ¿Cómo llegó hasta la explotación minera? Tuvo que desplazarse en un vehículo o alguien lo tuvo que llevar para sacar las furgonetas de la cantera, ¿no? —el resto asintió con la cabeza—. Y no una, sino dos veces.

—¿Un cómplice? —aportó la idea Roca—. Visto lo visto no es de extrañar.

—Igual tomó un taxi —sugirió Zamorano rascando con la uña los puyones de su barba—. Y supongo que no será muy complicado saber si algún conductor realizó el itinerario.

—Sería buscar una aguja en un pajar—discrepó Roca realizando un ademán con la mano—. Hoy en día hay taxi, Uber, Cabify…

—Pero lo vamos a hacer —asumió la tarea el jefe del equipo—. Aquí vamos a por todas, sargento.

Roca agachó la cabeza. Como un perro ante la orden de su amo. Verbeke añadió metiéndose en la piel del delincuente al que investigaban.

—Si yo fuera a llevarme varios kilos de explosivos, no dejaría un rastro tomando un servicio público, iría sola. En todo caso, contaría con alguien que ya está metido en el ajo. La hipótesis del colaborador toma cada vez más fuerza dada la alianza que tiene Job con las bandas latinas.

—A cambio de pasta son capaces de hacer cualquier cosa… Incluso de hacer explotar un coche bomba en una plaza repleta de gente.

Tras las palabras de terror del Teniente Coronel, se estableció en la sala un silencio sepulcral. Todos pensaron en algún amigo o familiar hecho pedacitos mientras caminaba alegre por una de las aceras de Madrid. Incluso visualizaron el titular en el periódico con la foto de los cadáveres tapados con la sabana térmica. Peluches y zapatos disgregados por todas partes junto a sangre vaporizada por el

estallido. Nieve roja llena de sufrimiento. En definitiva, imaginaron el resultado de su fracaso. Y sintieron el lastre de las piedras que cargarían en sus mochilas emocionales para el resto de sus vidas.

—Tenemos que agotar todas las vías —les alentó Verbeke.

—¡Téllez! Ponte a trabajar en esa pesquisa —le instó Miranda con diligencia—. Averigua si los municipales han retirado algún vehículo de los alrededores por abandono y llama a las centralitas de los taxis y de los VTC que operan en la ciudad.

El alférez abrió su portátil y se puso a hacer las comprobaciones. El resto siguió maquinando posibilidades.

—Para llevarse los dos vehículos, tuvo que ser llevado alguien dos veces o solicitar el servicio de taxis —insinuó Verbeke—. Una lástima que no haya cámaras en la zona para determinar con qué modelo de coche accedió a la cantera.

—Como haya llegado no es tan determinante como saber dónde esconde el Amonal —priorizó Roca.

—Pero sí es importante saber quién está colaborando con él en esta locura —discrepó Verbeke como si aquello fuese un duelo de conjeturas brillantes—. No es lo mismo que lo haya llevado un taxi a que se trate de un compinche.

—Verbeke tiene razón. Así que vamos a intensificar la vigilancia en Coslada y vamos a preparar una intervención en el piso franco de Orcasur dónde se alojan los Tarántulas Rojas —sentenció el Teniente Coronel.

Téllez levantó la mano. No tardó ni quince minutos en disponer de la entrada de vehículos en los depósitos de la zona. Era todo un virtuoso de las redes sociales y las bases de datos.

—Según la fecha de entrada, no había ningún vehículo abandonado recogido desde el día 26 de noviembre al 9 de diciembre. No hay coincidencias —concluyó sin levantar la vista de la pantalla.

—Deberíamos enviar a alguien a peinar la zona. Para descartar que se haya desplazado en un vehículo alquilado o robado y que esté oculto por algún matorral —sugirió Roca.

—Zamorano, cagando leches para allá.

El aludido salió corriendo por el pasillo.

—Ahora procedamos a hablar sobre lo hallado en casa de Clara Gallur. Me ha comentado Nekane que se ha quedado a cuadros con el contenido de la olla marcada con el número 9… —dio paso el Teco al segundo bloque.

Un guiso muy desconcertante

Miranda se trasladó hasta la otra parte de la pizarra, donde tenían un calendario de adviento con sus veinticuatro casillas; solo unas pocas ventanas contenían una explicación. En la casilla 9 puso «guiso», en la «10» escribió: «Palomas enjauladas».

—Bueno. Vamos con todo lo acontecido en casa de Clara Gallur. Verbeke, expón la información.

—Cuando el sargento y yo acudimos al inmueble, percibimos desde la entrada al bloque un penetrante olor a putrefacción. Sin duda procedía del interior de la vivienda. Entonces tomé la delantera y abrí la puerta del piso. Una vez dentro pensé que iba a encontrarme a madre e hija en avanzado estado de descomposición. Pero no apestaba a humano, había un matiz distinto. Por el desorden y los platos del fregadero entre otras cosas, fue fácil deducir que Clara había salido con la firme idea de regresar. Pero no sucedió —sacó su libreta Moleskine y la separó por la mitad—. Según su madre, ese día fue a verla, y luego recogió a Clarita del colegio para acudir al domicilio de su exmarido, ya que, a final de mes, Borja le hace entrega de un pago en mano para costear el piso dónde vive Clarita. Pero a la calle de Carranza volvió el asesino, sin su hija ni la madre de esta. Todo para preparar el contenido de las ventanas de adviento. En esta ocasión dejó una jaula con dos palomas a las que le ató cinta americana en la trampilla de apertura. Los pájaros no tenían comida, solo agua. En una pizarra infantil dibujó el dichoso número. En la olla había caldo de gallina de bote, un muslo de pollo que cogió de la nevera de la casa y sin pies ni cabeza: un animal embalsamado.

—¿Qué dices? —se extrañó Roca.

—Tal cual —aclaró Verbeke elevando las cejas—. Según el informe de Nekane se trata de un murciélago disecado.

—¿Y quién cojones tiene tan mal gusto de comprar algo así para decorar su casa? —alucinó Miranda—. ¡Con lo feos que son esos bichos!

—No sé. Pero no debe ser tan extraño cuando lo venden en tiendas de artesanía —le ilustró Téllez—. De todos modos, ya estamos haciendo indagaciones para saber si algún cliente ha comprado el artículo en alguna web nacional y ha dejado un rastro con su tarjeta bancaria.

Verbeke miró los números. «Solo estamos al principio», valoró la situación actual comprobando que había más casillas blancas que garabateadas.

—Alguien tiene que tener a Clara y a Clarita secuestradas —dijo

muy convencida.

—Igual están enterradas —expuso Roca sacando el peor pronóstico.

—No quiero pensar en esa hipótesis —negó Miranda con la cabeza —. Además, Job no para de mencionar a su familia y el amor que siente por ellas.

—Pues yo no dejaría a mi mujer y mi hija con una banda de delincuentes en cuyo historial florecen los delitos de violación e intimidación con violencia —opinó Verbeke temiendo que estuvieran pasando un verdadero calvario.

—Deberíamos poner en la web de la Asociación SOSDESAPARECIDOS la desaparición de Clara Gallur y su hija —recomendó Roca gesticulando con las manos—. Eso presionará al o los secuestradores. Si alguien las ha visto, igual nos puede dar una pista sobre si están allí. En Orcasur hay una buena porción de latinos y gitanos. Dos rubias deben llamar la atención —expresó mostrando un ápice de clasismo en sus palabras.

—Me pongo con ello —asumió la tarea Téllez.

—¡Job, Job, Job! ¿Quién coño eres realmente? —preguntó en voz alta y desconcertada—. ¿Un parricida? ¿Un asesino en serie? ¿Un trastornado? ¿Un genocida?

—Tiene un bonito nombre bíblico para ser tan demoniaco —intervino Roca—. Al igual que Samael.

—En la Biblia hay buenos y malos —espetó Miranda a sabiendas de lo que decía.

—¿Y quién es Job en la Biblia? —quiso saber Verbeke—. Nos hemos ceñido a que es un extraño diminutivo derivado de Borja que ha escogido para salir en la prensa, pero igual no es así.

Miranda tomó su teléfono móvil y llamó al Padre Charlie, un cura dominicano que daba misa en la parroquia dónde acudía los fines de semana.

—Vamos a salir de dudas con un experto —aludió—. Yo leo la Biblia cada noche, pero no recuerdo cual fue su desgracia. Iros a tomaros un café. Nos vemos en quince minutos.

Una vez regresaron del *break* y tomaron asiento, recibieron la información de boca de Miranda.

—El nombre tiene significado —sentenció sorbiendo por la nariz y narrando de memoria—: Job era un buen hombre que amaba a Dios y guardaba sus mandamientos. Tenía esposa, hijos y era rico. Pero un día Satanás le arrebató todo. Perdió la salud, sus diez hijos murieron, su esposa fue asesinada…Tuvo que superar pruebas y severas aflicciones hasta que remontó y se rehízo como una nueva persona… Job simboliza la fragilidad de la existencia humana, las causas del sufrimiento, y las razones para tener fe incluso cuando la vida parezca injusta.

—¿Fe en qué? —dudó Verbeke—. ¿En qué podemos detener esto o en que conseguirá su propósito?

—Igual mantiene la fe de salvar a su familia. Por eso la ha alejado de una explosión inminente.

—Cuanto más avanzamos menos pies y cabezas le encuentro a todo.

Otra llamada sacudió el celular de Miranda. Con tono serio descolgó.

—¿Zamorano?

—Mi Teniente Coronel, he encontrado una moto de 125cc calcinada en los alrededores de la cantera. No tiene placa. No tiene pinta de llevar mucho tiempo aquí. La vegetación no ha rebrotado a su alrededor.

—¡Qué rápido! Buen trabajo.

—Gracias.

Colgó y dio la explicación pertinente.

—Ya entiendo cómo se ha desplazado hasta la cantera: con una moto scooter. Posiblemente la metió en la zona de carga de los furgones. Cuando no la necesitó, se deshizo de ella prendiéndole fuego. Alférez, quiero que cuando tengan el número de chasis, haga las comprobaciones necesarias para saber quién es el dueño.

—Esperemos que no se hayan fundido los plásticos del carenado sobre los dígitos. Sino será bastante difícil descifrar quién es el dueño —explicó Téllez—. De momento a esperar.

—Esa palabra no existe en este grupo de investigación. Y menos cuando estamos metidos en el descuento de esta contrarreloj. Vamos a actuar con contundencia… ¡Acabaremos con la rabia matando al perro! —alentó con entusiasmo el Teco—. Roca y un servidor organizaremos un operativo de asalto perfectamente coordinado con la Unidad Especial de Intervención. Tenemos tres días para planificar y ubicar el piso franco de los Tarántulas Rojas. De un plumazo descartaremos si tienen los explosivos y a las dos desaparecidas —caminó hasta Verbeke y le puso una mano sobre el hombro mostrando su firme convicción de poner fin al asunto—. Teniente, usted se quedará en la base con Zamorano, buscando números y dando luz a las pistas que nos han dejado. Su especialidad es conectar elementos inconexos entre sí. Y si es necesario, vaya a ver al preso para darle la respuesta que espera o para sacarle información —volvió a la pizarra y dio una palmada—. Equipo, ¡al turrón!



VENTANA 10

31

Cambio de aires

19:00 de la tarde
Calle Fuencarral

La ciudad vivía un caos. Madrid estaba cubierta de nieve. Ramas y árboles tronchados que hacían las veces de barricadas en las calles. Parte de la iluminación navideña, por los suelos. Por encima, los niños lanzándose bolas de nieve bajo la atenta mirada de sus madres. En un banco, comiéndose unas castañas asadas, Verbeke hablaba junto a Zamorano sobre la vida. Venían de encontrar un nuevo número y una pista. Y decidieron hacer allí un alto en el camino. Bajo sus traseros colocaron un abrigo para que el frío no les helara las posaderas.

—Me voy a ir, Julia. He pedido el traslado a una comandancia en Zaragoza —le confesó el agente de patillas gruesas y mofletes descolgados metiéndose el fruto en la boca—. Aquí se vive mucho estrés y no te permite realizarte en otros aspectos de la vida.

—¡Qué me vas a contar! Yo estoy en las mismas.

—Tú, yo y todo el edificio —miró al suelo y luego a uno de esos incansables que correteaban sobre el manto blanco—. Pertenecer a la UCO es como meterse a monje franciscano. Nos dedicamos en cuerpo y alma a la congregación. Nos encargamos de promover la justicia y la paz con nuestro tiempo. Y eso nos desvirtúa de la realidad. Mis amigos tienen pareja, mascotas, hijos, planes de futuro… Avanzan en las etapas. Yo solo tengo más arrugas y menos pelo. Los días parecen calcos los unos de los otros. Y nunca tenemos descanso: siempre hay crímenes, violencia, delincuencia, alguien a quién pisarle los talones para prevenir que cometa un delito mayor. Con los latidos al límite y con la cabeza en las putas diligencias… Y he decidido que ya es hora de parar.

—Tienes razón. De los compañeros, nadie echa raíces. Todos somos lobos solitarios de una misma manada que atienden a un cargo en la jerarquía que ocupan —observó a una niña que tumbada de espaldas sobre la nieve agitaba los brazos creando un ángel—. Yo me lo he planteado muchas veces… pero pienso que ya es tarde para echar el ancla y detener mi barco. Solo me queda ser feliz el tiempo que me queda. Por cierto, ¿allí hay casa cuartel?

—No. Pero llevo conociendo a una persona maravillosa desde hace un año. Se llama Luis. Es andaluz, muy gracioso y vive en un piso en Zaragoza. Pienso que es mi oportunidad para dejar atrás la élite y perseguir a chorizos o borrachos al volante —miró a Verbeke a sus ojos azules con entusiasmo—. Volveré al trabajo fácil, con la planilla

de turnos y compartiendo mi vida con una persona maravillosa. Creo que es un segundo buen comienzo.

—Es tu tren. ¡Cógelo! Un cambio te vendrá bien. Solo espero que tengas mejor suerte que yo con Roca.

—Hablando de trenes —le cortó antes de que se pusiera melancólica con sus devaneos amorosos con el sargento—, ¿qué opinas del número que hemos hallado en la estación de Atocha?

—Me preocupa más —dijo metiendo la mano en el cartucho de cartón y rebuscando una castaña del fondo— la inscripción que ponía debajo del 8: «aquí empezó todo».

—No sé qué tiene que ver una pista con otra. No guardan relación entre sí.

—A priori no. Y así es imposible saber qué razón le ha llevado a cometer estos crímenes. Sería todo un alivio que en el asalto encuentren los explosivos y a esas dos chicas tan guapas sanas y salvas.

—Bueno, mañana nos vemos y seguimos buscando números —se despidió Zamorano—. Voy a encender la calefacción a tope, me voy a tirar en el sofá con una bolsa de hielo en el tobillo y un copazo de whisky en la mano, mientras escucho el disco de Celtas Cortos de principio a fin —se recreó con entusiasmo—. Es lo bueno de la soltería… cuando esté con Luis no podré hacer estas cosas que hacemos los que vivimos solos —bromeó alejándose con una acusada cojera hacia su domicilio.

—¡Yo que tu iba a la mutua a que te viera eso! ¡Apunta a esguince!

—No voy a dejaros tirados ahora. Solo fue un traspié a cuenta del hielo. Mañana estaré mejor… ¡ya verás!

Verbeke lo contempló hasta que se perdió en aquel caótico horizonte. Arrugó el cartón que contenía las cascaras de castaña en su puño y se puso en pie antes de quedarse helada. Recogió el abrigo que colocó de aislante sobre el banco y caminó como una niña por encima de los montículos dejados por el temporal. Llegó a su Mini Cooper tiritando. Una vez dentro, se acordó de la psiquiatra Raquel Falcón. Tenía una llamada pendiente tras hallar el libro en el registro de la casa del cirujano. Y se lanzó a probar suerte.

—¿Sí? —respondió la voz enlatada al otro lado.

—¿Raquel?

—Sí. ¿Quién es?

—Hola. Soy la teniente Julia Verbeke.

—¡Qué sorpresa! Me alegro de oírte. No sabía nada de ti desde que salimos de aquel infierno.

—Me gustaría hablarte sobre un antiguo paciente —fue directa al grano—. A ver si lo conoces: Borja de Pellicer.

—Por supuesto que sé quién es —respondió sin necesidad de

titubear—. Lo traté en prisión. ¿Cómo sabes que tengo relación con él?

—Borja de Pellicer está cumpliendo condena de nuevo.

—¿Otra negligencia médica? —se extrañó—. ¡Pero si le retiraron la licencia!

—Se le acusa de asesinato y secuestro…

—¡Madre de Dios!

—Por eso quería que me hablaras de lo que te transmitió en sus sesiones. Sus obsesiones, sus temores… necesito perfilarlo para un interrogatorio. Se trata de un asunto turbio. Un secuestro.

—¿Por un casual estás en Madrid? —le preguntó.

—Sí. La investigación está centrada aquí.

—Perfecto. He sido invitada a un programa en un plató de la capital. Voy a estar un par de días por aquí. Si quieres nos vemos mañana por la mañana y te cuento lo que pueda recordar.

—Me parece una idea genial.

—¿Eres de cafés artesanos? ¿De *brunch* continental? —le dio a elegir—. ¿Quedamos en *Gosto, Naji Specialty Cofee, Syra Coffee, Il Tavolo Verder*…

—Soy más de mancharme el bigote de chocolate y los dedos de aceite —respondió con decisión—. ¿A las 9 de la mañana en Chocolatería San Ginés?

—Me la conozco. Allí estaré.

Julia colgó y buscó una canción de Celtas Cortos, el grupo que tanto le gustaba a Zamorano, y la oyó de regreso a su casa tatareando el inicio del tema: «La senda del tiempo».

«A veces llega un momento, en que te haces viejo de repente. Sin arrugas en la frente, pero con ganas de morir. Paseando por las calles todo tiene igual color. Siento que algo echo en falta, no sé si será el amor».



VENTANA 11

Churros y psicología criminal

11 de diciembre de 2023
8:55 de la mañana
Chocolatería de San Ginés

Julia Verbeke saludó a Pepa, camarera con la que guardaba una buena amistad, fruto de su asiduidad al local. Bajó las escaleras hacia el sótano de la cafetería. Tomó asiento en su mesa favorita: la más pegada al televisor. Se despojó de su abrigo de paño ajedrezado, de los guantes y de la bufanda. Sacó los pies de las botas hasta media altura, sintiendo la punta de los pies y los talones, liberados de la presión del calzado. No le dio tiempo a mirar el móvil para saber de Roca, cuando unos tacones repicaron escaleras abajo. Se trataba de Raquel Falcón, la psiquiatra penitenciaria que en su día trató a la asesina de los tatuajes en el anterior caso y que también fue víctima en la "obra" que su paciente estaba ejecutando. Colgó su bolso en el respaldar de una silla y soltó el iPhone encima de la mesa. Un fuerte olor a perfume salió despedido de su cazadora acolchada a medida que bajaba la cremallera. Sus gafas con montura de pasta roja y sus cabellos cobrizos le daban apariencia de mujer moderna e inteligente. No llevaba pendientes, pero sí bótox en los labios y una reciente bichectomía que hacía su cara más afilada; sin lugar a dudas, el glamur se le había subido a la cabeza. Raquel Falcón intercalaba su profesión como psiquiatra de prestigio con un programa en *streaming*, que tenía un buen puñado de seguidores, y que grababa en distintos puntos de España mostrando trastornos y dolencias de la mente en personas reales.

—¡Qué alegría volver a vernos! —se emocionó dándole dos besos—. ¡Somos unas privilegiadas de haber salido indemnes de aquella perturbada!

—Vivas, pero con secuelas —espetó.

—¿Pesadillas? —tomó asiento sin quitarle la vista de encima.

—No. Más bien tengo anhelo —desconcertó a la psiquiatra—. Sufrí amenaza, vejación y daño de mano de Ana Olmedo, pero digamos que, a veces, tengo la necesidad de experimentar esa sensación de estar cautiva y de sentir todo ese dolor físico de nuevo. Llámalo masoquismo.

—No, amiga Verbeke. Lo que has desarrollado es un síndrome de estrés postraumático. Y por suerte, tiene cura. Con unos fármacos o solo con terapia cognitiva-conductual, dejarás atrás esos pensamientos recurrentes y el miedo.

—No es miedo… es placer. Necesito que me humillen. Necesito rabia para sacar fuera la ira. Igual me estoy quedando loca.

—Solo tienes que aprender a gestionar tus emociones —se quitó las gafas y exhaló vaho antes de frotar la lente con la manga—. Y eso…

—Me voy a apuntar a clases de artes marciales mixtas —la cortó—. No para aprender a pegar ni para defenderme… sino para que me partan la cara y se me olvide lo que llevo dentro. ¿Cómo lo ves?

—¡Es un comienzo! —se recolocó las gafas—. La primera premisa es aceptar que tenemos un problema y buscar una solución. El deporte nos ayuda a evadirnos de las emociones negativas. La segunda, es engañar a nuestra mente. Debido al trauma que viviste, tu cerebro ha cambiado la percepción de algo malo como algo bueno, y lo ha hecho porque cuando sentiste ese daño físico, descansó y consiguió evadirse del estrés y la ansiedad a la que lo tenías sometido durante años. Así que te daré un consejo: cuando estés recibiendo golpes en los entrenamientos, piensa que esa agresión es mala y que vas a hacerle frente al que te lo provoca para conseguir estar en paz. El dolor físico y el del corazón se alinearán y entonces, serás capaz de lidiar con él.

—Espero poder vencer a esta situación. ¡Ya me ha costado mi relación de pareja!

—Puedes con todo y más —le tomó la muñeca y le remangó el puño del cárdigan en busca de la rosa de los vientos que tintaba su piel—. Saliste de esa casa de los horrores con tu tatuaje intacto. No te lo arrancó como a mí y a los demás. Tómalo como una señal, Verbeke. Tu Norte no ha sido perturbado.

—Lo tomaré en cuenta —le agradeció la charla. En ese mismo instante bajó un camarero y anotó en la comanda lo que le pidió—. Una de churros y porras con chocolate para mí.

—Yo un café con leche avellanado y con un poco de canela por encima. Ni muy caliente ni muy frío. En taza. Con dos sobres de sacarina. Y una tostada de pan integral con mantequilla en porción, por favor.

El camarero se retiró con todas las exigencias de Raquel apuntadas en su libreta. Julia aprovechó para hablar del tema que realmente le interesaba.

—Bueno. Centrémonos en el asunto que nos ha reunido. Quiero que me hables de Borja de Pellicer. De sus sesiones en prisión. De su psicología.

—Digamos que Borja fue uno de los primeros internos que traté. En su día lo consideré como un paciente VIP — le aseguró mientras clavaba su mirada en su iPhone —. En la cárcel abundan psicópatas, ladrones y delincuentes en general. Personas que arrastran traumas infantiles y falta de cariño. Sujetos que han vivido una mala adolescencia donde abundaban los abusos, la violencia, las drogas y el

alcohol. Pero Borja tenía un corte distinto a todos ellos, era como un unicornio en aquel desierto plagado de escorpiones. No provenía de familia desestructurada ni de malos tratos por parte de su progenitor ni de un barrio pobre… Se trata de una persona educada, con un alto coeficiente intelectual y un gran prestigio como cirujano cardiovascular.

—Pues mató a una paciente en la mesa de operaciones porque le salió de los cojones operar borracho en vez de quedarse en casa durmiendo la mona.

—Fue su único pecado y pagó con prisión. Lo pasó fatal.

El camarero vino con una bandeja plateada y colocó el desayuno de ambas. La mesa quedó ocupada como si estuvieran esperando a dos amigas más. Verbeke tomó una porra la sumergió en el chocolate y se la llevó a la boca con impaciencia. Hacía muecas mientras masticaba, ya que se estaba achicharrando el paladar. Raquel la miró sorprendida, pues la ansiedad alimentaria que sufría era más que notoria. Con los dientes manchados de chocolate y los dedos buscando un churro con la textura adecuada, le lanzó una pregunta sin mirarle a los ojos.

—¿Y por qué lo tuvo que evaluar? ¿Tenía tendencia suicida? ¿Se peleaba con otros reclusos? —mojó un churro con energía—. ¿Crees que podría matar a su familia?

La psiquiatra sacó sus morros adulterados por el bótox y negó con la cabeza. Antes de dar su opinión le dio un sorbo a su taza.

—Sería algo que me desconcertaría totalmente. Nuestras charlas eran un monotema sobre su mujer y su hija. Y lo entendía perfectamente —paseó la cuchara por el borde la taza repetidamente, como si se tratase de un cuenco tibetano. Meditó y recordó—. Cuando entró en prisión su hija era un bebé. Temía perderse toda la infancia de Clarita. Todos esos años donde empieza a decir sus primeras palabras, sus primeros pasos… —Julia tomó una porra y la sumergió en el chocolate a esperar que quedara bastante empapada—. Borja sabía que cuando pisase la calle, sería un perfecto desconocido para su hija… Y esa idea le resultaba demoledora.

—¿Y en que le ayudaste? —le preguntó con la boca llena dudando de la bondad del cirujano—. ¿Le dijiste que tenía que recuperar a toda costa y de manera posesiva a su familia? Porque igual se lo tomó al pie de la letra, y la que está liando es consecuencia de una digestión del consejo.

—¡Qué mala fama me tienes! —recalcó molesta—. Le dije que, pasara el tiempo que pasara, él siempre sería su papá —atajó pensativa—. Y que los superhéroes a veces llegan tarde, pero que cuando llegan lo dan todo y protegen con su vida a las personas que aman.

—¿Y no piensas que desarrolló un instinto posesivo tras el divorcio? ¿Qué la quiso conquistar y, frustrado por no tener la oportunidad, decidiera secuestrarlas o borrarlas de la faz de la Tierra?

—Veo que insistes, Verbeke —puso un tono exasperado—. Pero no puedo darte la respuesta que quieres escuchar. ¿Sabes por qué Borja se metió a cirujano cardiovascular? —Julia se encogió de hombros y comenzó a beberse el contenido de su taza—. Cuando él tenía veinte años, su madre murió debido a una cardiopatía de nacimiento. Estuvo en una lista de espera, pero una noche enfermó y al día siguiente ya la estaban velando en un tanatorio. Borja sabía que él o sus futuros hijos podían heredar esa cardiopatía congénita y encauzó sus estudios hacia la cirugía de corazón para el día de mañana, salvar a sus hijos.

—¡Muy conmovedor! —ironizó—. Pero la gente cambia. Y ahora se dedica a hacer sufrir a la gente. Ha invertido su rol de héroe a villano.

—Yo lo admiro. ¿Tú cambiarías el rumbo de tu futuro para proteger a una hipotética prole?

—Yo hice algo parecido cuando mi padre desapareció a cuenta de un clan mafioso. Me empleé a fondo para ser guardia civil y velar por el crimen.

—¿Y qué tendría que ocurrirte para pasarte al bando contrario? —la metió en el pellejo del cirujano—. ¿Qué o por quién estarías dispuesta a cometer un delito?

Julia Verbeke tomó el último churro que quedaba y apuntó con él a la psiquiatra para dar la respuesta.

—Al bando contrario no me pasaría jamás. Mis principios no me lo permitirían… La única razón por la que podría cometer un asesinato sería para defender a mi madre o para protegerla si su vida estuviese en verdadero peligro. Pero sería la única persona por la que perdería la cabeza. El resto de personas me la pela.

Raquel Falcón le quitó el churro de los dedos y le dio un mordisco. Tras saborear aquel pecado alimentario, del cual se restringía asiduamente para lucir tipo frente a los focos de plató, le dio su punto de vista.

—Pues ahora pon tus palabras en boca de Borja de Pellicer, ¿qué te dice?

Verbeke sonrió. Le había gustado esa técnica que reflectaba el pensamiento suyo en el del asesino. Dio su respuesta.

—Perdería la cabeza y sería capaz de matar por mi familia. Por mi hija y mi mujer sin importarme el resto de las personas —habló como si fuese el condenado y sacó su propia deducción—. Eso me hace pensar en que igual no está luchando contra nosotros, sino por mantener con vida a la gente que le importa. Por eso quiere que vayamos a verlo tantas veces.

—¡Está coaccionado! ¡¿No lo ves claro?!

—¡Eso es! Igual su cómplice se la ha jugado. Y si no completa todo el calendario de adviento, no le devuelve a su hija y a su mujer de una pieza. ¡Eres una crack! —le alabó entusiasmada.

—Las dos hemos llegado a la misma conclusión —respondió mirando su iPhone y amagando con guardarlo en su bolso.

—¡Gracias! —le sujetó la muñeca a la psiquiatra y le arrebató el teléfono. Ante la mirada de asombro de Raquel, tocó la pantalla y se iluminó. La grabadora estaba en rec recogiendo toda la charla—. ¡Ves como desconfió a veces de ti! —Borró el archivo de audio y le devolvió el iPhone—. Ahora tengo que irme.

—Perdona… buscaba generar contenido en mi canal.

—Sin mi consentimiento… ¡eso es jugar sucio!

—Lo siento.

—Bueno. Yo pago. Me voy. Tengo que desenmascararlo y averiguar si lo están coaccionando. Igual todavía podemos recuperar a su hija.

—¡Buena suerte! Y, por cierto, los churros están buenísimos.

Verbeke subió las escaleras. En la planta baja de la chocolatería, el típico jaleo de un local donde se daban desayunos: risas escandalosas, las ancianas dando ruidosos sorbos al café y las cucharas aterrizando sobre los platos creando un sonido muy peculiar. Pagó la cuenta y antes de salir hacia la nevada que caía como los azucarillos sobre los churros, recibió la llamada de su compañero Zamorano. Se le notaba muy ahogado.

—¡Teniente! ¡Estoy persiguiendo a un nuevo sospechoso!

—¡¿Qué dices?!

—He visto como pintaba en la estatua de Velázquez del museo del Prado un número.

—¿Y cómo es? ¿Un sicario? ¿Dame una descripción? Mejor, dame tu ubicación.

—Es delgado y corpulento… Se le ve torpe. Lleva chaquetón negro con gorro y mascarilla. No es muy rápido, pero con la inflamación del tobillo y la nieve bajo mi suela voy a trompicones, y no consigo darle caza... ¡Acabo de perderlo! —bufó—. Se ha metido en el Paseo del Prado. Entre la arboleda. Allí lo veo. Lo tengo. Se ha detenido junto a la estatua de luces que se ilumina por la noche —su respiración se tornó muy ahogada—. Cuelgo que no puedo hablar. Tiene algo en la mano.

—Espera que voy para allá. ¿Te refieres a la estatua de la menina gigante?

Zamorano perdió el teléfono por efecto del frío en sus dedos y no se agachó para recogerlo.

Julia Verbeke corrió hacia el lugar como si su alma se la llevara el diablo.

33

La menina

11 de diciembre de 2023
10:03 de la mañana

El museo del Prado abrió sus puertas. Los eruditos del arte entraron a tropel en busca de sus pintores favoritos. En cambio, a Luis Zamorano, lo que se le abrieron fueron las carnes al ver como su pintor más odiado dibujaba un número bajo la estatua de Velázquez. Al ver la escena, detuvo el coche sobre la acera y salió trotando tras el tipo que se alejaba a paso ligero. La cojera no le permitía avanzar demasiado, pero poco a poco le recortaba la distancia. Una vez lo tuvo cerca, cometió el grave error de gritar el ajado: «¡Alto! ¡Guardia Civil!». Cuando fue a echarle mano, el sujeto miró atrás y salió por patas. Llevaba los cordones de la capucha de su abrigo anudado bajo el mentón, y una mascarilla FFP2. Su paso advertía que no era ducho en el running, a pesar de estar muy delgado. Zamorano sacó el teléfono y forzó su tobillo con largas zancadas. Le trasladó a Verbeke dónde estaba, lo que había visto y lo cerca que estaba de echarle el guante al cómplice de Job. La conversación y el frío que entraba por sus fosas nasales lo ahogó y tuvo que cortar la comunicación. El teléfono resbaló de sus manos heladas. El sujeto se había escondido en el Paseo del Prado —un bulevar enorme repleto de árboles nevados y fuentes heladas—, en busca de refugio. Zamorano consiguió ver su silueta negra sobre el manto blanco que cubría el césped y realizó un último sprint. Al fondo, bajo una enorme Menina luminosa de diez metros de altura, estaba el encapuchado recuperando el aliento sobre la valla que guarecía la estructura de cables y luces. Zamorano aprendió del error al alarmarlo y no abrió el pico. Simplemente se pegó a su espalda y le llevó una mano atrás diciéndole que estaba detenido. El sospechoso no opuso resistencia, tramaba algo y antes de que pudiera sujetarle el otro brazo y que lo tirara al suelo, se giró sobre sus talones y clavó en el cuello del agente una inyección. Apretó el émbolo con fuerzas y descargó todo el sedante en su torrente sanguíneo. El agente dio un paso atrás, se sacó la aguja de la carótida y le dio un puñetazo al encapuchado haciendo volar su mascarilla por los aires. Gotas de sangre caliente caían sobre la nieve y la derretían. Cargó su brazo para darle otro puñetazo, pero se le nubló la vista. La boca se le secó y sus piernas perdieron fuelle. Se desplomó y quedó bocarriba. Zamorano sintió rabia y frustración. Había estado tan cerca que incluso le había puesto cara para un futurible retrato robot… De repente, cuando pensó que el sospechoso se había marchado, apareció junto a él de

nuevo. Y lo tomó de un brazo arrastrándolo por la nieve en dirección a la carretera. Por un instante pensó que lo iba dejar a merced del tráfico para que lo triturase el autobús urbano, por suerte, un hombre jubilado con boina y gafas, que paseaba su perro por allí, le preguntó que qué hacía. El agresor le respondió que su amigo había cogido una cogorza de caballo y que iba a llevarlo a casa. El transeúnte le ayudó a meterlo en los sillones traseros de aquel vehículo adaptado para personas con movilidad reducida. Zamorano balbuceó, pero no sirvió de nada. El sujeto cerró las puertas, arrancó y se perdió entre las arterias urbanas de Madrid, dejando como testigo a una Menina inerte y muda, que poco diría de lo vivido allí momentos antes.

***

Diez minutos más tarde, la estatua comenzó a canturrear «Fiesta Pagana de Mägo de Oz». No era un efecto del monumento, se trataba del iPhone de Zamorano que recibía una llamada entrante. Verbeke llegó hasta el foco del sonido y encontró el teléfono móvil. Unos metros más adelante, sangre, una mascarilla y una jeringuilla. No tuvo que enlazar los objetos para entender que su compañero había sido secuestrado. Llamó a su jefe y lo puso en alerta para que movilizara a todas las patrullas. Siguiendo el surco dejado en la nieve, intuyó que había sido arrastrado en una dirección concreta. Con el corazón en un puño, correteó el kilómetro que tenía el bulevar en busca de su amigo, pero allí no había nadie. El jubilado que paseaba el perro y que ayudó al secuestrador, se volvió a interesar por la inquietud de la mujer que le pareció una encarnación de la propia Menina.

—¿Le ocurre algo, jovencita? La veo apurada.

—Ha visto usted por aquí a dos tipos que se peleaban. Uno bajito pero atlético y otro con alto y con capucha.

—Sí. Estaban ahora mismo aquí. ¡El moreno con gafas de sol llevaba una borrachera! Vamos, que le he tenido que ayudar yo a subirlo al coche porque no era capaz de dar un paso sobre el otro.

—¡Mierda! ¿Sabe cómo era el coche? ¿De qué color?

—Una furgoneta blanca.

—¿Una Renault Express?

—Renault era. Porque vi el símbolo del rombo en el volante.

—Y sobre el que tenía la capucha. ¿Le vio la cara?

—Sí. Le sangraba la nariz. Supongo que el otro le daría un manotazo a causa de la trompa que llevaba. Podría tener unos cincuenta años. Estaba muy pálido y con ojeras moradas. ¿No era entonces su amigo?

—No. No lo era. ¿Hablaba con acento extranjero?

—Para nada. Hablaba un castellano muy correcto. Por cierto, si no eran amigos… ¿Para qué lo montó en un coche?

Verbeke no respondió y volvió a los aledaños del Museo del Prado,

justo a los pies de la estatua de piedra que retrataba al pintor Velázquez. Vio el número 11 y debajo la inscripción: «Sala 055A». Tirando de placa accedió al museo. El silencio que había en la galería hacía que sus propios latidos le retumbaran en los oídos. Una vez se orientó con las indicaciones, llegó hasta el cuadro indicado. Justo allí había un guía y un grupo de alemanes con la tez roja y el pelo blanco que con asombro miraban el óleo sobre tabla de 117 x162 cm. Obra del autor Pieter Brueghel "el viejo" y que se titulaba «El triunfo de la muerte». La pintura del siglo XVI resultaba espeluznante incluso para un agnóstico del arte, pues mostraba al Jinete de Muerte con una guadaña en sus manos, empujando a la humanidad contra un ejército de esqueletos escudados en tapas de ataúdes. De fondo incendios y un paisaje sombrío. Verbeke, haciendo uso de la brusquedad que la caracterizaba, tiró del chaleco de lana virgen del guía, le mostró la placa y bajo la atónita mirada de los guiris le hizo la pregunta que la tenía en vilo.

—¿Qué significado encierra el cuadro?

El joven, repeinado y mostrando su desagrado por los modales, le dio una respuesta certera y contundente.

—Es una obra moral que habla de un final angustioso y sin ninguna esperanza. El autor ha incluido todos los estamentos sociales, reivindicando que ni el poder ni la devoción pueda salvarlos de una muerte segura —Verbeke miraba el cuadro oyendo al joven—. Como curiosidad, esta pareja de amantes, ahí en la parte inferior derecha, el autor los plasmó ajenos al futuro que ellos también estaban a punto de padecer.

—Gracias —le respondió y se alejó cabizbaja.

«No puede quedarme más claro… es una jodida metáfora de lo que está por venir», pensó.



VENTANA 12

Situación critica

12 de diciembre de 2023
Sala de operaciones
11.00 de la mañana

La calefacción estaba a tope. Las ventanas cerradas a cal y canto. Los agentes en mangas cortas. Los corazones encogidos. Los vellos afilados como escarpias… No. No había calor posible que amansara los escalofríos que padecían por todo el cuerpo con cada acontecimiento vivido. Como remedio a sus temores, el Teniente Coronel Miranda convocó una reunión de emergencia para abordar la situación. Desde ayer, no sabían nada de Zamorano ni de su captor ni del vehículo robado. Y mucho menos de los explosivos ni de las dos Claras.

La tensión se traducía en silencio.

La frustración en suspiros.

Todos se temían lo peor.

Con tono diligente, el Teco se aproximó al pizarrón, y escribió el apellido del agente desaparecido.

—Equipo, la situación se ha vuelto insostenible. Tenemos demasiados activos en riesgo —anotó un interrogante gigante sobre el nombre—. Hoy estamos en la mitad del calendario de adviento del cirujano, y sinceramente, tenemos más incertidumbres que certezas —pausó para mirar el rostro alicaído de los integrantes de su grupo—. A pesar de todo, os quiero animados. Tenemos que confiar en que en el asalto de esta noche vamos a rescatar sanos y salvos a todos los secuestrados por los esbirros de Job.

—¿Esta noche? ¡Cada minuto corre en su contra! —discrepo Verbeke negando con la cabeza—. Deberíamos ir ahora mismo a ese piso franco con el séptimo de caballería. Zamorano puede estar sufriendo, como ese sicario en la piscina o como la mujer hacinada en el zulo.

—¡Teniente! Ya lleva sus años aquí como para saber que esto no es un grupo de jazz callejero, que improvisa y toca en cualquier lugar. Zamorano debería haber pedido ayuda cuando pilló in fraganti al sospechoso pintando la estatua —recriminó usando un tono que rozaba la decepción—. La organización y el buen hacer es nuestro buque insignia —le rectificó—. Y si intervenimos a plena luz del día, los chivatos de los Tarántulas les alertarán y nos encontraremos con fuego hostil. Es mejor asaltarlos cuando no se lo esperen. Rozando la madrugada.

—No culpes a Zamorano por actuar solo. Se vio capacitado como

para reducirlo…. Es más, no debería ni haber estado allí tras el sujeto —salió en su defensa Verbeke—. Se lastimó el tobillo por un resbalón en la nieve y lo tenía hinchado como una pelota de tenis. Pero él quería mostrar su valía y su implicación. Lo hizo por el bien del caso.

—Cualquiera de nosotros hubiéramos ido a echarle el guante de una vez por todas —le apoyó Roca.

—Pero otra vez, los malditos sedantes inyectados… ¡Pobre Zamorano! Tenía planes de futuro —se apenó Verbeke.

—Aquí nadie lo va a dar por muerto —recalcó el Teniente Coronel.

—Estamos solo a la mitad… y mira cuantas muertes lleva —se entristeció Verbeke—. Solo hago pensar en ese puto cuadro: Muerte y destrucción a mansalva. ¿Quién cojones se inspira pintando algo así? Hay que estar muy amargado.

El Teniente Coronel recurrió al alférez Téllez para cambiar de tema.

—¿Qué hay de las cámaras de tráfico?

—Pues ayer se perdió el rastro de la furgoneta en dirección a Navalcarnero a eso de las 18:00. Pero no sabemos nada más. Una patrulla estuvo por la Aldea del Fresno y sus alrededores, pero no vio nada —aclaró—. Respecto a los taxis y VTC, nadie llevó a ningún cliente hacia la cantera de piedras calizas.

—Por lo que se desplazó en la moto que hallamos quemada y de la cual no sabemos la numeración de chasis.

—Eso es —corroboró.

—Lo que tenemos claro es que Job no está solo en la ejecución de su maldito calendario de Navidad —obvió el Teniente Coronel cruzándose de brazos—. Y que esa banda de delincuentes parecen unos mediadores fáciles de comprar para un loco que quiere sembrar el crimen en la ciudad.

—Yo tengo mis dudas sobre los Tarántulas Rojas —discrepó Verbeke—. Según el testigo que había en el Paseo del Prado, me habló de una persona de rasgos caucásicos, que hablaba con acento castellano, de aspecto enfermizo y con unos cincuenta años. No parece un sicario latinoamericano.

—Eso lo determinaremos cuando asaltemos su piso franco —espetó Miranda recogiendo sus cosas.

—Deberíamos ir a prisión y decirle a Job que hemos dado con su cómplice. Que ya sabemos porque, aun estando en prisión, el plan sigue hacia delante.

—No, sargento. Mejor vamos a usarlo en su contra —le cortó Verbeke frustrando sus intenciones—. Cuanto más desinformado esté, mayor sensación tendrá de que no tiene controlada la situación.

—¿Y sobre las pistas y los números, ha encontrado algún nexo de unión? —le requirió el jefe.

—No tienen ni pies ni cabeza. Parece que juega al despiste mientras

prepara los explosivos —elucubró con desesperanza rascándose el cogote bajo los cabellos rubios—. ¡Ojalá no pulse ese botón nunca!

—No creo que sepan manejar los explosivos por control remoto —añadió Roca dudando de la habilidad de los delincuentes—. Los miembros de la banda no tienen antecedentes en el uso de explosivos. Son más de balazos y puñaladas.

—No olvides que pudieron cogerlo de la mina —le recordó Miranda—. Según el trabajador, allí había además del amonal, algunos *booster* de TNT, mechas y detonadores.

—Ya, pero no van con control remoto —insistió Roca acariciando su calva—. Tendría que estar cerca para prenderlo.

—¿Algo más antes de que nos retiremos para atar los cabos del asalto?

—¡Sí! —elevó la mano la teniente—. Téllez ha encontrado una coincidencia en los teléfonos móviles de Borja y Francisco Barrera. Ha cruzado los datos y ambos recibieron llamadas de un tercer número de teléfono momentos antes del crimen.

—¿Y se conoce la identidad del titular de la línea? ¿Por qué habéis tardado tanto en realizar la pesquisa?

—Solo tenemos el teléfono móvil de Francisco Barrera. En la agenda ponía primo. Pero al recurrir a la compañía con la orden del juez, debido a la férrea ley de protección de datos, nos han facilitado un nombre: Margarita Oviedo Gil —leyó el dato en su libreta Moleskine.

—¿Y por qué no hay una orden de detención?

—Porque lleva enterrada desde 2020. ¡Han suplantado su identidad!

—¡Maldita sea! —se quejó el Teco—. Pues quiero saber si algún familiar de esa mujer está vivo. Alguien tiene que estar pagando la cuota.

Como no podía ser de otra manera, una llamada entró al teléfono de Miranda. La voz enlatada al otro lado le dio una mala noticia. Su rostro se volvió pálido y su bigote más negro que nunca. Sus labios titilaron con nerviosismo. Todos silenciaron expectantes. El teniente colgó, tragó saliva e intentó dar una explicación. Las palabras se trabaron en su lengua y sus ojos se volvieron blancos. Un rugido escapó de sus dientes postizos. Cargado de furia, arrancó el pizarrón de la pared y lo arrojó a un lateral como si allí hubiese un monstruo que amenazaba con devorarlo.

Una armadura de cartón

12 de diciembre de 2023
Safari Zoo de Madrid
Aldea del Fresno

El reloj marcaba las 12:30 del mediodía. El frío no cesaba y la nieve anidaba entre las ramas de los árboles. El Safari Zoo de Madrid cerró sus puertas al público de manera prematura, debido al esperpéntico hallazgo. La caravana compuesta por la Policía Judicial, el equipo de Científica y el Letrado de la Administración Judicial, cruzaban por los distintos recintos enjaulados en sus coches mientras los animales campaban a sus anchas. Cebras, rinocerontes, jirafas, bisontes, elefantes, monos… todos se acercaban curiosos hacia las ventanillas de los vehículos. Antes de entrar en la sección de animales carnívoros en semilibertad, donde ya estaba el forense y una patrulla de guardias civiles del Seprona velando por su integridad, se reunieron con un guía rechoncho que vestía ropa de camuflaje y un sombrero beis con alas ajustables mediante cordones. Conducía un llamativo 4x4 pintado a rayas imitando el pelaje de una cebra. El trabajador del Safari tenía un temblor generalizado que le afectaba manos, mandíbula y voz. Fruto de no haber vivido nunca nada semejante. A mucho, alguna mordedura accidental en un dedo provocada por algún herbívoro en un mal cálculo a la hora de agarrar la zanahoria con los dientes, pero poco más. Verbeke y Roca se bajaron del Toyota, sin la certeza de quién podía ser la víctima, ya que el Teniente Coronel Miranda estaba en el hospital debido a una subida de tensión que casi lo fulmina ipso facto. Lo único que sabían es que la víctima tenía en el pecho dibujado un número.

—Hola agentes, me llamo Walter. Soy el guía de la zona de inmersión de animales peligrosos en semilibertad. Mi misión es asegurarme de que los vehículos no se desvíen ni se detengan… Y por supuesto, que nadie baje las ventanillas o abra las puertas —miró al suelo mientras pasaba la suela de sus botas sobre un yerbajo repetidamente—. Pero… al parecer alguien abandonó el auto y fue atacado por las leonas.

—¿A qué hora encontraron el cadáver?

—A eso de las 11:45. Abrimos las puertas al público… y todo parecía normal. Pero yo me di cuenta que la manada no aparecía… Me resultó extraño, pero con estos fríos igual se estaban comportando de manera distinta. Llamé… —su titubeo era constante— al veterinario y comprobamos que… que no habían tocado la carne que

les habíamos puesto. Pensamos que igual habían cazado un mono, no es la primera vez que se zampan uno —hizo un silencio y agarró el sombrero de tela entre sus manos. Luego lo apretó fuertemente contra su pecho—. Pero cuando los localizamos y pudimos acercarnos con el todoterreno, nos quedamos sin aliento. Vi una mano amputada en la boca del león y las leonas con los hocicos llenos de sangre. El veterinario se desmalló. Di… la voz de alarma al director para que… cerrara el recinto —sus dientes castañearon—. Y se dio aviso a la Guardia Civil. Ahora pueden pasar sin ningún temor, la manada fue abatida con dardos sedantes y ahora están tras una reja de seguridad.

—¿Supone a qué hora se pudo producir la negligencia?

—Tuvo que ser ayer a última hora… Recuerdo que entraron tres… tres coches rozando el cierre. Y con las prisas de querer irme a casa, ya que eran las 18:35, no me entretuve demasiado. ¡No sé en qué pensó esa persona cuando se bajó del coche! Hay carteles por todas partes de que hay peligro de muerte…

—¿La víctima es un hombre? ¿Una mujer? ¿Una niña? —preguntó Verbeke con la boca pequeña.

El guía negó con la cabeza y encogió los hombros.

—Solo vi sobre la ropa negra un número pintado en rojo: un catorce.

—¿Tienen un registro de los vehículos que entran?

—No. Nos visitan más de trescientos autos al día. Pero sí recuerdo los modelos de los vehículos. Y tuvo que ser el del final de la fila del último turno —hizo memoria retorciendo su sombrero de safari como si fuese una bayeta húmeda—. Una Renault Express blanca. De los ocupantes no tengo ni idea de cómo eran.

—¿Hay cámaras?

—Solo en las zonas de interior y en el perímetro. Pero no en estos sectores.

—Está claro que tuvo que ser el último —obvió Roca—. De haber ocupado otro puesto en la fila, el vehículo de retaguardia se hubiese dado cuenta de la negligencia y hubiese alertado del peligro.

—¡Ese malnacido lo tenía todo calculado! —lo maldijo Verbeke creando asombro en el guía que acababa de enterarse que no había sido un accidente.

—¡Vayamos hacia dónde está el forense! —alentó Nekane asomando su cabeza de rizos encaracolados por la ventanilla. Su voz estaba completamente rota—. Me acaba de llamar y las noticias no son buenas.

Verbeke y Roca volvieron al Toyota. Nekane lloraba desconsolada con las manos cubriendo sus ojos. Teniente y sargento no le preguntaron sobre la identidad revelada por el forense; prefirieron descubrirlo por si solos. A medio camino, se encontraron con una

componente del equipo forense. La auxiliar les advirtió de que allí había una prueba. Nekane se secó las mejillas y bajó con su maletín. Sacó un triángulo amarillo y marcó la evidencia del crimen. Luego fotografió poniendo una regla a su lado. Se trataba de una espada de plástico de las que vendían en las jugueterías. Verbeke intuyó que pertenecía a Clarita. Roca le pasó la mano por encima del hombro y la agasajó. A pie caminaron hasta donde el forense y otro auxiliar en posición de cuclillas examinaban el cadáver. Verbeke pisó algo que crujió bajo su suela. Al retirar el pie descubrió que se trataba de unas gafas de sol con las lentes oscuras. No sacó conclusiones. «Se le han podido caer a cualquiera», se convenció. Desde la distancia vieron la mano, por las dimensiones descartaron que se tratara de una niña de 12 años. Cuando dieron un par de zancadas más, averiguaron que el cuerpo estaba descarnado y el rostro desfigurado. Su cabello era corto y oscuro. Con patillas anchas cerca de lo que quedaba de sus orejas. No tenía melena rubia ni unas piernas largas y delgadas. Su torso estaba envuelto en una bolsa de basura a modo de armadura. Sobre el plástico hecho jirones y ensangrentado, podía verse con claridad el maldito número pintado a espray rojo.

Indudablemente, aquel crimen era obra de Job.

Y su víctima: el agente Zamorano.



VENTANA 13

El asalto

Periferia Sur de Madrid
Usera
13 de diciembre de 2023

La puerta cede tras el golpe de un ariete. Dentro hay poca luz y mucho silencio. Huele a cadáver a pesar de que han dejado las ventanas abiertas para que se cuelen las moscas y aceleren el proceso de descomposición. Las linternas del equipo de asalto confirman que hay dos cuerpos, uno frente al otro. Cada uno en una silla, cabizbajos, con cinta americana en muñecas y tobillos. Sus melenas rubias parecen ser lo único que aún tiene brío. La escena es aterradora: madre e hija mirándose con la vista perdida y esa mueca cadavérica en el rostro. De su piel brotan ampollas que abren la carne en dos para liberar los gases acumulados, fruto de la putrefacción tras trece días sin vida… Así visualizó Roca el resultado del asalto que aún no había dado lugar. Había visto tantas cosas, que lo inimaginable podía hacerse realidad en un pestañeo. Todavía dentro del furgón aguardó la orden del Teco. Con una mano en el bolsillo, coqueteaba con una cartita escrita por Verbeke. Se trataba de una hoja de su cuaderno Moleskine doblada por la mitad y en la cual le había dejado un mensaje. No se atrevió a leerla. Quería estar concentrado. Fuera, el Polígono 2 se mostraban oscuro y en relativa tranquilidad. Nadie por las calles ni en los coches. Situación propiciada por motivos del frío que azotaba la ciudad. Orcasur es el barrio de Madrid con el índice más elevado en cuanto a paro, fracaso escolar, esperanza de vida y delincuencia. Sus calles tienen las aceras descuidadas, parques de cemento, bloques bajos de ladrillos vistos. Los soportales están tapiados y ya no hay negocios ni tiendas. La mayoría de las farolas están fundidas y de los cables de luz cuelgan zapatos atados por los cordones. En los aparcamientos se alternan chatarras con cuatro ruedas y flamantes vehículos de alta gama. En las viviendas conviven familias sin recursos, ocupas y narcotraficantes. Un contraste que muestra pobreza y ostentación a partes iguales.

Un ladrido retumba a lo lejos, es un perro de pelea que huele la adrenalina del equipo de asalto. La Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil se coloca los pasamontañas, haciendo honor a su mote: «Los caras negras». Llevan chaleco antibala, casco y escudo balístico, chaleco táctico, pistola de 9mm y fusil de asalto. El Teniente Coronel Miranda, ya repuesto de su ataque de ansiedad, comanda a la Unidad.

—Vamos a entrar ahora. Quiero una incursión rápida y limpia. Si hay que usar las armas, no quiero que tembléis. Bajo mi mando, tenéis manga ancha para actuar con contundencia. Los Tarántulas me importan una mierda —aclaró demostrando su lado más despiadado —. Solo me interesa recuperar con vida a la niña y a su madre… e incautar los explosivos. ¡Adelante!

Del furgón de asalto, salieron los ocho componentes del UEI, tras ellos Miranda y Roca. Las suelas de goma de sus botas chirriaban sobre el suelo de cemento a paso ligero. La puerta del bloque se abrió con dos impactos de ariete. Una vez liberada la entrada, subieron hasta el primer piso y de un solo golpe reventaron la cerradura. Accedieron al piso en formación de fila de dos. Encabezando el pasillo dos agentes con escudos balísticos y tras ellos, el resto con fusiles de asalto y armas cortas. Los cuatro primeros avanzaban hacia el salón, mientras que el resto se bifurcaban hacia las habitaciones colindantes. En el piso había ruido y luz. Un televisor colgado en la pared despedía reggaetón a media voz; por encima de la música se oían gritos y gemidos en una de las habitaciones. En el salón dos tipos de piel morena, sentados en torno a una mesa cortando cocaína con esmero. Al ver aparecer a los «caras negras» dieron un respingo. Uno de ellos fue a por una catana que adornaba la pared. No le dio tiempo, fue reducido con dureza. «¡Al suelo! ¡Guardia Civil!». El otro elevó las manos y no opuso resistencia. A un metro del salón, uno de los asaltantes abrió la puerta de una patada. En el dormitorio de paredes rojas, había una cama de matrimonio dónde un tipo desnudo y con una araña roja tatuada en la espalda disfrutaba de sexo duro con dos prostitutas chinas. Las chicas gritaron al ver la compañía. El delincuente rodó por el colchón y se metió bajo la cama. Se oyó como martilleaba un arma. Luego vino el disparo y el tobillo hecho añicos de un agente. Los que llevaban los fusiles respondieron al fuego asomando los cañones bajo el somier y apretando el gatillo. Los rodapiés quedaron salpicados por sangre proyectada y restos de sesos. En menos de cinco minutos, había dos cabecillas de los Tarántula Rojas de rodillas y encañonados, dos prostitutas asustadas y un sicario reventado bajo la cama donde minutos antes echaba su último polvo.

De madre e hija, ni rastro.

De los explosivos, ni una sola pista.

En el dormitorio se oía el grito confuso y asustado de las dos chinas. El agente herido fue evacuado hacia el furgón. Roca apagó el televisor. Con paso firme se acercó al tándem de detenidos. Estos lo miraban con frustración pensando en los años de cárcel que les iban a caer por tráfico de cocaína.

—¿Quién es el líder? —preguntó.

—El Batata… Es el que está en la habitación.

—Ese ya no está —le reveló usando un tono altivo—. ¿El segundo al mando?

—Yo —respondió el más delgado y mayor de los dos.

—¿Dónde tenéis a Clara y su hija? —intervino el Teniente Coronel.

—No sé de qué vaina me habla…

Miranda tomó su pistola por el cañón y con la empuñadura le golpeó en la cabeza al sicario. Una brecha se abrió en su sien, brotando un hilo de sangre espeso hacia sus mejillas.

—Lo próximo será un balazo en la sien —le advirtió tomándolo del brazo y llevándolo hacia la habitación donde el líder yacía. Lo tiró al suelo y le obligó a mirar bajo la cama—. Si no quieres unirte a él, canta.

—Le juro por mis muertos que no sé de quién carajo me habla.

—Estamos buscando a una mujer rubia y su hija. ¿Habéis secuestrado a alguien que coincide con esta descripción? ¿Las habéis matado?

—Nosotros no hacemos ese tipo de trabajos. Le damos jarana a quién nos debe dinero… o sustos a quién se mete con nuestra banda —lo amenazó—. Pero no tratamos con secuestradores.

—¿Seguro? —Miranda le metió la cabeza bajo la cama para que viera con todo lujo de detalle a su compatriota—. ¡Haz memoria maldito cabrón!

Roca supo que aquel era el momento adecuado para dirigirse al otro componente. Tenía el susto en la mirada y se había orinado encima. A su terror le añadió un puñetazo en el estómago.

—Ahora tú, habla. ¿Dónde están los explosivos?

—Se están confundiendo… No tenemos ni puta idea de lo que nos hablan.

Roca insistió poniendo el cañón de su pistola de 9mm sobre la ternilla del pandillero.

—¿Qué trato tenéis con el cirujano Borja de Pellicer? ¿Os pagó a cambio de secuestrar a una niña? —el matón puso mala cara—. Y no digas que no lo conoces, que el Cebolla nos ha cantado todo.

—¡Maldito chivato! —bufó—. Te refieres a Samael. Sí. A veces nos saca los plomos cuando nos balacean. Se le dan bien las operaciones y curar los cortes. Pero con ese pijo estirado no tenemos más que un seguro médico para estas situaciones. Llamamos, nos recoge en su carava y, si nos saca del apuro, le pagamos.

Miranda realizó las mismas preguntas en la habitación al sicario e intentó intercambiar algunas palabras con las prostitutas, pero estaban tan nerviosas que no eran capaces de ir a buscar sus vestidos, y menos aún de encontrar las palabras en español para expresarse correctamente. Desistió y se enfocó de nuevo en el pandillero.

—¿Os paga alguien para que pintéis números en la calle? ¿Habéis

vendido los explosivos en el mercado negro?

El delincuente lo miró con cara de póquer, estaba drogado y conmocionado por el golpe asestado, pero aquello rozaba la alucinación.

—Se lo juro por mi mamita, que en el cielo descansa, que no sé de qué mierda me habla.

—¿Dónde tenéis los coches aparcados? ¡Quiero las llaves! Vamos a registrar los maleteros.

Un «cara negra» susurró al oído del Teniente Coronel que habían registrado todo el inmueble y que solo habían encontrado machetes, fajos de billetes y una escopeta recortada… pero ni rastro de sedantes, explosivos o materiales inflamables que pudieran levantar sospechas.

—Las llaves están en ese cajón del mueble de la entrada. Los carros están aparcados en la calle de atrás. Un BMW rojo y un Seat León del mismo color.

—Está bien. Procura que no haya nada en esos maleteros —les amenazó Roca en posesión de los llaveros—. Como nos hayáis mentido y encuentre explosivos, un bote de espray rojo o un mísero cabello rubio… subo y os reviento la cabeza a los dos.

—Justificaremos fuego enemigo y que tuvimos que responder al tiroteo —apostilló Miranda.

—El Cebolla se ha ido de la lengua y va a pagar el muy cabrón —amenazó recargando sus palabras con odio—. ¡Ese hijoeputa va a morir!

—Ya tendréis tiempo de discutir con él en prisión. Ahora calladitos.

Fuera, ya había curiosos que habían oído los disparos. Pronto se armaría la marimorena. Empezarían a llover piedras y a ser increparlos con insultos. El sargento, a sabiendas de estas prácticas en los barrios calientes de Madrid, corrió acompañado de un agente armado hasta los dientes en dirección a los vehículos señalados.

Abrió los coches a toda prisa.

No había indicio alguno de que estuvieran implicados.

De un fuerte portazo bajó el maletero.

Frustrado, volvió al piso franco. De camino, leyó la nota que le dio Verbeke antes de partir al operativo.

«No sé si vas a morir en el asalto… ¡Es broma, Ivancito*! Tú eres invencible. Pero necesitaba una excusa para decirte que te quiero. Qué sepas que voy a intentarlo hasta que me pidas una orden de alejamiento por acoso. Un beso y cuídate».*

La carta consiguió arrancar una sonrisa a Roca a pesar de que el asalto había resultado ser un completo despropósito.



VENTANA 15

37

Un aplauso desde el más allá

15 de diciembre de 2023
12:00 de la mañana

Verbeke, Roca y Miranda arrastraban los pies por el albero del Camposanto. Vestían abrigos negros y cubrían sus ojos con gafas oscuras. Venían de dar el último adiós al bueno de Zamorano. En el cementerio no cabía un alfiler, muchos guardias civiles vinieron a mostrarles sus respetos por haber fallecido en acto de servicio. En las repisas de las lápidas se amontonaba la nieve. Las flores eran tallos sin pétalos y las fotos que la gente dejaba, dónde podía ver con vida y riendo a los difuntos, estaban empapadas y arrugadas. Los que lo conocían sabían que era un buen tipo. Y caían en la misma reflexión como si fuese una ley divina: «¿Por qué siempre te llevas a los mejores?». El Teniente Coronel Miranda vivía por segunda vez y en cuestión de dos años, una nueva pérdida en acto de servicio de uno de los integrantes de su equipo. Se sentía responsable de esas muertes. Al fin y al cabo, era él quién decidía dónde tenían que investigar y a que lugares debían de ir. En un gesto que iba entre el pavor y la timidez, miró a los suyos y pensó que cualquiera de ellos podría ser el siguiente en vestir una mortaja.

—¡Pobre Zamorano! No se merecía un final tan retorcido —elogió Verbeke a su compañero—. Era un tío currante. Nunca decía no a una pesquisa, por jodida que fuera. Y, ahora que la vida le sonreía… Incluso había encontrado al amor de su vida. Iba a dejar la UCO y cambiar de aires con un hombre que había conocido… pero el futuro nunca está en nuestras manos.

—Parece que se me ha muerto un hermano —añadió Roca llevándose las manazas a su cara—. ¡Me cago en la hostia! Estoy deseando a pillar a ese malnacido.

—Todos estamos destinados a morir… forma parte de la vida— agregó Miranda con la voz entrecortada mientras desliaba un caramelo de regaliz—. Pero no hay derecho a perderla por culpa de un desquiciado. Menos mal que estaba sedado cuando lo cazaron las leonas. Nekane me ha confirmado que el forense encontró esta sustancia en su sangre.

—Este tipo parece un anestesista en vez de un asesino —se quejó Verbeke y sonrió recordando a su amigo—. Zamorano tenía los cojones para partirle los hocicos a esa manada de leones.

—Para usar las inyecciones con asiduidad debe de tratarse de alguien que aborda con cautela a sus víctimas. ¿Qué tal uno cercano al

cirujano? ¿Un antiguo compañero de celda?

—Habrá que investigar esa vía —dictó el Teniente Coronel —. La muerte de Zamorano no puede quedar en agua de borrajas.

—¡Y a ver quién le trae flores al pobre! —señaló con tono lastimero Roca—. Apenas tiene familia. Una pena caer en el olvido tan pronto.

—¡Nosotros somos su familia! Aunque Zamorano era más de cubatas que de ramos —sacó Verbeke una sonrisa a sus compañeros. Luego se la cortó a su jefe con la proposición—. Ya que estamos aquí, ¿visitamos a Candela?

El Teniente Coronel negó con la cabeza. No quería derrumbarse ante la lápida de su esposa. Pero Verbeke insistió y armado de valor se dirigió hacia la calle donde se ubicaba el nicho. Los tres caminaban en silencio cuando el teléfono de Miranda comenzó a sonar como una chicharra en su bolsillo. Descolgó hablando flojo, como si no quisiera molestar a los difuntos.

—Dígame.

—Han ocurrido dos cosas, mi Teniente Coronel.

—Soy todo oídos.

—Hemos encontrado la Renault Express, y a Darwin el Cebolla lo han acuchillado con un estilete en el patio del penal… ¡Ha muerto! Se supone que su banda ha movido los hilos para ajusticiarlo.

—¿Y en el coche han encontrado algo? ¿Tenía número pintado?

—El número 12 —enfatizó imprimiendo resignación—. El coche estaba cerca del safari, pero por una zona poca transitada. He estado allí tomando huellas. Hemos encontrado varias cosas: tres embalajes vacíos que albergaban detonadores pirotécnicos para fuegos artificiales y un panfleto con un número 15 dibujado: se trata del programa electoral del PSOE de 2019. Respecto a las huellas, coinciden con las encontradas en las cartas y en todas las demás evidencias.

—¿Tres detonadores?

—Así es.

—¡Joder! Gracias, Nekane.

El Teco colgó. Le trasladó las dos noticias. Julia sacó de su bolso la libreta y anotó los datos. La amenaza de la bomba cada vez era más real. Con un nudo en el estómago caminaron en dirección al nicho. En un lateral y subido a una escalera de madera, un operario del cementerio estaba retirando la nieve de un nicho que no estaba sellado. Verbeke pensó en que ese hueco podía llenarlo cualquiera de los tres que estaban allí. Una vez llegaron al mármol donde ponía Candela, se detuvieron. Miranda siguió de largo como si el nombre escrito no fuese el de su esposa. Luego volvió sobre sus pasos para verificar si se había equivocado o no. Sobre la repisa había una pequeña radio de casete a pilas. Tenía el número 16 pintado en rojo.

Ese detalle lo despistó. El temor se hizo con todos ellos. El cómplice de Job había dejado allí el aparato. Verbeke no pudo contenerse y pulsó el *play*. Los rodillos hicieron girar los carretes y la cinta reprodujo la grabación: sonaban aplausos todo el tiempo.

—¡¿Una provocación cargada de ironía por lo bien que lo estamos haciendo?! —se indignó Miranda arrugando los morros y la frente—. ¡No se puede ser más inhumano!

—¿Os habéis dado cuenta de una cosa? —señaló Roca con su índice —. La radio no tiene nieve ni humedad. ¡Ese hijo de puta debe estar por aquí!

De izquierda a derecha miraron la calle donde se encontraban. Pero allí solo había cipreses, piedras naturales incrustadas y panteones de piedra. Verbeke corrió en dirección al operario para preguntar sobre el individuo.

—¡Perdone! —el hombre bajó la mirada—. ¿Ha visto a alguien rondando esa lápida de ahí?

—Sí. Estaba aquí hasta hace un momento —corroboró la teoría de Roca—. Me llamó la atención que dejara una radio de las antiguas. Pensé que a la difunta le gustaba la música o era cantante…

Verbeke salió corriendo hacia la entrada. Tenían que cerrar el cementerio para dejar atrapado al sospechoso. Tras discutir con el portero municipal, consiguió que accediera; la verja dejó atrapado a todos los vivos que querían salir del recinto.

Tras una hora recorriendo calle tras calle, no dieron con nadie sospechoso. La mayoría eran compañeros del cuerpo y algún que otro viudo que venía de visita a cambiar las flores tras la nevada.

Otra vez se les había escapado.

Tiza, tos y Raphael

15 de diciembre de 2023
19:07 de la tarde

Tras el sepelio de Zamorano, y debido a la inapelable insistencia de la teniente, el sargento accedió reunirse con Verbeke de nuevo en su piso. No venía con la idea de quedarse ni mucho menos de retomar la relación; simplemente le ofreció su compañía en estos momentos tan duros. Julia, a pesar de tener reciente la pérdida de su compañero, fue capaz de aislar ese nuevo dolor y enviarlo a la papelera de reciclaje de su corazón para centrarse en la reconquista de Roca. El trabajo y sus vivencias le habían creado una coraza capaz de enajenarse por unas horas de esa pena y afrontar sus propósitos con decisión. Para la ocasión, había preparado el piso a conciencia, con la firme intención de hacerle ver que con ella estaba mejor que viviendo solo en una caravana aparcada en la calle con estos fríos. Para ello, había puesto la calefacción a tope, había comprado comida exótica, y le había pedido a Alexa que reprodujera una *playlist* de música *indie*. Además, se había puesto un kimono negro descotado; dejando de lado el pijama de *Hello Kitty* que usaba para estar en casa. Se cepilló los dientes hasta en dos ocasiones y se embadurnó con Carolina Herrena *Bad Girl* desde los tobillos hasta la nuca. Se peinó una tirante cola alta y se aplicó un maquillaje suave para reducir pómulos y agrandar su mirada azul. Se sentó en el sofá y lo esperó. Roca llegó puntual a la cita. Venía con la misma ropa que había llevado al entierro. Se quitó la bufanda y el abrigo y lo colgó en el perchero. Las mejillas se le encendieron debido a la alta temperatura que caldeaba el ambiente. Una vez abandonó el vestíbulo, contempló el que hasta hace poco también fue su piso. Miró el salón y quedó desconcertado ante el desorden. Todos los muebles estaban arrinconados. Los jarrones, la mesa y las sillas estaban apiladas muy cerca de la terraza. Sobre la tarima flotante había una especie de piola pintada con tiza. Por un vago instante, pensó en la salud mental de Julia. Con las cejas arqueadas avanzó sintiendo curiosidad por el dibujo que había trazado: se trataba de una réplica del calendario de adviento de Job. Suspiró aliviado.

—No lo pises que se borra —le regañó Verbeke apartándolo con la mano—. Llevo días dándole forma y buscando significado… pero nada. No encuentro nexo de unión entre los mensajes dejados.

Roca bordeó el dibujo. Se sentó en el sofá y se sorprendió al ver como Julia le había preparado en una mesita auxiliar un tapeo vegano

muy afín a sus gustos de hípster.

—¿Tempeh? —adivinó al ver unas rodajas blancas de soja típicas de la isla de Java—. ¿Y un zumo détox? ¡Qué buena anfitriona!

—¡La mejor! —se auto halagó—. Tiene piña, manzana y cúrcuma —le informó con aires de solvencia—. Espero que no esté muy ácido.

—¡No tienes abuela! —sonrió—. Lo que cuenta es la intención.

—Intención lleva… —respondió con ironía.

—Bueno, pues aquí estamos de nuevo. La marcha de un amigo nos ha reunido en el mismo sofá de siempre. ¡Pobre Zamorano! No somos nadie, pero la vida es así. Impredecible…

—¡La vida es una mierda, Iván! —exasperó—. Por eso tenemos que ir a por eso que nos hace feliz sin pensar mucho en los contratiempos.

—Tú no me has traído para hablar de Zamorano, ¿a qué no?

—Sí y no —atajó—. Últimamente estoy muy reflexiva con las pérdidas y la soledad —se frotó los muslos con las palmas de las manos—. Habrá un día en que estemos solos de verdad. Sin padres, sin hermanos, y en nuestro caso, sin hijos —miró en rededor—. Y en este piso vivirán otras personas que no tendrán nada que ver con nosotros, y que no recordarán quienes fuimos o que hicimos o dejamos de hacer. ¡Estamos completamente de paso! Y estúpidos, nos preocupamos por vivir una vida perfecta, privándonos de las segundas oportunidades por culpa del orgullo y del qué dirán los demás.

—Y con esto me quieres decir…

—Ya lo sabes. Te quiero en mi vida —hizo un silencio y se rascó la nariz—. Tú te equivocaste en su momento y yo hace poco… ¡Qué más da! Se nos acaba el tiempo… Y en cada misión podemos ser asesinados, mutilados, incluso desintegrados. Cada día lo tengo más claro que nunca: quiero pasar los días compartiéndolos contigo. Tú guardarás anécdotas y vivencias mías, que en el caso de que yo fallezca tu seguirás recordando. ¡Es como alargar nuestra existencia viviendo en la memoria del otro!

—Ya, no me lo había planteado así —fue condescendiente y tomó una laja de Tempeh. Mientras masticaba quedó callado pensando. Julia notó que estaba algo incómodo y decidió no agobiarlo más.

—Con lo caro que cuesta esa mierda, debería traer una salsa o algo para acompañarlo, ¿no crees? —bromeó haciendo uso de su humor.

—¡No está mal! Además, es una fuente vegana de proteínas, vitaminas y minerales —le aclaró y preguntó —. Por cierto, ¿tú que vas a comer? La soja y el tofu no son tu fuerte.

—¡Qué bien me conoce el jodido! —exclamó mostrando una sonrisa pícara—. Tengo unos nachos con guacamole y una ginebra de fresa en la encimera de cocina —se levantó y caminó moviendo las caderas de manera sensual—. Solo que no quería afear la presencia de la mesa.

Roca se remangó el jersey hasta donde su fornido antebrazo le permitió. Estaba cómodo y calentito. Digería, junto a la pasta dura de soja, toda la información sobre la vida y la soledad que Verbeke le había servido de un solo mordisco. Y tuvo que admitir que lo había conmovido. Él era un ejemplo de superficialidad. De volubilidad de las modas. Un abanderado del orgullo y el prejuicio. Y llegó a la conclusión de que igual viviría más cómodo y feliz sin pensar tanto en los demás y sin auto exigirse de sobremanera. Mientras fantaseaba con sus conjeturas, en los altavoces de Alexa sonaba *Elephant Gun* de Beirut. Verbeke venía moviendo los hombros al ritmo mientras daba un trago a su copa de balón. Cuando miró a su invitado, lo notó serio y rectificó su comportamiento. «Tengo que controlarme. Zamorano hace poco que murió».

—¡Un temazo! —alabó la canción.

—¡Suena bonita! —Colocó el plato sobre la mesa y se metió un nacho en la boca—. Perdona que me muestre alegre… Pero estoy celebrando que estamos vivos. Y no es recochineo. Sabes que le tenía mucho aprecio a Zamorano y a él no le gustaría que estuviéramos amargados ni tristes.

—Lo sé —respondió dando un sorbo a su détox y haciendo una mueca. Le resultó amargo. Y no era para menos, Verbeke le había vertido un chorrito de ginebra para engrasar la conversación—. Cada uno lo lleva como puede. Yo lo primero que hice fue llamar a mi madre. Tras estos sucesos parece que todo el mundo de tu alrededor va a fallecer de un momento a otro.

—¡Alexa! ¡Apaga! —silenció el dispositivo inteligente—. La verdad es que yo no he visitado a mi madre, y eso que la tengo cerquita. Ya sabes lo descastada que soy… ¡Luego la llamamos!

Roca se encogió de hombros y bebió otro amargo sorbo.

—Por cierto, ¿le llegaste a contar que tu padre sigue vivo?

—Decidí callármelo, Iván —contestó mirando hacia el ventanal del salón—. Mi madre ya pasó el duelo, y mejor que piense que su marido murió aquel día en Jerez a que se ponga a pedirle explicaciones tras tantos años por haber rehecho su vida. Mi madre brega ahora con otras preocupaciones y mejor dejarla estar.

—Tienes razón. Si en su día no quiso saber nada de ella ni de sus hijos, para qué remover el pasado. Mejor que siga sepultado en la memoria de tu madre.

—¡Exacto! Ahora levanta —le invitó Julia—. Mira el mosaico de tiza. ¿Te dice algo?

La perspectiva y la calidad de los dibujos ilustraba muy bien el calendario de adviento de Job, así como los acontecimientos que ocurrieron cada día. Roca se rascaba el cogote mientras bordeaba el rectángulo trazado a mano alzada. Se fijaba en cada símbolo como si

por arte de magia su maravillosa mente le fuera a descifrar la solución. Verbeke interrumpía su concentración mediante ruidosos crujidos fruto de los nachos que engullía sin compasión. Roca la alejó del plato y la llevó hasta la casilla uno. Le preguntó.

—A alguna conclusión habrás llegado —dio un sorbo a su desabrido gin-détox—. Aunque no tenga sentido, ¿dime algo?

—¡Psss! —respondió poco convencida—. No llego a ningún punto. Y mira que me fume un porro de mariguana para ver si mi imaginación se multiplicaba —le mintió. Ante la cara de asombro lo sacó de dudas—. Lo del canuto es broma, ¿eh? Pero no lo descarto —dio un sorbo a su ginebra—. Los tres símbolos que aparecieron en la carpeta del *pendrive* perfilan al autor como una persona solitaria que llora una pérdida, que clama justicia mediante la venganza y que guarda relación con el gremio de los sanitarios o con algún medicamento. Eso me hizo pensar que se trataba del cirujano… todo me cuadraba… pero realmente el cirujano no ha perdido a sus familiares, siguen vivos.

—Simbólicamente sí los perdió.

—Un divorcio, Iván… siguen ahí. Además, Clara va a visitarlo para cobrar la manutención. Yo pienso que el plan no es suyo, al menos al completo.

—Ya. Pero en un plan de dos es de tonto sacrificarse uno por el otro. Hablamos de muchos años de prisión.

—Eso nos hizo creer. Pero habrá una contrapartida. Me apuesto una cena a que lo están usando —lo retó con sabiduría—. Además, en alguna ocasión nos dejó claro que él era una víctima más de todo esto y del sistema.

—Pero ¿por qué no se ha ido de la lengua? ¿Por qué no señala al culpable? ¿Por qué provoca tanto al Teniente Coronel?

Julia señaló la casilla 7 y añadió.

—Porque tiene a su mujer y a su hija como garantía de cumplimiento del plan.

—¿Y el Teco?

—Ya justificó la presencia del Teco en el plan para que el caso tuviera repercusión.

—Tienes razón. Tenemos que conocer la identidad de su compinche. ¿Pero cómo?

—Si el cirujano no ha dicho nada es porque quiere llegar a una horquilla de tiempo. Igual tiene que aguantar hasta el día 24.

—¿Y luego se va a exculpar? Ya es demasiado tarde.

—Si te das cuenta, él no habla en ningún momento de Borja. Nos hace verlo como a Job y todo lo que hace, lo justifica bajo ese pseudónimo…. Incluso al juez le hizo esta triquiñuela.

—Echemos otro vistazo al calendario de tiza.

Como si estuvieran frente a la silueta de un cadáver, siguieron los trazos de tiza y se detuvieron en cada símbolo. Aquello parecía un jeroglífico egipcio y necesitaban una tabla roseta que les ayudara a descifrar su verdadero significado. Verbeke los enumeró en voz alta esperando una iluminación divina.

—Un repartidor con pasaporte de China, una falsa promesa del cirujano en prisión, dos buceadores y un solo tubo, una mujer hacinada en un zulo con agua y papel del culo, un león piedra del gobierno sin huevos, el post de Clara y Clarita en Instagram, un cantante polémico, la pintada en la estación de atocha, la olla con el murciélago, las palomas enjauladas a cal y canto, el cuadro de la victoria de la muerte, detonadores y mascarillas quirúrgicas, un gladiador con una armadura de plástico, un panfleto de las elecciones de 2019 del PSOE, una radio con una grabación de aplausos…

—Dieciséis casillas y ni una puta temática en común. Me desconcierta lo del 2019… ¿Qué tiene que ver el Partido Socialista en todo esto? Igual está reivindicando una ley que le pudo perjudicar en su día. Dieciséis casillas y no siguen ningún patrón.

—Y mira que hicimos psicotécnicos para entrar en el Cuerpo —bromeó.

Volvieron al sofá y cómodos pensaron en todas las ventanas. Verbeke estaba más pendiente de Roca y sus músculos que del pictograma de tiza. Tras una hora lanzando ideas que no convencían a ninguno de los dos, Roca resopló como si fuese un caballo.

—Bueno. Tenemos tiempo hasta el día 20 —se consoló—. ¿Cuáles eras sus instrucciones?

—Si adivinábamos su propósito, detendría la matanza masiva. Pero para evitar el asesinato de dos personas de las que quiere venganza, tenemos que dar con el jodido cómplice del cirujano y arrebatarle los explosivos.

—Pues sigamos estrujándonos la sesera y no bebas más por favor, que te comes las neuronas.

—Igual no hace falta pensar tanto… muchas ideas brillantes vienen solas cuando pones tu mente en piloto automático —opinó tomando su teléfono y llamando a su madre. Lo puso en manoslibres.

—No me hagas hablar con ella —le avisó Roca.

—¡Hija! ¡Qué sorpresa! —respondió al otro lado y tosió—. ¡Cof! ¡Cof!

—Mamá, ¿qué tal? Aquí estoy con Iván en casa y he dicho voy a llamarla a ver como está.

—Pensé que me llamabas para decirme que iba a tener un nieto… un Roca Verbeke —bromeó.

—¡Nah! En todo caso sería Verbeke Roca, mi apellido por delante —miró a Iván sacándole la lengua—. Para eso soy yo la que pare.

—¡Qué rebelde eres! ¡Cof! ¡Cof!

—Qué con todo esto del trabajo, te dije que me iba a pasar por casa y al final no he ido. Por cierto, ¿estás resfriada?

—Mejor que no hayas venido… tú hermano vino y me hizo la prueba del palito… y tengo el bicho.

—¿Qué bicho?

—Me libré de la pandemia. ¡Cof! Pero al final he cogido la COVID tres años más tarde ¡Menos mal que estoy vacunada! ¡Solo tengo tos y dolor de cabeza! —se entusiasmó—. ¡A ver si doy negativa pronto y nos podemos tomar las uvas juntos! Y que este año se venga Iván.

—Sí. Te está escuchando.

—Doña Luisa. ¡Mejórese del coronavirus! —intervino Roca con desgana.

—¡Joder! Claro. ¡¡Eso es!!

—¿Qué dices niña?

—Te quiero, mamá. Tengo que dejarte —colgó.

Roca arrugó el ceño. Verbeke le repitió la palabra. Entonces lo entendió. Todo concordaba. El puzle tomó forma y sentido. Una lógica abrumadora los embrujó. Y no pudieron verlo con mayor claridad.

—¡Maldito hijo de puta! Más claro imposible —obvió Roca.

—Y eso que lo hemos vivido en nuestras carnes. ¡Está todo ahí! —señaló y enumeró—. La Puerta de la Moncloa como inicio de la declaración de la emergencia sanitaria, el viajero de Wuhan, el ministro de Sanidad diciendo que solo iba a ser un caso aislado, la falta de respiradores y la gente muriendo en los pasillos, la gente acopiando rollos de papel higiénico ante el desabastecimiento, el león del congreso sin huevos para decir que la pandemia es un peligro grave, el poster del cantante negacionista en el Instagram de Clara…

—Atocha como el inicio de la pandemia en la manifestación del 8M —continuó Roca con emoción—, la sopa del murciélago de donde pensaron que venía el virus, la paloma enjaulada representa el confinamiento en el que nos prohibieron salir… ¿y el cuadro de la Victoria de la Muerte de la casilla 11?

—El 11 de marzo fue el día en el que hubo más muertes registradas en España de toda la pandemia —recordó Verbeke—: ese día fue el cumpleaños de mi hermano.

—Lo de las mascarillas defectuosas y lo de Zamorano… está claro: la falta de EPIs. Los enfermeros se tuvieron que enfrentar a una criatura desconocida y letal, sin protección, más que con trajes artesanos realizados con bolsas de basura. ¡Qué poco escrúpulo!

—Y el panfleto del programa del PSOE, que fue el gobierno que gestionó de manera funesta, la crisis del coronavirus —suspiró de manera agridulce—. Y la radio con las palmitas… Todos salíamos a las ocho a los balcones.

—El muy desgraciado ha recreado cada evento de la pandemia mundial de la COVID, para decirnos que sufrió por parte del gobierno una pérdida importante debido a las decisiones tomadas.

—Tenemos a ese hijo de puta, Iván. ¡Vamos a parar esa matanza en masa! Tenemos que hablar con Miranda para lanzar el comunicado oficial —sin poder reprimir sus emociones saltó sobre los brazos de su compañero y con los muslos atenazó sus caderas. La mole de músculos perdió el equilibrio y los dos cayeron de espaldas sobre la tarima flotante.

Sus ropas de color negro ahora eran casi blancas, como si la luz hubiese vencido a la oscuridad.

El calendario de tiza quedó emborronado.

En sus rostros, en cambio, se dibujó una enorme sonrisa.



VENTANA 16

El apóstol de la muerte

16 de diciembre de 2023
Penal de Soto del Real-Madrid V
10:00 de la mañana

Borja de Pellicer mostraba peor aspecto que nunca. Aquellas dos semanas entre delincuentes y estafadores le estaban pasando factura. Al ojo hinchado se le sumó una cicatriz en el labio y una fractura en la muñeca. Sus barbas crecían descuidadas como jaramagos en una parcela abandonada. Junto a su abogado y un funcionario de prisiones, esperaba en la sala de interrogatorios a expensas de la visita de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Por la puerta entraron la teniente Verbeke y el Teniente Coronel Miranda. Ambos con el rostro alegre y sin esa tensión en la mirada a la que acostumbraban.

—¡Buenos días! —se saludaron mutuamente—. ¡Buenos días!

—¡Buenas! —Julia tomó el último turno y añadió convencida—. Hoy venimos a quitarte la careta de una vez por todas. ¡Lo sabemos todo, querido Borja!

El abogado y el funcionario de prisiones afinaron las orejas. La curiosidad se hizo notoria. Las tinieblas que cubrían el enigma planteado por el cirujano parecían que iba a disiparse de una vez por todas, dejando el génesis que lo llevó a cometer los crímenes al descubierto.

—¡No me digan! —contestó pensando que se trataba de una estratagema—. ¿Tengo que preocuparme?

—Hemos averiguado muchas cosas —le aseguró Miranda tomando asiento—. Por ejemplo, que no estás trabajando solo. Que no tienes desdoble de la personalidad: el verdadero Job anda por ahí suelto y te la ha jugado. Y sospechamos que tienes a tu exmujer y a tu hija secuestradas como moneda de cambio para que juegues tu baza hasta el final.

El rostro estático del cirujano tomó expresión. Solo fue un segundo, pero mostró un atisbo de sorpresa.

—¿Cómo te quedas? —preguntó Verbeke.

—Mi mujer y mi esposa no me preocupan —perseveró en su indiferencia—. El día 20 todo se aclarará.

—¡No vamos a esperar tanto! —le dejó claro la teniente—. También venimos dispuestos a frenar la masacre anunciada. Conocemos cual es el motivo de los crímenes: la pandemia de 2020. Los rollos de papel, los respiradores, la falta de EPIs, las palmitas, el confinamiento, el paciente cero de Wuhan… Lo que le ha llevado a reivindicar estos

crímenes ha sido una mala experiencia con la COVID 19. Un trauma personal derivado de una mala gestión del gobierno que, falto de previsión, lo condenó a sufrir una pérdida.

Borja aplaudió con desgana. Agitó la cabeza sin gesticular el rostro. Y añadió.

—Para ser considerados como la élite contracriminal, os hacía más ávidos en estos menesteres… pero habéis tardado lo suyo en dar con la solución —los denigró—. Igual os hubierais ahorrado alguna muerte por el camino —carraspeo mirando al Teniente Coronel —. Pero esto no ha terminado. Ahora hay dos vidas en peligro. Y sus identidades serán muy sonadas en los noticiarios. ¿Cómo podéis detenerlo? Pues encontrando al genio del plan.

—En eso estamos… Barajamos varias hipótesis sobre la mano que mueve tus hilos —le soltó Verbeke usando un tono muy parecido al que provenía del cirujano—. Hemos llegado a la conclusión que debe ser alguien con quién ya has trabajado… No le hubieras abierto la puerta a un desconocido. Es más, tu asistenta preparó una cena para tres

—Y no solo eso. Debe ser alguien que conociera bien el episodio traumático de mi mujer para usarlo en mi contra.

—No voy a revelar su nombre. Ya falta poco para que acaben mis preocupaciones. ¡Qué cada palo sujete su vela!

—Mírate. ¡Das pena! ¿Te renta seguir siendo un títere para ese chiflado? Te caerán un puñado de años por ser cómplice de asesinato y por entorpecer la investigación. ¡Acaba con este calvario ahora!

El labio de Borja titubeó. Y con la mente más fría que un carámbano de los que colgaban del ajimez de aquella sala, respondió.

—Todo esto lo hago por mi hija y mi exmujer. Hagan su trabajo… —se resignó—. Estas son las condiciones para dar la comparecencia pública: tendrá que ser en riguroso directo y sin cambiar ni una sola palabra o coma. Si lo hacen bien tendrán los explosivos en su poder. En cambio, si intentan descafeinar el texto habrá que sumar una muerte más a vuestra espalda. ¿Queda claro?

—¡Soy toda oídos! —requirió Verbeke deslizando el bolígrafo sobre una hoja de su cuaderno Moleskine.

El detenido se puso recto sobre la silla. Aclaró su garganta y colocó sus manos sobre la mesa entrelazando los dedos. Miró hacia un lateral y dictó de memoria.

—Españoles y españolas. En nombre del presidente del anterior gobierno, de su Ministro de Sanidad y del coordinador de alertas sanitarias, le pedimos perdón a todos los ciudadanos que sufrieron pérdidas y enfermedades por culpa de nuestra mala gestión respecto a la pandemia del coronavirus SARS-CoV-2. Especialmente, a los enfermeros que en vanguardia y sin medios de protección tales como

mascarillas o EPIs, tuvisteis que hacer frente a lo desconocido contagiándoos y llevando el virus a casa matando sin querer a vuestros seres queridos. Desde el Palacio de la Moncloa os rogamos que no carguéis con esa culpa, ya que le corresponde al gobierno y su falso equipo de expertos, que a sus espaldas llevan más de 119.000 muertos sin remordimiento alguno y sin cojones de dar la cara y asumir su pésima gestión. Cómo olvidar a los abuelos desahuciados y solos que en los centros de mayores murieron sin recibir un simple ibuprofeno. A esos padres de familia asfixiándose en los pasillos de los hospitales sin respiradores o a esos niños inmunodeprimidos falleciendo por no disponer de quimioterapia. Negasteis a los seres queridos a dar ese último adiós con dignidad a los fallecidos porque decretaron que no podía haber velatorio ni duelo ni entierro… ¡Fueron incinerados como perros! —Verbeke miró a su jefe y éste alzó las cejas—. Ya han pasado tres años desde que nos callamos que había una amenaza mundial por un virus letal que provenía de China. Debido a la politización y la sinrazón, se tomó la determinación de no alarmar a la población… Cosa que hemos repetido en estas fechas, concretamente el 1 de diciembre de 2023, cuando apareció un reconocido cirujano en la Puerta de la Moncloa, con un cadáver en un carrillo de mano repleto de instrucciones y amenazas como para sembrar el pánico durante 24 días, pero como no aprendemos del pasado más reciente, tomamos la decisión de no preveniros de que hay un hombre desesperado y con muy poco que perder, dispuesto a atentar en algún lugar de Madrid con un vehículo bomba. De nuevo, os pedimos perdón por tomaros como imbéciles y por no ser lo suficientemente transparentes como para que decidáis tomar medidas de seguridad. Pero no se preocupen, el culpable de los asesinatos y las amenazas, apodado como Job, ha mostrado clemencia y ha hecho entrega de sus explosivos gracias a que hemos accedido a leer este manifiesto. Sin más, pasen una feliz Navidad con la gente que quieren, pues nunca se sabe cuándo faltarán… Fin.

Verbeke cerró su cuaderno con energía. Le dolían los dedos de tanto escribir. Miró de nuevo a su jefe y este se atusó el bigote con nerviosismo.

—Espero que cumpla su palabra y nos entregue el amonal —desconfió Miranda.

—Cómo ya han descubierto, yo solo soy un mediador… digamos que soy el Apóstol de la Muerte.

—Usted es un hijo de puta… ¡Eso es lo que es! —espetó Verbeke.

Una vez fuera del penal y dentro del coche, hablaron sobre el manifiesto.

—No ha negado nada.

—Vamos por buen camino, mi Teniente Coronel.

—El problema es que no vamos a poder dictar el mensaje tal cual —se mostró poco optimista—. El Director Adjunto Operativo de la Guardia Civil va a maquillar el texto. Me ha costado la misma vida convencerlo para grabe el comunicado para la población desde el Palacio de la Moncloa… Igual se retracta cuando vea el contenido.

—¿Y crees que Job matará a un tercero? ¿Qué añadirá a otra persona a la que liquidar?

—No lo sé. Espero que no. Pero en ese texto había mucho rencor y rabia.

—Tenemos que dejar claro al Director Adjunto Operativo que lo lea tal cual. Tenemos mucho que ganar. Y el orgullo es algo que debemos comernos esta vez.

—Ya, pero eso no está en nuestras manos… como dice Job, somos mediadores… somos marionetas de las decisiones que otros toman por nosotros.

El comunicado suicida

Eran las 13:00 del mediodía y en un televisor de una casa de Coslada, se sintonizaba TVE a la espera de que dieran el comunicado urgente según lo previsto. Frente a la pantalla, un hombre de unos cincuenta años, desgarbado y enchufado a una bombona de oxígeno, sostenía un papel con el mismo texto que el más alto cargo de la Guardia Civil se disponía a leer.

Sus pulmones enfermos y deficientes acumulaban líquido, mientras su corazón bombeaba frenético deseando oír el perdón de manos del Gobierno. El Director Adjunto Operativo, con su uniforme de gala y el rostro serio se posicionó frente a un atril y ajustó el micro. En la sala no había periodistas ni molestos flashes, solo un cámara y el Portavoz del actual Gobierno. En el decorado reinaba el color blanco, que contrastaba con dos coloridas banderas: la de España y la de la Unión Europea.

—Hoy 16 de diciembre de 2023, a las 13:10 y desde el Palacio de la Moncloa, queremos trasladar un mensaje a la ciudadanía de Madrid. Ya han pasado tres años desde que sufrimos la pandemia del coronavirus en España. Y el gobierno que en su día hizo frente a la crisis tomo buenas y malas decisiones, por ello, hemos pensado pedir perdón y comprensión a todos los que perdieron algún familiar o adquirieron enfermedad debido al desbordamiento y la falta de información respecto a la letalidad del virus. En aquel marzo de 2020 se decidió no alarmar a la población en un principio, pero luego se tuvo que declarar el Estado de Alarma. En estas fechas tan señaladas, seguimos velando por la seguridad y la integridad de todos los ciudadanos de España. Pero siempre hay amenazas. En este caso no se trata de un virus, sino de un asesino que ha creado un calendario de adviento…

Job, apagó la tele. No estaba dispuesto a tolerar aquella modificación de su mensaje. Se quitó el respirador y cerró la llave de la bombona. Miró aquel salón enorme con el mantel navideño sobre la mesa. Sobre ella: velas, copas, platos y cubiertos para cuatro personas. Cargado de odio entró en la habitación que cerraba con llave, soltó un improperio y volvió a cerrar. Puso música heavy en un altavoz bluetooth que tenía junto a la puerta y abandonó la casa. Arrancó la Nissan Vannete llena de amonal y explosivos, y condujo hasta el centro de Madrid.

«¡Se van a enterar estos desgraciados!», se convenció agarrotando el volante de la vieja furgoneta con sus dedos.

Tres rosas y una explosión

16 de diciembre de 2023
16:00 de tarde

Verbeke, Roca y Nekane venían del Palacio de Hielo donde habían encontrado la pintada número 16 junto a tres rosas frescas. Tras preguntar a los transeúntes, llegaron a la conclusión de que muchas familias hacían este gesto en memoria de los seres fallecidos que un día se amontonaron por cientos a la espera de ser incinerados. Una vez tomaron las pertinentes fotografías y la recogida de huellas, acudieron a una nueva llamada en la que confirmaban que Job había cumplido su palabra: había entregado los explosivos.

En menos de veinte minutos, llegaron a los aledaños de la calle de Ferraz número 70. Allí se habían desalojado los edificios colindantes y se estableció un perímetro de seguridad en torno a la sede del PSOE, ya que había aparecido la *Nissan Vannete* sobre la que pesaba la denuncia. La expectación era máxima. Infinidad de curiosos preguntaban qué ocurría, otros tantos se alejaban temiendo por su vida; en cambio, varios periodistas venían dispuestos a cubrir la noticia relacionada con el comunicado. Desde la baliza, se podía visualizar al equipo de los TEDAX con su robot teledirigido y un perro amaestrado para detectar explosivos.

Verbeke se aproximó al director de los especialistas, para estar al tanto de todo lo que ocurría a escasos metros del vehículo verde que lucía un número 17 pintado en rojo en una de sus puertas. Mediante un *walkie*, se le mantenía informado de todo lo que iban descubriendo los que estaban en vanguardia. Tras abrir los portones traseros dieron el OK levantando el pulgar.

—Todo en orden. No hay dispositivo remoto en los bajos del coche ni en el interior. Hay explosivos de tipo Anfo envasado y plastificado, pero no hay cordones de mecha ni *booster* de TNT para que lo hagan estallar.

Roca y Nekane caminaron hasta la posición de la teniente, tras ésta levantar la mano.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó el sargento con cierta ansiedad.

—No hay peligro aparente. Pero hay algo que no me cuadra. Si no hemos cumplido parte de nuestro trato a la hora de leer el manifiesto, ¿por qué nos iba a entregar el amonal sin más?

—Porque igual no tiene idea de hacer explotar el Anfo —opinó Roca—. Todo ha sido una medida de disuasión.

—¿O igual dentro del furgón hay una pista? —sugirió Nekane.

—No me fio un pelo de este tipo —desconfió Verbeke—. Vayamos a averiguarlo.

Roca la sujetó por la muñeca. La retuvo mostrando temor. Pero ella odiaba que le coartaran a la hora de actuar y lo único que consiguió fue que acelerara el paso en dirección a los explosivos. El sargento contempló aquel vestigio automovilístico de los 90 y visualizó todas esas chapas verdes saliendo disparadas en múltiples direcciones, mientras la Nissan ascendía unos metros antes de caer bocabajo y en llamas. Se vio con la teniente entre sus brazos y los oídos taponados por el estruendo. Y pensó en que no la dejaría morir sola. Corrió y se situó junto a las dos mujeres.

—Somos de la Policía Judicial de la UCO —se presentó Julia—. ¿Podemos subirnos?

—Con precaución, y no toquen el amonal —le indicó uno de los TEDAX.

Dentro había unos diez estuches de Anfo. Además de unas hojas encuadernadas y un libro en inglés. Nekane sacó unas fotos y con ayuda de las manos enguantadas pasó las páginas. Se trataba de manuales para fabricar bombas caseras con ollas y amonal.

—¡Aquí falta cargamento! —se percató Roca.

—Sí —caminó en cuclillas por la zona de carga—. Pero ha entregado la mayoría. No los necesita para asesinar a solo tres personas —realizó comillas con los dedos.

—¿Y estos manuales para qué los ha dejado aquí? —sintió intriga Nekane.

—Para hacernos creer que sabe manipular los explosivos —resolvió Roca acariciando su calva—. Pero a mí no me engaña… lo suyo son los sedantes intravenosos.

—¡Espera! Aquí hay algo —señaló Nekane a una flamante nota pegada con un imán a la chapa empolvada—. Pone: *«Ventana 18. Ojo por ojo y diente por diente. Solo teníais que leer el texto en televisión tal cual… pero me habéis tomado por tonto y por desgracia, soy más listo y despiadado que todos vosotros».*

—Es una puta maniobra de distracción —intuyó Julia temiendo lo peor—. ¡Mira! Estamos todos aquí mientras huye o planea algo.

Roca se giró y contempló la avenida repleta de gente. Sabía que Job podía estar allí mirándolos y riéndose de ellos. Pero eso no sería lo que iba a pasar, por encima de todas esas cabezas vio una luz y algo volar. Fueron milésimas de segundos antes de que el sonido llegara a sus oídos y la onda expansiva sacudiera la furgoneta donde estaban y rompiera los cristales de las ventanas de los edificios.

—¡¡Boom!! ¡¡Crash!! ¡¡Plash!!

Luego vinieron los gritos de terror, las alarmas de los coches y las carreras de pavor en todas las direcciones. La avenida quedó desierta

y Roca vio materializado todo ese pensamiento negativo que tuvo momentos antes…

Solo que la muerta no era Verbeke.

Era otra persona, cuya identidad tendría que ser determinada tras el pertinente análisis forense de las piezas dentales.



VENTANA 17

42

Una torta sin manos

17 de diciembre de 2023
10:30 de la mañana

La sala de operaciones estaba atestada de agentes. La estampa, la de siempre: Nekane con su mirada aniñada, Téllez con los dedos sobre el portátil, Roca haciendo girar un boli Bic sobre sus dedos, Verbeke repasando su libreta Moleskine, Miranda junto a la pizarra con el semblante serio.

—Estamos a día 17 del calendario de adviento… y con una nueva muerte a nuestras espaldas por culpa de no haber leído el comunicado tal cual lo recibimos —se quejó el Teniente Coronel —. Ahora sabemos que Job va muy en serio y que nos tiene cogidos por los huevos. Hemos estado ocultando a la prensa la amenaza, pero tras la comparecencia y el atentado, los crímenes de adviento colapsan las portadas de todos los periódicos internacionales.

—¿Quién es la víctima? —quiso saber Iván Roca debido a repercusión mediática.

—Entre la treintena de heridos de diversa gravedad —respondió Nekane—. El fallecido es Federico Simón, de 65 años. Fue Coordinador de Alertas Sanitarias y se ocupó de la pandemia entre 2020 y 2022.

—Ojo por ojo, diente por diente —añadió Verbeke con desgana—. Sus objetivos parecen claros: son los responsables de la gestión del coronavirus.

—Simón tenía la costumbre de jugar al pádel los sábados a las 14:00 en la pista indoor que hay a una manzana de la sede del PSOE, donde se duchaba y se vestía antes de acudir a cenar con su esposa y una pareja amiga —Miranda dio el dato dejando entrever que podía haber sido peor—. Job lo tenía estudiado, pues conocía su vehículo y según los TEDAX parece una bomba casera fabricada en una olla de cocina que se colocó en el bajo del coche. También han encontrado restos de mecha y un detonador pirotécnico a varios metros de allí.

—¡Hijo de puta! —rezongó Roca sujetando el boli con sus dedos y amenazando con troncharlo—. Deberíamos avisar al que fue Presidente del Gobierno y al exministro de Sanidad. ¡Qué cambien sus hábitos!

—Ya están advertidos —le aclaró con solvencia—. Centrémonos en Job. Ese loco está dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias… Y no olvidemos que todavía tiene algún que otro explosivo en su poder. Tenemos que despejar la incógnita que más nos preocupa —

escribió en la pizarra las tres letras—. ¿Quién es Job?

—Su identidad solo la conoce el cirujano —lamentó Roca ordenando unos folios que tenía bajo su mentón—. Y hasta el día 20 no parece que vaya a cantar.

—No podemos esperar a ese día. Puede estar tramando el siguiente asesinato. ¿qué sabemos sobre las grabaciones?

El alférez Téllez tomó el turno de palabra.

—Sobre las cámaras de vigilancia a las que hemos podido acceder, hemos visto a un hombre alto que abandona la furgoneta frente a la sede del PSOE. Lleva una mochila, estilo macuto militar, a la espalda. Además de un abrigo negro y mascarilla quirúrgica. No se le ve el rostro, pero en la grabación se aprecia cómo se aleja y se detiene a descansar. Parece que se ahoga cuando lleva un rato caminando. Posiblemente por causa del peso que soporta.

—Igual está enfermo —dudó Verbeke recolocando su cola—. El testigo que estaba en el Paseo del Prado me dijo que el sospechoso se ahogaba cuando hablaba y que tenía un rostro poco saludable.

—Es posible que adquiriera una enfermedad crónica durante la pandemia —elucubró Roca—. De ahí su odio hacia la gestión sanitaria de aquel entonces.

—En el Palacio de Hielo dejó tres rosas —apostilló Nekane.

—Es posible que nos quiera decir que perdió a tres seres queridos —obvió Roca.

—Demasiados seres queridos de una atacada, ¿no? —dijo Miranda poco convencido.

—¿Qué sabemos del pedido de los tres detonadores? —requirió Verbeke—. ¿Has contactado con Amazon?

—Según los embalajes encontrados en el coche cerca del Safari, solo hay dos sitios donde se venden los detonadores de ese modelo con mando a distancia: Amazon y Ali Express… y la empresa americana no tiene constancia del pedido —maldijo su suerte Téllez —. Al ser adquiridos en Ali Express, el rastreo se complica… Todo se gestiona desde China.

—Pues hay que sacarle al cirujano ese nombre sea como sea.

—¿Y qué propone Sargento? ¡Le damos puñetazos hasta que pierda el conocimiento! ¡No! ¡Mejor le vamos cortando las falanges! —rectificó Miranda a su hombre—. No podemos hacer nada con los putos abogados de por medio… y lo sabes.

—Déjeme intentarlo. A ver si consigo ablandarlo.

—Ese tipo no va a mostrar un ápice de debilidad bajo ninguna amenaza. No gesticula ni siquiera pestañea con la que tiene encima —insistió en su pensamiento mientras desliaba un caramelo—. Solo le preocupa su familia.

Verbeke alzó un dedo al cielo, como si estuvieran en clase. Miranda

le dio permiso para hablar.

—Yo tengo una baza —Roca y el Teco la miraron con temor a lo que podía exponer—. Creo que puedo hacerle hablar sin tocarle físicamente. Digamos que puedo darle una torta sin manos.

—No empecemos con los planes B… ¡Verbeke que nos conocemos!

—¿Quiere saber la identidad de Job? —preguntó con contundencia, convencida de su plan—. ¿O prefiere que muera otro inocente?

—Adelante —sucumbió con la boca pequeña.

—Le vamos a quitar la razón por la cual se está tragando todo este marrón. Vamos a matar a Clara y Clarita.

—¡¿Pero qué coño dice?!

—Ya nos gustaría saber dónde están las dos —añadió Roca.

—No entendéis nada de nada —se quejó Verbeke poniendo los ojos en blanco—. Me refiero a que le hagamos creer que sus seres queridos los ha matado Job.

—¡No se lo va a tragar! Borja es un tipo listo, y el abogado le mantendrá informado de todo.

—El abogado sabe lo que sabe la gente de la calle… —se puso misteriosa—. Pero no sabe que hemos descubierto hasta el momento ya que todo está bajo secreto de sumario. Así que vamos a falsificar un examen post mortem y, además, reforzaremos el embuste con un fotomontaje de dos cadáveres de madre e hija.

—¡Eso no es ético!

—¡Los cojones! ¿Y matar a inocentes sí? —discrepó Verbeke dando un manotazo en la mesa—. No olvides de la manera que murió el pobre de Zamorano.

—¿Y de dónde vas a sacar esas fotos?

—De Instagram. Clara tiene muchas fotos con su hija Clarita… y particularmente hay una que salen tumbadas bocarriba en un césped que puede quedar muy aterradora si se hace bien.

—Yo me encargo —se propuso Téllez tirando de su camiseta customizada por él mismo—. Photoshop se me da de puta madre.

—De acuerdo.

—Para el examen post mortem hablaré con el patólogo Santana. Me echará un cable para usar palabras técnicas que den realismo al asesinato —aclaró con entusiasmo Verbeke ante la mirada de incredulidad de Roca—. Y luego le haremos una visita.

—¡Está bien! —se acogió al plan Miranda—. Démosle una torta sin manos a ese hijo de la gran puta.

A lágrima viva

17 de diciembre de 2023
18:00 de la tarde

Sin la firme convicción de que el plan funcionase, Verbeke y Miranda recorrían los pasillos del penal. Él llevaba el informe post mortem bajo el brazo; la otra, una cebolla en el bolso. Una funcionaria de prisiones les acompañaba, y les iba abriendo todas las puertas de seguridad a su paso. Julia pidió ir al baño. Una vez dentro sacó de su bolso una bolsa con cierre hermético y extrajo la cebolla morada que previamente había cortado en dos en su casa. Frente al espejo, como quién va a colocarse un par de lentillas, aproximó a sus ojos las mitades, y apretó la hortaliza para que liberase los gases irritantes. A tientas, arrojó la cebolla a la papelera y salió al pasillo. Verbeke se agarró al brazo del Teniente Coronel, como si fuese su perro lazarillo.

—¡¿Qué coño le pasa?! —masculló en su oído antes el extraño comportamiento.

—Le pedí al frutero una cebolla de las fuertes, y el jodido ha elegido una que parece una granada lacrimógena —le respondió en el mismo tono—. Pero mejor… Así mi interpretación ante Borja será creíble.

Tras un par de puertas más, llegaron a la sala de interrogatorios. Allí ya estaba el cirujano y su abogado, hablando del tiempo y de la menguante ola de frío que tenía sumida a la capital bajo un espeso manto blanco. Cuando entraron los de la Policía Judicial, Borja se calló ipso facto. Atónito contempló como la mujer rubia que vestía un abrigo rojo lloraba a lágrima viva.

—Iba a deciros buenas tardes… pero viendo tanta pena, entiendo que están siendo momentos crudos para todos —dijo el cirujano usando un tono solemne y poco empático. En su rostro inmóvil y pálido, resaltaban los moratones y los cortes.

—Más de lo que se imagina —respondió Miranda con el gesto serio.

—¡Deberíais haber narrado el texto tal cual! Ahora tenéis más muertos que sumar a vuestras espaldas. ¡No sé qué venís buscando ahora!

—Simplemente, venimos a darle el pésame —intervino Verbeke usando una voz rota mientras sus ojos azules escupían lágrimas sin parar.

—¿Ha muerto mi perro?

—Hablamos de personas queridas —contestó con rotundidad Miranda.

—No me importa una mierda todos los ciudadanos que hayan podido fallecer en los atentados. Parte de culpa la tenéis vosotros…

—¿Y si entre esos ciudadanos estuviera su hija y su exmujer? ¿Se la seguiría sudando?

—¡Imposible! —se mostró incrédulo mirando al que estaba allí velando por sus derechos—. ¿Creen que voy a tragarme esa patraña? Además, de ser así mi abogado lo sabría.

—¡Qué lástima me da esa niña! Con su pelito lacio rubio… ¿Quién puede hacer algo así a una niña inocente?

El cirujano no se inmuto. Todo lo contrario al Teco, que elevó las cejas en señal de sorpresa ante la interpretación de la teniente. Para disimular, se metió un caramelo de regaliz en la boca… no fuera a decir algo que no debiera y estropeara la farsa.

—No tengo constancia de que a su exmujer y su hija les haya pasado algo —corroboró el abogado.

El Teniente Coronel lo miró con desidia, pues necesitaban que el cirujano se lo creyera. Verbeke se secó las lágrimas. Sus globos oculares parecían los rescoldos de una candela. Le arrebató el dossier a su jefe de un brusco gesto y lo plantó delante del interno.

—¡Han aparecido hace un par de horas! Aquí tiene el examen del Anatómico Forense —Borja hizo un amago por sujetarlo, pero se contuvo. Verbeke colocó sus manos sobre la carpeta—. No sé si está preparado para verlo, y a sabiendas de su memoria eidética, me lo pensaría —retrasó el momento—. Mire como vengo yo... le aseguro que las fotos son muy duras.

—¿Quiere que yo lo visualice? —se prestó el abogado.

—¡No! Solo quieren chantajearme emocionalmente. Seguro que es de otra persona.

—¡Esta bien! Si piensa eso… pues nos vamos y se quedará con la angustia de saber si le estamos troleando o no —le retiró Verbeke el informe—. Solo queríamos que conociera su fallecimiento de primera mano, antes de que lo vea en la televisión de su celda.

Los dos investigadores de la UCO se levantaron de sus asientos, dispuestos a irse. Pero la presión pudo con la psique de Borja de Pellicer y accedió a echar un vistazo.

—¡Tráelo aquí!

Verbeke giró sobre los tacones de sus botas y le plantó el dossier delante de sus narices y abierto de par en par. Borja vio el sello y la firma del Patólogo. Comprobó la fecha y la edad de las víctimas. Leyó el tecnicismo usado en la descripción de las lesiones y, para su desdicha, todo concordaba. Resolló con furia y buscó aprobación en la cara del abogado, que, a priori, dio crédito al documento. Por primera vez, su rostro se angustió arrastrando con ella todas las arrugas de expresión hacia el vórtice de su boca. Su mano titubeó antes de pasar

a la página de las fotografías. Con decisión volteó la hoja y dejó de respirar. Su tez pálida y enmarañada en barbas castañas se puso morada. No daba crédito a lo que veía: los detalles de la muerte eran atroces. Y es que ningún padre está preparado para ver a su hija sin ropa, en un lugar frío y con esa mueca de terror después de muerta. Pues todos se afanan en dar protección vitalicia a sus vástagos desde su primer aliento de vida… y cuando ocurren estas tragedias, se dan cuenta que ni el dinero ni la sobreprotección ni las promesas ni la ley, son suficientes para hacer inmunes a nuestros seres queridos de las agresiones externas. La foto de madre e hija, juntas y asesinadas, perforó con rabia su coraza y deshizo su máscara de hombre implacable.

—¡Te la han jugado, tío listo! —Miranda metió el dedo en la llaga.

El cirujano cerró las pestañas en un burdo intentó por no romper a llorar. Pero se sentía doblemente traicionado y remordido. Derrumbado, acomodó su cara sobre el antebrazo y el codo, para descargar ahí su llanto. Entre balbuceos se culpó.

—¿Qué padre pone en manos de un loco a las personas que más quiere? Pero ¿por qué lo ha hecho? He cumplido mi parte. El día veinte las iba a dejar libres… somos amigos de toda la vida.

—Pobre Clarita… sobredosis de sedantes en el torrente sanguíneo… al menos no se enteró… Pero su exmujer si tuvo que sufrir. ¡Estrangulada a sangre fría!

—Borja, me temo que ha perdido la partida… Ahora ayúdenos a vengarnos de ese malnacido.

El cirujano endureció todas sus facciones y de un ademán barrio la mesa haciendo volar el examen post mortem por la sala. El abogado recogió los folios y notó algunos detalles que podían indicar que las fotos estaban trucadas. Con las cejas arqueadas miró a Verbeke. Esta dejó escapar una sonrisita de satisfacción.

—Les contaré todo lo que sé… pero a ese traidor lo quiero matar yo con mis propias manos —aclaró el cirujano.

El verdadero Job

«¿Por qué? ¿Por qué? Te confié la vida de mi hija y mi exmujer. Me la jugaste, me obligaste a comerme este marrón, pero me prometiste que les darías de comer y que no sufrirían ningún daño… Supongo que Clara puso en peligro tu plan y tuviste que callarla cobardemente. ¿Y Clarita? ¿Por qué le hiciste daño? ¡Claro! Presenció la violenta escena y se puso a gritar… y no tuviste mejor idea que administrarle un anestésico intravenoso en vez de uno inhalado para callarla. ¡Menudo estúpido!», martilleó su cabeza con estos pensamientos una y otra vez. Borja se mostraba abatido. Cerraba los ojos y apretaba las mandíbulas como si fuese un cepo. Daba pequeños saltos sobre su silla amagando con salir tras el asesino, pero sabía que ya nada se las devolvería. Solo podría darle paz la venganza que bullía en su interior. Y el único que en estos momentos se antojaba como su justiciero, no era otro que el Teniente Coronel Miranda.

—¿Listo? ¡No hay tiempo que perder! —le atosigó la teniente Verbeke—. Ahora dinos: ¿quién es el verdadero Job?

—Ese hijo de puta… se llama José Oviedo Barrera y es anestesista de profesión. Tuvimos una estrecha relación de amistad… —hizo una pausa para resoplar con odio—. Incluso vino a verme a prisión alguna vez.

Verbeke anotó en su libreta mientras que Miranda buscaba la app de grabadora de audio en su teléfono móvil.

—¿Y dónde vive?

—En Coslada. La verdad es que nunca me invitó a su casa. Siempre nos veíamos en mi chalet.

—¿Se trata de una vivienda unifamiliar o de un piso?

—Tenía una casa de dos plantas en una zona tranquila de Coslada. Una vez vi una foto. Tenía tejas rojas y rejas en las ventanas superiores —recordó sin mucho esfuerzo—. Aunque estuvo una época viviendo con sus padres y su hija en un piso en La Latina... Pero no sé los números.

—¿Sabe si tiene a alguien más? ¿Sabe a quién quiere matar?

—No me lo explicó. Solo me habló de un presidente español. Las soluciones estaban en la ventana número 6…

—¡Nunca la encontramos! —le interrumpió Verbeke con la queja.

—Estaba difícil de averiguar. Ese loco me obligó a meter otro puto lápiz de memoria bajo el tejido adiposo de uno de mis pacientes —aclaró recargando coraje en cada sílaba—. Quiso daros una pista para que tuvieras idea de quiénes podrían ser los objetivos.

—¿Y a quién le implantaste las soluciones?

—Al sicario Darwin el Cebolla. Está alojado en una cicatriz recta que yo le practiqué en el abdomen. No era en un balazo. Se le debe estar infectando por rechazo del material. Será fácil identificarla.

Verbeke miró a su jefe con desánimo y no pudo callarse la información.

—¡Joder! ¡Ya nos gustaría! Al Cebolla lo acuchillaron en prisión hará dos días. Ya estará en una caja de pino criando malvas.

El cirujano no se inmutó con la noticia. Solo pensaba en su hija y su exmujer.

—Teniente, pon al día a Roca y que reúna un equipo de asalto para que busque una casa con esas características. Si es preciso, derribe puerta por puerta hasta dar con ese malnacido —le ordenó Miranda—. Y manténgame informado en cada momento.

—¿Y usted cómo va a volverse?

—¿Sabe que existe una flota urbana de vehículos al servicio del ciudadano llamados taxis? ¡Venga! ¡Salga cagando leches!

Julia se levantó, y miró por última vez a Borja con aquellos ojos encendidos por el poder irritante de la cebolla. Le aguantó la mirada y disfrutó con el sufrimiento que le desbordaba el alma. Sin duda, los roles habían cambiado. El Teniente Coronel suspiró ante la tardanza y Verbeke le hizo un guiño antes de abandonar la sala. Mientras surcaba el pasillo a golpe de tacón, realizaba las pertinentes llamadas sin importarle los curiosos que pudieran estar oyéndola en aquellas dependencias penales. A viva voz completó todas las gestiones. Todas menos una, para la que bajó la voz. Nadie podía enterarse y menos el Teniente Coronel Miranda. Llamó a Nekane por teléfono.

—Morena. ¿Sabes si Darwin el Cebolla ya ha sido enterrado?

—No. Estaban esperando que llegara su mamá de Ecuador. Lo van a incinerar hoy.

—¿Sabes dónde?

—Espera. Lo consulto. ¡No cuelgues! —tras un minuto respondió—. Está en el tanatorio de Guadalix de la Sierra. Crematorio 2. En breve lo van a meter en el horno.

—¡Joder!

—¡Qué pasa!

—Tiene un lápiz USB en una de sus heridas ¡Voy a extirpárselo! Te recojo y no le cuentes esto a nadie.

—Pero ¿tienes una orden del juez para esto?

—No. Pero tengo en la guantera del Toyota una citación judicial de un delincuente, que se parece mucho al documento oficial.

—¡Qué cabrona! Pues tenemos media hora antes de que lo reduzcan a cenizas. Ve para allá, que me reúno allí contigo.

Colgó y se montó en el vehículo. Estaba dispuesta a saber quiénes eran los dos objetivos reales de Job, fuese cual fuese el desagradable



precio a pagar.

El pasado forja el presente

Dentro de la sala de interrogatorios del penal, Miranda seguía encajando las piezas en su cabeza, a la espera de conectar los acontecimientos.

—¿Y cómo coincidisteis en esta locura? —quiso saber enarcando las cejas y apoyando los dedos de sus manos como un ave de rapiña sobre el filo de la mesa.

—No fue premeditado por mi parte… —respondió Borja desinflando sus pulmones. A la postre, se llevó la palma de las manos a la cara como quién quiere jugar al cucú tras, pero no se las despegó. Y le ilustró con todo lujo de detalles como si en la cara interna de los párpados tuviera la leyenda de todo lo que sucedió aquellos días previos a la ventana número 1—. Mi relación con Francisco Oviedo Barrera fue laboral durante muchos años. Era un buen anestesista, culto e inteligente y con muy buen carácter para la desgracia que tenía encima —resopló—. A veces quedábamos para tomar copas en un bar y charlar de nuestras cosas. Le gustaba el arte y la historia. Luego entré en prisión y perdí el contacto con él. 2020 fue un año especialmente complicado para los sanitarios… Pero con él se cebó de lleno. Josss… Job —lo despersonificó pues ya no le salía llamarlo por José— vivía con sus padres, que estaban mayores y torpes, y también se tenía que hacer cargo de su hija de 17 años con síndrome de Down. Su mujer, siete años mayor que él, padecía una enfermedad parecida al Alzheimer prematuro y estaba en un centro donde la visitaba muy de cuando en cuando —se quitó las manos de la cara y se quedó fijo mirando el móvil que grababa el relato sobre la mesa—. Digamos que sus seres queridos dependían de su compañía y cuidos. Pero la falta de EPIs, los turnos dobles, la negación de las vacaciones, la saturación del hospital… todas esas circunstancias provocaron que acabara contagiado. Llevó el bicho a casa y, por ende, sus padres también se contagiaron de COVID en una época en la que no existía la vacuna. Los octogenarios murieron en cuestión de días por falta de respiradores. Job estaba cada vez peor, pero debía de cuidar de su hija… Finalmente, grave y sin fuerzas, decidió recurrir a su único familiar: Francisco Barrera. Pero este tipo era un solterón al que le gustaba demasiado beber, las tragaperras e irse de putas… Tras convencerlo, previo pago de una buena suma de dinero, su primo accedió. José le advirtió de que se pusiera la mascarilla siempre y que se lavara las manos constantemente antes de cambiar o dar de comer a Blanca —pidió agua y el abogado se la trajo. Se bebió toda la botella de un solo sorbo—. Job llegó al hospital y fue intubado. Estuvo tres

meses en la UCI. Cuando le dieron el alta, descubrió que todos sus seres queridos habían fallecido por la enfermedad, incluso su hija, ya que Francisco se contagió en uno de esos antros en los que acudía y se lo pegó a Blanca. Deseó haberse quedado en la cama del hospital… pero la vida le tenía preparado ese estoque mortal. Perdió veinte kilos y desarrolló «COVID persistente», pero Job es de una naturaleza fuerte y la enfermedad no pudo contenerle en su propósito. Se alimentó de esas desgracias y culpó al Gobierno de todos sus males. Lleno de venganza, tramó el plan. Utilizó a su primo, al que culpaba de la muerte de Blanca, y nos usó a usted y a mí para que diéramos repercusión al caso. Sí… el día que cometí la negligencia en el quirófano, José Oviedo Barrera estuvo allí. Por eso conocía su identidad. Por eso tenía datos tales como estatura y peso de su mujer. No olvide que la entrevistó para la prueba de la anestesia… ya conoce el procedimiento —Miranda sorbió molesto, recordaba el rostro del anestesista; recordó como si fuese una fotografía al susodicho sentado en el banquillo de los testigos durante el juicio de Borja de Pellicer—. Job es el resultado de su pasado. Su desgracia fue muy sonada, salió incluso en la prensa local.

—Es una desgracia todo lo que le ocurrió. Pero eso no le da licencia para matar a diestro y siniestro bajo el estandarte de la injusticia sufrida. No estamos en el viejo Oeste. Existen leyes y mecanismos de denuncia.

—Ya… pero la soledad es muy cruel… A mí se me pasaron muchos pensamientos violentos por la cabeza durante mi condena… Y la mayoría en torno a su persona.

—Cuando alguien pasa por un trauma de esta índole, no le desea esa misma suerte a nadie. Pero Job perdió el juicio. Su interés no es otro que hacer padecer al resto de personas su mismo dolor. ¿Qué culpa tenía su asistenta, el repartidor del restaurante chino, el cantero, mi agente Zamorano, el Coordinador de Emergencias Sanitarias del anterior gobierno, Clara y Clarita? Pero lo que más me cuesta asimilar es el cómo acabaron todos en su casa.

Borja se rascó la barba como si quisiera desenterrar los huesos de su calavera. Y se lo contó enlazando todos los cabos.

—Job se desplazó a casa de su hermano y allí los retuvo tanto a Francisco, como al chino. Luego me engañó haciéndome una llamada en la que se le veía bastante preocupado y en la que me pedía que operase a su primo de una costilla rota. Job me ayudaba clandestinamente a operar a los pandilleros y le debía favores. Me pidió que, por favor, amarrase al perro, ya que le daba miedo. Accedí y quedó conmigo para intervenirlo y cenar ya de paso. Yo le di el día libre a la asistenta. Job me pidió meter el vehículo en casa. Le ayudé a bajar a Francisco y una vez dentro de la caravana vio al Cebolla. Una

vez salimos fuera, oí gritos en su maletero y entonces me explicó la locura que quería cometer. Me contó su historia y su plan. No acepté. Entonces me exigió que le metiera al chino el lápiz de memoria. Yo consentí, ya que amenazó con denunciarme de mis negocios turbios.

—¿Y por qué no cogió la pistola que tenía en su habitación? —le cortó Miranda.

—Porque una vez le implanté el *pendrive* al chino, me sedó a traición. Y pasé a ser una víctima más. Intenté hacerle entrar en razón. Pero ya lo tenía claro y nada podía pararlo. Cuando abrí los ojos, estuve amordazado y atado junto a la piscina climatizada. El muy cabrón la había vaciado y tenía al Cebolla y a su primo en el fondo. Cuando pensé que iba a irse… llamaron al timbre, se trataba de mi exmujer y de Clarita… venían a por la manutención que yo les pasó en B. El hijo de puta las hizo entrar y, una vez dentro, narcotizó a Clara y con Clarita solo tuvo que usar cinta americana para retenerla. Entré en pánico. Temía que les pudiera pasar algo si no accedía al plan. ¡No me quedaba otra! Las tomó como moneda de cambio. Ahora me tocaba llevar el cadáver hasta el Arco de la Victoria, actuar como si esto fuese entre usted y yo, y despistarlos como si yo fuese quién hubiese urdido el plan. Y hasta ahí, es todo lo que le puedo contar. ¡No sé cómo capturó a mi asistenta!

—Carmen Victoria fue secuestrada el día 1, ya que usted no le cogía el teléfono y preocupada fue a visitarlo. Fue apresada por Job en su domicilio, ya que este malnacido decidió seguir allí un poco más para limpiar las pruebas —apagó la grabadora—. Pues hemos concluido. Ya está todo claro y explicado.

—¡Mátelo! No tenga piedad con él.

—Supongo que ahora siente con la misma intensidad, lo que yo sentí por usted. ¿Explíqueme como es ese dolor? Insoportable ¿verdad? Pues ahora piense que no tendrá consuelo jamás, haga lo que haga.

—¡Le pido perdón de corazón! ¡Lo siento! —se derrumbó en un llanto hundiendo su cabeza entre los brazos—. Hasta ahora no sabía lo que realmente se sentía cuando ya no están los que verdaderamente nos importan.

Miranda se frenó bajo el marco de la puerta. Lentamente fue girándose.

—¡Ah! Y una cosa. No tenemos ni pajolera idea del estado de su mujer y su hija —el recluso puso los ojos como platos y mordió su labio. El abogado retomó el informe post mortem y lo ojeó de nuevo —. Es un montaje realizado por el Grupo de Delitos Telemáticos para tumbar sus defensas y engañar a tu brillante cerebro. Ahora sabemos dónde vive el causante de este maldito calendario de adviento. ¡Un

placer!

—Pero… —su rostro se conmutó—. Ahora sí que están en un verdadero peligro. Me prometió que las mataría si yo no os aguantaba hasta el día 20. Por favor… ¡procure que no las mate! Este plan de hacerme creer que las había asesinado ha sido muy cruel por vuestra parte.

—Ya lo dijo Jesucristo: el sufrimiento os hará comprender.

Y se marchó con una sonrisa de oreja a oreja.

Bimba y lola

Verbeke llegó a los aledaños del tanatorio. Buscó la orden judicial de registro que llevaba meses rondando por la guantera y con la que días atrás fantaseó con usar para que atendieran a Roca en urgencias tras ser agredido por el Cebolla. La metió en su bolso con recelo y aguardó en el habitáculo a que llegara su compañera. Sacó su teléfono móvil y buscó las redes sociales de José Oviedo Barrera. «Solo tiene Tweeter», averiguó. Su última publicación fue a finales de noviembre y en ella salía la figura de la Diosa de la Justicia. Hizo una captura de pantalla y guardó su móvil. Al alzar la mirada, se dibujó ante sus ojos una iglesia pequeñita con la fachada encalada y con una gran cruz coronando el tejado. En la acera contraria a la capilla, estaba el velatorio municipal. Este edificio tenía una sola planta y capacidad para albergar hasta cincuenta personas. Tres chimeneas emergían del tejado, pero solo una expulsaba humo; por lo que Julia dedujo que ya había un difunto en plena combustión.

A las afueras, había multitud de coches y personas que iban y venían con el semblante serio. Un hombre taladraba la pared con una broca gruesa, afianzando una barandilla que había cedido debido a que la gente lo usaba de asiento mientras fumaban. Julia Verbeke reconoció la inconfundible silueta de su compañera Nekane y salió a su encuentro. Una vez dentro, el sonido estridente del taladro se amplificaba enmascarando el llanto de los que habían sufrido una pérdida. Las paredes estaban pintadas de color albero, y en el pasillo había bancos de madera donde familiares y allegados llevaban el duelo. Y es que, el dolor por la falta repentina de un ser querido no tenía consuelo, y, sobre todo, cuando injustamente el proceder de la vida se saltaba la línea temporal dictada por el ciclo de la naturaleza y en vez de a los abuelos que habían encumbrado su existencia hasta la longevidad, la muerte se llevaba por delante a un joven en la flor de la vida.

Julia hurgó en su bolso de marca Bimba y Lola, tomó la placa y sin perder más tiempo se dirigió hasta el recepcionista, que vestía chaqueta negra y corbata granate.

—¡Buenas noches! Somos de la Policía Judicial de la Guardia Civil, estamos recabando pruebas para un caso bajo secreto de sumario —le mostró la identificación en la palma de la mano—. ¿Me podría decir si un difunto de nombre Darwin ha sido llevado al horno?

El repeinado recepcionista se sobrecogió, no entendía que podía querer una guardia civil vestida de paisano y pensó en alguna negligencia cometida por parte de su empresa funeraria —pero lo que

no sabía es que la imprudencia la iba a cometer la que venía de parte de la ley—. El chico tecleó en su ordenador y luego alzó la mirada a Julia para responderle.

—Sí. Le corresponde el horno número dos.

—Pero, ¿en qué sala lo están velando?

—El velatorio ya ha terminado —comprobó su reloj digital—. Son las seis y cuarenta y cinco. Supongo que ya estará siendo incinerado.

Verbeke resolló desesperada, pues sus planes se estaban fundiendo.

—¿Podría hacerme el favor de llamar al operario encargado de encender los hornos? ¡Qué venga de inmediato! Lo espero en la sala 2.

Verbeke se abrió paso con los codos, hasta que finalmente se coló en la sala del horno crematorio. Nekane siguió su estela. Dentro, había una mujer de cuarenta y dos años, vestida de negro y llorando desconsolada. La estampa resultaba estremecedora, pues estaba completamente esperando a que Darwin se hiciera cenizas. Nekane soltó el maletín sobre uno de los sofás y miró con cierta inseguridad a su compañera. Descontenta con la acción que iban a llevar, le susurró al oído.

—No creo que sea buena idea irrumpir en la agonía de un corazón roto.

—Este no era trigo limpio que digamos —le masculló con disimulo ajena a la empatía. Luego caminó hasta la mujer y se sentó a su lado —. Mi más sentido pésame.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Amigas de mi hijito? —preguntó haciendo notar su acento ecuatoriano. Julia negó con la cabeza—. Lo siento… es que no ha venido nadie. Parecía que estaba solo aquí en España.

—Soy Guardia Civil, señora —le mostró la placa y se identificó.

La mujer, de nombre Graciela, se enjugó las lágrimas con los puños de su chaqueta y añadió con tono triste y voz sibilante.

—Darwin era buen niño, pero empezó a tener mala junta desde muy pequeño. Su padre bebía y decidió venir aquí huyendo de las bandas rivales de mi país. ¡Me prometió que me iba a comprar un apartamento! —se le iluminó la mirada lo justo antes de romper a llorar de nuevo—. Pero ha muerto muy joven.

—No estoy aquí para juzgar si era buena o mala persona. Estoy investigando el crimen de su hijo y creo que se nos ha pasado una pista relevante. Sé que no es plato de buen gusto lo que le estoy pidiendo, pero le ruego que salgan de la sala para tomar unas huellas dactilares de Darwin.

—No voy a abandonarlo ahora… llevábamos tres años sin vernos y que menos que me despida de él en este último instante.

—¿No le gustaría que los culpables de la muerte de su hijo se pudran en la cárcel? —la embaucó pensando en que cada minuto

corría en contra de la integridad del *pendrive*—. Solo serán unos minutos.

La mujer, de metro cincuenta y pelo recogido en una cola, anadeó hasta la puerta y abandonó la sala. Nekane ocupó el lugar de Graciela con el maletín científico entre sus manos. Enfrente, en la pared color verde pistacho, había una puerta metálica encastrada que le recordó a una caja fuerte —y no estaba equivocaba, dentro estaba el tesoro más preciado para una madre: su hijo—. Junto a la compuerta había una palanca y un panel de control con dos botones: verde y rojo.

La puerta de la sala se abrió de golpe y por ella entró un hombre bajito y de rostro risueño. Vestía un pantalón de pinza gris y un jersey azul marino con restos de polvo. Sin lugar a dudas, se trataba del mismo tipo que atornillaba la barandilla en la puerta de entrada. A Verbeke le recordó a Chespirito, el actor que interpretaba al Chavo del 8 en aquella serie mexicana, allá por los años 80.

—Hola. Soy Miguelito: el cremador —se presentó como operario responsable. Su marcado acento mejicano no daba lugar a dudas sobre su nacionalidad de origen. El hombre se prestó a colaborar—. ¿Y ustedes se llaman?

—Teniente Bimba y agente Lola —suplantó la identidad de unas fabricantes de bolsos—. Encantadas, Miguelito. Tenemos que apagar el horno —le soltó de sopetón Verbeke mostrándose convencida en su decisión; como si detener una incineración fuese un microondas que se desenchufa en pleno funcionamiento. Nekane miró al suelo evitando ver la reacción en el rostro del operario—. ¿Hace mucho que habéis metido el féretro?

—Cinco minutos más menos —respondió el encargado de accionar los quemadores sin dar crédito a la extraña petición—. En serio, ¿quieren detener el proceso?

—¿Me ve riendo? —lo cortó Verbeke muy desesperada por las llamas que rugían tras la compuerta—. ¿Cuánto tarda un cuerpo en hacerse cenizas?

—Tres horitas o así —sentenció Miguelito—. El quemador funciona a unos 850 grados centígrados… y en el proceso, la parte orgánica se separa de la ósea. Luego los huesos que no se han consumido, se pulverizan en una cremoladora.

—Pues no hay tiempo que perder, amigo. Tenemos que confiscar el cadáver antes de que se haga polvo —le metió prisa Verbeke ante la pasividad del operario.

—Disculpe, nunca me han pedido que haga algo así —admitió el mejicano rascándose la coronilla—. ¿Traen una orden o algo?

Verbeke le mostró el papel cuyo contenido poco tenía que ver con lo que le estaba pidiendo. El hombre miró la firma, vio los sellos y accedió a regañadientes.

—El Teniente Coronel habló con el gerente del tanatorio… ¿verdad Lola? —metió en el ajo a su amiga.

—Ssss —afirmó tímidamente.

—Aun así, me gustaría confirmarlo personalmente. Luego me llevo broncas por todo.

—Miguel, no nos ponga las cosas más difíciles: está entorpeciendo una investigación criminal —boicoteó sus planes de llamar al jefe.

—¡Órale! —accedió temeroso—. No sé en qué estado estará cuando abra la compuerta —el operario pulsó el botón rojo y el lanzallamas se apagó—. Ahora se detendrá la turbina y habrá que esperar que se vayan los gases y se enfríe la cámara. Siéntense. Esto va a tardar.

Verbeke elucubró sobre lo que podía encontrarse dentro y recordó la teoría cuántica, de que el resultado iba relacionado con el pensamiento que tenía la persona que abría la caja. Y su mente no fue muy halagüeña que digamos, ya que era plenamente consciente de que el material y los componentes del lápiz USB se podían haber desintegrado a tan alta temperatura. En cambio, Nekane pensaba en cómo demonios iba a distinguir la sutura de la carne churruscada, ya que era muy posible que el cadáver fuera un amasijo de músculo, piel y hueso tras llevar cinco minutos recibiendo una llamarada a más de 800 grados.

Miguelito se llevó la mano hacia la cintura, hizo un gesto viciado y sacó su viejo teléfono de la funda. Verbeke sabía que el horno iba a tardar en enfriarse lo suficiente como para poder abrirlo, y decidió ocupar la mente de Miguelito para que no siguiera dudando de la veracidad del documento.

—¿Llevas muchos años trabajando de esto?

—Veinte años —respondió empleando un tono que evocaba hastío —. La mayoría los llevé a cabo en mi país.

—¿Alguna curiosidad para esta mente inquieta?

El operario se sintió importante y protagonista ante la mirada azul de aquella guardia civil que cumplía con sus cánones de belleza. Hacía mucho que una mujer tan atractiva y voluptuosa no lo miraba de tan cerca. Miguelito se entusiasmó con el relato.

—¿Sabe qué si el difunto tiene obesidad mórbida, tiene que reunir una serie de características para ser incinerado? Hay que calcular el peso y el volumen del cuerpo para ver si la potencia del horno puede con él.

—¡Interesante Miguel! —se entusiasmó Verbeke fingiendo que disfrutaba del relato, mientras tanto Nekane revisaba su maletín pensando en lo ávida que era su compañera—. Yo he escuchado que el cráneo se queda tal cual, que es la parte más resistente incluso para las brasas. ¿Es así?

—Tal cual —respondió el operario buscando su teléfono a tientas.

—¿Qué es lo peor que le ha pasado en su dilatada profesión? —le sujetó la muñeca para frenarlo. Miguelito se sonrojó—. Veinte años deben dar para muchas anécdotas.

—Una vez explotó un horno allá en Ciudad Juárez… Ya hace muchos años —recordó con anhelo—. ¡Imagine el susto!

—¿Y eso? —curioseó la teniente—. ¿Demasiada grasa corporal?

—Un marcapasos —resolvió el operario alzando las cejas con sorpresa.

—¿Entonces hay que extraerlos antes?

—¡La luz verde se ha encendido! —señaló Miguelito evitando responder a Verbeke, ya que no sabía bien la respuesta—. Podemos abrir el horno. Los gases se habrán ido, pero igual hay que usar el extintor para apagar la madera del ataúd.

El esperado momento llegó. El operario tomó dos guantes ignífugos, como los que usaba Julia Verbeke en casa para sacar los bizcochos del horno. Luego, abrió la compuerta. Las guardias civiles miraban expectantes el recuadro de metal encastrado en la colorida pared de color verde pistacho.

Lo primero que llegó a sus sentidos fue el olor.

Genuino.

Asquerosamente insoportable.

La teniente notó cómo un bolo ácido le subía por la garganta, como si tuviera ardentías tras haberle dado un mordisco al humeante cuerpo del Cebolla. Ante la mirada de asombro del operario, caminó hasta la apertura. Nekane encapsuló sus rizos en un gorro desechable, se ajustó una mascarilla quirúrgica y se puso guantes. Entre sus dedos tomó el bisturí y unas pinzas largas. Estaba lista para hurgar en el cadáver. Miguelito vació el extintor sobre la madera incandescente. Por suerte, el ataúd había hecho de escudo, y el tejido presentaba quemaduras leves y llagas. El operario arrimó lo que quedaba del arca hacia fuera, colgó el extintor en su sitio y decidió salir de la sala para dejarlos trabajar.

—Nekane, no estás obligada a estar aquí, yo lo haré —le dio la oportunidad de librarse del marrón—. Espérame en el coche. Solo necesito el maletín.

—¡Ni hablar Bimba! —le mostró su apoyo sumando un tono burlón —. Además, tenemos que darnos prisa antes de que Miguelito llame al gerente y el Teco nos meta un puñado de caramelos de regaliz por el trasero.

—¡Esa es mi Lola!

Una vez se disipó la humareda al completo, comprobaron que la cabeza del sicario pegaba a ellas y los pies apuntaban al fondo; por lo que tenían que estar viéndole el rostro todo el tiempo. Nekane procuraba fijar su atención en el abdomen, donde según el cirujano,

había abierto una herida para alojar la memoria. Los tonos pálidos y marrones veteaban aquel cuerpo repleto de ampollas y dificultaban la tarea de apreciar cualquier bulto bajo la epidermis. Sin perder más tiempo, fue cortando la carne aleatoriamente, en busca del milagro. La piel se mostraba seca y dura oponiendo resistencia al bisturí. Verbeke se asomó tras ella. Hizo una inspección ocular hacia el fondo del horno. Observó cómo los tejidos blandos del cadáver se habían retraído y las manos se habían puesto en posición de defensa, como si estuviese en guardia protegiéndose del soplete que lo estaba friendo. Y pensó que, si la madre del Cebolla estuviera allí, podría pensar que a su hijo lo estaban quemando vivo; pero Julia había oído hablar del fenómeno y sabía que se trataba de una respuesta física y normal al someter los tendones y músculos a una alta temperatura. Simplemente se comportaban de la misma manera que un filete graso de cerdo sobre una plancha de cocina: tendían a encogerse y mostrarse rígidos. En la jerga pericial, a este fenómeno se le conoce por «la postura del boxeador».

Nekane empezó a sudar. De su frente caían gotas de sudor sobre el rostro desdibujado del cadáver. Darwin, el Cebolla, parecía que estaba llorando; inerte, como si fuese consciente de que ya no estaba respirando entre los vivos.

—Esto es buscar una aguja en un pajar —se quejó Verbeke.

La puerta se abrió y apareció Miguelito con la cara compungida. Tenía los puños cerrados y semblante serio. En vez de al chavo del 8, en esta ocasión le recordó al Chapo Guzmán.

—Mi jefe dice que nadie lo ha llamado. Quiero ver esa orden para reportar una foto a don Jesús.

—¡Aligera! —le susurró a su compañera—. Yo lo entretengo.

Nekane seguía procurando incisiones en busca del invento, mientras oía a su compañera como soltaba excusas y le gastaba bromas. En uno de esos intentos, la cuchilla topó con algo duro. La de Científica dejó de lado la herramienta de corte y con los dedos sujetó el *pendrive* y lo llevó al maletín.

—¡Bingo! —expectoró Nekane—. ¡Hemos terminado!

Ignorando literalmente al operador, cerraron la compuerta y recogieron el maletín. Salieron a darle un abrazo a la madre del Cebolla y las gracias por la comprensión en un momento tan delicado. A las bravas, abandonaron el tanatorio bajo la mirada sospechosa de Miguelito que, por culpa de las agentes Bimba y Lola, temía que su puesto estuviera en peligro.

—¿Crees que se habrá estropeado?

—Por fuera está intacto —presumió Nekane metiendo el maletín en el maletero.

—Pues vamos a llevárselo a Téllez, ya —alentó la teniente.

Cada una en su coche, pusieron rumbo al Edificio de Cristales. Verbeke realizó una llamada a Roca para trasladarle el hallazgo, pero ya estaba a las puertas de la vivienda de Job dispuesto a realizar el asalto. Y no respondió al teléfono.

Luz en la oscuridad

Para el reloj del coordinador de asalto eran las 19:00, para la cabeza del Teniente Coronel, ya era demasiado tarde. Estaban a día 17 y el puto Job seguía siendo un espectro al que no podían darle alcance. La respiración, bajo los pasamontañas que cubrían los rostros del equipo de asalto, sonaba como una manada de caballos a punto de dar un relincho. La tensión era máxima, ya que dentro podría estar una de las peores amenazas del país en estos momentos. Los agentes habían tomado posiciones y solo esperaban la orden del Teniente Coronel Miranda para entrar en la casa.

La vivienda tenía dos plantas y una fachada descolorida que llevaba años sin una mano de pintura. Arriba, el tiro de una chimenea y tejas repletas de musgo. La valla perimetral estaba invadida por una frondosa hiedra que se propagaba por las ramas de un solitario limonero que habitaba el patio. Las persianas estaban cerradas a cal y canto y no parecía haber actividad dentro.

—Chicos —habló el Teco por el *walkie*—. Tenemos que actuar rápido y con determinación. Es posible que el sospechoso esté dentro y que además tenga a rehenes. Entre ellos, una niña de doce años y su madre, así que cuidado con los gatillos rápidos. Si por un casual sentís que Job os pone en peligro con la firme idea de hacer estallar un artefacto o amenaza con pulsar un mando… ¡Abatidlo! No vamos a correr más riesgos ¿entendido?

El equipo dio el okey, y tomó posiciones para asaltar la vivienda. Dos de los más hábiles saltaron por la valla como si fuesen gatos callejeros, el resto se aproximó hasta la puerta principal. La tensión era palpable y sus corazones latían fuertemente bajo los chalecos antibalas. El ariete destrozó la cerradura de un tosco golpe. Por los flancos de la vivienda aparecieron los dos asaltantes caminando con sigilo y haciendo señas con las manos: habían oído un murmullo muy cercano a una de las ventanas de la planta baja.

Roca miró al Teniente Coronel con cierta expectación. No sabían que podía haber dentro. Incluso podía haber un hilo detonador esperándoles a la entrada. Pero no era momento para boicotear el valor que les proporcionaba la adrenalina.

—Está claro que nos vamos a encontrar algo dentro, sargento —masculló.

—Vivo o muerto… pero algo habrá, mi Teniente Coronel —lo descorazonó.

La herramienta pesada y maciza, diseñada para derribar puertas, hizo un amago para medir la trayectoria, y tuvo que emplearse hasta

en cuatro ocasiones hasta oír el sonido de la madera y el metal rompiéndose. Al grito de: «¡Alto! ¡Guardia Civil!», avanzaron con las armas de asalto listas para neutralizar a cualquier posible amenaza. Toda la vivienda había sido registrada y ni rastro de Job. Solo faltaba por mirar una habitación cuya puerta tenía un candado exterior.

Roca se aproximó y pegó la oreja. Dentro se oía un murmullo continuo pero ininteligible. El pasillo era tan estrecho que no cabía el ariete, así que recurrió a una pistola para romper el candado. Tras el estruendo se abrió la puerta. Sobre sus hombros florecieron tres cañones largos. Pero al otro lado no había objetivo al que abatir, más que a una televisión y un radiador de barras. En la pantalla, una serie americana de humor: *Los Thunderman*. La habitación olía igual que un váter de un bar de copas en hora punta. Al encender la luz encontraron el origen de la peste en un barreño con pis y heces. Muy cerca, había eslabones gordos que conducían a una cama de matrimonio. Bajo las sábanas había una silueta. A los pies de la cama, encontraron dos pares de zapatillas y una botella de agua por la mitad. A pesar del ruido, el bulto no se agitaba. No tenía estímulo ni respondía a las voces. Miranda y Roca se volvieron a mirar como si tuvieran telepatía y ambos recordaron la misma frase que se dijeron antes de entrar: «vivo o muerto, pero algo habrá». Antes de correr las sábanas y descubrir que se ocultaba, decidieron asegurarse que bajo el somier no había nadie escondido. Una vez descartada la conjetura, Miranda tomó la tela por un lateral y con energía destapó la silueta. En posición decúbito lateral, había una mujer rubia con un pijama mugriento. Tenía los ojos cerrados y sus brazos cubrían de manera protectora a su hija que vestía un chándal abrigado. Ambas con la boca tapada con cinta americana y una cadena corta que las unía por el tobillo. Roca comenzó a desenrollar el adhesivo que daba varias vueltas por el perímetro craneal de la niña. A la primera vuelta, oyó un quejido. Luego abrió un ojo y elevó una ceja. El sargento se quitó el pasamontañas y se llenó de entusiasmo: «¡La niña respira!». Clarita hizo un gesto parecido a una sonrisa. Con un floreciente instinto paternal, Roca se la arrebató a su madre y la apretó en su regazo emocionado. Los componentes del equipo fueron a por herramientas y trajeron una cizalla de corte. Rompieron las cadenas y comprobaron el estado de la mujer adulta, cuya piel estaba caliente al tacto.

—¡Tiene pulso! —aclaró uno de los asaltantes—. ¡Llamad a un SAMUR!

La tensión que había llenado el aire momentos antes empezó a disminuir a medida que el equipo de la Guardia Civil se daba la enhorabuena. No habían encontrado a Job pero sí tenían a Clara y Clarita, sanas y salvas.

Cuando Miranda volvió al salón, se encontró una mesa preparada

para cuatro comensales y con un mantel navideño. Tenía un centro de mesa con velas rojas y piñas pintadas en color plata. Servilletas con muñecos de nieve impresos y cubiertos de plata repletos de polvo. Los platos estaban vacíos y se podía divisar moscas muertas y suciedad acumulada. Cuatro copas de champán y cuatro de agua sin contenido. En un rincón dos folios grapados, en el de arriba ponía un 24. Miranda se acercó con intriga y volteó la hoja. Estaba manuscrita, con la misma y mala caligrafía que la carta que le entregó en el mirador la actriz y la que dejó Job en la lápida de Candela. Estaba incompleta. Roca se aproximó hasta su jefe.

—¿Ha dejado un número? ¿Sabía que íbamos a venir?

—Tiene número, pero la ha dejado aquí a sabiendas de que algún día daríamos con su identidad y su domicilio. Está incompleta…

—¿Y de qué habla?

—De lo mismo que me explicó Borja de Pellicer en el penal sobre las desgracias de Job.

—Encima quiere que sintamos penal por él… ¡Hay que joderse!

Miranda leyó el segundo párrafo de la carta en voz baja.

—La ventana número 24. Nochebuena. Imagínese esa señalada noche en este mismo salón y solo. Sin ningún miembro de mi familia vivo. Sin mi hija Blanca, sin mi madre y sus villancicos, sin mi padre contando la misma anécdota de cuando descorchó el champán y mató a un agapornis cascarrabias que teníamos suelto por la casa. No sabe lo feliz que un día fui a pesar de que mi mujer ya no estaba cuerda, y de que mi hija sufría un retraso cerebral. Y sin ellos, me di cuenta de lo insignificante que me era. Entonces entendí que nuestro lugar en el mundo nos lo da la gente que nos quiere. Desde aquella primera Nochebuena, desahuciado por el puto virus chino, decidí no recoger la mesa para que año tras año me recordase que, si estoy solo y enfermo, es por culpa de terceras personas que decidieron por mí. Que me arrojaron contra un virus desconocido y sin medios de protección. Ahora ya saben por qué estoy haciendo todo esto. Ya conocen el móvil y las razones de mis crímenes. Podía haberme inyectado un sedante y haber acabado con mi sufrimiento. Pero el rencor y la ira que mi cuerpo albergaba me hizo sentirme empoderado y capaz de dar una última lección a los que me amargaron la existencia. La duda que siempre me quedará será conocer si encontrareis esta carta cuando yo ya haya desaparecido o estando en la cárcel cumpliendo mi pena. Y una cosa, no me arrepiento de…».

—Todo lo que he hecho —completó la frase el sargento.

—Ahora vayamos a por ese cabrón —asumió la responsabilidad de darle caza—. Ya no puede ocultarse más. Hay retratos robots por todas partes con su cara. Además, necesitará las botellas de oxígeno para sus pulmones. Localicemos su vehículo utilitario, pues no le

queda otra que actuar de inmediato antes de que se quede sin aire en los pulmones.

—¿Y Verbeke?

—Me dio la orden por teléfono, pero no la he visto por el edificio. Hace un rato me estuvo llamando, pero estaba concentrado en el asalto.

—La llamaré para darle la noticia —le sugirió Miranda—. Y le preguntaré dónde coño se ha metido

Al otro lado hubo respuesta. La voz enlatada y traviesa de Verbeke descolgó al primer tono.

—Mi Teniente Coronel ¿lo habéis cogido in fraganti?

—No. Ese tipo ha salido. Pero vamos a dejarlo todo como si no hubiésemos asaltado la vivienda, y lo vamos a esperar a que regrese. Entonces sí lo pillaremos.

—Eso si no se ha coscado de que ya habéis ido.

—Bueno, no tenemos nada que perder. Por cierto, no me preguntas por lo más importante.

—Me da terror preguntarle por las Claras… después del montaje parece que he invocado ese resultado.

—Pues se equivoca, teniente. ¡Están vivas y a salvo!

—¡Toma ya!

—Ese cabrón las tenía retenidas en una habitación y se ve que las sedaba continuamente y las amordazaba para que no gritasen. Apenas podían mantenerse en pie, pero no están heridas ni han sufrido lesiones de ningún tipo; algo descuidadas, pero cumplió su parte del trato con el cirujano… ¡Verbeke! ¡Su plan ha sido todo un éxito! ¡Buen trabajo! Ahora nos queda intentar intuir quienes son sus objetivos y protegerlos para evitar que consuma su venganza. Por cierto ¿dónde se ha metido?

—Estuve haciendo pesquisas de las mías… de las que a usted no le gustan.

—Verbeke que nos conocemos… —temió por sus acciones.

—Ha merecido la pena, jefe ¿y sabe por qué? Porque sé quiénes son los objetivos de Job. Le espero en la sala de operaciones. Se va a sorprender.

24 nombres

21:00 de la noche
17 de diciembre de 2023

El ritmo frenético de la operación tenía a la Unidad sumida bajo el yugo del cansancio y el sueño. Ya no había café ni Red Bull capaz de sostener los párpados ni de rellenar las lagunas mentales. La situación requería de un esfuerzo titánico por cada uno de ellos, y por más casos que habían abordado, nunca se acostumbraban a estar en vela y tener las pulsaciones a mil por hora.

En la pantalla blanca se proyectaba el contenido del *pendrive* que tuvo alojado el Cebolla en su pectoral desde el día 1. Por suerte, las llamas del horno crematorio no habían dañado el dispositivo. En la pared se podía apreciar un listado con nombres, horas, días de la semana y ramificaciones. Verbeke en pie y junto al pizarrón, explicaba el contenido.

—Bueno, decir que el Cebolla tenía las soluciones alojadas en su cuerpo. No voy a decir el modus operandi de cómo lo he conseguido… pero aquí está el listado completo de todas sus víctimas. Nos había dejado sus objetivos como una oportunidad para advertir a sus futuros objetivos.

—Eso no tiene sentido —se opuso a lo obvio—. Si yo llevase años elaborando un plan, no le daría esa información a mi enemigo para que me frustrase el colofón final.

Verbeke, Téllez y Miranda miraron a Roca como si fuese un extraterrestre. Tenían delante un listado detallado, con horario y fechas, pero él no le daba credibilidad.

—Es extraño, lo sé. Pero igual quiso ser clemente con nosotros. No olvidemos que todo esto está diseñado como un puto juego navideño —argumentó Verbeke—. Hay veinticuatro nombres. En la mayoría, refleja los lugares a los que acudimos con asiduidad.

—¿Acudimos? —se extrañó Roca repasando la cicatriz con forma de V de su calva ¿Estamos en esa lista?

Verbeke giro la rosca y enfocó la pantalla que se veía turbia sobre el pizarrón. Luego explicó:

—¡Exacto! Estamos el Teniente Coronel, tú y yo —hizo una pausa para ver la reacción. Téllez se alegró por no ser popular—. Recalca mi costumbre de acudir a la chocolatería de San Ginés, la tuya de ir al gimnasio por la mañana antes de venir y la misa de domingo de Miranda —miró a su jefe y parpadeó realizando algo parecido a un guiño—. Nos tenía fichados al igual que al exministro de Sanidad y su

mujer; al expresidente, su esposa, sus dos hijos y sus padres; al hermano y la mujer del Coordinador de Alertas Sanitarias de 2020, a su madre, sus dos hijos y una hija; además de altos cargos de la Policía Nacional y de la comandancia de la guardia civil de Madrid.

—¡Menuda labor de observación! —lo avaló Roca—. Nos tenía controlados. Pero en esa lista no está Federico Simón. ¿Por qué?

—Igual improvisó…

Todos quedaron pensando en la hipótesis de una lista alternativa.

—¿Quiénes pensáis que pueden ser sus objetivos principales? —preguntó Miranda señalando la pantalla.

—Yo tacharía de la lista a todos los agentes —opinó Téllez—. Su venganza no tendría sentido con las fuerzas del orden. ¡Está totalmente politizado! Yo me centraría en los familiares de los políticos. Me cuadran dentro de su contexto.

—¡Bien conjeturado!

—Eso reduce la lista a catorce…

—¿Y qué hacemos? —quiso saber Verbeke sujetándose la barbilla —. ¿Localizamos a todos los familiares y los ponemos en alerta?

—No —respondió con contundencia Miranda—. Los cerrajeros están reparando la puerta del patio y vamos a esperarlo a que regrese. Una vez cruce el patio, ¡zas! Lo detenemos y Santas Pascuas.

—Eso suponiendo que vuelva —dudo Verbeke.

—Sigue creyendo que tiene a dos rehenes. Por lo que deberá volver a echarles un vistazo. Por no hablar de todas las medicinas que necesita para tratar su «COVID persistente».

—Pues vale —se conformó Verbeke encogiendo sus hombros.

En ese mismo instante, sonó el teléfono de Verbeke. Abrió el enlace y se reprodujo un video. El Teco la miró con mala cara, le pareció una falta de respeto. La teniente añadió.

—Me parece que el plan de esperar a que el mochuelo vuelva al nido acaba de frustrarse. Mirad lo que me ha enviado un compañero. Un partido político está en la puerta de la casa de Coslada de Job. Hay cámaras de televisión y prensa.

—Pero ¿quién se ha ido de la lengua? —se molestó Miranda y dio un manotazo sobre la mesa—. ¿Cómo lo saben?

—España es un país de chismosos —dijo con desilusión Roca—. Y seguramente el de la ambulancia le haya dado el notición a alguien, y se ha ido corriendo la voz hasta que ha llegado a los oídos de la extrema derecha, y estos han decidido hacer ruido contra el anterior gobierno y el presente.

Verbeke le dio volumen al *streaming*.

«Hoy, los patriotas españoles, seguimos pagando las consecuencias de la mala gestión socialista en cuanto a la crisis del coronavirus. Y todavía no se dignan a reconocer que nos trataron como a marionetas tomando

decisiones con un falso equipo de expertos. Ni siquiera han pedido perdón a las víctimas ni tampoco a los enfermos ni a sus familias… y esa falta de valentía ha creado nuevos ciudadanos desesperados y sedientos de venganza que solo querían recibir un simple perdón por parte del Gobierno. Muertes en Madrid y secuestros… eso es una secuela persistente que, Dios sabe durante cuánto tiempo, seguiremos pagando».

—¡Qué oportunistas! —se quejó Miranda—. ¡Qué manera más sucia de hacer política! A la mierda el plan de cazarlo en la madriguera… ¡Ahora habrá que ir a por él!

—¿Y si usamos de cebo a sus objetivos? Ponemos vigilancia cerca y cuando lo veamos rondar a sus víctimas le echamos el guante.

—No, teniente. Aquí no vamos a jugar con las personas. Además, no podemos poner niñera a los catorce. Avisaremos al presidente y al Ministro de Sanidad de la anterior legislatura… pero al resto, vigilancia solo en los horarios que nos ha dado Job.

—¿Sabemos algo de su coche? —preguntó Roca.

—Es un vehículo adaptado con carga asistida para sillas de ruedas. Una *Fiat Scudo* de color negro —resolvió Téllez—. Y de momento no hay rastro.

—¿Habéis rastreado su teléfono?

—Lo tiene apagado desde hace mucho. Ningún repetidor a recibido señal de su terminal.

—Está bien…Pues hagamos un horario con los hábitos de sus objetivos y a echar horas esperando a que el burro toque la flauta.



VENTANA 18

Ojo por ojo, diente por diente

18 de diciembre de 2023
Tres Cantos (Madrid)

La nieve amontonada en las calles ya era un recuerdo pasado. Ahora solo quedaban charcos y moho por todas partes; situación que bien podría ser una metáfora del paso del tiempo y de cómo va derritiendo los sentimientos y el dolor, y los transforma en otra cosa.

El mercurio marcaba 6 grados Celsius. No había rastro de nubes ni tampoco soplaba viento. A las once menos diez, José Oviedo Barrera estacionó el vehículo en la avenida de Las Viñuelas, se comió una pieza de fruta —que no le supo a nada por la enfermedad— y preparó una jeringuilla con Midazolam, para en caso de que los ancianos opusieran resistencia, poder dejarlos noqueados de un solo pinchazo. Se encastró una gorra negra y se colocó la mascarilla quirúrgica para cubrir su rostro, ya que su identidad había sido revelada públicamente por los informativos. Cargó sobre su espalda un pesado macuto con los explosivos, el detonador y varios enseres. Se le acababa el tiempo y estaba dispuesto a poner el colofón final a su obra. A paso lento y torpe, debido a su Síndrome Inflamatorio Multisistémico, caminó hasta al número indicado. Por su vera, pasó el vehículo de seguridad privada, ya que, a esta hora acostumbraban a ir a desayunar. Los jardineros también lo hacían en la misma franja horaria —fallo estudiado por el asesino y que pensaba aprovechar a toda costa—. Tenía menos de veinte minutos para ejecutar su venganza. Job sentía como los labios se le habían hinchado y notaba un dolor intenso en el estómago. Necesitaba sus medicinas cuanto antes, pero no podía volver a su domicilio sin ser detenido. Cegado por la ira y angustiado por su lamentable estado de salud, llamó al video portero.

—¿Sí? —sonó una voz congestionada y pastosa al otro lado.

—Hola. Soy el jardinero.

—¿Qué jardinero?

—¡Ah! Usted perdone. Soy el supervisor de jardineros.

—Yo no he llamado a nadie.

—No. Este servicio funciona así y es totalmente gratis. Digamos que nos gusta revisar el trabajo que realizan nuestros empleados. Y para hacer mi informe, tengo que esperar a que se vayan.

—Nunca había oído hablar de este servicio de calidad. Llevo quince años trabajando con ellos y nadie había venido.

—Ya. Lo estamos llevando a cabo para mejorar nuestro equipo.

—Me parece estupendo. No siempre hacen las cosas bien. Algunos

son muy gandules.

Y le abrió la puerta.

Un burbujeo se instaló tras el ombligo de Job. Excitación y euforia que se combinaban en un coctel indigesto y a la vez energizante. A recibirlo salió Tomasa, una colombiana que estaba interna para cumplir todos los designios de la pareja de ancianos.

—¡Hola! —lo saludó—. Vengo a acompañarle, hace mucho frío para que el señor Sánchez salga al exterior. Me ha pedido que les traslade las quejas por la elección de flores elegidas por los jardineros.

—Con la nevada las flores se han marchitado —argumentó preparando la inyección. A sus pies resonó el capuchón que cubría la aguja al rebotar contra las baldosas. Seguidamente, se acercó por detrás y le tapó la boca a Tomasa. Le inoculó el sedante y en cuestión de segundos dejó de patalear—. ¡Shh! ¡Shhh!

Depuso el cuerpo con cuidado sobre un lateral del jardín y caminó hacia la rampa de entrada. La casa de ladrillos vistos y balcones blancos tenía una estética elegante. De la pared colgaban dos platos de cerámica con los escudos heráldicos de la familia. También había cámaras de seguridad por todas partes. A Job no le importó lo más mínimo. Estaba a un paso de hacer realidad su venganza.

Una vez subió, empujó la puerta y cerró con el talón. Echó el cerrojo y caminó por aquel pasillo que parecía de estilo barroco. Las fotos que decoraban la pared eran las del hijo de la pareja de ancianos. En ellas se veía a Pascual Sánchez en distintos eventos, así como el día en que fue nombrado Jefe de Estado. En una sala repleta de libros y estatuillas abstractas, había un anciano sobre una silla de ruedas. Estaba de espaldas al asesino. Vestía una camisa lisa y tenía un corte de pelo clásico. Su mirada se volcaba en descifrar un libro de letra pequeña que hablaba sobre la Segunda República. De la cocina, vino una septuagenaria a recibir al extraño. Se apoyaba sobre un tacataca y vestía como si fuese a salir de un momento a otro. La casa olía a ambientador y producto para limpiar moquetas. Job se retiró la mascarilla y se quitó la gorra. Dejó en el pasillo la mochila y llamó al anciano. Las ruedas de la silla crearon un desagradable chirrido sobre el pulido del mármol. A pocos metros, la anciana le preguntó sobre su identidad. El intruso espero a tener a los dos ancianos delante de él. Miró su reloj y se inventó un informe sobre jardinería de exterior.

—Encantado de conoceros.

—¿Y Tomasa?

—La asistenta está fuera anotando todos los daños creados por la nevada, para reemplazar las flores por unas frescas.

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Francisco Oviedo Barrera.

—Encantado —respondió el anciano.

Job estiró la mano y sujetó la del señor con firmeza. El gesto se alargó mientras lo miraba con desidia. En un gesto violento y brusco, tiró hacia él levantando al hombre de la silla y haciéndole caer de bruces contra el suelo. La anciana intentó huir a golpe de tacataca, pero el intruso solo tuvo que retirarle el soporte para conseguir que la mujer quedara tumbada bocabajo.

—¿Quién demonio es usted? —se quejó el anciano luchando por reincorporarse.

—Un día fui padre, esposo e hijo… hoy soy un hombre enfermo, solitario y sediento de venganza.

—¡Se le va a caer el pelo!

—No tengo ansias por vivir.

—¿Qué quiere? ¿Dinero? Coja todo lo que haya de valor y márchese.

—Lo único que quiero es mataros. Mis padres murieron en un pasillo de hospital gracias a las decisiones de su hijo como presidente y responsable de la pandemia de 2020.

—Mi hijo solo era la cabeza visible de su partido —elevó la cabeza del suelo apoyando la palma de las manos sobre el mármol—. Las decisiones se tomaron bajo votación.

—El vanidoso de su hijo tuvo informes que alertaban de la gravedad de lo que estaba por venir… pero decidió aparentar que lo tenía todo bajo control. El resultado es que vosotros y él siguen con su vida. Yo… —sacó de su bolsillo un recorte de periódico—. En cambio, soy un amargado. Vuestro hijo me lo arrebató todo. Salí en la prensa de esta manera humillante: «La tragedia de un anestesista que trabajaba en el Hospital de la Paz, que tras despertar del coma inducido se encontró con todos los miembros de su familia muertos». ¿Qué les parece? —descolgó una foto y desmontó el cristal de la madera. Metió el recorte de periódico en el marco y lo volvió a colgar —. Cada vez que pase por este pasillo se frustrará pensando en lo que sufristeis, y este recorte será el recordatorio del porqué os maté.

—Solo somos dos ancianos… ya hemos vivido nuestra vida.

—No es por vosotros… es por los que se quedan. Quiero que sienta lo mismo que yo.

—La soledad es un sentimiento que todos hemos experimentado alguna vez en la vida. Esto no te va a devolver a tus seres queridos. Si buscas perdón… yo te lo doy en nombre de mi hijo.

—Me quedé solo, como un perro sin dueño. Vagando en mis miserias. Su hijo me obligó a doblar turnos y me contagié en la primera ola: la más letal. Ansiedad, falta de apetito, insomnio, hinchazón por todo el cuerpo, líquido en los pulmones… Solo hay un camino para apaciguar mis pensamientos recurrentes.

Job entró en la cocina. Fue al cubo de la basura y vació el

contenido en el fregadero. Con la bolsa negra se fue hacia el anciano y cubrió su cabeza. El hombre luchó, mientras su agresor apretaba y anudaba los extremos. El plástico se infló como un globo. La anciana, que recobraba el aliento, gritaba con desespero llamando a los jardineros que pudiera haber en el exterior, pero nadie entró a socorrerlos. En menos de un minuto, el hombre falleció. Job se acordó de sus padres y los imaginó muertos sin un respirador en el pasillo del hospital. Se sintió satisfecho de lo que acababa de hacer. Entonces le quitó la bolsa de la cabeza y se dirigió hacia la mujer con la mirada inyectada en sangre. La anciana remangó su jersey y ante la sorpresa de Job, pulsó un botón de su pulsera. «¡Mierda! S.O.S», se maldijo. El intruso colocó rápidamente la bolsa sobre la cabeza de la mujer… pero no insistió demasiado; el tiempo se le echó encima. Con premura, plegó la silla de ruedas del que ya había asesinado, tomó el macuto y salió de la casa como quién no había roto un plato. Se alejó mientras llamaba a un taxi. No tardó mucho en acudir a la ubicación.

—¿A dónde le llevo señor? —le preguntó el taxista metiendo la silla de ruedas y la pesada mochila en el maletero—. ¿Se va de excursión?

—Más bien mi aventura ha terminado —le aseguró—. Y, por cierto, tengo mucha prisa… por favor, llévame a la calle Pablo Picasso… al Centro Hípico de Pinto.

—¡Ah!¡Estupendo! Le doy gas al auto.

Los que no están

18 de diciembre de 2023
12:00 del mediodía

Solos y en la sala de operaciones, Roca y Verbeke filtraban la lista que les dejó Job en el lápiz de memoria. Ordenaban y daban prioridad a los sujetos con mayor probabilidad a ser capturados. Bajo la mesa, Julia tenía los talones apoyados sobre los muslos de Roca, como si fuese un taburete para estirar las piernas. Tras terminar su listado, le hizo al sargento una pregunta que le rondaba la cabeza.

—¿Cómo imaginas tu Navidad perfecta?

—Pues no me lo he planteado… pero me gustaría pasarla con mi familia en Barcelona. Con todos mis primos, mis tíos, mis amigos de la Universidad… —hizo una pausa antes de mirarla—. Y tú entras en esos planes.

—¡Ya me habías asustado! —bromeó Verbeke—. Sabes que yo no puedo faltar en esas señaladas fechas.

—¿Y las tuyas?

—Yo soy más de fiestuquis aquí en el Edificio… pero la verdad es que el año pasado sin Mendoza y este sin Zamorano, no será lo mismo. Pero este treinta y uno, especialmente, me gustaría tomarme las uvas en mi casa, contigo y aunque no te lo creas, con el Teco. Toda la temática de la soledad que ha envuelto este crimen me ha hecho recapacitar sobre lo efímera que es la vida y como la gente hay que disfrutarla en el hoy… porque el día menos esperado no estarán.

La puerta se abrió de golpe. Verbeke bajó los pies de los muslos de Roca y se reincorporó en su silla. «Hablando de Roma por la puerta asoma», se dijo al ver a su jefe. Su rostro no daba lugar a la confusión: algo gordo debía de haber pasado.

—¡Ese lunático otra vez! —exclamó con ira—. Parece un puto fantasma.

—¡¿Qué pasó?! —se sorprendió Roca—. ¿Otra víctima?

—El padre del expresidente del gobierno.

—*What?* —respondió Verbeke con asombro revisando la lista.

—El muy cabrón se ha presentado en su casa aludiendo que iba revisar el trabajo ornamental de los jardineros. Una vez le abrieron, ha sedado a la asistenta y… ha asfixiado con una bolsa de basura al anciano. También lo intentó con su esposa, pero por suerte tenía una pulsera de emergencia y activó el botón de socorro. Las cámaras lo han grabado todo. Ha dejado su vehículo abandonado a una calle de allí. Le costaba trabajo andar. A pesar de ello, llevaba una silla de

ruedas y una pesada maleta. Se ha tenido que desplazar en un taxi o un Uber.

—Los padres del expresidente Sánchez no aparecen en la lista —indicó Verbeke.

—Revísalo de nuevo.

—No. No están —confirmó Roca.

—Ya le pillo el juego —adivinó Verbeke—. La lista era para despistar… la verdadera lista son los que no aparecen. Por eso no estaba el Coordinador de Alertas Sanitarias. ¡Hay que revisar quién falta!

Miranda hizo las gestiones y llamó a las personas más relevantes de aquel elenco de víctimas. Tras veinte minutos emprendiendo contactos, recibió un nombre que no aparecía en la lista y que estaba ligado de manera estrecha a uno los objetivos.

—¡Ya sé quién falta! —respondió con tono diligente—. La hija de 19 años del Ministro de Sanidad. Y por desgracia sale a la 13:00 del Centro Hípico de Pinto. Al parecer da clases de equinoterapia. Tiene un Mercedes clase A plateado.

—Pues la chica encaja a la perfección en la selección de ese demente. Job tiene que actuar ya. Se le acaba el tiempo y sabe que le pisamos los talones.

—¡Pues tenemos que ir allí a la de ya! —se levantó Verbeke.

—No. Voy a ir yo solo para no levantar sospechas. No se nos puede escapar.

—Mi Teniente Coronel, no es por dudar de sus capacidades, pero Job le va a reconocer de lejos —se preocupó la teniente—. Recuerdo como le metió en este retorcido juego.

—Me voy a rapar la cabeza y el bigote. Y le voy a pedir a Téllez que me preste su cazadora vaquera. ¡Voy a poner fin a esta mierda!

—¡Vaya! Eso no me lo esperaba. Yo le acompañaré.

—No. Y no es por dudar de sus capacidades —le soltó con retintín—. Pero el sargento está en mejor estado de forma que usted.

—No me haga perderme la fiesta —le rogó uniendo las palmas de las manos.

—No estoy para discutir mis decisiones. Solo pienso en acabar lo que empezó conmigo.

Miranda salió dispuesto a cambiar de *look*.

Verbeke se sentó sobre la mesa y Roca se aproximó a ella para consolarla.

—No te preocupes. Vamos a poner fin a este caso —le dio un pico—. Y vamos a cerrar todas las ventanas de una jodida vez.

Verbeke se quedó sola. Con cara de boba y maldiciendo su persona. El fastidio le hizo caer en el tedio. Aburrida, bicheó su móvil en busca de la noticia del reciente asesinato. Luego abrió el *twitter* de José

Oviedo Barrera para ver si después de semana de inactividad había puesto algo. Para su sorpresa había colgado un *Tweet*: un video que mucha gente había retuiteado. Pulsó el botón y lo reprodujo. En él, salía el sospechoso temblando y con un detonador de cuenta atrás en sus manos.

«Mi venganza ha sido todo un éxito. Incluso el padre del expresidente del Gobierno me ha pedido perdón en persona. Quiero decir a favor de Borja de Pellicer, que ha sido juzgado por una serie de crímenes que no cometió. Yo lo planeé todo y lo ejecuté. Lo obligué a que implantara dos pendrives a distintas personas. Pero es libre de toda culpa. Déjenlo que disfrute de su familia. Tiene una hija preciosa. Le pido perdón por todo el daño… y doy las gracias por haber contribuido de manera forzosa, a que mi plan haya culminado… Borja es otra víctima de las decisiones de terceros… Ahora voy a inmolarme. Y me reuniré con mi hija Blanca y mis papás. ¡Qué os den hijos de puta!».

Verbeke no salía de su asombro. «El muy cabrón lo va a hacer volar todo por los aires… y con él, el Teco y mi Iván. No puedo permitirlo». Llamó a sus dos compañeros, pero no le respondieron. Entonces, metió sus cabellos en el gorro de lana. Tomó su abrigo y abandonó el edificio. En su Mini acudió al rescate de Miranda y Roca.

No podía dejarlos morir de una manera tan banal.

Ese loco estaba dispuesto a llevárselo todo por delante.

La inmolación

Pinto, Madrid
A 20 Km de la capital
12:45 del mediodía

La actividad en la Escuela de Equitación llegaba a su fin. Quedaba un cuarto de hora para que cerrase sus puertas. Los caballos ya estaban en sus cuadras y los papás en la puerta recogiendo a sus hijos. No todos eran familiares. En especial, había uno de ellos que era un extraño y que planeaba hacer saltar por los aires a Laura, la hija de 19 años del exministro de Sanidad. Allí daba clases de hípica dos veces por semana. No tardó en asomar por las puertas, con su perenne sonrisa aniñada. Junto a ella, dos niñas con síndrome de Down que venían de disfrutar de su sesión de equinoterapia de los sábados. Job, desde la silla de ruedas donde fingía ser otra persona, pensaba en lo que le podía haber gustado a su hija montar a caballo… pero ya no estaba entre los vivos como para cabalgar a lomos de un bonito corcel. Con el mando detonador entre los dedos, esperaba el momento perfecto para hacer estallar la bomba casera que portaba en la mochila. Calculó la potencia de la onda expansiva y se posicionó a diez metros de su víctima. Con paciencia esperó que a las dos niñas se las llevase algún adulto, pero por desgracia, Laura las había traído y se disponía a llevárselas… al otro barrio. La hija del exministro de Sanidad guardó en el maletero los cascos de hípica y un par de guantes.

Miranda entró a pie en la bolsa de aparcamientos. Notaba un extraño frescor sobre el labio y en el cuero cabelludo —con el cambio de *look* había rejuvenecido al menos ocho años—. Llevaba una pistola bajo la chamarreta vaquera y las esposas abultando en el bolsillo de su pantalón de pana. Con nerviosismo, lanzaba miradas hacia el aparcamiento en busca del asesino. El centro hípico estaba apartado del núcleo urbano y rodeado de tierras de arar. Se respiraba silencio cuando no cruzaba ningún coche sobre el asfalto. A lo lejos, vio a un tipo sentado en una silla de ruedas, que se movía con cautela por entre los coches estacionados. Con la firme idea de acabar con la pesadilla que estaba marcando este diciembre negro de 2023, aceleró el paso sin llegar a trotar.

Entre los troncos de dos árboles y con un binocular frente a sus ojos, se apostaba el sargento Roca como un cazador furtivo. Tenía la orden de llamar a todas las patrullas disponibles en el momento en el que Miranda estuviese encima del asesino. Nunca antes, ya que las

sirenas podían alarmarlo y que se diera a la fuga o pulsara el dichoso botón que activaría el explosivo. El aumento le hizo ver como aquel tipo rapado y sin bigote, que parecía un *skin head*, llegó a colocarse tras la nuca del asesino sin que este se percatara.

Sobre la silla, Job coqueteaba con el botón de su detonador a distancia. En la pantalla aparecían los dígitos de la cuenta atrás: 2 minutos. Estaba dispuesto a inmolarse junto a aquella joven de 19 años. Así culminaría su venganza y acabaría con su miserable existencia. El tiempo no había empezado a descontar, todavía no había pulsado en dichoso botón. Miranda recortó la distancia y se posicionó tras la mochila que colgaba de los asideros de la silla. Una sombra espigada se proyectó a los pies de Job. El aroma a regaliz acompañó a su voz.

—¿Necesita ayuda, amigo?

—No. Solo estoy esperando a mi hija —respondió sin perder de vista a Laura, que estaba a seis metros.

—Pues el Cielo no está en frente… sino arriba —le respondió con contundencia mientras sacaba los grilletes—. Allí tengo a mi mujer también. Se llama Candela. ¿Te suena?

El que estaba sobre la silla se levantó de un salto como si fuese el payaso de una caja sorpresa. Se giró y contempló al hombre que le había hecho el comentario. Tardó en descubrir quién era…

—¿Rafael Miranda?

Lo siguiente fue un puñetazo en la cara del anestesista. El detonador rodó por el suelo y el Teniente Coronel se lanzó sobre Job como si estuviese poseso por un ente demoniaco. Mientras sujetaba las manos del asesino, le reprochaba su conducta. El aparcamiento se fue vaciando y apenas quedaban dos coches: un Mercedes color plata y un Škoda negro.

—¡Aquí acaban tus días de gloria! Lo que me has hecho no tiene nombre —le colocó una de las anillas de las esposas en la muñeca—. La soledad no implica que ya no puedas seguir viviendo. La soledad te ayuda a conocerte…

—No es lo mismo perder a una esposa, que a una hija. No hay consuelo —Job le dio un cabezazo y noqueó a Miranda. La pistola de dotación que guardaba bajo la chaqueta cayó junto al detonador. El asesino no tuvo duda: pulsó el botón sediento de venganza en vez de ir a por la pistola. La cuenta atrás empezó a descontar—. Y nadie va a detenerme.

Roca, que observaba desde la distancia la escena, realizó la correspondiente llamada y corrió hacia el coche de Laura pensando en la bomba lapa que iba a hacer saltar todo por los aires. Laura montó a las niñas en la parte de atrás y puso música alta en su Mercedes.

—¡Bajad del coche! ¡Alejaos del vehículo! ¡Laura! —gritó el

Teniente Coronel desde el suelo. La joven no se enteró. Job se puso en pie y pateó la pistola deslizándola hacía los bajos de un coche. Con más fuerza que destreza, tomó la silla de ruedas y la empujó en dirección al Mercedes plateado. Miranda, con la mirada borrosa por la sangre, atinó a aferrarse a la pierna del que quería huir impidiéndole que avanzara. Tirando con todas sus ganas, consiguió desestabilizarlo. Trastabilló y cayó de rodillas. El Teniente Coronel repechó por su espalda y lo tumbó contra el suelo. Le obligó a morder el polvo apretándole la mejilla con la rodilla—. ¿Qué botón detiene la bomba?

Roca empezó a hacer aspavientos mientras corría en dirección al vehículo. Una mezcla de agonía y adrenalina le recorría el cuerpo, haciéndole creer que iba más lento que de costumbre en su carrera. Finalmente, llegó al coche y sacó a las dos niñas y a Laura de una manera brusca. Les pidió que corrieran tras el edificio sin mirar atrás. El sargento se tiró al suelo y revisó los bajos. No vio rastro de ninguna bomba lapa. Entonces devolvió la mirada hacia el aparcamiento y encontró la pistola de su jefe. Trazó una visual y vio a Job con las manos esposadas en la espalda y con una siniestra sonrisa. Entonces cayó en la cuenta: «El artefacto está en la mochila. Vamos a saltar por los aires». El dilema estaba servido. Podía correr y salvar el pellejo o intentar arrojar la mochila lo más lejos posible poniéndose en riesgo. No le dio tiempo a tomar la decisión… un obús rojo le cortó el paso. Dentro una conductora rubia con gorro de lana y gafas de sol. Un temor indescriptible se apoderó del corazón del sargento y su boca quedó bloqueada por el pánico. «¡Es Verbeke! ¡Qué coño hace aquí!».

La teniente se bajó del Mini. Corrió como un semental hacia el macuto y lo metió en el sillón delantero del acompañante.

—¡Dígale a mi madre y a mi novio que los quiero mucho! Y a ti hijo de puta, ¡qué le den a tu calendario de adviento! —dijo poniéndose al volante. Luego sonrió al ver el *look* de su jefe—. Por cierto, parece más joven… —le guiñó—. Y no me guarde rencor por lo que voy a hacer. ¡Es puramente vocacional!¡Marca de la casa!

Verbeke pisó el acelerador a fondo. En línea recta, recorrió las tierras de arar que rodeaban el Centro Ecuestre. Roca llegó hasta el detonador con la calva perlada de sudor y un nudo en el estómago. «Mierda, quedan veinte segundos», contabilizó. Hizo un ademán, titubeó sobre los botones y finalmente no se atrevió a tocar nada. Resignado, alzó la vista hacia el horizonte esperando el inminente desenlace. Allí, una estela de polvo engulló el coche hasta hacerlo desaparecer. Segundos más tarde, la nube blanca se iluminó. La explosión tronó enmudeciendo a los pájaros y a los caballos que momentos antes relinchaban oliendo el miedo. Los fragmentos del vehículo salieron proyectados en todas direcciones. Las llamas abrasaban los restos del habitáculo sin piedad.

Las sirenas de los vehículos patrullas ulularon desde la distancia.

Laura y las dos niñas se abrazaron aliviadas por haber sido salvadas de una muerte violenta.

Job maldecía su suerte por no haber podido completar su venganza.

Miranda dominado por la cólera, le daba patadas en el estómago mientras le leía sus derechos.

Roca se clavó de rodillas sobre el suelo y comenzó a llorar desconsolado como un niño al que le han robado un juguete. Con el alma rota, clamo a cielo.

—¡Por qué Verbeke! Yo quería una vida junto a ti… ¡No me dejes solo!

VENTANA 24



La última ventana

24 de diciembre de 2023
14:07 de la tarde
Edificio de la UCO

Como era costumbre en este señalado día, los integrantes del Grupo de Homicidios, celebraban su particular almuerzo informal en la sala de operaciones. Sobre la mesa no había informes ni fotos de desaparecidos ni pistas a seguir; en su lugar había platos con tapas de queso y jamón, restos de bogavante, copas de vino y frutos secos. Un ordenador reproducía villancicos cantados por niños y en el pizarrón había varios *christmas*, entre ellos uno de Clara y Clarita en señal de agradecimiento por haber sido liberadas de su captor. Entre los asistentes estaba Tocino, Téllez, Nekane, Miranda e Iván Roca. El ambiente de júbilo sufría altibajos debido a los que no estaban este año. Nekane intercambiaba impresiones con su corrillo.

—Pues el fiscal va a pedir prisión permanente revisable para Job. Estará de por vida entre rejas pensando en que todavía no se ha completado su venganza. ¡Eso sí que es una tortura!

—¡No se merece menos! —opinó Miranda con el semblante serio—. Lo que ha hecho no tiene perdón

—¿Y al cirujano? ¿Qué pena le ha caído? —quiso conocer Tocino, que se había incorporado para estas fechas.

—Pues tras ser exculpado por el verdadero asesino, Borja de Pellicer cumplirá unos dos años si se porta bien —le explicó Roca que vestía entero de negro.

—Y de la actriz que contrató Job para embaucarte —preguntó Téllez pensando en que era la única persona de la cual no sabían nada.

—Pues al parecer era una prostituta de un piso de La Latina, dónde el anestesista acudía para echar una canita al aire de vez en cuando. Se presentó en el juicio por voluntad propia y dio sus explicaciones. Job la liberó de su proxeneta a cambio de que me embaucara.

—¡Qué retorcido ha sido este caso! —se quejó Roca acariciando su barba de hípster.

—Cada vez que vea un calendario de adviento en un centro comercial… ya no lo miraré con los mismos ojos —dijo Nekane poniendo cara de asco.

—No es para menos —apostilló Téllez.

Tras un silencio y un suspiro, Nekane puso cara de pena y recordó comidas anteriores.

—Se echa en falta a Zamorano y sus chistes malos. Todavía me rio

cuando pienso en el que hablaba del hombre que fue a un bar y pidió una acedía del mostrador…

—¡Sí! Y lo sopló por los dos lados ante el asombro del camarero —añadió Téllez.

—Y este le dijo: ¿quema mucho? —completó Miranda.

—Y respondió el cliente: no, le estaba quitando el polvo —repuso Roca.

—¡No llevaba tiempo la acedía en la vitrina! —pilló el chiste Tocino carcajeando.

—Pues como ese de malo, se sabía cientos —lo alabó Roca—. Se echan en falta sus chistes…

—Y a Verbeke intentando a cualquier precio ponerme el gorrito y el collar que traen las bolsas de confeti —bromeó el Teniente Coronel con halos de melancolía.

Los cinco sonrieron y dejaron caer alguna lágrima con entusiasmo.

—Ellos dos eran el alma de la fiesta —memoró Téllez haciendo una mueca agridulce.

—Además de unos buenos agentes con olfato y criterio —admitió Miranda pasando la mano por su cabellera rapada al cero—. Y lo de Verbeke no tiene nombre —alucinó alzando las cejas—. Se enteró in extremis de que los explosivos estaban en el macuto y no en los bajos del coche. Como no cogimos sus llamadas telefónicas, decidió acudir a pesar de que yo le pedí expresamente que se quedara. Apareció allí en el momento justo, mandó a la mierda a Job y metió los explosivos en su MINI. Luego aceleró poniéndonos a todos a salvo… ¡Es una jabata! Aunque la muy cabrita nunca me explicó cómo consiguió el segundo *pendrive*.

—Pues hagamos un brindis por el éxito de la operación —alentó Nekane a los suyos evitando dar explicaciones sobre el numerito del crematorio.

—¡Y por los que no están! —sugirió Téllez buscando una botella de cava y varias copas.

—Y por los que estamos vivos para recordar las hazañas de nuestros héroes y heroínas —añadió Roca sirviendo las copas.

Una vez llenas, las elevaron al frente. Miranda dijo la última palabra ante del «chin-chin».

—Yo quería daros las gracias a todos por ser parte de esta particular familia —se sinceró con los ojos llorosos—. Hacéis que no sienta la soledad como antes. Que me considere útil y acompañado. ¡Os debo más de lo que imagináis!

—Para eso están los amigos —añadió Roca.

Epílogo

31 de diciembre de 2023
A tres minutos de las campanadas de fin de año

En el piso de Vallecas, apenas cabían los invitados. Todos se distribuían entre las sillas, los sofás y los brazos de los sillones. Sobre la mesa había platos con cabezas de langostinos y cortezas de queso. Risas y anécdotas: el ambiente no podía ser más animado. La reunión contaba con Luisa y Gabriel —madre y hermano de Verbeke—, Iván Roca y sus padres —que habían cogido un vuelo desde Barcelona—, y el Teniente Coronel Miranda —que fue invitado para que no pasara el fin de año solo en su casa—. En una pequeña mesa frente al televisor, había seis platos con uvas y una botella de cava con sus respectivas copas; solo faltaba el plato de Julia. Roca quitaba las semillas de sus uvas con detenimiento, mientras Miranda advertía que ya solo quedaban dos minutos para que cambiasen el año. Luisa bisbiseó con lástima.

—Una pena que mi hija este año no vaya a comerse las uvas.

Desde la cocina llegó la respuesta.

—¡Este año me voy a comer doce Ferreros Rocher! —bromeó Julia con su voz sesgada.

—¡Capaz que la veo! —aludió Miranda con tono jocoso.

Por el pasillo apareció Verbeke, cojeando y haciendo muecas con la boca. Vestía un descotado traje de fiesta rojo donde lucía una piel salpicada de tiritas, quemaduras y magulladuras.

—Si no tuviera puntos de sutura en la garganta a cuenta de la metralla, me los comería gustosa. ¡Ains! ¡Debería haber saltado antes del coche! Pero los kilos y los años pesan —aludió soltando sobre la mesita una cajita envuelta en papel de aluminio—. Pero este año voy a hacer una americanada: la cuenta atrás.

Miranda puso los ojos como platos. No por saltarse la tradición, sino porque teniendo tan reciente el caso, esa cuenta atrás le recordaba al calendario de adviento de Job, y por consiguiente le ponía los pelos de punta.

—Demasiado que estás viva para contarlo.

—Estoy y estáis —corrigió Julia Verbeke refrescándoles su sacrificio.

—Tienes un ángel de la guarda implacable —le atribuyó Miranda.

—¿En serio le veis futuro a esta relación? —dudó Mar, la madre de Roca.

—Dicen que los polos apuestos se traen —opinó Luisa.

—Y, además tienen en común virtudes que los hace especiales —añadió el Teniente Coronel convencido de lo que decía—: son muy buenas personas y brillantes investigadores.

En la televisión comenzaron a dar las campanadas. Y Verbeke enumeraba haciendo alarde de su particular celebración.

—Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno ¡Feliz 2024!

Los fuegos artificiales se oyeron por la ventana, en la televisión y desde la distancia. Todos se felicitaron el 2024 entre abrazos y besos. Y es que ver las cuatro cifras en la pantalla, les hizo saber que por un año más seguían vivos y en compañía de las personas que querían. El padre de Roca descorchó el cava que trajo de su tierra. Y se prepararon para el brindis. Todos pidieron salud. Todos excepto Julia que se puso de rodillas a duras penas y abrió la misteriosa cajita, que había envuelto momentos antes con papel de aluminio en la cocina, con el fin de camuflar el nombre de la joyería y crear el necesario efecto sorpresa. Todos miraron asombrados. Julia expuso su deseo.

—Tras lo vivido, este año tengo claro mis dos propósitos: uno, bajar de peso; y dos, no estar sola. Por eso, le pido a usted señor Roca y no estoy de coña: ¿quieres casarte conmigo?

Sacó el anillo con idea de ponérselo. Iván contempló a todos los invitados que observaban atónitos. Miró a su madre y a su padre, y notó esa emoción de estar presente en un día tan especial. Y entendió la insistencia de Verbeke por hacerlos venir en fin de año. Decidido, respondió con sorna a la vez que estiraba el dedo anular.

—Aunque es posible que enviude pronto… ¡Sí quiero, Julia Verbeke!

FIN

No te pierdas el primer libro de la saga
«Los crímenes del mar de Madrid»
En Amazon en eBook y papel.



Agradecimientos

A todas esas personas que apoyan mi hobby. A todos los que perdieron familiares y amigos durante la pandemia de 2020. A mi familia de sangre y a la política. A mis suegros. A mi abuela Pepi y a todos los que ya no están. A los lectores cero que codo a codo han hecho posible que este libro vea la luz con menos faltas de ortografía y más rigor: Chema Jiménez, Marta Oibirot y Jara Santolaria Berdiel. A mis amigos y amigas escritores que luchan cada día por la literatura independiente. A Antonio Quesada, escritor y amigo, que desde el otro lado seguro que me ayuda a sacar cositas para adelante.

A ti por leer hasta la última palabra de este libro.

Gracias.

Eres especial.